

Fundamentos para una ética bíblica

**La Biblia y la educación ética
para un mundo en transición**

David Gooding y John Lennox

ANDAMIO

Publicaciones Andamio

Alts Fornes nº 68, Sót. 1º

08038 Barcelona

T. 93 432 25 23

editorial@publicacionesandamio.com

www.publicacionesandamio.com

Publicaciones Andamio es la sección editorial de los Grupos Bíblicos Unidos de España (GBU).

Fundamentos para una ética bíblica

David Gooding y John Lennox

© The Myrtlefield Trust, 1995

180 Mountsandel Road

Coleraine, N. Ireland BT52 1TB

Copyright para la versión española: The Myrtlefield Trust, 2001

Todos los derechos reservados. Prohibida la reproducción total o parcial sin la autorización por escrito del editor.

All rights reserved. No part of this book may be reproduced in any form without written permission from editor.

Originally published in Russian under the title: *The Bible and Ethical Education*

Traducción: Roger Marshall

Diseño cubierta y maquetación: Fernando Caballero

Depósito Legal: SE-2801-2011

ISBN: 978-84-15189-22-0

Printed by Publidisa

Printed in Spain

© Publicaciones Andamio

1ª Edición 2001

2ª Edición Mayo 2011

Índice

Introducción a la colección «Cristianismo contemporáneo»	17
1. El peligro del caos moral	21
I. La religión como fuente de valores	22
II. Nuestra responsabilidad como maestros	22
III. La importancia de la acción inmediata	23
IV. La ética de Jesús y la verdad	23
V. Nuestro programa	24
2. La ética y los orígenes humanos	27
I. ¿Por qué hay que portarse bien?	
Las preguntas detrás de la ética	27
1. ¿Qué es el hombre exactamente?	27
2. ¿Cuál es el propósito de la existencia humana?	28
3. ¿Cómo debemos tratar el medio ambiente?	28
II. Todo comienza con Dios	28
1. « <i>En el principio Dios creó los cielos y la tierra</i> », dice la Biblia	28
2. Dios no se limitó a crear el universo	28
3. El propósito de la existencia del universo, de nuestra tierra y de nosotros, los seres humanos	29
III. La manera como Dios hizo el mundo	29
1. En la Biblia es mucho más importante la razón por la cual Dios creó el mundo que la manera como lo creó	29
2. La Biblia dice algunas cosas muy interesantes acerca de cómo Dios hizo el mundo	30
3. La dignidad del hombre	33
I. El hombre - cumbre de la creación	33
II. El valor y la inviolabilidad del hombre	35
III. Una lección sacada de la creación	36



4. ¿qué significa el hecho de ser humano?	39
I. El hombre está hecho de materia	40
II. El hombre es más que materia	40
III. La creatividad del hombre y su sentido estético	44
5. ¿Qué significa el hecho de ser humano?	47
I. El lenguaje	48
II. La relación con el cónyuge	50
6. La tentación, caída y alienación del hombre	53
I. La capacidad humana de tomar decisiones morales	54
1. El hecho del libre albedrío	54
2. La necesidad del libre albedrío para la moralidad	54
3. La importancia del libre albedrío para el amor	55
II. La tentación y la caída del hombre	56
1. La primera estrategia del Diablo	56
2. La segunda estrategia del Diablo	57
3. La tercera estrategia del Diablo	57
III. Las consecuencias de la caída	58
7. El camino de la esperanza y la restauración	61
I. La victoria tras la derrota	61
II. La necesidad de descubrir lo que implica el pecado	63
III. Las consecuencias inmediatas de la caída	64
1. La alienación de Dios	64
2. El embrutecimiento de las relaciones humanas	64
3. El trabajo se convierte en trabajos forzados	65
4. El destierro del paraíso de Eden	65
IV. Los diagnósticos inadecuados de la condición humana	66
8. El camino de la fe en Dios y en el futuro	69
I. El trasfondo de la elección de Israel	70
1. Caín y Abel (<i>Génesis</i> 4:1-15)	70
2. La descendencia de Cain (<i>Génesis</i> 4:16-24)	70
3. La generación del diluvio (<i>Génesis</i> 6:1-7)	70
4. La ciudad y la torre de Babel (<i>Génesis</i> 11:1-9)	71



5. La peor consecuencia de la caída (Romanos 1:19-23)	72
II. El propósito de la elección de Israel por parte de Dios	72
1. El problema que Dios afrontaba	72
2. La respuesta de Dios al problema	72
3. La base de la elección de Abraham y de Israel	73
4. El propósito del programa de Dios para Abraham e Israel	73
5. El éxito del programa	73
III. El entrenamiento de Abraham por parte de Dios	74
1. La esperanza de Abraham se despierta	74
2. La fe de Abraham se pone a prueba (Génesis 15 - 22)	74
3. El propósito de la prueba	75
IV. La lección universal que enseña la experiencia de Abraham	75
1. La historia ha demostrado que las promesas de Dios a Abraham eran ciertas	75
2. La promesa se ha cumplido	76
3. Abraham fue justificado por la fe	76
9. La libertad y la ley	79
I. La base de la insistencia divina en que Israel guardase la ley	80
1. El preámbulo de los Diez Mandamientos (Éxodo 20:2)	80
2. Flashback histórico	81
3. La naturaleza de la esclavitud de Israel en Egipto	81
4. La manera cómo Dios liberó a Israel	81
5. Una lección para todos	82
II. Los fundamentos de los diez mandamientos	82
1. El primer fundamento: el amor	82
2. El primero y el segundo mandamientos	83
3. El tercer mandamiento	84
4. El cuarto mandamiento	85
5. El quinto y el séptimo mandamientos	85
6. El sexto y el octavo mandamientos	85
7. El noveno mandamiento	86



8. El décimo mandamiento	86
III. La provisión para el fracaso	86
10. El camino del sacrificio y el valor de la vida	89
I. Un principio básico de la reconciliación con Dios	89
II. ¿Por qué es necesario que el pecado comporte un castigo además de las consecuencias que provoca?	90
1. Las diferencias entre las consecuencias del pecado y el castigo.	90
2. Los motivos por los cuales las leyes del Estado prescriben castigos	90
3. La gravedad del pecado contra nuestros semejantes	91
4. La gravedad del pecado contra Dios	91
5. La respuesta de Dios ante el problema del hombre	92
III. La función de los sacrificios de animales en el Antiguo Testamento	92
1. Enseñaron que el pecado resulta caro	93
2. Prepararon la mente de las personas (1)	93
3. Prepararon la mente de las personas (2)	93
4. Una gran pregunta	94
IV. Las diferencias entre el sacrificio de Cristo y los sacrificios del Antiguo Testamento	95
11. El camino de la experiencia personal	97
I. Ana: la piedad que triunfa sobre la corrupción y la superstición (1 <i>Samuel</i> 1:1-2:36)	97
1. Una actitud heroica en tiempos de crisis nacional	97
2. Ana salva a la nación de la desintegración	99
3. La fe personal de Ana y su devoción a Dios	99
4. Ana como ejemplo para nosotros	102
12. El camino del rey	105
I. Su proeza militar	106
1. Su victoria sobre Goliat (1 <i>Samuel</i> 17)	106
2. Sus campañas internacionales	107
II. La fundación de Jerusalén	107
III. Sus valores políticos	108



1. El carácter sagrado del poder	108
2. El carácter sagrado de la vida humana (1 Samuel 3:17-39)	109
3. El carácter sagrado de los pactos y de los derechos de las minorías étnicas (2 Samuel 21)	109
4. El carácter sagrado del sexo y del patrimonio privado (2 Samuel 11:1-12;25)	110
13. La poesía y la profecía del rey David	113
I. Salmos de contrición, arrepentimiento y perdón	113
II. El Salmo del Pastor (<i>Salmo 23</i>)	114
III. Un cántico propagandístico (2 Samuel 1:17-27)	114
IV. Las profecías de David en lo que se refiere a la venida del Salvador-Rey-Mesías	115
V. David, prototipo del Mesías	116
14. El camino de la sabiduría	119
I. El principio fundamental de la sabiduría	121
II. La verdadera sabiduría	121
III. Podemos aprender de los animales	122
IV. No debemos ser perezosos	122
V. El peligro de la compañía inadecuada	123
VI. No debemos abusar de nuestro cuerpo y mente	123
VII. Proverbios prohíbe la fornicación, el adulterio y la promiscuidad	124
15. El camino de los profetas	127
I. La profecía de Amós	129
1. El expansionismo militar llevado a cabo con una crueldad descabellada (1:3-5)	129
2. El comercio de esclavos (1:6-8)	130
3. La práctica de enriquecerse de la guerra (1:9-10)	130
4. Odio étnico incesante (1:11-12)	130
5. Crímenes de guerra (1:13-15)	130
a. <i>Condiciones políticas y sociales</i>	131
b. <i>El estado de la religión</i>	131
II. La profecía de la salvación según Isaías	132
III. La profecía de la salvación según Jeremías	133



16. Desde una religión nacional a una fe mundial	135
I. Un breve repaso histórico desde el tiempo de David hasta Cristo	135
II. ¿Qué es lo que permanece en la historia?	137
III. Algunos de los beneficios que reportó al mundo el exilio de Israel entre las naciones	138
1. El exilio pone de manifiesto la imparcialidad y la justicia de Dios	138
2. La larga duración del exilio de Israel pone de manifiesto su fidelidad a sus propósitos	138
3. El sistema de las sinagogas	139
4. La traducción al griego del Antiguo Testamento	139
5. Lo que han aportado los judíos expatriados a la civilización	139
17. Jesús el Maestro (I)	143
I. Introducción	143
1. La genialidad de Cristo como Maestro	143
2. Los atractivos superficiales de las enseñanzas de Cristo	144
3. ¿Por qué erramos todos de vez en cuando?	144
4. Algunos requisitos básicos para cualquier enseñanza ética	145
II. Cristo se presenta como maestro	146
III. Las dos aseveraciones	147
1. La respuesta de Cristo a la pregunta: ¿Con qué autoridad nos puede decir lo que está bien y lo que está mal?	147
2. La evidencia de que sus reivindicaciones son ciertas	147
IV. Las dos descripciones	148
1. La enseñanza ética de Cristo es un yugo	148
2. La ética de Cristo es un yugo fácil	149
V. Las dos invitaciones	149
1. La primera invitación y promesa	149
2. La segunda invitación y promesa	150
18. Jesús el Maestro (2)	151
I. El primero y más grande de los mandamientos	151
II. El mayor mal de la humanidad	152
III. La parábola del hijo pródigo	152



1. El comportamiento escandaloso del hijo	153
a. <i>La manera cómo trató a su padre</i>	153
b. <i>La venta por parte del hijo pródigo del patrimonio de la comunidad</i>	153
2. La respuesta del padre a las demandas del hijo	154
3. El comienzo del proceso de arrepentimiento por parte del hijo	155
4. La autohumillación del padre	156
19. Jesús el Maestro (3)	159
I. El segundo mandamiento	159
II. La parábola del buen samaritano	160
1. La primera gran lección de la parábola	161
2. La segunda gran lección de la parábola	162
3. La tercera gran lección de la parábola	163
III. Un problema práctico	164
IV. La historia de la mujer que entró en la casa de Simón	164
1. Un contraste vívido	164
2. La parábola de los dos deudores	165
3. La aplicación de la parábola	165
4. Cristo explica el amor de la mujer	166
5. Cristo hace una diagnosis de la falta de amor por parte de Simón	166
V. Una última lección	166
20. Jesús el Maestro (4)	167
I. La actitud cristiano frente al trabajo	167
II. La principal motivación y la principal recompensa del trabajo: la formación de un carácter recto	169
III. Cómo sacar el máximo provecho del trabajo	171
IV. El peligro de que el trabajo excluya a Dios de la vida	173
21. Jesús el Maestro (5)	175
I. La realidad de la vida venidera y su relevancia para la ética cristiana	175
II. El efecto de la salvación sobre la ética cristiana del trabajo	178



1. El ciego	179
a. <i>La percepción espiritual del mendigo</i>	179
b. <i>La reacción del mendigo al recibir la vista</i>	179
2. El recaudador	180
22. Jesús el Maestro (6)	183
I. La personalidad y las relaciones humanas	183
II. La preocupación de cristo por las personalidades dañadas	184
III. La curación del demoníaco	184
1. La desintegración de la personalidad del demoníaco	184
2. La raíz del problema	185
3. Los resultados del problema	186
a. <i>La pérdida de la vergüenza y del respeto a uno mismo</i>	186
b. <i>Miedos morbosos y conducta antisocial</i>	186
c. <i>El odio a sí mismos y un instinto autodestructor</i>	187
4. El remedio del problema	187
IV. Jesús nos da libertad	187
1. Al perdonar nuestros pecados	187
2. Al decirnos la verdad	188
3. Al librarnos del miedo	188
V. El valor del ser humano	189
1. El valor del niño no-nacido	189
2. El valor del bebé recién-nacido	189
3. El respeto y el apoyo hacia...	190
a. <i>Los Padres (Mateo 15:1-9)</i>	190
b. <i>Las viudas</i>	190
c. <i>La institución del matrimonio (Mateo 5:27-32)</i>	190
4. El valor del individuo	190
23. La ética cristiana en un mundo corrupto (a)	191
I. Algunos apuntes respecto a los requisitos éticos del reino de Dios	193
1. A menudo van en contra de los conceptos humanistas que suelen darse por sentados	193
2. Deben ser llevados a la práctica, y no quedar en lo teórico	193
3. Tienen que ver no sólo con las acciones exteriores sino también con los pensamientos y móviles interiores	193



II. La incapacidad del hombre de guardar la Ley de Dios	194
1. El Hombre es malo por naturaleza	195
2. El Hombre está en rebelión contra Dios	196
III. La lección hasta aquí	197
24. La ética cristiana en un mundo corrupto (b)	199
I. La conversión de un delincuente	200
II. La conversión de un catedrático de teología	202
25. La ética cristiana en un mundo corrupto (c)	207
I. La parábola del sembrador	209
26. Las aseveraciones del maestro acerca de sí mismo	215
I. Jesús establece como criterio fundamental de la verdadera moralidad la lealtad a él mismo	216
II. Jesús declara que en el juicio final él mismo será el juez	218
III. Jesús reivindica la autoridad de perdonar los pecados	219
IV. Jesús afirmó que tras la crucifixión resucitaría de la muerte	222
V. Jesús afirmó que después de la resurrección y ascensión vendría una segunda vez	222
27. La muerte de Jesús (a)	223
I. ¿Por qué fue crucificado Jesús?	224
II. La causa de los líderes judíos contra Jesús	224
1. Jesús reivindicaba ser igual al Creador (Juan 5:16-18)	224
2. Jesús reivindica la pre-existencia (Juan 8:57-59)	225
3. Jesús afirmó que él y Dios eran uno (Juan 10:27-30)	226
III. Cómo explicaron los judíos las reivindicaciones de Jesús	226
1. Algunos decían que estaba loco (Juan 10:19-20)	226
2. Otros judíos lo tildaban de doctrinalmente descabellado, cismático y herético: un rebelde contra la ortodoxia judía (Juan 8:48)	227



3. Otros judíos decían que era un aliado del mismo diablo (<i>Mateo</i> 12:24)	227
IV. La reacción de los judíos	229
28. La muerte de Jesús (b)	231
I. La reivindicación de Jesús de que era el Mesías	231
II. Algunos detalles en cuanto al proceso de Jesús ante Pilato	233
III. Un detalle de la crucifixión	234
IV. La actitud de los primeros cristianos frente a la muerte de Jesús	234
V. La manera en como Jesús eligió ser recordado	235
29. La muerte de Jesús (c)	237
I. El testimonio de Juan Bautista	237
II. El testimonio del Antiguo Testamento	238
III. El testimonio de la experiencia personal	241
30. La evidencia de la resurrección de Jesucristo (a)	243
I. La resurrección de Cristo: la piedra angular del cristianismo	243
II. Los cristianos no fueron los primeros en anunciar al mundo que la tumba de Jesús estaba vacía	245
III. ¿Cómo se explica que todos los documentos que hablan de la resurrección fueron escritos por cristianos?	247
31. La evidencia de la resurrección de Jesucristo (b)	251
I. La evidencia física	251
1. Valora la fiabilidad de Juan como testigo	252
2. La manera en que Jesús fue enterrado	253
3. Lo que Juan y Pedro vieron en el sepulcro	254
4. Lo que Juan dedujo de lo que vio	255
5. Lo razonable de la creencia de Juan	256
6. Conclusión final	257
32. La evidencia de la resurrección de Jesucristo (c)	259
II. La evidencia psicológica	259



33. La evidencia de la resurrección de Jesucristo (d)	267
III. La evidencia del Antiguo Testamento	268
1. El Motivo del Desengaño de los Caminantes	268
2. ¿Por qué no pudieron asimilar al principio el hecho de que Jesús había resucitado?	269
3. ¿Qué hizo falta para que pudiesen creer que la resurrección efectivamente había ocurrido?	269
4. ¿Qué relevancia tiene este acontecimiento para nosotros?	270
5. ¿Cómo se produjo este reconocimiento?	271
IV. ¿Cuál fue la evidencia que convenció a los discípulos?	271
1. Los Dos Caminantes	272
2. ¿Qué pasa con las personas que nunca vimos ni podremos ver a Jesús con nuestros ojos?	273
34. La extensión de la ética cristiana por todo el mundo	275
I. ¿Cómo, cuándo y dónde nacieron estos grupos de conversos cristianos?	277
II. ¿Qué tenía el evangelio cristiano que influyó de tal manera en tantas personas?	278
1. Los corintios	278
2. El propio apóstol Pablo	279
III. Cuatro elementos fundamentales de la eficacia del evangelio cristiano	279
35. El impacto de la muerte de Cristo sobre la ética cristiana (a)	283
I. Un nuevo comienzo en la vida	284
II. Nuevos términos y condiciones bajo los cuales vivir	286
36. El impacto de la muerte de Cristo sobre la ética cristiana (b)	291
I. Una nueva ética de amor y gratitud	292
II. La ética de la consistencia moral	292
III. La ética de la redención	294



37. El impacto de la muerte de Cristo sobre la ética cristiana (c)	299
I. Un nuevo sistema de valores	300
1. La muerte redentora de Cristo atribuye un nuevo valor a la manera en como utilizamos nuestro tiempo	300
2. La muerte redentora de Cristo atribuye un nuevo valor a las personas	301
3. La muerte de Cristo fomenta en cada creyente un sentido de responsabilidad directa hacia Cristo	302
II. La ética de la obligación y el endeudamiento	302
38. El impacto de la resurrección de Cristo sobre la ética cristiana (d)	305
I. Una cosmovisión totalmente nueva	306
1. Porque la resurrección de Cristo demostró, sin lugar a equivocaciones, que todo no se acaba con la muerte	306
2. La resurrección también demostró que el Mal no tendrá la última palabra en este mundo	307
3. La resurrección también declara que la materia es esencialmente buena	307
II. El efecto de esta nueva cosmovisión	308
39. El impacto de la venida del Espíritu Santo sobre la ética cristiana (a)	313
I. La nueva vida	315
II. Una nueva relación con Dios	316
40. El impacto de la venida del Espíritu Santo sobre la ética cristiana (b)	319
I. La manera de enfocar los bienes personales	319
II. Una nueva actitud hacia el cuerpo humano	320
III. Una nueva entidad: el cuerpo de Cristo	321
IV. El nuevo «supranacionalismo»	323
41. El impacto de la segunda venida de Cristo sobre la ética cristiana (a)	325



I. Fue un factor importante en la conversión y sirvió de marco para el estilo de vida que había de seguir la conversión	328
II. La segunda venida ya era, de por sí, un aliciente poderoso para el trabajo diligente y entregado	329
42. El impacto de la segunda venida de Cristo sobre la ética cristiana (b)	333
III. La segunda venida llevará hasta la perfección el desarrollo espiritual y moral del creyente	333
IV. La segunda venida garantiza a todos los creyentes que participarán en el reino venidero de Cristo	335

El peligro del caos moral

CAPÍTULO I

Hoy en día muchas partes del mundo se ven trastornadas por problemas gravísimos de carácter económico, social, étnico y político. Estos problemas se agravan todavía más por el hecho de que, en muchos lugares del mundo, las viejas ideologías que antes servían para aglutinar naciones enteras, y hasta imperios, están perdiendo su antiguo dominio sobre la mente de las personas, o bien se han venido abajo por completo. Existe por tanto un peligro real de caos moral. Resulta apremiante la necesidad de encontrar nuevas ideas, nuevas maneras de planificar y de enseñar. Pero aquí se plantea un problema. Con el declive de las antiguas ideologías, y la falta de alternativas que las sustituyan, hay naciones enteras que se están quedando sin ningún conjunto de valores consensuados que constituya la base de las normas éticas de los habitantes. Por consiguiente, no hay nada que motive a las personas a sacrificarse por amor a su semejante o a la sociedad como colectivo. Sin tal motivación, por muy bueno que parezca ser cualquier proyecto nuevo, la realización del mismo corre el riesgo de tambalearse, e incluso de fracasar por completo.



I. La religión como fuente de valores

Actualmente, en aquellos países donde las normas de conducta se fundaban en algún tipo de ideología atea, es natural que mucha gente, desengañada y perpleja ante el derrumbamiento de dichas normas, recurra a la religión. Por otra parte, hay muchas personas para quienes la religión no parece ofrecer las respuestas que necesitan. Se nos recuerda que en algunos países hay gente que lleva armas, tortura y hasta mata en nombre de la religión. Y evidentemente esto es prueba de una perversión lamentable de los valores humanos; pero, para ser justos, refleja igualmente una perversión de los principios de la religión en cuyo nombre eso se hace.

II. Nuestra responsabilidad como maestros

Todo esto supone para nosotros como maestros una responsabilidad muy importante, sea cual sea el contexto donde estemos ejerciendo nuestra profesión: en el instituto, en el colegio, en la escuela politécnica o en la facultad. Nos corresponde la tarea de comunicar a nuestros alumnos los principios morales y las normas éticas que les puedan proporcionar una base sólida y sana para su futura vida privada, social y profesional. Evidentemente los científicos pueden argüir que no corresponde a ellos la tarea de enseñar valores morales a sus alumnos. Y tal vez no sea su responsabilidad directa. Por supuesto, la ciencia como tal no puede proporcionar respuestas ni siquiera a las preguntas morales que ella misma suscita. La ciencia nos ha dado la bomba atómica; no esperemos que la ciencia por sí sola nos diga si es moralmente lícito utilizarla. Pero a los profesores de ciencias les debe preocupar que los alumnos que tienen a su cargo adquieran las directrices morales necesarias para tomar una decisión responsable al respecto. La ciencia, si permanece desligada de cuestiones morales, puede ayudar a nuestros alumnos a ser inteligentes; pero la inteligencia que adquieran de ella podría llegar a ser diabólica. Y lo mismo se puede decir de otras asignaturas como Económicas y Ciencias Humanas. Mediante la 'Ingeniería Social',



fundada en una valoración inadecuada del valor intrínseco que tiene cada ser humano, se han llevado a cabo miles de proyectos de manipulación demográfica a expensas de millones de vidas humanas, en nombre de unas simples ventajas económicas.

III. La importancia de la acción inmediata

Sin embargo, lo que más preocupa a la mayoría de los profesores no es la salud moral del mundo, sino en todo caso la de los alumnos que tienen a su cargo. Éstos no pueden esperar hasta que sus profesores hayan encontrado alguna filosofía que les vaya bien para conseguir las directrices que ellos necesitan. Tal proceso podría requerir muchos años para completarse, y mientras tanto se irán marchando los alumnos que ahora asisten a sus clases. Es necesario que ya ahora sepamos dar a nuestros alumnos una serie de directrices morales, si no queremos que la suya sea una generación perdida, fruto de un presente vacío, sin ninguna orientación moral seria. Como dijo recientemente una profesora con cuarenta años de experiencia: «Nos dieron a entender que Lenin era bondadoso, que le encantaban los niños, y que lo había sacrificado todo por el bien de la sociedad. Ahora ya no se cree que esto sea cierto;...», aunque sigue considerándose atea, continúa diciendo: «es por esta razón que nos tenemos que dirigir a Jesús. O nuestros niños aprenden de su ejemplo, o se hundirán en el crimen, en la droga o en el alcohol.» Esta observación, por supuesto, es cierta. ¿Quién duda que si todo el mundo tomara en serio las palabras de Cristo cuando dijo: «Trata a los demás como te gustaría que te trataran» y «Amad a vuestros enemigos», el mundo se transformaría enseguida en un lugar mucho más feliz?

IV. La ética de Jesús y la verdad

Por otra parte, nuestros alumnos tienen la capacidad de pensar por sí mismos, y nosotros debemos animarlos a que lo hagan. Si nos limitamos a enseñarles la ética de Jesús quizás comiencen a plantear-



se una serie de preguntas fundamentales. ¿Para qué amar a nuestro semejante como a nosotros mismos? Jesús predicaba y practicaba esta clase de ética, pero ¿no fue crucificado por no saber defender mejor sus propios derechos? ¿No nos irán igual de mal las cosas si seguimos su ejemplo? Si los demás prosperan en sus negocios mediante trampas y mentiras, ¿para qué iré yo siempre con la verdad por delante, como Cristo dijo que hiciésemos? ¿Vale la pena decir la verdad porque sí? En otras palabras, sólo podemos enseñar la ética de Jesús adecuadamente si también enseñamos los valores y las creencias fundamentales sobre los cuales su ética estaba fundada.

A fin de cuentas, ¿qué valor tiene el ser humano? Si tengo un ordenador que no funciona, tengo derecho a destruirlo si así lo deseo. Si mi vecino o mi rival en los negocios no me conviene, ¿por qué no lo puedo quitar de en medio, si puedo salir impune?

Aunque yo comience a seguir las enseñanzas éticas de Jesús, el mundo probablemente continuará siendo, de aquí a cuarenta años, tan malo como en la actualidad. ¿Para qué sirve que yo intente poner en práctica las enseñanzas de Jesús? ¿Qué esperanza hay al final para mí, y para este mundo?

V. Nuestro programa

A fin de poder contestar preguntas como éstas, y de comprender las enseñanzas éticas de Jesús, hay que remontarse hasta sus raíces en el Antiguo Testamento, y seguir el desarrollo de las ramificaciones que tienen en el Nuevo. Esto supone, de hecho, enseñar como mínimo las lecciones principales de toda la Biblia. Indudablemente, ésta es una tarea imponente, especialmente para quienes nunca lo hayan intentado hasta ahora, y quizás ni siquiera hayan leído la Biblia.

Por supuesto, también es una tarea muy valiosa. Aunque sólo se mire desde el punto de vista de la historia y la literatura mundiales,



no existe ningún libro que haya ejercido una influencia tan enorme sobre el pensamiento humano como lo ha hecho la Biblia. De hecho, quien no haya leído la Biblia no podrá conocer el secreto de su impacto y no se podrá considerar auténticamente culto.

Pero con todo, la tarea sigue siendo gigantesca. Por tanto, en nuestra capacidad como educadores, y como padres, nos proponemos en los siguientes artículos ofrecer una visión global de algunos de los principales sucesos y personajes, las ideas, la poesía, los valores y la ética de los dos Testamentos; así cómo añadir unas cuantas sugerencias con respecto a como las implicaciones morales y espirituales de estos documentos pueden ser relevantes para los estudiantes de nuestros días.

La ética y los orígenes humanos

(Leed Génesis 1:1-2:3)

CAPÍTULO 2

I. ¿Por qué hay que portarse bien?: las preguntas detrás de la ética

Lo primero que consideraremos es la cuestión de la ética: es decir, cómo deberíamos tratarnos tanto los unos a los otros, como al medio ambiente. Pero todas las preguntas éticas suscitan otras aún más básicas.

1. ¿Qué es el hombre exactamente?

Hay quien dice que el hombre no es más que un animal inteligente. Pero en la selva, muchos animales se deshacen de otros cuando éstos están débiles o enfermos. ¿Sería legítimo matar a un bebé por el hecho de haber nacido con alguna debilidad o defecto congénito? ¿o a la abuela cuando ya está muy débil? Y si no, ¿por qué no?



2. ¿Cuál es el propósito de la existencia humana?

Esta pregunta tiene que ser contestada antes de que podamos determinar si estamos viviendo como deberíamos vivir. Imaginémonos por ejemplo que alguien que nunca ha visto ni oído tocar ningún instrumento musical encuentra una flauta. Al no saber qué es, tal vez la utilice como una vara mágica, o para pegar a su perro. Y nosotros sólo le podemos decir que la utiliza mal si sabemos el propósito por el cual fue hecha. ¿Existe, pues, algún propósito detrás de la existencia del hombre en la tierra?

3. ¿Cómo debemos tratar el medio ambiente?

Si es posible ganar dinero para nosotros y para nuestros hijos a fuerza de contaminar los océanos, los ríos y el aire, los cuales están quedando profundamente dañados para las generaciones venideras, ¿por qué actuar de otra manera? ¿Por qué no hemos de explotar la naturaleza todo lo que podamos para nuestro disfrute inmediato? ¿Quién ha dicho que hay que tener en cuenta las generaciones venideras?

Todos sabemos cuáles son las respuestas que el ateísmo ofrece a estas preguntas; pero cabe señalar algunas de las respuestas que ofrece la Biblia. Volved a leer el texto de Génesis que corresponde a la lección de hoy.

II. Todo comienza con Dios

1. «En el principio Dios creó los cielos y la tierra», dice la Biblia

Aquí se nos enseña que el universo no existe desde siempre; tuvo un comienzo. Lo que es curioso es que hace algunos años muchos científicos creían que el universo existía desde siempre, y los hay que todavía lo creen. Sin embargo, actualmente la mayoría de los científicos opina que el universo tuvo forzosamente un principio.



2. Dios no se limitó a crear el universo

La Biblia dice que «él sustenta todas las cosas por la palabra de su poder» (Hebreos 1:3). Lo que nosotros llamamos las leyes de la naturaleza no son ni más ni menos que la operación constante de este poder divino que sustenta el universo.

Conclusión: ni el universo ni siquiera nuestra tierra son patrimonio nuestro: son de Dios. «*La tierra y todo lo que en ella hay son del Señor» (Salmo 24:1).* Nosotros no somos más que los arrendatarios de la tierra de Dios: no es nuestra. Por tanto debemos escudriñar la Biblia para descubrir en ella cuáles son los términos que Dios ha establecido para nuestro arrendamiento.

3. El propósito de la existencia del universo, de nuestra tierra y de nosotros, los seres humanos

Toda la creación, incluido el hombre, fue hecha para dar placer a Dios y para que se sometiese a su voluntad (Apocalipsis 4:11). La principal manera de saber si los seres humanos estamos viviendo como deberíamos es plantearnos la siguiente pregunta: «¿Hasta qué punto estamos cumpliendo la voluntad de Dios?».

III. La manera como Dios hizo el mundo

1. En la Biblia es mucho más importante la razón por la cual Dios creó el mundo que la manera como lo creó

Es muy importante comprender la diferencia entre estas dos cuestiones:

Ilustración: Imaginémosnos que María hace un pastel a su hermano. Las ciencias, desde la diétética hasta la biología, la química, la física y las matemáticas, pueden arrojar mucha luz sobre **la manera** como el pastel fue hecho. Sin embargo, por mucho que lo analicemos científicamente, no comprenderemos **por qué** María hizo el



pastel. De hecho, será imposible saber que hizo el pastel a su hermano a menos que ella misma decida decírnoslo. Del mismo modo, nuestra investigación científica nos puede aportar mucha información acerca de cómo el universo está compuesto, pero no nos puede decir nada acerca del propósito por el cual existe. Si el mismo Creador no nos lo dice, nunca comprenderemos por qué el mundo fue hecho. La Biblia, la cual es la respuesta del Creador a esta pregunta, por tanto, se centra principalmente en ella.

2. La Biblia dice algunas cosas muy interesantes acerca de cómo Dios hizo el mundo

La más fundamental entre estas cosas es que **lo hizo por su palabra**. Nótese cuantas veces en nuestro texto del libro de *Génesis* se repite la frase «Y Dios dijo» (ver también: *Juan:1-5; Hebreos 11:3*).

(a) Cuando nosotros hablamos, nuestras palabras expresan nuestra mente, nuestros pensamientos y nuestras intenciones. De la misma manera, al crear el universo por su palabra, Dios expresaba su mente, sus pensamientos y sus intenciones. Esta es la razón por qué cuanto más descubrimos acerca del funcionamiento de la naturaleza, más nos asombra su maravillosa racionalidad. El universo no es el resultado de fuerzas irracionales y sin propósito, como nos dice el ateo. Por todas partes encontramos evidencias de orden, de propósito y de racionalidad - la racionalidad de Dios expresada a través de su palabra creadora.

(b) Para expresarlo de otra manera, digamos que utilizamos las palabras para transmitir información. La repetición de las palabras: «Y Dios dijo» al principio de cada fase de la creación nos da a entender que la información necesaria para crear el mundo procedió de una inteligencia personal, Dios mismo, y que fue necesaria una nueva aportación de información para alcanzar cada nuevo nivel de complejidad. Esto encaja perfectamente con lo que nos dicen los científicos. Descubrimos, por ejemplo, que el mundo material, y



especialmente el mundo biológico, no está compuesto simplemente de materia, sino de materia que lleva información - hablamos del «código» genético.

(c) Esta racionalidad de la naturaleza también se refleja en el hecho de que, como la ciencia lo demuestra, la operación del universo se define en términos de leyes, a veces plasmadas en fórmulas matemáticas.

Nota histórica. Uno de los más grandes historiadores de la ciencia, *Sir Alfred North Whitehead*, ha señalado la contribución vital que ha representado la concepción bíblica del mundo al desarrollo de la ciencia moderna: *«Los hombres se hicieron científicos porque esperaban encontrar una ley en la naturaleza, y esperaban encontrar una ley porque creían en un Legislador».*

En el próximo artículo consideraremos las implicaciones de *Génesis 1* en lo que se refiere a la dignidad y al valor del hombre. Guardad el presente artículo a fin de poder referiros a él y al texto de *Génesis 1* cuando leáis el próximo.

La dignidad del hombre

(*Leed de nuevo el texto de Génesis 1*)

CAPÍTULO 3

I. El hombre - cumbre de la creación

1. La Biblia nos enseña que Dios es todopoderoso: puede hacer todo lo que se proponga. Podíamos haber esperado por tanto que la Biblia dijera que Dios creó el mundo en una sola acción. Sin embargo, esto no es lo que dice. Dice que lo creó en varias etapas. En cada etapa, además, aparece una forma de materia superior, mucho más organizada, y formas de vida cada vez más complejas y diversas.

2. Naturalmente nos preguntamos *¿Cuál fue la culminación de este proceso progresivo?* Y la respuesta es: ¡El Hombre! En lo que al mundo se refiere, el Hombre es la corona, la cumbre más alta de la creación de Dios. *Fue creado para ejercer dominio sobre toda la tierra y sobre todas las demás formas de vida que en ella había* (ver Génesis 1:26). La tierra fue creada como hogar para el hombre.



3. De esto se desprende que el hombre es más importante que cualquier otra cosa en toda la tierra. Cuando entras en tu casa, instintivamente das por sentado que tú mismo eres más importante que el edificio y los muebles. Ellos existen para ti; no existes tú para ellos.

Nota. Una dificultad que tienen muchas personas con una formación científica en cuanto a este relato de la creación es que parece dar a entender, si se lee superficialmente, que el universo entero se hizo en una sola semana. Sin embargo, no tenemos por qué sacar esta conclusión. *Génesis 1* es una narrativa sofisticada que no debe ser leída de manera superficial. Puesto que lo que nos concierne en este artículo es en primer lugar el origen de la ética, no es posible entrar en una discusión detallada acerca de este tema. Baste decir que el texto admite varias posibilidades; una de ellas es que pudo haber intervalos, de una duración indeterminada, entre los días de la creación, y que durante estos intervalos el potencial de cada uno de los actos creativos de Dios pudo desarrollarse. No debemos permitir que un debate acerca de cuestiones de tiempo nos ensombrezca la principal lección que enseñan estas etapas: es decir, que el hombre es la cumbre de la creación.

4. *Jesucristo mismo apuntó una de las implicaciones de esto: si Dios puso tanto cuidado en el embellecimiento de los árboles y de las flores, y en la alimentación de los pájaros, los cuales forman parte del hogar terrestre del hombre, evidentemente pondrá más cuidado en el hombre, habitante del hogar (Mateo 6:25-30).*

5. Además, nosotros somos más importantes que las grandes fuerzas materiales de las cuales depende nuestra supervivencia. Por ejemplo, no podremos vivir sin el sol y la luz que da. No obstante, instintivamente sabemos que somos más importantes y más significantes que el sol. Él fue hecho para nosotros, no nosotros para él. Es nuestro siervo, no un dios como creían muchos antiguos. No-



sotros sabemos que el sol está ahí, y sabemos cómo funciona; el sol no sabe que nosotros estamos aquí, ni cómo funcionamos.

II. El valor y la inviolabilidad del hombre

1. Vez tras vez *Génesis 1* nos dice que *Dios vio que todo lo que había hecho, incluido el hombre, era bueno.*

(a) Esto representa un contraste muy claro con respecto a lo que enseñan muchas de las *religiones orientales*, según las cuales la materia es algo muy inferior; que el Ser Supremo no fue quien la creó, y que nunca lo habría hecho, sino que tanto el cuerpo humano como todo el mundo material fueron creados por un «poder» inferior y menos sabio.

(b) Algunos *filósofos griegos* (e incluso algunos *teólogos*) han mantenido que el cuerpo, al ser material, es el «sepulcro», o la «cárcel», del alma, por lo cual contamina el alma que lo habita. Esta idea ha conducido a muchas actitudes insalubres hacia la vida.

(c) La Biblia en cambio enseña que el cuerpo humano es bueno en sí; y que todos sus apetitos naturales son buenos y existen para ser satisfechos (aunque también, por supuesto, controlados y no pervertidos).

2. *La Biblia* también enseña que el hombre, a diferencia de los animales, *fue creado a imagen de Dios* (Génesis.1:26-27)

(a) Esto significa, en primer lugar, que el hombre fue creado para ser el vicerrey de Dios entre todas las demás criaturas de la tierra, a fin de ejercer dominio sobre ellas, cuidarlas y ser, de hecho, el señor de la tierra.

(b) Esto conlleva una gran dignidad, y una gran responsabilidad. El hombre representa a Dios ante las demás criaturas. Por



tanto, no debe abusar de ellas ni causarles ningún sufrimiento innecesario.

(c) También se desprende de esto que toda vida humana es sagrada e inviolable. Puedes destruir tu ordenador si deja de funcionar, pues no es más que una máquina. Sin embargo, no debes matar a ningún ser humano, puesto que, según dice la Biblia (*Génesis 9:6*), *el hombre está hecho a imagen de Dios*. El hombre tiene un valor infinito.

(d) El valor de una persona no depende, además, de que sea inteligente, o rica, o poderosa, o hermosa, o sana, sino simplemente del hecho trascendente de que cada ser humano está hecho a imagen de Dios. Es por esta razón que no es lícito matar a los niños sin nacer mediante el aborto; ni a los niños recién nacidos por el hecho de que tengan algún defecto o deficiencia; ni a la abuela cuando envejece y se convierte en un problema. Ni debemos menospreciar a ningún ser humano, por muy pobre que sea: *«Quien menosprecia al pobre insulta a su Hacedor» dice la Biblia (Proverbios 14:31)*

(e) Por otra parte, Dios creó todas las razas y etnias a partir de una sola pareja de seres humanos (*Hechos 17:26*). No hay ningún ser humano inferior. Todas las personas, de cualquier raza, están hechas a imagen de Dios. Todo racismo, todo antisemitismo y toda opresión de cualquier minoría étnica son pecados y constituyen una afrenta a Dios, el Creador.

(f) Tanto las mujeres como los hombres están hechos a imagen de Dios. Los dos tienen el mismo valor a los ojos de Dios; las mujeres, por tanto, deben ser tratadas con el mismo respeto que los hombres; no deben ser maltratadas ni se debe abusar de ellas.

III. Una lección sacada de la creación

Si bien es verdad que el hombre fue creado como vicerrey de Dios en la tierra, *Génesis 1* nos enseña que Dios hizo el mundo



de tal modo que al hombre nunca se le olvidase su dependencia de Dios.

Consideremos un ejemplo: La luz es una necesidad básica para la vida, y Dios nos ha dado el sol como fuente de vida. *Génesis 1* aun dice más. No sólo establece una diferencia fundamental entre la luz y las tinieblas, sino también añade: «Y Dios llamó a la luz día, y a las tinieblas llamó noche.» Esta frase llama la atención por dos motivos:

(a) Dar un nombre a las cosas, y por tanto clasificarlas, se considera una de las principales actividades científicas. De hecho Dios, luego, encomienda al hombre la tarea de dar nombres a los animales (*Génesis.2:19*). A propósito, esto demuestra que el libro de Génesis, lejos de oponerse a la actividad científica, contiene un mandato por parte de Dios a hacer ciencia. De hecho, no es frecuente que sea Dios quien de nombres a las diversas partes del universo, como ocurre en este caso.

(b) La luz y el día no son idénticos, como tampoco lo son las tinieblas y la noche. Dios nos llama la atención sobre el funcionamiento del sistema de iluminación del mundo. Puesto que vivimos en un planeta giratorio situado a unos 150 millones de kilómetros del sol, la fuente de iluminación que constituye éste, es decir, nuestra luz, está racionada. Una vez cada día, lo queramos o no, desaparecemos del alcance de la luz y nos hundimos en las tinieblas. No hay nada que podamos hacer para evitarlo, sólo esperar hasta que la luz se nos vuelva a dar. Es decir, dependemos absolutamente de una fuente de luz externa. Dios no nos ha dado a nosotros fuentes de luz interiores como las ha dado a algunos gusanos, y a ciertas criaturas del fondo del mar.

(c) Si esto es verdad cuando se trata de la luz física, con todavía más razón se puede aplicar a la luz moral y espiritual que nosotros necesitamos para comprender el sentido de la vida, y vivir como



deberíamos. Esta luz tampoco reside dentro del hombre, a pesar de sus considerables poderes intelectuales. Y tampoco la constituye toda la sabiduría acumulada de toda la humanidad. Como dice la Biblia: *«Ya lo sé Señor, que el hombre no es dueño de sus caminos que nadie puede establecer su propio curso.»* (Jeremías 10: 23) Necesitamos recurrir a una fuente de luz y de sabiduría que es ajena a nosotros, y ajena a nuestro mundo, es decir, el propio Creador. Juan, el escritor nuevotestamentario lo expresa así: *«Dios es luz; en Él no hay tinieblas. Si decimos que tenemos comunión con Él y sin embargo andamos en tinieblas, mentimos y no vivimos según la verdad.»* (1Juan 1:5-6)

Sugerencia para la clase. Comenta con la clase lo que Jesús quería decir al afirmar ser «la Luz del mundo» (Juan 8:12; 9:5). Jesús además apuntó que la vida física es externa al hombre, y sacó una lección de ello. Leed el relato de *Juan 11* (especialmente los versículos 9 - 10) y comentad su significado.

Pero la Biblia tiene mucho que decirnos acerca de la creación del hombre, de la cual hablaremos en el próximo artículo.

¿Qué significa el hecho de ser humano?

(Leed Génesis 2:4-24)

CAPÍTULO 4

El segundo relato de la creación. Hay dos historias de la creación de la raza humana en *Génesis 1 - 2*. La primera, como ya lo hemos visto en los dos últimos artículos, presenta al hombre como la cumbre de la creación. Nos enseña que Dios creó al hombre a su propia imagen y semejanza, como representante suyo, para cuidar y cultivar la tierra a partir de una leal dependencia de su Creador. De este modo el hombre tiene un valor y una dignidad únicos. También vimos que este status que Dios concedió al Hombre lleva consigo unas implicaciones éticas muy importantes.

El segundo relato de la creación que se nos explica en el segundo capítulo de *Génesis*, complementa el primer relato, y de ningún modo lo contradice. Al haber sido escrito con un lenguaje al que no estamos acostumbrados, a primera vista nos puede parecer algo simple, como una explicación del sentido de la vida humana en comparación con otras filosofías humanas. Pero es precisamente en su sencillez donde estriba su genialidad. Paso a paso, con un lenguaje que resulta asequible a todo el mundo, se va componiendo un cua-



dro vivo de la vida humana, tal como Dios quería que fuese: llena de significado y de motivos de asombro.

Evidentemente, si vamos a poder disfrutar de la vida como Dios pretendía que lo hiciéramos, primero hay que saber exactamente qué significa la palabra «vida» en todas sus dimensiones: física, moral, espiritual y eterna. Éste es el propósito de la segunda historia de la creación: el de darnos una «definición» práctica de la vida a todos sus diferentes niveles, y proporcionarnos un marco dentro del cual podemos hacer frente a todas las consideraciones morales y éticas que se planteen.

Pero vayamos por partes. No es de extrañar que *Génesis 2* comience definiendo al hombre como un ser racional.

I. El hombre está hecho de materia

«Dios formó al hombre del polvo de la tierra» (2:7). Que se sepa, hasta la fecha, la composición química de la materia es igual en todo el universo. Nuestros cuerpos, por tanto, están hechos de la misma materia que el resto del universo. Estamos hechos, como lo han dicho algunos científicos, de polvo de las estrellas. Sin embargo:

II. El hombre es más que materia

«Dios sopló en su nariz aliento de vida» (2:7) Notemos:

1. De los animales también se dice que tienen «el aliento de la vida» (1:30) y a ellos también se les describe como «seres vivos» (1:20,24). En este sentido, por tanto, el hombre es igual que los animales.

Preguntas para el coloquio: ¿Cuál es la diferencia real entre la vida vegetal, la vida animal y la vida humana? ¿Qué es lo que constituye la vida humana? Por ejemplo: una persona gravemente herida



puede ser mantenida en vida mediante un sistema de soporte y de alimentación artificial aunque cerebralmente esté muerta. ¿Se puede afirmar que esta persona está viva? Vive en el mismo sentido en que un vegetal está «vivo»; pero ¿acaso es esto lo que entendemos por vida humana? Aparentemente, en el mismo ser humano se reúnen diferentes niveles de vida, y también de muerte.

2. La vida física continúa siendo un misterio. Sabemos que los componentes físicos tienen que estar presentes para que la vida sea posible, aunque no sabemos realmente en qué consiste la vida. No hay evidencia alguna de que ni siquiera el microorganismo más sencillo jamás pudiera haber surgido espontáneamente de la materia inorgánica por pura casualidad.

Cita: *«La posibilidad de que la vida apareciera en la tierra por casualidad es comparable a la probabilidad de que al pasar un tifón por un depósito de chatarra este se transformase se pronto en una fábrica de construcción de aviones Boeing 747.»* (Professor Sir Fred Hoyle, matemático y astrónomo)

3. La maravilla de la vida. Es importante transmitir a nuestros alumnos que la vida, sea de plantas, animales o de seres humanos, es una de las maravillas del universo. El ojo, el ala de un pájaro, o el baile mediante el cual las abejas de escolta comunican a las demás la dirección y la distancia de una fuente de polen, son ejemplos de una ingeniería compleja y muy inteligente. La manera como cada detalle del cuerpo de un bebé se desarrolla en el lugar y en el momento precisos, (de poco serviría que el ojo se desarrollase antes de que tuviera una cabeza que lo alojase) es una obra asombrosa de diseño de precisión, y de organización esmeradísima, especialmente si se tiene en cuenta que toda la información que hace falta para el desarrollo de un bebé está contenida en dos células diminutas procedentes de sus padres.

Tales consideraciones deberían producir, en la mente de cualquier persona normal, asombro, deleite y adoración ante la sabidu-



ría del Creador, como ocurrió al *poeta hebreo* que escribió las siguientes palabras: «*Tu formaste mis entrañas; Tú me hiciste en el vientre de mi madre. Te alabaré; porque formidables son tus obras: estoy maravillado, y mi alma lo sabe muy bien.*» (Salmo 139:13,14). Cuanto más experimentamos esta maravilla, más valor tendrá la vida para nosotros, y más respeto le tendremos. La ausencia de cualquier sentimiento de gratitud al Creador, según nos dice la Biblia en Romanos 1:21, es un primer paso hacia el menosprecio de la vida, con todas las horribles consecuencias que ello conlleva.

4. Implicaciones éticas. A los jóvenes se les tiene que recordar que el cuerpo y cerebro humanos constituyen un equilibrio muy delicado, y que, por tanto, tienen que ser tratados con mucho esmero. De ahí que tenemos el deseo innato de comer, y en cuanto comemos se va manteniendo nuestra vida física. Pero tarde o temprano muchas personas sienten la tentación de abusar de sus cuerpos de maneras a la vez nefastas y engañosas. Lo hacen porque se les brinda felicidad, excitación y una escapatoria instantánea del aburrimiento o de sus preocupaciones, mientras en realidad esto conduce, a largo plazo, a la destrucción de la ingeniería tan precisa y delicada del cuerpo y del cerebro, e incluso puede causar la muerte.

Ejemplos. Explica a tus alumnos lo maravillosamente diseñados que están los pulmones. Luego enséñales fotos de los terribles estragos causados por el tabaco. Esto servirá para que vean de una manera impactante lo necio que es destruir los pulmones de este modo. Enséñales lo complejo que es el hígado como máquina de tratamiento de materias químicas, y luego enséñales los efectos de un consumo excesivo de alcohol, y así tal vez les puedes ayudar a no estropear su capacidad de gozar de la vida. Lo mismo también se puede decir del cerebro, y la manera como la asombrosa red neurológica que rige puede ser estropeada por la droga. Igualmente la promiscuidad sexual puede conducir a la enfermedad tan horrenda y temida que es el SIDA. En algunos países occidentales



nacen un número cada vez mayor de bebés infectados del SIDA desde el vientre de su madre, y de otras enfermedades relacionadas con el consumo de drogas.

Esta clase de advertencia es de mucha importancia; sin embargo:

5. Un sistema ético que se construya a partir del cuerpo humano como máquina biológica será bueno, pero no es suficiente. El cuerpo humano no es simplemente una máquina biológica que se produjo como consecuencia de la actuación de fuerzas ciegas y arbitrarias sobre la materia inorgánica. Si fuera así, sería una necesidad estropear esta máquina; pero una vez destruida, ya estaría. Sin embargo, nuestro cuerpo es mucho más que esto. Es un regalo diseñado por nuestro Creador y después entregado a nosotros.

Ilustración: Si un señor muy rico me diera un coche, y yo luego lo estropease al echar arena en el depósito de gasolina, evidentemente sería un necio. Además un acto así sería un insulto al amigo que me lo hubiese dado, y se enfurecería con razón. Asimismo, si destruimos nuestro cuerpo, un día tendremos que dar cuenta a Dios por ello. Porque, según dice la Biblia, la muerte no es el fin de la existencia. Habrá una resurrección; y *cada uno recibirá según lo que ha hecho mientras estaba en la carne (2 Corintios 5:10)* Si además de abusar de nuestro cuerpo, también estropeamos el de otras personas, no esperemos que Dios permanezca indiferente ante ello. Y ¿qué diremos de los millones de abortos que se realizan cada año?

6. Por supuesto, todos hemos pecado contra nuestro cuerpo de algún modo u otro. La buena nueva es que hay esperanza. El Dios que hizo nuestro cuerpo tiene un plan para lograr nuestra salvación, y para la redención del cuerpo humano. De ello hablaremos más en otro artículo. Mientras tanto consideraremos:



III. La creatividad del hombre y su sentido estético

Cuando Dios encargó al hombre la tarea de cultivar la tierra, primero plantó un jardín en un lugar de la tierra, y allí colocó al hombre para cuidar la tierra y velar por ella (2:5-15). Por supuesto, la tierra sin cultivar no tenía nada de malo; sin embargo, cuando alguien toma una parte de la naturaleza silvestre y sin cultivar, y la trabaja con arte y destreza hasta convertirla en un lugar de belleza ordenada, el resultado es un jardín. Además, Dios colocó en el jardín no sólo árboles que eran capaces de satisfacer el hambre físico del hombre, sino también árboles hermosos para ver, capaces de satisfacer el sentido estético del hombre. Esto nos recuerda que:

1. El hombre es capaz de apreciar lo bello simplemente por el hecho de ser bello. A las personas de todas partes del mundo les encanta un jardín, y están dispuestas a invertir mucho esfuerzo para conseguir uno no sólo como fuente de alimentos, sino por su belleza.

2. No hay ninguna evidencia de que los animales posean cualidades genuinamente creativas o estéticas. No hay animales capaces de hacer el equivalente de crear un jardín. Una nutria trabajará la naturaleza para construir un dique a través de un río. Pero lo hace para sobrevivir y conseguir alimento. Los animales y los pájaros parecen ser atraídos por el color durante la temporada de apareamiento, pero ni los animales ni los pájaros parecen tener ningún interés en la creación de la belleza por sí sola, como lo tienen los seres humanos. Ni tampoco tienen la capacidad de crear cosas desconocidas por sus antecesores.

3. Por supuesto, no todo el mundo crea un jardín. Los nómadas y muchos habitantes de las grandes ciudades prescinden de ellos, sea por elección o por necesidad. Pero los nómadas adornan sus herramientas y utensilios; a los habitantes de las ciudades les encantan las flores, el arte y la ropa atractiva; y las ciudades a menudo están llenas de arquitectura majestuosa.



4. La creatividad, pues y un sentido estético son dos rasgos que el hombre, de una manera limitada, comparte con su Creador. Son un reflejo de la imagen de Dios en el hombre. También constituyen un elemento magnífico de la vida humana.

5. La historia de la humanidad es la historia de la creciente invención creativa en casi todas las áreas de la actividad humana. Esto ha marcado el progreso del hombre en la ciencia, la tecnología y las matemáticas, así como en el arte y la cultura. Es la historia del hombre que imita a su Creador.

6. Otro aspecto de la actividad del hombre en el jardín es el hecho de que se trataba de trabajar. El trabajo, en el sentido de la actividad organizadora, y con propósito, hace mucho bien al ser humano. Desempeña un papel saludable e importante en el desarrollo de la vida. Una persona sin trabajo con razón se sentirá muy frustrada.

7. Pero ¿qué hay que decir cuando el hombre, en lugar de producir la belleza en un jardín, asola la tierra, convirtiéndola en un desierto, contaminando los ríos, agujereando la capa de ozono y poniendo el planeta en peligro, estropeando así el hábitat que Dios ha provisto para él? De este modo, la Biblia nos insta a que actuemos de manera responsable ante el medio ambiente, a fin de evitar la destrucción del equilibrio ecológico.

La Biblia aún tendrá más que decirnos acerca de su «definición» de la vida, como veremos en el próximo artículo.

¿Qué significa el hecho de ser humano?

(Leed *Génesis* 2:18-25)

CAPÍTULO 5

En el artículo anterior hemos observado que el libro de *Génesis* define diferentes niveles de vida, haciendo hincapié en aquellos rasgos que resaltan al hombre como criatura hecha a imagen de Dios, y llevándonos a considerar las implicaciones éticas que tienen estos rasgos. Recogemos estas consideraciones, con algunas reflexiones en torno a los niveles de vida superiores a los cuales *Génesis* nos llama la atención.

La creación de la mujer. El *Génesis* nos dice que, cuando Dios hizo a la mujer como compañera del hombre, primero trajo a todos los animales delante de él. El hombre, *Adán*, les puso un nombre a todos, demostrando de este modo su superioridad sobre ellos. Sin embargo, entre los animales no había ninguno que pudiese ser compañero compatible para él. Estaba solo. No tenía a nadie con quien hablar, con quien compartir su disfrute de la belleza de la creación. Esta historia profunda apunta dos niveles más de vida en los cuales el hombre se diferencia de los animales, y que hacen que la vida humana sea realmente humana y maravillosa.



I. El lenguaje

En primer lugar está el lenguaje, tal como vemos reflejado, por el hecho de que el hombre pone nombres a los animales. No hay ninguna evidencia de que los animales, ni siquiera los pájaros, compartan con el hombre la capacidad de emplear el lenguaje. Algunos de ellos tienen una capacidad limitada de comunicarse. Pero ninguno de ellos tiene nada que se pueda comparar con el lenguaje humano. La genialidad del lenguaje humano estriba en la capacidad que tenemos de emplear un sonido arbitrario, no necesariamente onomatopéyico, para referirnos a un objeto, a un conjunto de objetos e incluso para expresar ideas abstractas. Por tanto, el sonido (es decir la palabra hablada) «perro» en castellano («dog» en inglés, «chien» en francés, «sobaka» en ruso) significa o un perro concreto o bien todo el género de animales que pertenecen a dicha especie. Asimismo, casi todos los idiomas cuentan con sonidos que se refieren a conceptos abstractos como la justicia, la belleza y la verdad.

El lenguaje requiere y facilita la capacidad de pensar analíticamente, de clasificar las cosas y dividir las en sus diferentes categorías, de pensar en términos abstractos, y de pensar y argüir racionalmente. Nos permite expresar nuestros sentimientos y emociones de maneras mucho más sofisticadas que mediante los gestos físicos y los gruñidos. ¡Compárese la maravilla de la poesía amorosa con las pocas «expresiones» de afecto de las que es capaz un león con su pareja! ¡Los animales no escriben libros! En cambio, piénsese por un momento en algunas de las obras maestras que han sido creadas por autores como Cervantes, Shakespeare o Tolstoi.

Las diferencias entre el lenguaje humano y la comunicación entre los animales demuestran una importante discontinuidad entre el hombre y los animales. *Charles Darwin* se equivocó al pensar que el habla humana había evolucionado a partir de ruidos producidos por animales y gestos portadores de sentimientos. Durante la década de los setenta y ochenta de nuestro siglo, la investigación lingüística ha



demostrado que solamente los seres humanos tenemos la capacidad de combinar la fonética y la gramática. Hasta un niño de cinco años es capaz de construir frases totalmente nuevas, y que transmiten ideas que son a la vez espontáneas y creativas. Además, los antropólogos lingüísticos que han analizado las lenguas de tribus supuestamente primitivas han descubierto que la estructura de estas lenguas es tan compleja como la del castellano moderno, del inglés, o del griego antiguo. La investigación lingüística no presenta evidencia alguna de una evolución lingüística entre las especies.

El lenguaje, entonces, demuestra que el hombre está hecho a imagen de Dios. Hace posible una comunicación y comunión amorosa, consciente, personal no sólo entre el hombre y sus semejantes, sino también entre el hombre y Dios. Se nos dice que Dios descendía al jardín y hablaba con el hombre, y el hombre con Dios. En esta comunicación entre Adán y su Creador no había miedo, fue una comunicación inteligente, caracterizada por el amor. Daba expresión a la comunión que existía entre ellos. La comunicación entre el hombre y Dios es la cumbre de la vida humana. Cada uno de nosotros tenemos acceso a ella. Dios habla con nosotros a través de las palabras de la Biblia y mediante la oración, cada uno de nosotros podemos expresar directamente a Dios nuestros pensamientos más íntimos. Es muy triste cuando una persona que tiene vida física no puede comunicarse con los seres queridos que tiene alrededor suyo, sea a causa de un accidente o de una embolia, o por cualquier otro motivo. Es aún más triste cuando una persona que goza del uso pleno de todas sus facultades nunca habla con Dios, ni permite que Dios le hable. Esta persona está muerta a uno de los más altos niveles de la vida humana.

Preguntas para el coloquio:

1. Pregunta a tus alumnos ¿qué es lo que para ellos hace que el lenguaje humano sea único?



2. En el *Nuevo Testamento*, a Jesucristo, el Hijo de Dios, se le dio el nombre «el Verbo de Dios» (Juan 1: 1-14). ¿Qué significa este título?

II. La relación con el cónyuge

El segundo nivel del que habla este texto de Génesis respecto de lo que significa ser auténticamente humano tiene que ver con la relación con la persona con quien elige pasar su vida: su cónyuge. Dios reconoció que no era bueno que el *hombre estuviera solo*. El hombre, creado a imagen de un Dios que ama, necesitaba a alguien a quien amar. Sin embargo, Dios quería que el amor entre el hombre y su esposa fuera algo mucho más noble y profundo que el mero apareamiento físico con fines reproductivos. El amor involucra no sólo una coincidencia intelectual y emocional y una atracción física recíproca, sino también una decisión de la voluntad. Si amas a una persona, antepones las necesidades y deseos de la otra persona a los tuyos propios, y le eres absolutamente fiel, de modo que ella pueda sentirse completamente segura en tu amor hacia ella. Además, al crear al hombre y a la mujer Dios quiso compartir con ellos el gozo de la capacidad creadora. No siguió creando más y más individuos, sino que concedió al hombre y a la mujer la capacidad de procrear, de traer hijos al mundo. Quería que conociesen el gozo y la responsabilidad de tener hijos.

Dios dio a Adán una mujer de quien podía decir: «*Esto es ahora hueso de mis huesos y carne de mi carne*» (2:23). No hizo falta decirle que ella no era como los animales. Ella, *también creada a imagen de Dios* (1:27), no era ni inferior ni superior a él, sino maravillosamente diferente.

Se desprende del *Génesis* que Dios quiso que el matrimonio fuese una relación muy especial, e incluso sagrada. El compromiso para toda la vida entre el esposo y la esposa, y su fidelidad el uno con el otro, tiene como finalidad ser una fuente de estabilidad para la familia, aquella unidad esencial de la sociedad (2:24). Y si las células indi-



viduales del organismo de la sociedad son sanas, también será sana la propia sociedad.

Hoy día estamos asistiendo a un desacato cada vez más extenso a las normas morales y espirituales, el cual se extiende a cada área de nuestra vida cotidiana como si de un cáncer se tratara: tasas de delincuencia cada vez más elevadas, casos horripilantes de abusos a niños, la indiferencia ante el bien y el cultivo del mal a una escala sin precedentes. Gran parte de este escenario se puede atribuir directamente a la desintegración de las células societales que constituyen las familias. Cuando la sociedad abandona toda creencia en las normas morales y éticas absolutas y en el carácter sagrado del matrimonio, no nos debe sorprender que las consecuencias sean trágicas. La relación esposo-esposa no es fruto de la evolución de las convenciones de la sociedad: fue creada por Dios. Si manoseamos esta relación, atengámonos a las consecuencias.

Ilustración: Hasta los niños tienen algo que tiene un valor muy grande para ellos, algo que cuidan y protegen con mucho cariño. Los adultos quizás tengan algo de gran valor en su casa, como un regalo muy especial o una pieza de porcelana. No se les ocurriría hacer mal uso de estas cosas; son demasiado valiosas. Sin embargo, esto es precisamente lo que hace mucha gente de nuestra sociedad muy a menudo. Tratan el matrimonio como si fuera un juego trivial, y abordan el divorcio como una salida fácil, sin que cuente para nada el resultado trágico en el seno de la familia y concretamente en los niños, quienes así se ven desprovistos de la estabilidad emocional que necesitan.

Es por esto por lo que la pornografía desvirtúa la sexualidad y reduce al ser humano al nivel de los animales. La práctica de la homosexualidad y del lesbianismo son una perversión del diseño del Creador para el cuerpo humano. *La Biblia condena estas prácticas (Romanos 1:24-28)* Y la razón no es que Dios sea un déspota aburrido que no soporta que los seres humanos disfruten de la vida, sino



justamente por el motivo contrario. Dios, quien inventó la vida humana y la sexualidad, nos ama, y puesto que nos ama, ha establecido estas reglas fundamentales, con la intención de que podamos disfrutar al máximo de las relaciones de la vida.

La *Biblia* afirma que el matrimonio forma parte de la creación de Dios, y tiene mucho que decir acerca de lo saludable y lo hermoso que es. Además, la Biblia lo recoge como imagen de la relación de Cristo hacia su pueblo, tanto ahora (*Efesios 5:22-23*) como en la eternidad (*Apocalipsis 19:7-9*).

Preguntas para el coloquio:

1. Considerad algunas de las maneras cómo los hombres y las mujeres se complementan mutuamente.

2. ¿Qué tiene que ver la estabilidad del matrimonio con la salud de la sociedad?

3. Considerad lo que dice el *Nuevo Testamento* acerca de la actitud de Jesús hacia las mujeres en comparación con la de sus contemporáneos (*Juan 4:1-42*) y su actitud hacia el divorcio. (*Mateo 19:3-12*).

La tentación, caída y alienación del hombre

(*Leed Génesis, cap. 3*)

CAPÍTULO 6

Hay evidencias por todas partes de que algo anda muy mal en la humanidad. La pregunta que se impone es la siguiente: ¿Cuál es la causa exacta de nuestra condición? Hasta que no se llegue a un diagnóstico fiable del problema, todos los esfuerzos por solucionarlo serán insuficientes; y toda esperanza de construir un mundo permanentemente mejor resultará haber sido un sueño. Algunos mantienen que la causa del mal en el mundo y del problema de la humanidad es el hecho de que la humanidad aún no ha evolucionado suficientemente. Si le damos el tiempo que necesita, el hombre acabará convirtiéndose en la clase de criatura que todos deseamos que sea. Sin embargo, cuando analizamos la evidencia de los últimos seis mil años, la conclusión que se impone es que, si bien es verdad que hemos realizado unos avances gigantescos en los campos de la ciencia y la tecnología, la humanidad en conjunto no es ni menos egoísta, ni menos malévola, ni menos cruel, ni menos corrupta que en cualquier época de la historia humana. En esta lección, por tanto, miraremos la explicación que ofrece la Biblia acerca del origen del problema, y a partir de aquí consideraremos el reme-



dio que expone. Pero, en primer lugar, hay que considerar otro aspecto maravilloso de lo que significa el hecho de ser humano, según enseña la Biblia.

I. La capacidad humana de tomar decisiones morales

1. El hecho del libre albedrío

El *Génesis* nos enseña que todos los árboles del Jardín de Edén fueron puestos para el deleite y el disfrute del hombre, a excepción de uno: Dios prohibió al hombre estrictamente comer del fruto de este árbol, y le advirtió que en caso de desobedecer y comer, moriría. Pero el mismo hecho de que Dios tuviese que advertir al hombre con respecto a las consecuencias de la desobediencia nos muestra que Dios había hecho al hombre de tal modo que existía la posibilidad de desobedecer si así eligiera. Dicho de otra manera, Dios había creado al hombre con libre albedrío.

2. La necesidad del libre albedrío para la moralidad

El *Génesis* nos dirá en este capítulo que todo el mal que hay en el mundo arranca, en último término, del hecho de que el hombre utilizó su libre albedrío para desobedecer a Dios, e introdujo en el mundo el principio y poder del mal, lo cual en la Biblia se llama pecado. La siguiente pregunta se impone: ¿no pudo Dios prever que haría mal uso de su libre albedrío? ¡Claro que sí! Entonces, ¿por qué se lo dio? La respuesta es que siendo un Dios de amor, no quiso crear al hombre como una maquina biológica, capaz de funcionar únicamente por instinto e incapaz de realizar ninguna acción genuinamente libre. Si una abeja pica a un conductor de autobús y desencadena un accidente mortal, no llevamos a la abeja ante los tribunales, acusándola de cometer un crimen. No tiene posibilidad alguna de elegir: pica por instinto. Otra cosa sería si un pasajero



apuñalase a un conductor: a lo mejor tiene un odio instintivo al conductor; sin embargo, puede elegir apuñalarlo o no.

Además, Dios quería que el hombre fuese un ser mucho más noble que un animal. Por ejemplo, se puede entrenar un perro, como lo hizo *Pavlov*, a no comer un trozo de carne hasta que su amo le diese la señal. Pero si a consecuencia de ello el perro se abstiene de robar un bistec al vecino, lo hace simplemente porque la experiencia anterior ha dejado grabado en su memoria y en su sistema neurológico que si se hace con un trozo de carne sin recibir la luz verde por parte de su amo, recibe una paliza muy dolorosa. El perro no sabe qué significa robar, ni por qué no es correcto hacerlo; no sabe por qué su amo le prohíbe comerse el bistec del vecino. Al crear al hombre, Dios quería crear a un ser que fuera capaz de aprender los motivos que hay detrás de los mandamientos y las prohibiciones, del mismo modo como un niño puede aprender de sus padres los motivos que hay detrás de las exigencias y las prohibiciones que le imponen; a fin de que la obediencia del hombre sea inteligente, y a la vez, gracias al libre albedrío, genuinamente libre.

3. La importancia del libre albedrío para el amor

Ante todo, al crear al hombre, Dios buscaba a seres que pudiesen amarlos de verdad; lo cual implicaba que habían de tener la capacidad de elegir y decidir libremente; el amor que sea forzado o mecánico no es amor verdadero. Por tanto, el hombre debe ser genuinamente libre para elegir amar y obedecer a Dios. Si un robot entra en tu habitación, te da un abrazo mecánico y te dice con su voz mecánica, «te amo», o te echarías a reír o bien lo rechazarías con repugnancia. ¿Por qué? Porque sabrías que el robot sólo te está diciendo exactamente lo que ha sido programado a decir. No tiene libertad para tomar la decisión consciente de amar; ni para rebelarse conscientemente contra las instrucciones que ha recibido por parte de su programador. Y Dios quiere que el hombre sea infinitamente más que un robot. Alguien podría preguntar: «¿No habría sido mejor si Dios



hubiese hecho al hombre igual que una máquina o un animal? La respuesta es muy sencilla: ¿cuál de nosotros estaría dispuesto a renunciar a su libre albedrío humano para convertirse en una máquina?

Una ilustración: El fuego es muy peligroso. Un padre o una madre que realmente ame a su hijo le prohibirá encender o acercarse al fuego, al menos hasta que haya podido enseñar al niño la destrucción que el fuego puede causar si no se le tiene respeto. Del mismo modo, Dios prohibió al hombre, aún en su estado de inocencia, comer del Árbol de la Ciencia del Bien y de Mal. No se nos explica qué pasos Dios habría tomado para enseñar al hombre los resultados destructores de una hipotética desobediencia, y para que el hombre pudiese aprender a evitar el Mal, en caso de que el hombre no hubiese desobedecido. Porque el hombre escogió actuar independientemente de Dios, y lo desobedeció; por tanto, aprendió a través del intenso sufrimiento personal cuáles son las terribles consecuencias del Mal. ¿Por qué actuó el hombre de esta manera?

II. La tentación y la caída del hombre

Para mucha gente, la historia bíblica de la manera como el Diablo, convirtiéndose en serpiente, tentó al hombre a desobedecer a Dios parece más bien un cuento de hadas; pero si analizamos la manera cómo la tentación se fue desarrollando, resulta ser un espejo verdadero de la vida real.

1. La primera estrategia del Diablo

Exageró la prohibición divina a fin de retratar a Dios como un aguafiestas cruel y atormentador. «¿Con que Dios os ha dicho», preguntó, aunque por supuesto sabía muy bien que Dios nunca les había dicho nada por el estilo «que no debéis comer del fruto de ningún árbol del huerto?». La mujer lo corrigió; sin embargo, esta exageración por parte del Diablo sigue siendo creída por mucha gente hoy en día: no



quieren saber nada de Dios, ni pensar en él siquiera, puesto que se imaginan que el hecho de creer en Dios pondría fin a todo su placer.

2. La segunda estrategia del Diablo

Desmintió directamente la palabra de Dios. «*No moriréis*», dijo, «*si desobedecéis a Dios. El motivo de esta prohibición es que si coméis este fruto, os serán abiertos los ojos. Seréis como Dios, conociendo el bien y el mal. Ya no tendréis que depender de Dios; podréis decidir por vuestra propia cuenta lo que está bien y lo que está mal. Por tanto, hay que asestar un golpe para la libertad y la independencia moral. ¡Tomad vuestras propias decisiones! No dejéis que sea Dios quien decida por vosotros!*»

Lo que el Diablo no les dijo, naturalmente, fue que al desobedecer el mandato divino, y actuar independientemente de él, admitirían en su personalidad la fuerza poderosa y malévola del pecado, la cual ellos mismos no serían capaces de dominar. Una vez admitida, esta fuerza los esclavizaría y acabaría por destruirlos. Y hasta el día de hoy, mucha gente sigue engañada por el Diablo. ¿Cómo se explica, si no, el hecho de que muchos se imaginen que están asestando un golpe para la libertad al destruirse físicamente mediante el alcohol, las drogas y la promiscuidad sexual, y psicológicamente a causa de la envidia, los celos, el rencor, la malicia, el odio, la mentira, las trampas y el resto de esta nefasta compañía?

3. La tercera estrategia del Diablo

Logró que la mujer se fijase atentamente en el árbol. Enseguida vio que el fruto era bueno para comer, agradable a los ojos, y codiciable como fuente de sabiduría; es decir, podría aportarle satisfacción física, estética e intelectual. Y el Diablo le insinuó que si consiguiera estas tres clases de satisfacción, tendría todo lo que le hacía falta para disfrutar al máximo de la vida. No necesitaba a Dios, y no tenía por qué escuchar su palabra ni preocuparse por su prohibición. Hoy día, mucha gente sigue pensando lo mismo.



Sin embargo, era, y es, mentira. *La Biblia dice (Deuteronomio 8:3), y Jesucristo lo repitió (Mateo 4:4): «No sólo de pan vivirá el hombre, sino de cada palabra que procede de la boca de Dios».*

Ilustración: Supongamos que como muestra de amabilidad decides entablar amistad conmigo. Para poner el proceso en marcha, me invitas a cenar. Vengo a tu casa y disfruto de la comida, de los cuadros colgados en la pared y de la música de fondo. A pesar de todos tus esfuerzos por iniciar una conversación conmigo, me empeño en hacer caso omiso e incluso permanezco indiferente a tu presencia conmigo en la mesa. Cuando me pides cuenta de esta conducta tan extraña, digo que el placer físico de la comida, y el placer estético e intelectual que me dan los cuadros y la música son lo único que me interesa. Pero tú, la persona que me has provisto de todas estas cosas, no me interesas en absoluto: por lo que a mí hace, podrías estar muerto. ¡Qué necio sería! Por muy buenos que sean los alimentos, los cuadros y la música, disfrutar de ellos y al mismo tiempo rechazar la amistad y la comunión contigo es rechazar lo que realmente significa aquella cena, y perder, por tanto, la auténtica satisfacción que representa.

III. Las consecuencias de la caída

El resultado de la desobediencia del hombre era inevitable, y fue fulminante. Se estropeó su disfrute de la vida en el sentido más elevado. La próxima vez que sintieron la voz de Dios mientras caminaba en medio del Jardín, tuvieron miedo. En lugar de recibir con entusiasmo la presencia y la conversación de Dios y la posibilidad de comunión con él, como el placer más sublime e intenso que la vida puede brindar, se apresuraron para huir de él. Se sentían desnudos. Es cierto, por supuesto, que Dios justamente los había hecho desnudos, y no pasaba nada. Sin embargo, su desobediencia había dado lugar, en su fuero interior, a sentimientos de culpa: y se sentían indignos de permanecer en la presencia de Dios; intentaron cubrirse con hojas de higuera, pero intuyeron que era inútil. Luego intenta-



ron esconderse de Dios entre los árboles del huerto. pero también fue en vano; porque Dios los citó para que se encontraran con él, y tuvieron que acudir a la cita, y presentarse delante de Dios. Lo que Dios les dijo, y lo que hizo, y cómo, en lugar de destruir la humanidad a causa de su rebeldía, les apuntó el camino hacia el perdón, y les dio esperanza para el futuro, todo esto lo tendremos que dejar para los siguientes artículos.

Baste decir, a título de conclusión, que una de las evidencias de que el hombre es un ser caído, sigue siendo el hecho de que tan sólo la idea misma de Dios produce en mucha gente sentimientos muy incómodos de temor y culpabilidad, e incluso de un resentimiento virulento. La *Biblia* define esta condición nuestra como *muerte espiritual*. Según la Biblia, esta alienación del hombre con respecto a Dios es la raíz de todo el mal de la humanidad.

El camino de la esperanza y la restauración

(*Leed de nuevo Génesis, cap. 3*)

CAPÍTULO 7

I. La victoria tras la derrota

Cuando el hombre, en su necesidad, se rebeló contra Dios, habría sido comprensible que Dios decidiese acabar con él, y luego comenzar de nuevo con otra clase de ser completamente diferente.

Sin embargo, lo que hizo fue precisamente lo contrario. No sólo mantuvo su plan original, con el hombre como su representante real en la tierra, sino que proclamó que sería mediante el hombre como fracasaría el intento por parte de Satanás de desbaratar los propósitos de Dios. Dirigiéndose a la serpiente, la cual el Diablo había utilizado para engañar a la mujer, declaró: «*Pondré enemistad entre ti y la mujer, y entre tu semilla y la suya: él aplastará tu cabeza, y tú le herirás el calcañar.*» (3:15) Sin duda estas palabras reflejan la aversión que sienten los seres humanos hacia las serpientes a través de los siglos; pero la promesa de Dios aprovecha esta aversión para simbolizar la lucha encarnizada que se iniciaría a partir de este momento entre el hombre y Satanás. El principal campo de batalla sería el corazón de los



hombres, mientras Dios trabajaba para volver a conquistar la lealtad del hombre, y Satanás luchaba para afianzar su dominio. Pero al contemplar esta profecía desde el período posterior al nacimiento, la vida, la muerte y la resurrección de Jesucristo, el *Nuevo Testamento* da a entender que la semilla prometida de la mujer se refiere, en un sentido especial, a él, puesto que él nació de una mujer humana, pero no de un padre humano (*Lucas 1:35*). Era verdaderamente hombre, pero al mismo tiempo Dios encarnado. «*Tentado por el Diablo en todo, igual que nosotros, lo venció (Mateo 4:1-11; Juan 14:20; Hebreos 4:15), y se mantuvo firme en su compromiso de absoluta y perfecta obediencia a Dios hasta la misma muerte. Además, sin pecado propio, pagó con su muerte la pena incurrida por los hombres a causa de su pecado, a fin de que el hombre se pudiera reconciliar con Dios y recuperar el Paraíso. Durante esta lucha encarnizada, el Diablo, igual que una serpiente, heriría a Cristo el calcañar; pero Cristo, como Hombre, aplastaría la cabeza de la serpiente en nombre de toda la humanidad, y así ganaría una victoria que sería eterna.*

En un famoso texto del *Antiguo Testamento* (*Salmos 8*), el cual tiene como propósito contestar la pregunta «¿*Qué es el Hombre?*», el poeta remarca el hecho de que en un principio *Dios hizo al hombre un poco inferior a los ángeles, pero que lo coronó con honra y gloria y puso todas las cosas bajo sus pies*. Siglos más tarde, el escritor de *La Carta a los Hebreos* en el *Nuevo Testamento* repite esta misma afirmación e insiste en que significa exactamente lo que dice: «*Al poner todas las cosas bajo sus pies, y nada dejó que no sea sujeto a él*» (*Hebreos 2:8*). Ahora bien, suponiendo que ésta fue la intención original de Dios, no cuesta trabajo ver que algo va mal. El mal y la enfermedad rondan todas las partes del mundo. La posición del hombre como dueño del mundo está muy lejos de ser un hecho incontestable. El mismo escritor lo admite: «*todavía no vemos que todas las cosas le sean sujetas.*» Por tanto ¿hay que renunciar a toda esperanza de volver a entrar en el paraíso? ¡Por supuesto que no! Porque el plan, como dice el escritor, lejos de haber sido abandonado, ya avanza a marchas forzadas hacia su cumplimiento. «*pero vemos a Jesús, hecho un poco menor que los ángeles, coronado*



de gloria y honra, a causa del padecimiento de la muerte, para que, por la gracia de Dios, gustase la muerte por todos», de modo que el perdón y la restauración son una realidad. Además, el hombre Jesús ya ha sido coronado de gloria y honra. Su resurrección, ascensión y glorificación son la garantía de que el resto del plan de Dios se cumplirá en toda su plenitud, y que el hombre volverá a ejercer dominio sobre un universo libre del mal.

Sin embargo, aquí se impone una pregunta. Si Dios tenía la intención desde el principio de enviar a Cristo al mundo como el Salvador de la raza humana, ¿por qué no lo hizo justo en el momento en que Adán y Eva pecaron? ¿Por qué esperó tantos siglos antes de enviarlo?

II. La necesidad de descubrir lo que implica el pecado

Ilustración. Nadie irá al médico para que lo curen si no esta convencido de que está enfermo. Algunos tipos de cáncer comienzan como un punto muy pequeño de dolor, o como una mancha negra, a penas visible, en la piel; puesto que no parecen tener ninguna importancia, la gente piensa que desaparecerán por su cuenta. Sólo cuando, al cabo de varios meses o años, este punto o mancha evoluciona y se presenta como algo mucho más importante, la persona que lo tiene acude al médico.

Ahora bien, si en el momento en que Adán y Eva usaron su libre albedrío para desobedecer a Dios, Dios hubiese intervenido milagrosamente a fin de impedir que su pecado acarrase las consecuencias que iban implícitas en él, Adán y Eva nunca habrían comprendido lo grave que es ejercer mal el libre albedrío. Más bien habrían llegado a la conclusión que, decidiesen como decidiesen, el resultado sería más o menos el mismo. Tuvieron que aprender que aquel acto de desobediencia -sin decir nada de los que cometerían a continuación- fue suficiente; no sólo para



estropear su propia vida, sino para envenenar y echar a perder todas las generaciones posteriores. Únicamente así llegaría la raza humana a odiar el pecado, arrepentirse de él y aceptar la salvación en cuanto Dios se la ofreciese. Y únicamente así aprendería el hombre a utilizar su libre albedrío en colaboración con Dios.

III. Las consecuencias inmediatas de la caída

A la postre, la *Biblia* señala unas cuantas de las consecuencias inevitables de la caída contra las cuales los seres humanos se tendrían que enfrentar a partir de ella.

1. La alienación de Dios

Ya hemos hablado de este fenómeno en nuestro artículo anterior. La relación con Dios ya no se caracterizaría por el gozo y la ausencia del miedo; más bien, estaría marcada por los sentimientos de culpa por parte del hombre y la consciencia de la ira de Dios a causa del pecado, aun cuando Dios había provisto lo que hacía falta para cubrir la culpa del hombre.

2. El embrutecimiento de las relaciones humanas

El traer niños al mundo se vería acompañado por el dolor y el miedo; y los hombres se aprovecharían de las mujeres y se enseñorearían de ellas. Es aquí donde se encuentran las raíces de las desconfianzas y las pasiones que han hecho tantos estragos en la sociedad. Sin embargo, aquí también existe la posibilidad de la curación. A partir de su amor hacia su pueblo, Cristo ha hecho realidad el ideal del amor, y con las fuerzas que él da, las relaciones humanas pueden ser transformadas y se puede lograr una armonía auténtica dentro del matrimonio. El marido cristiano pueden amar a su esposa, y la esposa respetar a su marido. (*ver la manera como el apóstol Pablo cita Génesis en Efesios 5:31*)



3. El trabajo se convierte en trabajos forzados

Al principio, el hombre fue puesto como señor de la creación; pero al rebelarse contra Dios, su relación con el mundo alrededor suyo se transformó. El trabajo, anteriormente un placer sin sombras, comenzó a suponer un esfuerzo duro y poco gratificante. Las tareas de la vida, que abordaba anteriormente con gozo y vigor, en el marco de una comunión perfecta con Dios, a partir de ahora presentarían un aspecto muy diferente, debido a que era vulnerable a la enfermedad, sujeto a sentimientos en conflicto y presa del arrastre del pecado en su fuero interior. Su propio mundo interior se encontraba en un estado de desorden: había perdido el control. Y, como el *Nuevo Testamento* señala, (*Romanos 8:20-22*), *la creación fue sujeta a vanidad y gime*. Se encuentra sujeta a espinas y cardos, pestes y plagas y los estragos de la polución y la enfermedad. Sin embargo aquí, de nuevo, hay esperanza. En *Romanos 8* se nos enseña también que en los creyentes en Jesucristo mora el Espíritu Santo, quien en esta vida nos da el poder que nos hace falta para superar el arrastre del pecado (vv9,13), aun cuando nosotros también gemimos dentro nuestro. Y aún hay más, *se acerca el día cuando Dios levantará el cuerpo de los creyentes de la muerte, mediante el mismo poder del Espíritu Santo que mora dentro suyo. (v.11)*. Esta esperanza no es ningún mito vacío. Dios ya ha levantado de la muerte, corpóreamente, al hombre Jesucristo. *Su triunfo sobre la muerte implica que un día la propia creación será liberada de la esclavitud de corrupción, a la gloriosa libertad de los hijos de Dios. (v21)*

4. El destierro del paraíso de Eden

Separado del árbol de la vida, el hombre acabaría envejeciendo y muriendo. Ya había muerto espiritualmente. La muerte física serviría para recordarle que era un ser caído. Sería un presagio de lo que la Biblia llama «*La segunda muerte*», es decir, la muerte eterna que el hombre tendrá que afrontar si no se reconcilia con Dios.



Mientras tanto, la vía del retorno al Paraíso quedó bloqueada, según se nos dice, por querubines con espadas; un recordatorio del hecho que el hombre nunca más conocerá ningún paraíso, ni en el cielo ni en la tierra, hasta que su pecado sea definitivamente eliminado, y tanto el hombre como la naturaleza sean reconciliados con Dios.

IV. Los diagnósticos inadecuados de la condición humana

Por supuesto, mucha gente rechaza esta diagnosis del problema del hombre. El filósofo griego *Sócrates*, creía que el único problema esencial del hombre era su ignorancia. «*No hay nadie que actúe mal a sabiendas*», mantenía Sócrates. «*Si el hombre es educado correctamente dejará de pecar*». Sin embargo, la historia ha demostrado que Sócrates estaba equivocado. *Según Marx*, el problema básico del hombre es el hecho de su alienación de los medios de producción; una vez resuelto este problema de la alienación del hombre, se acabarían todos sus problemas: sería el amanecer del paraíso. La Historia ha desmentido esta teoría también. El eminente historiador, el profesor *Herbert Butterfield*, ha dicho lo siguiente en su renombrado libro «*El Cristianismo y la Historia*»: «*Entre los historiadores, igual que en todos los campos, los más ciegos son los que son incapaces de examinar sus propias presuposiciones ... Hay que insistir en el hecho que engendramos tragedia tras tragedia a causa de una doctrina del hombre perezosa y poco examinada..., la cual no encuentra respaldo en los hechos históricos.*» «*La Historia nos enseña*», continúa *Butterfield*, que «*es un error poner excesiva confianza en la naturaleza humana. Dicha fe es una herejía reciente, y profundamente desastrosa.*» La Historia ha puesto en tela de juicio, y lo seguirá haciendo, cualquier intento de eludir lo que enseña la *Biblia*, y lo que Jesucristo enseñó, a saber, que el hombre es un ser caído, y que la naturaleza humana es esencialmente mala y pecadora (*Lucas 11:13*). Todo el mundo prefiere eludir un diagnóstico así, porque no nos gusta. Parece demasiado radical.

Ilustración: Si tienes un cáncer, ¿qué preferirías?: 1. que te dijeran que lo tienes, y que hay una intervención que te puede curar; o



2. que te hicieran un diagnóstico superficial y te recetaran aspirinas, a consecuencia de lo cual morirías.

Jesús no sólo nos hace un diagnóstico, sino que ofrece un remedio; una salvación adecuada al diagnóstico. Es un tema que consideraremos en un próximo artículo.

Preguntas para el coloquio

1. ¿De qué manera cumplió Jesús la profecía de *Génesis 3:15*?

2. Hablad de algunas de las maneras cómo habéis descubierto la gravedad y el poder del pecado.

3. Considerad algunos de los efectos de la caída en la sociedad en cada una de las áreas mencionadas aquí. ¿Qué diferencia podría producir la fe tanto espiritualmente como moralmente?

4. «*La Historia está llena por intentos humanos por recuperar el paraíso sin Dios*». Comentad esta afirmación.

5. ¿Hay una relación entre la diagnosis del problema del pecado hecha por Jesús y su muerte en la cruz?

El camino de la fe en Dios y en el futuro

(Leed Génesis 15:1-7)

CAPÍTULO 8

Algunas personas, al leer el *Antiguo Testamento* por primera vez acusan cierta sorpresa, e incluso decepción: después de los primeros once capítulos, parece ocuparse casi exclusivamente del pueblo judío. «¿Como es que Dios se interesa únicamente por los Judíos?» preguntan. «¿Acaso no había imperios mucho más grandes y brillantes que aquel pequeño país llamado Israel? ¿Cómo es que las demás naciones reciben tan poco atención? ¿Cómo es posible que para Dios ellas no tuvieran ninguna importancia?»

Sí la tenían. La Biblia enseña que Dios hizo a todos los seres humanos en todo lugar a partir de una sola pareja original. (*Hechos 17:26*); que él es el Dios de los gentiles tanto como de los judíos (*Romanos 3:29*); que no hace acepción de personas (*Hechos 10:34-35*); y que es su voluntad que todos los seres humanos sean salvos (*1 Timoteo 2:5-7*). Por otro lado, *La Biblia dice que Dios escogió a Israel para que desempeñase un papel especial en la historia*. Para comprender esto, hay que volver a la historia de la caída.



I. El trasfondo de la elección de Israel

Recordaremos que el pecado original del hombre fue asirse de la independencia moral y espiritual de Dios ; y aunque Dios en seguida mostró al hombre el camino del perdón y de la reconciliación, muy pronto se haría patente que este acto de desobediencia había introducido en la raza humana el veneno virulento de la independencia obstinada.

1. Caín y Abel (Génesis 4:1-15)

Abel respondió con fe a las instrucciones de Dios, presentó un sacrificio que complació a Dios y fue aceptado (*Hebreos 11:4*). Caín, en el mismo acto de presentar su sacrificio a Dios, rechazó con arrogancia las instrucciones de Dios relativas a su sacrificio y, enfurecido contra Dios, asesinó a su hermano Abel.

2. La descendencia de Caín (Génesis 4:16-24)

Durante este período, florecieron la construcción de ciudades, la ganadería, la metalurgia, la tecnología, la música y la poesía. Sin embargo, creció la violencia. Hasta fue motivo de jactancia, y se convirtió en el tema de muchas canciones populares, del mismo modo como en nuestros días la violencia se representa constantemente en la televisión y en las películas de video como la actuación de hombres fortísimos y muy valientes, hasta en sociedades que en otros aspectos son tecnológicamente avanzadas y culturalmente sofisticadas. Los jóvenes, que se fijan en estas «estrellas» de cine violentas como modelos a ser imitados, aprenden primero a admirar y luego a practicar la violencia.

3. La generación del diluvio (Génesis 6:1-7)

Cuando se produjo el diluvio la raza humana entera se había vuelto tan corrupta como resultado de prácticas ocultistas y demoníacas,



del mal y de la violencia, que corría el peligro real de una degeneración moral y física permanente e irreparable. Actualmente, la epidemia del SIDA que afecta a comunidades enteras como consecuencia de la perversión y la promiscuidad sexual, y los actos violentos perpetrados por jóvenes bajo la influencia de las drogas, son ejemplos modernos del mismo fenómeno. Ahora bien, un jardinero a lo mejor tiene que podar una planta afectada por una enfermedad con la esperanza que de la raíz de la planta vuelva a brotar otra más sana. Del mismo modo, Dios envió un diluvio catastrófico sobre la tierra, y destruyó la raza humana en su totalidad, a excepción de una sola familia, la de Noé (del mismo modo como los dinosaurios fueron destruidos repentinamente por una catástrofe cósmica), a fin de que la raza humana pudiese tener un comienzo nuevo, en potencia, más sano.

4. La ciudad y la torre de Babel (Génesis 11:1-9)

La torre probablemente era una especie de zigurat. Cuando fue construida era una maravilla arquitectónica y tecnológica, una prueba más de que el hombre había sido creado a imagen del Creador. Pero trágicamente este proyecto tan brillante fue emprendido en un espíritu de arrogancia e independencia de Dios por parte del hombre. De un modo parecido, los viajes actuales por el espacio son un logro magnífico de las capacidades que el hombre ha recibido de Dios; los astronautas rusos, europeos y americanos son dignos de admiración. Sin embargo, fue triste oír decir a dos astronautas rusos jactándose del hecho de que habían dado la vuelta a la luna, sin encontrar a Dios en ningún sitio. Es como si alguien leyese una obra de Shakespeare y después dedujera que, al no encontrarse con Shakespeare ni una sola vez, Shakespeare nunca había existido. Pero imaginaos cómo disfrutaríamos si pudiésemos leer una de estas obras en compañía del mismo Shakespeare y después aprender de él cómo crear una obra semejante. ¿Por qué la gente se empeña en creer que sólo se puede comprender y disfrutar del universo a partir de la independencia del Creador, o de la negación de su existencia?



5. *La peor consecuencia de la caída (Romanos 1:19-23)*

Ésta consiste de hecho en que los hombres acabaron por intentar borrar definitivamente cualquier idea del Único Dios verdadero, Creador de todo. Como resultado, deificaron las fuerzas ciegas e irracionales del universo y rindieron culto a los dioses del sol, de la luna, de la tormenta, de la fertilidad, etc. Y puesto que estos «dioses» fueron fruto de la imaginación de los hombres, se les atribuía un comportamiento los unos con los otros más inmoral aún que el de los propios seres humanos. Por tanto, el culto a estos dioses corrompió aún más a la humanidad.

El ateo de nuestros días piensa de manera semejante. Según él, las fuerzas que produjeron al hombre son las fuerzas impersonales, irracionales y ciegas del universo. No las llama dioses, como los paganos de la antigüedad. Sin embargo, en el fondo se trata de lo mismo. Por tanto, para el ateo no cabe la menor esperanza para el ser humano después de la muerte, porque, según él piensa que las mismas fuerzas impersonales que produjeron al hombre, destruirán tanto al hombre como todo el universo. Los seres humanos racionales somos los productos, los esclavos y los prisioneros desesperanzados de poderes irracionales.

II. El propósito de la elección de Israel por parte de Dios

1. *El problema que Dios afrontaba*

¿Cómo rescatar al hombre de la desesperanza de la independencia de Dios? ¿Cómo demostrar a las naciones su propia realidad y la gloria y la esperanza que caracterizan la vida humana cuando se vive en comunión con Dios, para que las naciones se sintieran atraídas, para que pudieran ser reconciliadas con Dios y encontrar en él la paz y la bendición?



2. La respuesta de Dios al problema

Escogería a un hombre, *Abraham*, y a partir de su descendencia crearía una nueva nación a través de la cual muchas personas de todas las naciones volvieran a Dios y encontrasen bendición (*Génesis 12:3; 22:18; 26:4*).

3. La base de la elección de Abraham y de Israel

No fue porque ellos fueran mejores que los demás. Abraham, antes de ser llamado por Dios, era un idólatra (*Josué 24:14-12*); y a los israelitas se les dijo que eran un pueblo obstinado, y se les advirtió que si se comportaban incorrectamente serían juzgados con mayor severidad que a las demás naciones (*Deuteronomio 9:6-24; Amós 3:2*) debido a lo importante que era el papel que se les había asignado.

4. El propósito del programa de Dios para Abraham e Israel

Los levantó en primer lugar como testimonio vivo de la existencia del Único Dios Verdadero, y en protesta contra toda interpretación errónea del universo. En este aspecto, Israel fue único durante muchos siglos. En segundo lugar, como ejemplo de lo que significa vivir en comunión con el Dios viviente y experimentar su amor, su poder, su salvación, su dirección y sus leyes, a fin de que todas las naciones del mundo acudiesen a ver lo bello que es conocer a Dios personalmente. Y en tercer lugar, levantó a Israel para que fuera el medio a través del cual vendría *el Salvador de mundo*, a fin de que en el momento de su venida el mundo lo reconociera y encontrara en él una esperanza verdadera.

5. El éxito del programa

Basta observar el hecho de que a través de la nación judía, y particularmente a través de *Jesucristo nacido de la semilla de Abraham*, millones de gentiles, anteriormente paganos e idólatras, han sido llevados



a una fe viva en el Único Dios Verdadero y Viviente. Esto es un hecho incontestable de la historia; y es un proceso que sigue cumpliéndose delante de nuestros ojos.

III. El entrenamiento de Abraham por parte de Dios (Génesis 11:26-25:11)

1. La esperanza de Abraham se despierta

Primero Dios reveló su gloria a Abraham personalmente. Luego lo condujo a la tierra de *Canaán*, la cual prometió a él y a su semilla, si mientras tanto estaban dispuestos a vivir como nómadas sin que fuese suya ni una sola hectárea. También se le dijo a Abraham que durante *cuatrocientos años* sus descendientes serían *esclavos en un país lejano*, y que sólo al cabo de este período Dios los liberaría, y los haría regresar a Canaán para reclamar su herencia. Esto indudablemente sirvió para dar esperanza a Abraham y a sus descendientes. Sin embargo, fue una esperanza a largo plazo; y mientras tanto había una pregunta práctica: ¿Podrían atreverse a creer en ella? ¿Podrían confiar suficientemente en Dios como para convertirse en nómadas, y seguir viviendo durante siglos simplemente en base a las promesas de Dios? *Adán y Eva* en el Huerto no fueron capaces de confiar en la Palabra de Dios. Desde entonces, millones de personas tampoco han sido capaces. ¿Podrían confiar en Dios Abraham y sus descendientes? ¿Se cumpliría la promesa al final?

2. La fe de Abraham se pone a prueba (Génesis 15 - 22)

No transcurrió mucho tiempo antes de que la fe de Abraham en la promesa de Dios topara con una dificultad aparentemente insuperable. Ya era viejo cuando Dios le prometió su futura herencia. Pero todavía no tenía ningún hijo, y por tanto ninguna posibilidad de tener descendientes que pudieran apropiarse de la herencia. *Abraham hablo con Dios, quien le prometió un hijo; y Abraham creyó a Jehová en cuanto*



recibió la promesa (Génesis 15:6). Sin embargo, Dios no cumplió la promesa inmediatamente. Resulta que *Sara* era infértil; por tanto, a fin de ayudar a Dios a cumplir la promesa, Abraham tomó a una esclava, y tuvo un hijo con ella. Pero Dios se negó a considerar a este hijo el que había sido prometido; e hizo esperar a Abraham y a Sara hasta que, en lo que se refería a su capacidad física de ser padres, era como si su cuerpo estuviese muerto. De este modo, Abraham comprendió que sus propios recursos eran inútiles; si jamás se habían de cumplir las promesas relativas a los descendientes y a la herencia, Dios tendría que realizar un milagro, y hacer que brotara vida de cuerpos que estaban muertos. Abraham no podría hacer nada. Y Abraham se atrevió a creer; como consecuencia, el milagro ocurrió. El hijo de la promesa nació. Varios siglos después de la muerte de Abraham la promesa a largo plazo de la herencia en Canaán también se cumplió.

3. El propósito de la prueba

Recordaremos que el pecado original del hombre, el que provocó la Caída y arruinó a la raza humana, fue asirse de la independencia de Dios, desencadenando así todos los procesos que habían de llevar a la muerte. Aquí Dios enseña a Abraham cual es el primer principio fundamental del regreso a la vida verdadera y a la esperanza para el futuro: la dependencia absoluta de Dios y la fe en sus promesas.

IV. La lección universal que enseña la experiencia de Abraham

1. La historia ha demostrado que las promesas de Dios a Abraham eran ciertas

Sus descendientes heredaron la tierra de Canaán. Y aunque ha habido ocasiones cuando Dios los ha expulsado de la tierra, como les advirtió que haría, las promesas de su restauración final también se cumplirán.



2. La promesa se ha cumplido

La promesa según la cual todas las naciones del mundo serán bendecidas mediante Abraham y su semilla se ha cumplido de forma dramática a través del nacimiento *del Salvador del mundo, Jesucristo*, el descendiente más famoso de Abraham y de su hijo, *Isaac*.

3. Abraham fue justificado por la fe

Lo que no nos enseña la experiencia de Abraham es que cualquier pareja infertil puede tener un hijo, si confían en Dios. Pero su experiencia es citada en el *Nuevo Testamento* como ejemplo para toda la humanidad. Abraham fue justificado por la fe, se nos dice en *Génesis 15:6*, cuando aprendió a poner su fe no en sí mismo ni en sus propias obras, sino únicamente en *la palabra de Dios*, quien era capaz de hacer brotar vida de la muerte. Nosotros también, (*Romanos 4:1-5, 19-25*), podemos ser justificados y recibir el regalo de la vida eterna únicamente por la fe, cuando aprendemos a no confiar en nuestras propias obras, sino a creer a Dios, quien resucitó a Jesucristo de la muerte.

Preguntas para el coloquio:

1. ¿Por qué creéis que *Cain* se negó a obedecer a Dios? ¿Hay aquí una lección para nosotros?
2. ¿Qué podemos aprender de la epidemia del SIDA?
3. «*La televisión y las películas de video pueden corromper?*»
4. ¿Cómo nos puede ayudar la historia de Noé a comprender lo que implica la fe en Dios? (*Hebreos 11:7*) Cuando Jesús mencionó esa historia (*Lucas 17:26,27*), ¿Qué pretendía ilustrar?



5. *«El ateísmo es un asunto largo y cruel». (Jean-Paul Sartre).*

6. ¿Por qué Abraham creyó a Dios? ¿Cómo su fe nos puede ayudar a comprender lo que realmente significa la fe?

La libertad y la ley

(*Leed Éxodo 20:1-17*)

CAPÍTULO 6

En este artículo estudiaremos el resumen de la ley que Dios dio a Israel a través de Moisés. Los *Diez Mandamientos* han ejercido una influencia civilizadora sobre millones de personas, y se extendieron por todo el mundo, siendo adoptados por naciones enteras como la base de su código moral.

Nuestro título «**La libertad y la ley**» puede parecer extraño. Para mucha gente, la ley, por definición, es lo contrario de la libertad: la libertad implica que podemos hacer lo que queramos, y la ley limita o destruye esta libertad. Sin embargo, ésta es una manera de pensar superficial. Si queremos gozar de una auténtica libertad, hacen falta leyes. Si, por ejemplo, queremos ser libres para pasearnos por las calles por la noche sin miedo, el Gobierno tiene que poner leyes contra la violencia y la delincuencia, y exigir el cumplimiento de las mismas.

«Sí», alguien dirá, «pero las leyes del Estado están puestas con el consensus de la mayoría de los ciudadanos (excepto si se trata de



una dictadura). Por tanto, las leyes no hacen más que dar carta blanca a lo que nosotros mismos deseamos (o no deseamos). En cambio Los Diez Mandamientos proceden, según ellos mismos enseñan, de Dios. Si aceptamos esta premisa, tendremos que aceptar y obedecer estas leyes sólo porque Dios lo ha dicho, queramos o no. ¿Acaso no se anula así nuestra propia voluntad personal?»

¡No saquemos conclusiones precipitadas! Nosotros no pusimos las leyes de la naturaleza. Por supuesto las respetamos, porque si no lo hiciéramos, nos destruiríamos. Sin embargo, no solemos quejarnos de que esto anula nuestra libertad. Sabemos que la vida no es posible de otra manera. Si somos descuidados en la manera de manejar los reactores nucleares, las leyes físicas desencadenan un Chernobil. Si nos empeñamos en fumar, corremos el riesgo de morir, prematuramente, de un cáncer de los pulmones. Y lo que ocurre con las leyes físicas, ocurre también con las leyes morales que el Creador ha establecido para nosotros. Nosotros tampoco participamos del establecimiento de estas leyes. No tuvimos por qué participar; no nos hicimos a nosotros mismos. Sin embargo, nuestro Creador no ha puesto estas leyes para limitar nuestra libertad, sino para salvaguardar nuestra libertad y maximizar nuestro gozo, como veremos ahora al considerar el ejemplo de Israel.

I. La base de la insistencia divina en que Israel guardase la Ley

1. El preámbulo de los Diez Mandamientos (Éxodo 20:2)

Aquí Dios no sólo da la ley; explica a Israel por qué deben guardarla. «*Yo soy el Señor vuestro Dios quien os ha traído de la tierra de los egipcios, de la casa de la esclavitud.*» Les recuerda que han sido esclavos en los campos de trabajos forzados de Egipto; y que fue él mismo quien los liberó. Era el Dios de la liberación. Habiéndoles dado libertad de una clase de esclavitud, no tenía ninguna intención de



imponerles otra. Les daba su ley para proteger la libertad que había logrado para ellos. Si ellos se negaban a guardar la ley, la nación, como más adelante les advirtió (*Deuteronomio 29*) se hundiría en una degeneración moral y espiritual, y caerían bajo el poder de las naciones paganas que los rodeaban.

2. *Flashback histórico*

La historia de la llegada de Israel a Egipto, de su esclavitud, y de la manera cómo Dios los liberó, se narra en el libro de *Génesis 37 hasta Éxodo 15*. Ninguno de estos acontecimientos fue un simple accidente histórico. De hecho, Dios comunicó a *Abraham*, muchos años antes de que ocurriera, que sus descendientes acabarían siendo oprimidos en un país extranjero, y que Dios después los liberaría. (*Génesis 15:13-14*).

3. *La naturaleza de la esclavitud de Israel en Egipto*

Como minoría étnica, fueron oprimidos por los egipcios por motivos políticos. Uno de los *Faraones* (los gobernantes de Egipto) procuró deshacerse de ellos mediante el genocidio, o la limpieza étnica. El gobierno de Egipto se negó a permitirles adorar y servir a Dios de acuerdo con sus instrucciones y la conciencia de ellos. Semejante esclavitud espiritual es la peor clase de servidumbre que existe: aprisiona y debilita no sólo el cuerpo sino también el espíritu de la persona.

4. *La manera cómo Dios liberó a Israel*

Dios no obligó a Israel a luchar para conseguir su propia liberación de la tierra de Egipto. En su condición de debilitamiento, esto habría sido imposible de todas formas. Fue Dios quien efectuó la liberación desde el principio hasta el final, en primer lugar, mediante el ángel destructor, quien ejecutó sus juicios sobre Egipto. Seguidamente utilizó las fuerzas de la naturaleza para anegar todo el ejército



egipcio en el Mar Rojo. Lo único que Israel tuvo que hacer fue aceptar la liberación que Dios les consiguió. Ni siquiera tuvieron que merecer su libertad obedeciendo la ley de Dios. La liberación, la redención, la libertad - todas estas cosas eran regalos inmerecidos. Sin embargo, tras ser liberados, Dios esperaba de ellos que, por agradecimiento a Dios, su Libertador, y a fin de que disfrutasen al máximo de su libertad, guardasen la ley que Dios estableció para ellos.

5. Una lección para todos

El *Nuevo Testamento* aprovecha esta experiencia del pueblo de Israel para ilustrar el hecho de que el pecado nos ha convertido a todos en esclavos. Estamos encadenados al pasado por nuestra culpabilidad. A menos que la cadena pueda ser rota tendremos que enfrentarnos con el juicio de Dios. Además, igual que el pueblo de Israel, no nos podemos salvar a nosotros mismos, ni podemos llegar a merecer la salvación por medio de nuestros esfuerzos para cumplir la ley de Dios (*Efesios 2 :8-9*). Sin embargo, Dios ha provisto también una liberación para nosotros: nos salva de la culpa que constituyen nuestros pecados a través del sacrificio de Cristo, *El Cordero de Dios*, de la misma manera que Israel fue protegido del ángel destructor a través del sacrificio y de la sangre del Cordero de la Pascua (ver la historia narrada en *Éxodo 12*). Y nos salva de las garras de Satanás mediante su propio poder (*Hechos 26:18; Colosenses 1:13*). Una vez que hemos experimentado esta liberación, apropiándonos así de nuestra libertad, Dios espera de nosotros que mostremos nuestra gratitud a través del deseo de obedecer sus mandamientos (*Juan 14:21; Romanos 8:3-4*).

II. Los fundamentos de los diez mandamientos

1. El primer fundamento: el amor

Todos los diez mandamientos estriban en el amor: en primer lugar, se trata de amor a Dios; en segundo lugar de amor al prójimo.



Deuteronomio lo resume de la siguiente manera: «Oye Israel. Jehová nuestro Dios, Jehová uno es. Y amarás a Jehová tu Dios de todo tu corazón, de toda tu alma y con todas tus fuerzas» (6:4-5). No es de extrañar entonces que los cuatro primeros mandamientos tengan que ver con la manera cómo este amor se tiene que expresar. *Levítico 19:18* afirma el otro gran principio de la ley: «Amarás a tu prójimo como a ti mismo». Los seis últimos mandamientos enseñan de qué manera este amor se debe manifestar. Esto nos enseña varias cosas muy importantes.

a) La ley de Dios no es ningún código frío y legalista: nace del amor.

b) La ley de Dios es equilibrada: El amor a Dios tiene que dar lugar al amor a nuestros semejantes. El amor a los demás que no esté arraigado en el amor a Dios no es amor verdadero. El Nuevo Testamento lo explica de esta manera: «Así sabemos que amamos a los hijos de Dios: si amamos a Dios y guardamos sus mandamientos» (1 Juan 5:2). Por otro lado, el amor a Dios que no nos lleve a amar a nuestros semejantes tampoco es amor verdadero. *El Nuevo Testamento lo explica así: «Si alguien dice, «Yo amo a Dios», y sin embargo aborrece a su hermano, es un mentiroso. Porque si no ama a su hermano, a quien ha visto, no puede amar a Dios, a quien no ha visto». (1 Juan 4:20).*

c) El amor a Dios y al hombre es mucho más que una cuestión de sentimientos: es una actitud nacida en lo más íntimo del ser (el corazón), y se pone de manifiesto a través de la conducta y de los actos de la persona.

2. El primero y el segundo mandamientos

En estos dos mandamientos Dios exige a su pueblo su lealtad absoluta. Dice, «Yo soy Jehová tu Dios, fuerte, celoso...» En algunas lenguas los celos son representados como un defecto. Pero aquí se trata de algo positivo. Un hombre que realmente ama a su mujer tendrá celos de cualquier rival. Del mismo modo como el adulterio de uno



de los cónyuges estropea la relación entre ellos, la deslealtad al Creador por parte del hombre estropea su relación con Dios, y es una afrenta contra el amor de éste.

a) El paganismo, con sus muchos ídolos, sus dioses hechos a mano, sus deificaciones de las fuerzas de la naturaleza, evidentemente viola estos mandamientos.

b) El ateísmo es doblemente culpable. Rechaza el Único Dios Verdadero, y luego exalta las fuerzas de la naturaleza como los poderes que han dado lugar a la existencia del hombre.

c) Cualquier cosa que amamos más que a Dios, o en la que confiamos más que en Dios es un ídolo. La codicia, por ejemplo, es idolatría (*Colosenses. 3:2*)

d) Los gobiernos totalitarios a veces exigen a sus súbditos la obediencia absoluta que sólo Dios tiene derecho a reclamar. Es por esto por lo cual a menudo prohíben rendir culto a Dios. Si permitimos que el lugar de nuestro corazón, que pertenece sólo a Dios, sea ocupado por un mero gobierno humano nos hacemos esclavos de los hombres. Esto es lo contrario de la libertad (*considerad la historia de los tres amigos de Daniel cuando se negaron a inclinarse delante de un ídolo (Daniel 3)*).

e) La historia ha demostrado la verdad de *Éxodo 20:5*. Cuando el gobierno de una nación sustituye a Dios por los ídolos, o niega a Dios, acarrea problemas no sólo para sí mismo, sino también para las siguientes generaciones.

3. El tercer mandamiento

El nombre de Dios representa la persona y el carácter de Dios, todo lo que él es. Esto debería ser para nosotros lo más alto, lo más sagrado de todo el universo, el valor último sobre el cual dependen todos los demás valores. Cuando blasfemamos, o usamos



con desprecio y ligereza el nombre de Dios, o cuando profesamos creer en Dios mientras vivimos de una manera que deshonra el nombre de Dios, lo oprobiamos en nuestra propia mente, y hacemos que sea motivo de oprobio en la mente de los que nos observan.

4. El cuarto mandamiento

Este mandamiento sirvió para recordar a Israel que el mundo pertenece a Dios, puesto que él lo hizo. La finalidad de nuestro trabajo diario es que se haga en colaboración con Dios, conformándose con la pauta que él estableció de esfuerzo creativo seguido por el descanso. El descanso regular de nuestro trabajo habitual impide que el trabajo se convierta en una esclavitud para nosotros, y por los que se relacionan con nosotros. Dicho descanso nos hace falta tanto física como espiritualmente, puesto que nos proporciona tiempo para reflexionar, y para pensar en Dios, y para conservar nuestra salud corporal y mental. Todo intento de abolir el día semanal de descanso ha fracasado.

5. El quinto y el séptimo mandamientos

Protegen el carácter sagrado del amor, del matrimonio y de la vida familiar. En nuestros días, millones de personas en numerosos países denuncian estas leyes por restrictivas, y en el nombre de la libertad han reclamado liberación sexual. En algunos lugares, incluso hay gobiernos que han declarado obsoleta la antigua idea de la familia nuclear. Sin embargo, el aumento dramático de la delincuencia y la violencia se pueden atribuir directamente a la violación de estos dos mandamientos.

6. El sexto y el octavo mandamientos

Protegen el carácter sagrado de la vida y de la propiedad privada.



7. El noveno mandamiento

Protege la verdad. Las relaciones interpersonales e internacionales, la justicia en los negocios y en los tribunales, la salud psicológica e incluso, a veces, la salud mental de una persona depende de que se diga la verdad. Si nadie dijera nunca la verdad, y todo el mundo mintiese por sistema, el resultado sería un caos social catastrófico, toda confianza hecha pedazos. Sin confianza, no hay ni seguridad, ni paz, ni justicia, ni libertad.

8. El décimo mandamiento

La palabra hebrea que aquí se traduce «codiciar» no se refiere a un antojo pasajero como por ejemplo, «¡ojalá tuviese una bicicleta como la que tiene mi amigo!». Significa más bien, «manipular a fin de conseguir» algo que pertenece a otra persona. Fue por esto por lo cual Jesús dijo que no sólo está mal el adulterio, sino que «planear en la mente la manera de conseguir a la esposa de otro hombre» está igual de mal que el acto del adulterio (*Matteo 5:27-28*). En el Antiguo Testamento (*1 Reyes 21*) encontramos un caso vívido de la codicia.

III. La provisión para el fracaso

Jesús dijo que el primer y más grande mandamiento es que amemos a Dios con toda nuestra mente, con toda nuestra alma y con todas nuestras fuerzas. Es evidente que no hay nadie que haya alcanzado este listón. Todos hemos violado el mandamiento más grande de todos, y por tanto, todos hemos cometido el pecado más grande.

Dios no puede bajar el listón para acomodar ni el pecado de Israel ni el nuestro. Sin embargo, en su misericordia ha provisto un camino por el cual podemos ser perdonados. Es el camino del sacrificio. Esto será el tema principal del próximo artículo.



Sugerencias para el coloquio:

1. Memorizar los diez mandamientos y ofrecer más ejemplos de nuestra vida diaria que muestren lo fundamentales que son para conservar nuestra libertad y aumentar la posibilidad de disfrutarla.

2. Lee para los alumnos los textos bíblicos que tratan la manera cómo Israel llegó a Egipto, y cómo fueron liberados (*Génesis 37 a Éxodo 15*) y pídeles una redacción sobre el tema.

3. «La esclavitud es la peor clase de esclavitud». Comentad esta afirmación. ¿Por qué ha habido naciones que han suprimido la adoración y el servicio de Dios como lo hicieron los egipcios?

4. Comentad las semejanzas que hay entre la manera cómo Dios liberó a Israel y la manera cómo nos libera a nosotros. Fijaos especialmente en el hecho de que:

- a) Nadie se puede salvar mediante la observancia de la ley de Dios.
- b) La ley de Dios se debe guardar como la manera en que la salvación se manifiesta.

¿Cómo se explica este hecho?

5. Estudiad las referencias a la Pascua en el *Nuevo Testamento*. (*Juan 1:29, 1 Corintios 5:7, 1 Pedro 1 : 18-19, Apocalipsis 5:6-9.*)

El camino del sacrificio y el valor de la vida

(Leed Levítico 4:27-35)

CAPÍTULO 10

I. Un principio básico de la reconciliación con Dios

En el sexto artículo vimos que en cuanto Adán y Eva pecaron experimentaron el tormento de la mala conciencia. Se sintieron desnudos e indignos de encontrarse con Dios, por lo cual intentaron cubrirse con hojas de higuera. Fue insuficiente Dios mismo les proveyó una cobertura más adecuada, sacrificando a animales para hacerles túnicas con las pieles. De este modo, murieron animales inocentes a fin de cubrir la desnudez del ser humano, culpable ante Dios.

En nuestro último artículo vimos cómo Dios salvó a Israel de su ira mediante el sacrificio y la sangre del cordero de la Pascua.

Estos son unos cuantos ejemplos del principio básico que vez tras vez se va repitiendo a lo largo de la Biblia. Hay un camino de retorno a Dios para los que han violado la ley de Dios; hay un cami-



no de perdón y reconciliación con Dios. Sin embargo, este camino pasa por el sacrificio por parte de un sustituto; porque el castigo que comporta el pecado es la muerte, y este castigo tiene que ser aplicado antes de que Dios nos pueda perdonar. «*Sin derramamiento de sangre, no hay remisión de pecados*» (Hebreos 9:22). Es por esto que el mensaje central del evangelio, para el cual el *Antiguo Testamento* nos prepara y el cual el *Nuevo Testamento* explica con detalle, es precisamente éste: «*Cristo murió por nuestros pecados, conforme a las Escrituras*» (1 Corintios 15:3). Sin embargo, esto nos plantea una pregunta fundamental.

II. ¿Por qué es necesario que el pecado comporte un castigo además de las consecuencias que provoca?

1. Las diferencias entre las consecuencias del pecado y el castigo

Si yo administro a una persona una dosis letal de veneno, morirá. Su muerte es la consecuencia de mi actuación; no es el castigo. Puede ser que me sienta auténticamente arrepentido, y que los familiares de la víctima me lleguen a perdonar, a pesar de la terrible consecuencia que mi actuación ha provocado. Sin embargo, el Estado no me perdonará, porque envenenar a una persona no es sólo un agravio contra un ciudadano; es un crimen, una violación de las leyes del Estado, y como tal, tengo que ser castigado. Si se demuestra mi culpabilidad, el juez me tendrá que imponer la sentencia contemplada por la ley, y la sentencia tendrá que ser aplicada.

2. Los motivos por los cuales las leyes del Estado prescriben castigos

No se trata de la venganza: el Estado también prohíbe a los familiares de la víctima vengarse en mí. Se trata de que la sociedad como



colectivo tiene un conjunto de valores los cuales considera suficientemente importantes como para que se haga todo lo posible para que se respeten. La sociedad establece, por tanto, ciertas leyes que sirven para proteger estos valores, e inflige a los infractores los castigos que sean apropiados. La ley que prohíbe el asesinato, por ejemplo, refleja el valor que una sociedad atribuye a la vida humana. Si el Estado sistemáticamente permitiese que los asesinos no fuesen castigados, se desprendería de ello que la vida humana ya no se valora que puede ser destruida con impunidad. Millones de bebés han sido asesinados como consecuencia del «aborto libre». De hecho, si el propio Estado se vuelve criminal, violando sus propias leyes y asesinando a miles de ciudadanos inocentes, como ha ocurrido en algunos países, estamos asistiendo a una minusvaloración deplorable de la vida humana.

3. La gravedad del pecado contra nuestros semejantes

La gravedad no sólo del pecado, sino de cualquier clase de agravio contra otro ser humano estriba en el valor que tiene el individuo. Aun cuando los seres humanos no se aman ni se valoran los unos a los otros, Dios ama a cada individuo y le atribuye un valor infinito, puesto que todo ser humano está hecho a su imagen. Es precisamente porque Dios ama al ser humano que su ley está destinada a proteger su valor; y lo hace al aplicar un castigo a los que violan este valor.

4. La gravedad del pecado contra Dios

Puesto que Dios es la fuente de la vida y el Creador de todo, todo pecado, en última instancia, es pecado contra Dios. Además, puesto que Dios mismo es el Supremo Valor, todo pecado cometido contra él conlleva un significado trascendente. Dios no podría actuar en base a la premisa que el pecado no tiene importancia, y que el castigo no tiene que ser aplicado; esto significaría que, a fin de cuentas, no tienen importancia ni el hombre ni Dios, y que ni la santidad, ni la ver-



dad, ni la belleza, ni el amor de Dios tienen valor en absoluto. El hombre podría violar estos fundamentos con impunidad, y contar con un perdón fácil al final; aun en caso de que fuese necesario el perdón.

5. La respuesta de Dios ante el problema del hombre

Nuestro problema consiste en el hecho de que todos hemos pecado tanto contra nuestro semejante como contra Dios. El castigo en que hemos incurrido, según la Biblia enseña, no es únicamente la muerte física sino también lo que la Biblia llama: «la segunda muerte», es decir, la separación eterna de la presencia de Dios; la desgracia de ser conscientes para siempre de la ira santa de Dios hacia nuestro pecado. Si tuviésemos que resolver esta deuda por nuestra propia cuenta, nunca la acabaríamos de pagar. Ahí está el meollo del problema: la justicia de Dios requiere que la sentencia se lleve a cabo; sin embargo, el amor de Dios anhela perdonarnos. ¿Cómo se puede resolver este dilema? La respuesta de Dios fue que él mismo, en forma del Hijo de Dios, Jesucristo, cumpliría la sentencia en nuestro lugar mediante su muerte en la cruz. De este modo todos los valores, los atributos, de Dios permanecerían vigentes, y al mismo tiempo podría ofrecer perdón a todos los que se arrepintiesen y creyesen: Dios continuaría siendo perfectamente justo, y podría declarar justos a todos los que creyesen en Jesús (*Romanos 3:26*).

III. La función de los sacrificios de animales en el Antiguo Testamento

En el Antiguo Testamento, si alguien pecaba y se arrepentía y después buscaba el perdón de Dios, tenía que traer un animal sin mancha, un macho cabrío o un cordero, al altar del tabernáculo o del templo, poner las manos encima de la cabeza del animal y matarlo en presencia de Dios. Acto seguido, el sacerdote ponía sangre en los cuernos del altar. El resto de la sangre se derramaba al pie del altar; y ciertas partes del animal se quemaban como sacrificio en el altar. A consecuencia, la persona que había pecado recibía perdón.



Ahora bien, los israelitas inteligentes sabían muy bien que la sangre de los animales no podía borrar la culpa de los seres humanos; la sangre de un macho cabrío o de un cordero no servía para pagar la deuda contraída por el pecado. Nos lo dicen muy claramente (*Salmo 40:6*). ¿Cuál era, entonces, la función de estos sacrificios?

1. Enseñaron que el pecado resulta caro

Una ilustración: Algunos padres regalan tiendas de juguete a sus niños. Normalmente esta tienda tendrá botellas pequeñas con caramelos de plástico. Los niños usan dinero de juguete con el cual hacen sus compras. Por supuesto, hasta los niños saben que no son reales ni el dinero ni los caramelos. Sin embargo, esta tienda sirve no sólo para que se entretengan un rato, sino también para comprender qué valor tienen las cosas. En la vida real los caramelos cuestan dinero, y hay que pagar para conseguirlos. Del mismo modo, los sacrificios de los animales servían para ayudar a las personas a comprender que el pecado resulta muy caro; siempre acarrea un coste, y este coste se tiene que satisfacer.

2. Prepararon la mente de las personas (1)

A saber, para que pudiesen comprender el significado que después tendría la muerte, el sacrificio de Cristo, cuando Dios lo envió al mundo para ser nuestro Salvador. Mientras utilizan el dinero de juguete para comprar caramelos de juguete los niños comienzan a aprender qué valor tiene el dinero de verdad. Los sacrificios de animales eran como «el dinero de juguete», por decirlo así; el sufrimiento, la muerte y la sangre de Cristo serían el «dinero de verdad» que serviría de verdad para pagar el coste contraído por el pecado.

3. Prepararon la mente de las personas (2)

En este caso para comprender cómo la muerte de Cristo se hace relevante para nosotros como seres humanos. La antigua ceremonia



puso de manifiesto un principio: cuando moría la víctima expiatoria, no moría como ejemplo a ser imitado, sino como sustituto, sacrificado en lugar del pecador. La persona que necesitaba ser perdonada ponía las manos en la cabeza del animal, para así identificarse con él, y después lo mataba. El animal moría en lugar de morir el pecador, quien era perdonado y quedaba en libertad. Ocurre lo mismo con la muerte de Cristo. Nosotros merecemos la pena en que nuestro pecado incurre, es decir, la muerte. Cuando aceptamos a Cristo como Salvador, Dios ve la muerte de él como si fuera la nuestra. Cristo, hablando de sí mismo, lo explicó de esta manera: *«El Hijo del Hombre vino ... para dar su vida en rescate en lugar de muchos»* (Marcos 10:45).

4. Una gran pregunta

Y ¿qué de aquellas personas que vivían antes de venir Cristo al mundo? Si la sangre de los animales no podía borrar la culpa, ¿cómo podían ser perdonadas estas personas?

Una ilustración: En algunos países durante el siglo pasado, cuando alguien quería comprarse algún artículo y no tenía dinero para pagarlo, escribía las palabras «debo a Vd.», seguidas por el precio del artículo, en un papel. El papel no tenía ningún valor en sí; sin embargo, era el reconocimiento de una deuda y la promesa de resolverla en otro momento; y en base a esta promesa, al cliente se le permitía llevarse el artículo enseguida. No obstante, quedaba pendiente el pago de la deuda; la promesa «Yo debo a Vd.» tenía que ser «redimida».

Los antiguos sacrificios de los animales se parecían a estas promesas. Constituían el reconocimiento de una deuda que un día sería pagada en su totalidad. La persona que había pecado recibía perdón en aquel mismo instante; y cuando Cristo vino y murió en sacrificio por el pecado, él redimió todas aquellas promesas y pagó el coste del perdón en su totalidad.



IV. Las diferencias entre el sacrificio de Cristo y los sacrificios del Antiguo Testamento

Hay numerosas diferencias entre los sacrificios de animales ofrendados en el Antiguo Testamento y el sacrificio de Cristo, y es enormemente importante que las entendamos. Aparecen en el Nuevo Testamento, en *Hebreos 9:11 - 10:18*. ¡Cuántas de estas diferencias podéis identificar!

Más sugerencias para el coloquio:

1. ¿Qué entendéis por las consecuencias del pecado? Dad unos cuantos ejemplos.
2. ¿Por qué es necesario que el pecado suponga un castigo?
3. ¿Deberían los padres establecer castigos por desobediencia a fin de enseñar a sus hijos los verdaderos valores?
4. Juan el Bautista anunció a Jesús como «*el Cordero de Dios que lleva el pecado del mundo*» (*Juan 1:29*). ¿Qué relación tiene esta declaración con el tema que estamos considerando?
5. ¿Cuál es la base sobre la cual Dios puede perdonar nuestros pecados?

El camino de la experiencia personal

CAPÍTULO 11

Una de las características más atractivas del Antiguo Testamento es el hecho de que, aunque principalmente trata la historia de la nación, está lleno de historias detalladas de individuos interesantes y entrañables: amas de casa, generales del ejército, campesinos, reyes, poetas, funcionarios, reinas, profetas, y parejas que se cortejan. Muchos de ellos desempeñaron un papel crucial en la historia de la nación; y aún hoy se nos presentan como héroes de la fe, cuyo ejemplo nos reta. Aquí sólo podremos estudiar a cuatro de ellos: Ana, David, Salomón y Elías.

I. Ana: la piedad que triunfa sobre la corrupción y la superstición (1 Samuel 1:1-2:36)

Leed *1 Samuel 1:9-27*

1. Una actitud heroica en tiempos de crisis nacional

Ana vivía en un tiempo (c.1100 a.C.) cuando la nación pasaba por un período prolongado de caos moral, espiritual y político. Ha-



bían transcurrido unos cuatrocientos años desde que Josué había conducido a Israel a la tierra de Canaán (ver el libro de *Josué*). Durante aquellos siglos Israel había sido lo que se llama «una teocracia». Es decir, a diferencia de las naciones a su alrededor, Israel no tenía rey humano. Tenían la convicción política de que Dios era su rey; y los gobernaba a través de los diez mandamientos, y a través de un conjunto de leyes civiles, sociales y ceremoniales que formaban la base de un pacto solemne en el cual Israel había entrado con Dios. Estas leyes estaban guardadas en el único templo que había en la nación, y las doce tribus se organizaron, territorialmente, en torno a este templo central. De vez en cuando los sacerdotes tenían la responsabilidad de reunir a toda la nación a fin de repasar las condiciones del pacto, y de enseñar al pueblo las leyes de Dios. Los ancianos locales de cada pueblo y aldea tenían, a su vez, la responsabilidad de asegurar que las leyes de Dios se cumpliesen en sus propias comunidades. Este sistema sencillo de gobierno daba a cada tribu y a cada región la máxima autonomía; mientras había entre el pueblo una fe sana y robusta en Dios, y un respeto genuino hacia sus leyes, este sistema funcionaba muy bien. Cuando varias de las tribus contemporizaban con el paganismo de las naciones que había alrededor de ellas, Dios levantaba a libertadores especiales, los cuales no sólo eran líderes militares, sino también jueces y reformadores espirituales. Vez tras vez estas personas ayudaban al pueblo a recuperar la antigua libertad bajo Dios. (La historia apasionante de sus hazañas se relata en el libro de los *Jueces*.)

Sin embargo, en tiempos de Ana el sistema de gobierno de la nación corría el peligro de derrumbarse por completo. Una teocracia sólo podía funcionar si el pueblo, colectivamente, mantenía auténtica y fuerte su fe en Dios; pero desgraciadamente se estaba perdiendo la fe en Dios, junto con el respeto al culto que se le había de rendir en el templo. Al pueblo no se le podía echar toda la culpa. El problema tenía más que ver con los sacerdotes del templo. Los sacerdotes jóvenes y más activos se comportaban con una inmoralidad e impiedad flagrantes. Y cuando esto ocurre, la religión



de un pueblo se convierte en poco más que la superstición. Así fue en el pueblo de Israel durante esta época. Había en el templo un mueble que formaba una parte íntegra de los ritos del pueblo judío. Se trataba del arca del pacto. Era considerado símbolo del trono de Dios, puesto que en su interior había dos tablas de piedra en las cuales estaban escritos los diez mandamientos. Pero una vez, cuando los enemigos de Israel, el pueblo filisteo, atacaron a Israel, los sacerdotes y el pueblo sacaron el Arca del templo y el ejército la llevó al frente, con la idea profundamente supersticiosa de que poseía poderes mágicos, los cuales se podrían utilizar para salvarlos de sus enemigos, a pesar de que ellos mismos diariamente trataban con desprecio las mismas leyes de Dios contenidas en el Arca (*1 Samuel 4*). No les sirvió de nada, por supuesto. La superstición nunca sirve de nada. E Israel sufrió una derrota humillante.

2. Ana salva a la nación de la desintegración

Con la inmoralidad en el seno del propio sacerdocio, la pérdida de respeto hacia el templo, la fe auténtica en el Dios verdadero reducida a la superstición, y la religión a la magia, la nación había perdido el centro que la mantenía unida, el núcleo en torno al cual todo giraba; y existía un peligro real de que el pueblo se descompusiese en doce tribus independientes. Pero había un hombre cuya autoridad moral y espiritual era tal que alejó el peligro de la desintegración. Este hombre era el profeta Samuel; él condujo al pueblo al arrepentimiento, a la confesión de sus pecados, a la fe genuina, a la dependencia de Dios y, por tanto, a la victoria sobre sus enemigos. Además, bajo la dirección de Dios, pudo aconsejar al pueblo en lo que se refería a la creación de una nueva institución política: una monarquía. Y después de los problemas iniciales que hubo en la formación de ésta, presidió sobre la elección del gran Rey David, quien unió a la nación como nadie jamás había conseguido unirla en el pasado ni lo conseguiría en el futuro, y quien, a través del ejemplo de su propia fe en Dios, su defensa de la nación, su gestión en cuanto a la construcción del nuevo templo y su poesía religiosa tan su-



mamente popular, llevó el culto de la nación y su servicio a Dios a su verdadero apogeo histórico.

Si el papel desempeñado por Samuel en esta transformación fue decisivo, aún lo fue más el que desempeñó, Ana. Si no hubiese sido por ella, Samuel no habría nacido. ¡Era su madre!

3. La fe personal de Ana y su devoción a Dios

Mirada desde cierta perspectiva, Ana era una ama de casa normal y corriente; sin embargo, su vida matrimonial estaba llena de amargura. En primer lugar, era una de las dos esposas de su marido, puesto que en aquel entonces la poligamia era el orden de cada día. En segundo lugar, era un motivo de vergüenza que una mujer fuera estéril. Ana anhelaba tener niños propios entre sus brazos, y que todos los días de su vida estuviesen llenos de los quehaceres maternos. En lugar de ello, sufría heridas profundas a manos de la otra esposa de su marido, Penina, quien la ridiculizaba y se burlaba de ella a causa de su esterilidad. De esta manera, la vida familiar, que se debía caracterizar por el amor y la aceptación, se convirtió en un campo de batalla de rivalidad amarga. Su marido la quería, estaba segura de ello, pero él no comprendía la angustia que estaba pasando. En su aflicción, recurrió al Señor.

A la larga, la frustración y la angustia obligaron a Ana a replantearse los valores, el propósito y el sentido de la vida. ¿Por qué se desesperaba tanto por querer ser madre? Su instinto de mujer lo necesitaba, lo demandaba a gritos. Pero ¿la maternidad no era nada más que la satisfacción de los instintos biológicos? Ana llegó a la convicción de que sí era más que esto. El propósito principal de la maternidad, ¿acaso no era servir mediante ella los intereses del Creador y Diseñador de la maternidad? Ella miraba a su alrededor, y veía el caos moral y espiritual de la nación. Los sacerdotes del templo, nombrados como sacerdotes con la finalidad de enseñar al pueblo a vivir para Dios, abusaban de su noble oficio para satisfacer su avari-



cia y sus impulsos biológicos. Veía cómo la otra esposa de su marido se jactaba de su fertilidad como si fuera motivo de mérito para ella, y no fruto de la obra de Dios, Creador de la vida. Así ocurrió que la atmósfera del hogar se estropeó por la tirantez y la amargura.

La provocación y la humillación de Ana por parte de Penina alcanzó un clímax durante una de las visitas que la familia realizaba anualmente a Siloh para rendir culto a Dios. La reacción de Ana no fue la de despreciar la maternidad, y hacer ver que en el fondo no deseaba tener un hijo. Sometió su deseo de tener un niño a la voluntad y a los intereses de Dios, y a las necesidades de la nación. Meditó largamente en ello. Si Dios le quisiese dar un niño, ella le daría algo a cambio. ¿Qué sería lo más precioso que le podría ofrecer? Aquello que Dios le había dado a ella: ¡su hijo! Para que su hijo sirviese a Dios en el templo, tendría que ser un varón. Por tanto, se puso a orar, y prometió a Dios que si le concedía un hijo, ella se lo entregaría a la edad más temprana posible para que sirviese a Dios en nombre de la nación.

Elí, el sacerdote, la veía y la escuchaba orar, pero entendió mal lo que ocurría. Él creía que Ana estaba borracha. Debía haber sabido reconocer la oración ferviente, pero no lo sabía - otro síntoma más del triste deterioro que había sufrido el sacerdocio. Ella no pidió a Elí que orase por ella; no tenía la menor duda de que Dios la había oído. Pero sí le pidió que procurase comprender. Y habiendo derramado su corazón en la presencia de Dios, se marchó y comió, libre de su angustia anterior.

Ana creía en un Dios que escuchaba y cuidaba a los suyos, y un Dios en quien ella podía confiar. Tal vez los años anteriores de infelicidad la habían llevado a hablar más con Dios que en otra situación hubiese hecho. Cada vez que veía como Penina hacía alarde de un nuevo embarazo y daba a luz a otro hijo sano, debe haberse dirigido a Dios con lágrimas amargas en los ojos, y con la misma pregunta: «¿Por qué no me ocurre a mí?» Las preguntas profundas y angustio-



sas de la vida la habían acercado al único Ser que podía dar sentido a su vida.

Dios dio a Ana un hijo cuyo nombre («pedido a Dios») le servía de recordatorio de que era un don del Dios que escucha y que comprende. Ana, fiel a su promesa, llevó al templo el niño que durante tanto tiempo había deseado, y dijo: «Pedí al Señor que me diese este hijo, y él ha escuchado mi petición. Ahora, por tanto, se lo doy al Señor.»

4. Ana como ejemplo para nosotros

¿Cómo podemos, como profesores, preparar a nuestros alumnos para la tarea de ser padres? ¿Cuáles son los ideales que les pondremos delante? En muchos países supuestamente civilizados, luchan contra el crimen y contra el malestar social cada vez más acusados, una buena parte de ello teniendo como origen el trastorno en el seno de la familia, y la pérdida del carácter sagrado del matrimonio y de la educación de los hijos. Quizás la clave esté en manos no de los políticos, sino de los progenitores en todas las partes de la nación, y muy especialmente de las madres. ¡Qué profundo sería el cambio que se produciría en la sociedad si el matrimonio y el rol de los padres recuperara su dignidad como vocación sagrada por parte de Dios! ¡Qué enormes serían los beneficios para la sociedad entera si los hijos fuesen educados a pensar que, siguiesen la carrera que siguiesen, su principal motivación debe ser, como lo fue en el caso de Samuel, servir altruistamente a Dios y a la nación!

Preguntas para el coloquio:

1. Ana no fue feliz durante la primera parte de su vida matrimonial. ¿Qué reacción se podía haber esperado de ella? ¿Cómo reaccionó?
2. Ana se veía como sierva de Dios (v.11). ¿Cómo veía a Dios?



3. Seguid la historia y fijaos en los motivos por los cuales Ana estaba tan segura de que fue Dios quien le había dado a Samuel.

4. A partir de la evidencia del capítulo, analizad los caracteres de Ana y de Penina. ¿Cuál de ellas habría sido mejor madre? ¿Por qué?

5. ¿En qué sentido el sacerdote Elí falló a sus hijos (ver. *1 Samuel 2*)? ¿Cuál habrá sido el efecto de su mala conducta en la manera como el pueblo concebía a Dios?

El camino del rey

(Leed I Samuel 17)

CAPÍTULO 12

En este artículo y el siguiente estudiaremos uno de los más célebres de todos los personajes del Antiguo Testamento, el Rey David. Él se convirtió en rey de la tribu de Judá en el año 1010 a.C. Siete años más tarde, fue ungido rey de todas las tribus de Israel, uniendo así toda la nación bajo una sola corona. En total reinó durante 40 años. Se hizo amar durante su reinado, y se le recordaría en las generaciones venideras como el rey más grande de Israel, casi un rey ideal; de tal manera fue así que cuando los profetas del Antiguo Testamento hablaban del futuro gran Rey Mesías, destinado a ser el Salvador de Israel y del mundo entero, resaltaban dos rasgos que (entre otros) servirían para distinguir a este Rey-Mesías-Salvador: Por un lado, sería descendiente del Rey David, nacido en el pueblo ancestral de David, Belén. Por otro lado, aunque sería infinitamente más grande que David, se parecería a él en algunos aspectos muy significativos. Dicho de otra manera, el Rey David era como un prototipo del Rey Mesías venidero. Analicemos entonces unas cuantas de las causas de su enorme popularidad durante su reinado, y de la influencia tan asombrosa que ha tenido desde entonces.



I. Su proeza militar

1. *Su victoria sobre Goliat (1 Samuel 17)*

Desde el punto de vista literario, la historia de la lucha entre David y Goliat es digno de ser comparada con las contiendas de cuerpo a cuerpo entre los héroes de la literatura épica: como la de Héctor y Aquiles, narrada por Homero, el poeta de la Grecia antigua, en su obra inmortal. Todos los niños la tendrían que leer. Pero resulta que en el caso de David, se trata de un relato histórico. Ocurrió cuando la gente del mar, los filisteos, habían invadido Palestina y se habían afincado por todo lo largo de la llanura del litoral al suroeste del país (sus poblaciones han sido objeto de numerosas excavaciones durante las últimas décadas); y en la época de David, ya estaban comenzando a penetrar en el interior, con la intención de sojuzgar a la pequeña nación de Israel. Durante una de las batallas los filisteos, conforme a la costumbre militar de aquel tiempo, desafiaron a Israel a resolver las cuestiones que estaban en juego mediante una lucha cuerpo a cuerpo. Ninguno de los principales guerreros de Israel, y el que menos el mismo rey, Saúl, tuvo suficiente coraje como para enfrentarse con el héroe filisteo, un gigante masivamente armado. Por tanto, David se ofreció. No era más que un jovencito, con poca, por no decir ninguna, experiencia militar. Sin embargo, mientras hacía de pastor de ovejas, su fe en Dios le había dado el coraje para enfrentarse con leones y osos a fin de proteger a las ovejas. Ante esta emergencia nacional, se armó, muy conscientemente, de lo que parecían ser recursos risiblemente inadecuados: un bastón de pastor de ovejas y una honda, a fin de que todos pudiesen comprender que en lo que confiaba para darle la victoria sobre el gigante no eran sus propias fuerzas ni habilidad, sino Dios mismo. Y la victoria fue contundente y espectacular. Sirvió para ganarle un lugar especial en el corazón del pueblo (aunque también fue el detonante de los celos incesantes y la persecución constante por parte del rey que ocupaba el trono en aquel momento: Saúl). Además, el ejemplo de su fe vencedora de gigantes ha



cautivado la imaginación y ha fortalecido la voluntad de miles de personas que en toda clase de contienda, tanto literal como metafórica, se han enfrentado con fuerzas muy superiores a ellas, y han vencido.

2. *Sus campañas internacionales*

David finalmente se convirtió en rey en un momento en que había un vacío de poder en el Oriente Medio entre las superpotencias del Éufrates, por el lado oriental, y de Egipto, al sur. David supo aprovecharse de esta situación, y eliminó las fuertes presiones que las pequeñas naciones vecinas venían ejerciendo sobre Israel desde hacía varios siglos (ver el libro de los Jueces). También llevó a Israel hasta una posición desde donde, si las cosas hubiesen ido de otra manera, habría podido convertirse en una potencia de la talla de Egipto, Babilonia y Asiria. Es por esto por lo que Israel recordaba el reinado de David y el de su sucesor, Salomón, (quien forjó una alianza matrimonial con la hija del Faraón de Egipto de aquel entonces) como el apogeo de la historia de la nación.

II. La fundación de Jerusalén

Prácticamente lo primero que hizo David al convertirse en rey de las doce tribus de Israel fue fundar la ciudad de Jerusalén, y convertirla en la capital de la nación y su propio cuartel general, de modo que a partir de aquel momento sería conocida como la ciudad de David. Fue un acto muy inteligente. Aunque no hubiese hecho nada más, esto ya le hubiese asegurado un lugar importante en la historia.

1. Sirvió para aglutinar las doce tribus en una sola nación coherente; les proporcionó una ciudad con la que cada israelita, fuera de la tribu que fuera, podía sentirse identificado. Dio un corazón a la nación, y a lo largo de todos los siglos de la diáspora judía, ha sido para los judíos por todas partes del mundo un centro unificador.



2. Fuera de las murallas de la ciudad Jesucristo, el Hombre que era Dios, fue crucificado, resucitó de la muerte y ascendió al cielo. E inolvidablemente, fue a partir de Jerusalén que el evangelio cristiano comenzó su extensión por todo el mundo.

3. Hoy día, tras una historia multifacética, Jerusalén es la ciudad santa de tres religiones mundiales: el Judaísmo, el Cristianismo y el Islam.

4. Según la profecía bíblica, vendrá un día cuando Jerusalén será el centro de las preocupaciones de todas las naciones del mundo (*Zacarías 12:14*); y a esta ciudad Jesucristo volverá.

5. En la visión de la Eternidad que encontramos en el último libro de la Biblia, la ciudad celestial se llama «La Nueva Jerusalén». (*Apocalipsis 21*).

III. Sus valores políticos

1. El carácter sagrado del poder

En el Israel antiguo se creía que el poder era sagrado: era conferido por Dios mediante sus profetas, y simbolizado por el ungimiento del rey en nombre de Dios. Aun así, el rey no era impuesto al pueblo contra su voluntad, sino sólo con su consentimiento (*1 Samuel 10; 15; 2 Samuel 2; 5; 1 Reyes 12*). Ahora bien, cuando el antecesor de David, Saúl, se volvió rabiosamente celoso de la popularidad de David, e intentó varias veces asesinarlo, David se negó a utilizar su poder militar para asesinar a Saúl, a pesar de tener repetidas oportunidades de hacerlo, y de que la única alternativa fue el destierro. Saúl, al comienzo de su reinado, había sido ungido por Dios y aclamado por el pueblo. Que David se apoderase del trono al asesinar a Saúl habría sido un sacrilegio (ver *1 Samuel 26:1-7; 26:1-12*). Sólo al morir Saúl y el infante Jonatán en batalla contra los filisteos, David



(designado y ungido por Dios desde hacía mucho tiempo) se veía libre para presentarse ante el pueblo para que le hiciese rey.

No hace falta remontarse muchos años en la historia para ver lo que sucede cuando el poder político deja de ser considerado una obligación sagrada, conferido por Dios con el consentimiento del pueblo, y se convierte en algo que se consigue a través de la fuerza, y que se mantiene a fuerza de la violencia, de los asesinatos y de las ejecuciones, con un desprecio absoluto hacia la voluntad libre del pueblo.

2. El carácter sagrado de la vida humana (1 Samuel 3:17-39)

Conforme a las condiciones que prevalecían en el mundo antiguo, el Antiguo Testamento está lleno de relatos de batallas (igual que las noticias de nuestros días). Pero una cosa es matar al enemigo en el campo de batalla, y otra cosa es asesinar a un embajador y a un enviado diplomático. Es interesante leer, por tanto, la insistencia por parte de David en lo sagrado de la vida humana, y la denuncia que hace de uno de sus generales por abusar del poder político y, con traición, «derramar la sangre de la guerra en tiempo de paz», al asesinar a un enviado diplomático como acto de venganza (1 Reyes 2:5). No es difícil encontrar ejemplos modernos de embajadores que caen víctimas de las actividades de grupos terroristas subvencionados por gobiernos.

3. El carácter sagrado de los pactos y de los derechos de las minorías étnicas (2 Samuel 21)

Los gebeonitas eran una minoría cuya seguridad entre los israelitas estaba garantizada por un pacto solemne, jurado en nombre de Dios por los líderes de Israel (Josué 9). Durante varios siglos habían vivido pacíficamente en Israel, hasta que Saúl, por motivos políticos, intentó eliminarlos mediante la limpieza étnica y el genocidio. Para David, esto era una afrenta tanto contra los mismos



gebeonitas como contra el carácter sagrado de los pactos asumidos en nombre de Dios. Por tanto, permitió a los gebeonitas prescribir cualquier castigo que considerasen necesario para restablecer su seguridad y su confianza en la honradez de Israel.

4. El carácter sagrado del sexo y del patrimonio privado (2 Samuel 11:1-12;25)

Muchos críticos del Antiguo Testamento han señalado que el mismo Rey David cometió adulterio con la mujer de uno de sus oficiales militares, y luego se las arregló para que su marido muriese; y preguntan, «¿acaso es ésta la clase de hombre que la Biblia afirma ser «un varón conforme al corazón de Dios»?» (1 Samuel 13:14). Pero estos críticos olvidan algo muy significativo. Si cualquiera de los emperadores orientales contemporáneos de David hubiese decidido apropiarse de la mujer de cualquiera de sus súbditos, lo hubiese hecho sin ningún remordimiento posterior. ¡Ay de su marido si se opusiera! En Israel, sin embargo, el pecado de David se escribió con minucioso detalle en las crónicas del Estado, y luego fue publicado en el libro de Samuel del Antiguo Testamento. También se publicó la denuncia de este doble pecado del rey por parte del profeta Natán en base al hecho de que fue una violación de una serie de cosas sagradas e inalienables: la vida, el sexo, el matrimonio y el derecho de cada ciudadano a una área privada de cuerpo, de mente y de patrimonio, la cual no debe ser violada por ningún gobierno, por muy poderoso que sea. Más remarcable todavía fue la publicación de la confesión por parte de David de su culpabilidad, y de que su pecado no sólo fue un pecado contra sus súbditos, sino contra Dios mismo. Además, este pecado fue sacado a la luz no sólo por el historiador bíblico, sino que David mismo escribió acerca de él en su poesía, la cual se convirtió en una parte del himnario del pueblo de Israel. Éste será el tema de nuestro próximo artículo.



Sugerencias para el coloquio:

1. ¿En qué se basa la certeza por parte de David de que vencerá a Goliat? ¿En qué se diferencian las actitudes hacia Dios de David y de Goliat respectivamente?

2. ¿Por qué pensáis que David renunció a usar su poder militar para deshacerse de Saúl, como lo habrían hecho tantos otros líderes políticos? ¿Qué nos enseña la conducta de David acerca del uso del poder?

3. ¿Por qué es tan importante para el individuo y para la sociedad que las cosas sagradas tratadas en (ii), (iii) y (iv) se respeten? ¿Qué tiene que ver la fe en Dios con la preservación de estas cosas? Considerad cómo podemos incorporar de forma práctica esta clase de valores éticos en nuestras propias vidas, y promoverlos en la sociedad de nuestros días.

La poesía y la profecía del rey David

CAPÍTULO 13

David no era solamente un guerrero y un rey; también era un poeta prolífico y un profeta. Muchos de sus salmos llegaron a formar parte de la liturgia de la nación en el culto público del templo de Jerusalén. Posteriormente fueron incorporados en la Biblia, y han sido traducidos en más de mil lenguas, y son leídos y cantados por millones de personas. Multitudes de personas han comprobado que la manera cómo David derrama su corazón en sus poemas toca cuerdas profundas en su propio corazón, y las consuela en momentos de sufrimiento y adversidad.

I. Salmos de contrición, arrepentimiento y perdón

El *salmos 32:3-4* revela cómo, tras el pecado doble de adulterio y asesinato (ver *2 Samuel 1:1-12*) David fue tentado a actuar como si no hubiese pasado nada, y negarse a confesar su culpabilidad. El resultado de ello fueron los tormentos de una conciencia afligida, y la angustia de los efectos psicossomáticos que ella trajo consigo. El



salmo 51 plasma su ruego angustioso de que Dios le perdonase, cuando al final fue llevado al arrepentimiento y a la confesión. El *salmo 32:1-2* recoge su alivio intenso y su arrebató de alegría al darse cuenta de que Dios lo había perdonado. En el *salmo 51:13*, reconoce lo que siente todo el mundo que ha descubierto el gozo del perdón: la obligación de compartir con otras personas esta bendición que Dios proporciona, y buscar su conversión. Y el Nuevo Testamento (*Romanos 4:5-8*) nos asegura que, sean nuestros pecados abominables o bien pequeños y ordinarios, también se nos ofrece la posibilidad de gozar de la misma experiencia que David, bajo las mismas condiciones.

II. El salmo del Pastor (Salmo 23)

En el antiguo Medio Oriente los reyes eran considerados los pastores de sus súbditos; pero David, además, había sido un pastor auténtico de ovejas antes de convertirse en rey. Sus propios sentimientos de entrega sacrificada, primero hacia sus ovejas, y luego hacia su pueblo, le ayudaron a comprender mejor el cuidado infinitamente más entregado por parte de Dios, el Pastor por excelencia, a lo largo de su vida; a través de momentos de paz, y a través de lugares peligrosos, hasta su llegada al hogar eterno de Dios: el cielo. Este salmo ha traído verdadero consuelo a millones de lectores, y los ha llevado a conocer a Dios, no sólo como una figura lejana, inspiradora de sentimientos de temor y temblor, sino como un Salvador personal, amante y bondadoso.

III. Un cántico propagandístico (2 Samuel 1:17-27)

David se debe haber dado cuenta de que sus poemas, sus canciones y sus salmos serían leídos por el gran público, y este cántico en concreto fue escrito y enseñado al pueblo como propaganda explícita por parte del gobierno.



¡Pero qué propaganda más insólita! Cuando el Rey Saúl, el principal enemigo de David y el que le pretendía matar, murió en el campo de batalla, y el pueblo de Judá nombró a David como rey, compuso este cántico a fin de amoldar la opinión del pueblo en lo que se refería a su rey. No procura en absoluto hacer desaparecer el nombre de Saúl de los libros de la historia de la nación; no se echa a denigrar el carácter de Saúl; no aparece ni siquiera una sola palabra de crítica, aunque David tenía muchos motivos por los cuales sentirse resentido contra Saúl. No hay nada, de hecho, que no sea la expresión de un afecto intenso por parte de David hacia las vidas de Saúl y Jonatán, y de un profundo respeto hacia ellos en su muerte. Exhorta al pueblo a recordar todos los beneficios que el Rey Saúl había aportado a la nación. ¡Qué diferencia más constructiva supondría la utilización más frecuente de esta clase de poesía en la historiografía humana! La presencia de semejantes actitudes en la política actual, ¿no sería una ráfaga de aire fresco?

IV. Las profecías de David en lo que se refiere a la venida del Salvador-Rey-Mesías

Consciente de sus propios defectos y sus deficiencias como rey, y del problema intratable del pecado humano, de la injusticia, de la traición y de la crueldad, David, no obstante, había recibido la promesa por parte de Dios de que su dinastía real duraría para siempre, y de que uno de sus descendientes resultaría ser el Mesías enviado por Dios (Mesías = Cristo en griego) y el Salvador del mundo. (Ver 2 Samuel 7:14 y comparar Jeremías 23:5). La promesa se cumplió en Jesús, quien, como lo explica el Apóstol Pablo, «era del linaje de David, según la carne» (Romanos 1:3). El salmo 110:1 es citado en el Nuevo Testamento por Cristo y por sus apóstoles más que cualquier otro salmo. En él David predijo que el Mesías resultaría ser más que un mero ser humano; que sería, de hecho, el Hijo de Dios encarnado, quien, tras la muerte por crucifixión (retratada de manera tan vívida en el salmo 22), sería elevado por Dios a una posición de suprema autoridad en el cielo hasta que llegase el momento de su



retorno a la tierra a fin de someter bajo sus pies a todos sus enemigos. (Ver también el *salmo 16, 118 y Hechos 2 y 3*).

V. David, prototipo del Mesías

David sufrió mucho durante su vida. Como joven, aunque ya había sido ungido por el profeta de Dios como el rey venidero, fue rechazado por Saúl, perseguido y acosado, hasta que acabó siendo desterrado entre los gentiles antes de volver a Israel para ocupar el trono. Muchos de sus primeros salmos reflejan sus sufrimientos durante aquellos años y nos permiten entrever, además, los sufrimientos de Jesús, el Mesías. Él también fue ungido por Dios, pero fue rechazado y echado fuera por su propio pueblo, los judíos; y fue recibido, en cambio, por millones de gentiles. Igual que David, Él también volverá un día como Salvador o como Juez, tanto de Israel como del mundo entero.

A mitad de su vida, tras ocupar el trono durante muchos años, David sufrió una rebelión, en parte por su propia culpa. Lo más amargo del caso fue que el cabecilla de la sublevación era su propio hijo. Como consecuencia, David fue destronado y desterrado; y Absalón lo habría matado si hubiese tenido la oportunidad. Las tropas de David finalmente vencieron a las fuerzas rebeldes; pero, como consecuencia, David tuvo que afrontar un dilema desgarrador. Como padre de Absalón anhelaba perdonarle la vida, por lo cual ordenó que nadie lo matase. Sin embargo, no sólo era el padre de Absalón; también era el Rey y Juez Supremo de la nación. Y la justicia exigía la muerte de Absalón. El lamento de David por la muerte de su hijo rebelde constituye uno de los más conmovedores de toda la literatura mundial: «¡Hijo mío Absalón, hijo mío, hijo mío Absalón! ¡Quién me diera que muriera yo en lugar de ti, Absalón, hijo mío, hijo mío!» (2 *Samuel 18:33*).

El dolor de David nos abre una ventana en el corazón de Dios. Él también ha sufrido una rebelión por parte de nosotros,



sus criaturas. Como gobernador moral del universo, su justicia exige nuestra muerte. Como nuestro Creador, su amor anhela nuestra salvación. Él, sin embargo, pudo encontrar una solución a la que David no tenía acceso: en la persona de su propio Hijo, él mismo cargó con la pena que comportaban nuestros pecados al morir por nosotros en la cruz, de modo que su amor pueda perdonar y salvar a todos los que se arrepientan y acepten reconciliarse con él.

Sugerencias para el coloquio:

1. ¿Por qué nos resulta tan difícil reconocer que hemos actuado mal? Si tenéis un Nuevo Testamento, podríais mirar *Romanos 4:1-8*. Fijaos en que, aunque Dios perdonó a David, y quitó la culpa de su pecado, no quitó las consecuencias (*2 Samuel 12*).

2. Leed el salmo del Pastor (*salmo 23*). ¿Cómo nos ayuda a comprender lo que quería decir Jesús cuando dijo: «Yo soy el Buen Pastor»? (Ver *Juan 10:1-21*)

3. ¿Cómo pensáis que fue posible a David librarse del rencor en su actitud hacia Saúl? ¿En qué sentido nos puede servir de ejemplo?

4. Comentad el modo cómo Jesús emplea el *salmo 110:1* para demostrar que el Mesías (es decir él mismo) era más que un descendiente humano de David (Ver *Mateo 23:41-45*).

5. «El cumplimiento de la profecía confirma la fiabilidad de la Biblia»: comentad esta afirmación. En este contexto cabe remarcar que las profecías de David forman parte de una dimensión profética mucho más amplia, única en toda la literatura mundial. Aquí ofrecemos una lista de algunas de las predicciones relativas al Mesías (Cristo) que encontramos en el Antiguo Testamento, y que se cumplieron en el Nuevo.



Tema	Profecía	Cumplimiento
Su humanidad	Génesis 3:15	Gálatas 4:4
Su nacimiento de una virgen	Isaías 7:4	Mateo 1:18
Descendiente de Abraham	Génesis 22:18	Mateo 1:1, Gálatas 3:16
Descendiente de Isaac	Génesis 21:12	Lucas 3:23
Descendiente de Jacob	Números 24:17	Lucas 3:23,34
De la tribu de Judá	Génesis 49:10	Lucas 3:23, Hebreos 7:14
De la familia de Isaías	Isaías 11:1,10	Lucas 3:23
De la casa de David	2 Samuel 7:14 Jeremías 23:5	Lucas 3:23, Hechos 13:22-23
Anunciado por un mensajero	Isaías 40:3	Mateo 3:3
Nacido en Belén	Miqueas 5:2	Mateo 2:1, 4:8, Juan 7:42
Dios con nosotros	Isaías 7:14	Mateo 1:23
Su entrada en el templo	Malaquías 3:1	Mateo 21:12
Su entrada en Jerusalén montado sobre un asno	Zacarías 9:9	Lucas 19:35-37
Su muerte por nuestros pecados	Isaías 53:5	Marcos 10:45 I Corintios 15:3
Su resurrección	Salmo 16:10	Hechos 2:31
Su ascensión	Salmo 110:1	Hechos 2:34, Hebreos 1:3

Notas

(i) Hay muchas más profecías detalladas que tratan de la muerte de Jesús, las cuales miraremos en un próximo artículo.

(ii) Hay profecías aún sin cumplir. Por ejemplo, Daniel 7:13-14 predice que Cristo volverá. Jesús repitió esta profecía ante sus jueces, y fue crucificado precisamente a causa de ello. (Mateo 26:62-66)

El camino de la sabiduría

(*Leed Proverbios 1:7-19*)

CAPÍTULO 14

La Biblia no es solamente un libro. Es una biblioteca fascinante que representa muchos géneros literarios. En esta serie ya hemos mirado brevemente algunos de los libros históricos, como *Génesis*, y los libros de la ley y de los rituales del pueblo, como *Éxodo* y *Levítico*. En nuestro último artículo hemos disfrutado de unas muestras de la poesía magnífica del libro de los Salmos. Ahora consideraremos otros tres libros del Antiguo Testamento; ejemplos de lo que se llama «Literatura de la Sabiduría».

El primero de ellos es el libro de *Proverbios*. Este libro se dirige a la siguiente cuestión: ¿cómo debemos ordenar nuestras vidas de la mejor manera posible, a fin de aprovecharlas al máximo, y no malgastarlas ni echarlas a perder? El segundo es el libro de *Eclesiastés*. Este libro trata una cuestión aun más profunda: ¿Qué propósito tiene la vida?

El tercero es el libro de *Job*, que aborda una cuestión más profunda todavía: ¿Por qué sufren los íntegros y los justos? Cuando una



persona ha hecho lo que ha podido para ajustar su vida a la ley de Dios, ¿por qué permite Dios que sufra, a veces incluso más que los malos?

Desafortunadamente aquí sólo tendremos tiempo para considerar el libro de los *Proverbios*, y la pregunta central que plantea: ¿cuál es la mejor manera de vivir?

Ésta es una pregunta que tenemos que plantearnos a todos los niveles: ¿Cuál es la mejor manera de dirigir un país? ¿Cómo hay que educar a los hijos? ¿Cuál debe ser mi actitud hacia mis obligaciones escolares? ¿Qué clase de persona debería escoger como pareja? y un largo etcétera. En muchas lenguas existen «proverbios», frases concisas, expresivas e incisivas que resumen la experiencia de las personas y que resultan muy memorables.

Ningún proverbio pretende abarcar todo lo que se podría decir acerca de una cuestión determinada. Más bien es la expresión vívida de un principio entre otros muchos, todos los cuales deben ser tenidos en cuenta, y puestos en práctica en el momento apropiado. Es por esto que a veces dos proverbios parecen contradecirse.

Compárense estos dos ejemplos del libro de los *Proverbios*:

1. «Nunca respondas al necio de acuerdo con su necedad, para que no seas tú también como él». (26:4)

2. «Responde al necio como merece (= de acuerdo con) su necedad, para que no se estime sabio en su propia opinión». (26:5)

En *Proverbios*, entonces, hay largas colecciones de proverbios concisos y expresivos, y a menudo poco relacionados los unos con los otros, acerca de muchas situaciones de la vida cotidiana.



Además, no obstante, existen pasajes más extensos que ofrecen a los jóvenes un conjunto de consejos conexos y bien desarrollados (por ejemplo: 1:8 - 9:18). Y de estos pasajes nos ocuparemos ahora.

I. El principio fundamental de la sabiduría

El principio clave de Proverbios reza así: «El principio de la sabiduría (es decir, el fundamento o la piedra angular) es el temor a Jehová» (1:7; 9:10). Es en esto en lo que consiste la diferencia entre la auténtica sabiduría y la astucia o la «genialidad». En muchos países, por ejemplo, se da por sentado que la manera más lista de prosperar en la vida es a través de los sobornos. El libro de *Proverbios* reconoce la eficacia de los sobornos. Ver por ejemplo 17:8: «Piedra preciosa es el soborno para el que lo practica; adondequiera que se vuelve, halla prosperidad». (Ver también 18:16). Pero aunque el soborno puede conducir al éxito aparente, la sabiduría que está arraigada en el temor de Dios lo condena como una práctica moralmente inaceptable. Ver, por ejemplo, 17:23: «El impío toma soborno del seno para pervertir las sendas de la justicia». O dicho de otra manera, 15:27: «Alborota su casa el codicioso; mas el que aborrece el soborno vivirá».

De modo semejante, *Proverbios* da por sentado que mucha gente hace ver que temen a Dios, pero utilizan la religión como tapadera para su conducta inmoral. Y nos advierte: «El sacrificio de los impíos es abominación a Jehová.» (15:8); «El que aparta su oído para no oír la ley, su oración también es abominable» (28:9).

II. La verdadera sabiduría

La verdadera sabiduría brota del reconocimiento de que el mundo pertenece a Dios. El lo creó y lo organizó conforme a su sabiduría divina; y si queremos ser sabios, debemos vivir de acuerdo con sus leyes y sus ordenanzas. (ver 8:22-36).



III. Podemos aprender de los animales

Puesto que el mundo pertenece a Dios, podemos aprender muchas cosas incluso de los animales y los insectos que él hizo.

«Ve a la hormiga, oh perezoso, mira sus caminos y sé sabio» (6:6). A la hormiga no hace falta forzarla a trabajar. Por instinto sabe que si no trabaja para recoger alimentos durante el verano, no sobrevivirá el invierno. Igualmente nosotros debemos aprender a anticipar nuestras necesidades futuras, y trabajar ahora a fin de proveer lo que haga falta para cubrirlas. Esto implica, por ejemplo, no desperdiciar nuestro tiempo en la escuela; sino trabajar duro para conseguir una formación, a fin de poder arreglarnoslas por nuestra cuenta cuando hayamos dejado de estudiar.

IV. No debemos ser perezosos

Puesto que el mundo pertenece a Dios, y Dios en su sabiduría nos ha proporcionado un trabajo, no debemos ser perezosos. La pereza es una necedad moral. Proverbios retrata al perezoso de maneras muy vívidas.

1. No sólo disfruta del placer soporífico de pasar demasiado tiempo en la cama; hasta parece enganchado a la cama como una puerta a sus quicios (26:14): da la vuelta, como si fuera para levantarse; pero en lugar de hacerlo, se vuelve a girar, y se queda dormido otra vez.

2. Hace excusas absurdas y exagera las dificultades que afronta (26:13; 22:13: ¡«hay un león allí fuera»!).

3. Finalmente, tras años de negligencia y de oportunidades no aprovechadas, su vida conduce al desastre irreversible, como una granja que se ha echado a perder (24:30-34).



V. El peligro de la compañía inadecuada

Puesto que Dios nos ama, advierte a los jóvenes contra el peligro de la compañía inadecuada, y especialmente de bandas violentas o la Magia (1:10-19). Tales grupos seducen a los jóvenes con la promesa de ganancias rápidas, a través del robo. Los delincuentes y los criminales son menos listos que los pájaros. Si un pájaro se peca de una trampa no se dejará atrapar. Pero estas personas «a su propia sangre ponen asechanzas, y a sus almas tienden lazo». (1:18); es decir, al acechar a otros, acabarán siendo arrestados, encarcelados y tal vez ejecutados; y al final les aguarda el juicio de Dios.

VI. No debemos abusar de nuestro cuerpo y mente

Puesto que el mundo pertenece a Dios, y él hizo nuestros cuerpos, *Proverbios* nos advierte que no debemos abusar de nuestro cuerpo y mente por un exceso de bebidas alcohólicas, o por el uso de cualquier otra droga. «El vino es escarnecedor, la sidra alborotadora» (20:1); es decir, la embriaguez convierte a una persona en un sinvergüenza escarnecedor y alborotador. «El bebedor y el comilón empobrecerán, y el sueño hará vestir vestidos rotos.» (23:21). La embriaguez conduce al dolor, a las rencillas, a las quejas, a los traumatismos y al amoratado de los ojos. (23:29-30). *Proverbios* nos urge para que, mientras estamos sobrios, visualicemos hasta qué punto hacemos el ridículo si nos emborrachamos. Ofrece una descripción vívida de la confusión de sentimientos y de ideas de la que adolece el borracho: primero la fascinación y el sabor suave de la bebida (23:31); pero luego sigue de repente el mordisco de la serpiente, y el veneno de la víbora. La visión borrosa y la imaginación descabellada (23:33). Las piernas tambaleantes, como alguien en un barco que intenta dormir encima del aparejo (23:34). Consciente de estar borracho e indefenso, pero, con un coraje equívoco, prometiéndose otra bebida en cuanto se despierte (23:35).



VII. Proverbios prohíbe la fornicación, el adulterio y la promiscuidad

Puesto que nuestro cuerpo pertenece a Dios, y la familia fue instituida por él como la unidad social más fundamental, *Proverbios* prohíbe la fornicación, el adulterio y la promiscuidad, y advierte contra los peligros y contra las consecuencias a veces letales que estos pecados acarrearán (ver, por ejemplo, 7:6-26). A la luz de la epidemia actual del SIDA, los jóvenes necesitan oír el aviso escalofriante del 7:26-27.

Proverbios es consciente, por supuesto, que los jóvenes a menudo se irritan porque sus padres o sus maestros les dicen lo que tienen que hacer. Sin embargo, resalta que detrás de la ley moral está Dios, quien ama con aún mayor intensidad que el mejor padre ama a su hijo. Además es precisamente porque nos ama que nos tiene que reprochar y disciplinar a fin de que nuestras vidas lleguen a ser un motivo de deleite para él (3:11-12).

El listón de Dios es muy alto. Por nuestra propia cuenta y con nuestras propias fuerzas no lo podemos alcanzar. Es por esto por lo que *Proverbios* nos hace la siguiente exhortación: «Fíate de Jehová de todo tu corazón, y no te apoyes en tu propia prudencia; reconócelo en todos tus caminos, y él enderezará tus veredas.» (3:5-6).

Igual que muchos de los libros del Antiguo Testamento, sin embargo, los tres libros de la Sabiduría suscitan preguntas que sólo encuentran respuesta en Jesucristo.

El Gran Rey Sabio, Salomón, sucesor del Rey David, escribió gran parte del Libro de Proverbios; sin embargo, él también se volvió necio al final (*1 Reyes 11:1-11*). Servía mucho para la teoría, pero poco para la práctica. El único sabio perfecto era el Señor Jesucristo. Él se describe a sí mismo como «mayor que Salomón» (*Mateo 12:42*). En él están escondidos todos los tesoros de la sabidu-



ría y del conocimiento (*Colosenses 2:3*). Y los que confían en él descubren que «Cristo nos ha sido hecho por Dios sabiduría, justificación, santificación y redención» (*1 Corintios 1:30*).

El autor del segundo libro de la Sabiduría, *Eclesiastés*, contempla la vida bajo el sol, es decir, la vida confinada a esta tierra. Por tanto, llega a menudo a la conclusión de que muchas de las actividades de la vida son un perpetuo «dar vueltas», y que desembocan en la vanidad, el vacío y la frustración. No obstante, el Nuevo Testamento tiene la última respuesta a este pesimismo. Cristo ha resucitado de la muerte: la muerte no es el final; y al haber resucitado Cristo, «nuestro trabajo en el Señor no es en vano» (*1 Corintios 15:51-58*).

El tercer libro de la Sabiduría, *Job*, por supuesto nos ofrece ciertas respuestas a preguntas como: ¿Por qué permite Dios que los que confían en él sufran? ¿Es justo Dios? ¿Se comporta de manera justa? ¿Es posible fiarse de él aún en medio del dolor, de las calamidades, de la enfermedad? Sin embargo, el motivo más contundente por el cual podemos fiarnos de Dios venga lo que venga lo encontramos en el Nuevo Testamento: «Sabemos que todas las cosas ayudan a bien para los que aman a Dios... El que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con él todas las cosas?» (*Romanos 8:28,32*). Al igual que el oro, que se tiene que someter al fuego a fin de librarse de todas sus impurezas, para que su valor se vea incrementado al máximo, la formación por parte de Dios de sus hijos, y las pruebas a las que son sometidos, tienen como finalidad, como en el caso de Job, purificar su fe y desarrollar su carácter, a fin de que puedan sacar el máximo provecho de la vida (*1 Pedro 1:6-9*).

Sugerencias para el coloquio:

1. Comentad el significado de la siguiente afirmación: «El principio de la Sabiduría es el temor a Jehová», y enlazad este principio



con varias situaciones prácticas de la vida cotidiana (ver, por ejemplo, 1:29, 2:5, 3:7, 8:13, 10:27, 14:26-27, 15:33, 16:6, 19:23, 23:17, 24:21).

2. Propón que cada alumno de la clase escoja un proverbio del libro de Proverbios, y comente con la clase lo que significa para él.

3 Buscad otros casos en el libro de Proverbios donde podemos aprender lecciones importantes del mundo de los animales. Ver por ejemplo 26:11; y comparad con 2 Pedro 2:20-22 en el Nuevo Testamento.

4. ¿De qué manera las advertencias contra la mala compañía, el uso de las drogas y la promiscuidad sexual sirven para demostrar el amor de Dios hacia nosotros?

5. Aprended de memoria unos cuantos de los proverbios, especialmente *Proverbios 3:5-6*.

El camino de los profetas

CAPÍTULO 15

Entre una cuarta y una tercera parte del Antiguo Testamento se compone de los escritos de una clase especial de hombres que se llamaban profetas. Para comprender por qué son tan importantes en el Antiguo Testamento, y para nosotros también, hay que recordar (ver el artículo 8 de esta serie) el rol especial que Dios asignó al pueblo de Israel. Los levantó para que fuesen: 1. un testimonio vivo de la existencia del Único Dios Verdadero, y una protesta contra las interpretaciones idólatras del universo: 2. un ejemplo de lo que significa vivir en comunión con el Dios viviente, experimentar su amor, su poder, su salvación, sus leyes, y su dirección, a fin de que todos los habitantes de todas las naciones llegasen a ver lo maravilloso que es conocer a Dios personalmente. 3. el medio provisto por Dios a través del cual el Salvador del mundo había de llegar, a fin de que los seres humanos pudieran ver que hay auténtica esperanza para la raza humana, a pesar del pecado, y para que reconociesen al Salvador cuando viniese, y se diesen cuenta de su necesidad de ser salvados.



Mientras Israel recordaba la generosidad de Dios hacia ellos, y vivían con gratitud conforme a sus leyes, todo marchaba muy bien. Sin embargo, los israelitas no eran intrínsecamente mejores que nosotros; eran pecadores como el resto de la raza humana. Cada vez abusaban más de su rol especial, violaban las leyes de Dios y pecaban tanto o incluso más que las demás naciones. Como consecuencia, ¡Dios los presenta al mundo como ejemplo de cómo no debemos vivir!, a fin de que los demás aprendiésemos la santidad de Dios, su odio al pecado, sus exigencias en cuanto a la justicia y las consecuencias inevitables de no respetarlas.

Y es aquí donde entran los profetas. No eran solamente hombres que predecían el futuro - aunque es cierto que algunas de sus profecías, en este sentido, son remarcables. No eran sacerdotes - aunque algunos de ellos procedían de familias sacerdotales. No tenían a su cargo el culto del templo. Eran grandes predicadores y reformadores, que sacaban a la luz los pecados políticos, las prácticas económicas ilícitas, las injusticias sociales, y la hipocresía religiosa a todos los niveles de la sociedad. Llamaban a la nación en general, y a los individuos que la componían en particular, a arrepentirse, a cambiar su modo de vivir, a volver a Dios, y profetizaban el desastre si no se producía este arrepentimiento.

Con demasiada frecuencia la nación se burlaba de los profetas, e incluso se les perseguía, y se seguía viviendo como siempre. Como consecuencia sufrían las consecuencias anunciadas: la derrota abrumadora, la pérdida de la nación, y la deportación, primero a Asiria y luego a Babilonia. En este aspecto nos sirven de advertencia a nosotros también; si los judíos antiguos no eran mejores que nosotros, nosotros tampoco somos mejores que ellos. Lo que les sucedió a ellos nos recuerda que el juicio de Dios es una realidad ineludible que espera tanto a las naciones como a los individuos, si no nos arrepentimos de nuestros pecados. El Nuevo Testamento resume la lección que nos cabe aprender: «pero sabemos que todo lo que la ley dice, lo dice a los que están bajo la ley, (es decir, los israelitas) para



que toda boca se cierre y todo el mundo (por haber cometido los mismos pecados que los israelitas) quede bajo el juicio de Dios» (*Romanos 3:19*).

Los profetas del Antiguo Testamento son conocidos generalmente como los Profetas Menores (en cuanto escribían libros pequeños), y los Profetas Mayores (porque escribían libros grandes). Miraremos uno de los profetas menores y uno de los mayores.

I. La profecía de Amós

En la época de Amós, la nación estaba políticamente dividida: dos tribus en el sur, y diez en el norte. Amós era del sur, nacido en Judá, pero predicaba principalmente en Samaria, entre las diez tribus norteñas. Vivió durante los reinados de Uzías, rey de Judá (779-740 a.C.) y Jeroboam II, rey de Samaria (783-743 a.C.).

Amós comienza su profecía con una denuncia de los crímenes de guerra y la actuación inhumana de las naciones vecinas.

1. *El expansionismo militar llevado a cabo con una crueldad descabellada (1:3-5)*

En este caso el agresor es Damasco, capital del estado arameo al norte de Israel. Bajo la política expansionista de su rey, Hadad, habían invadido Galaad, sojuzgando con brutalidad a la población. Habían «trillado a Galaad con trillos de hierro». En el mundo antiguo, las espigas de trigo y cebada eran trilladas mediante trineos de madera con trozos de sílex o de hierro por debajo, que eran arrastrados por encima de los tallos cortados. Puede que la frase «trillaron con trillos de hierro» sea una metáfora para expresar la idea de extremada brutalidad. Pero también podría ser literal. Muchos ejércitos invasores han empleado, y siguen utilizando, métodos de tortura horribles, a veces semejantes a éste, a fin de aterrar a los habitantes del país invadido.



2. El comercio de esclavos (1:6-8)

Los filisteos (Gaza era una ciudad filisteo) vendían comunidades enteras como esclavos, y los deportaban a un país extranjero, a Edom. Las finalidades de dicho comercio eran varias: la limpieza étnica, poner fin a actividades contrarrevolucionarias, y el dinero.

3. La práctica de enriquecerse de la guerra (1:9-10)

Esta vez el culpable era Tiro. Tiro no estaba involucrado en la guerra entre los filisteos y los judíos. Pero se enriquecía al vender comunidades enteras como esclavos a favor de los filisteos; y lo hacían a pesar de pactos que habían hecho anteriormente con los judíos (el pacto de hermanos 1:9). Sin duda alguna habrían recurrido a los mismos argumentos con los cuales algunas naciones modernas justifican la venta de armas a países en guerra: si nosotros no vendemos los esclavos a favor de los conquistadores (o si no facilitamos las armas), hay otros que lo harán. De este modo se aprovecharon de la miseria humana y de la muerte.

4. Odio étnico incesante (1:11-12)

Sin lugar a dudas, los edomitas consideraban que habían sido maltratados por los israelitas en tiempos anteriores. Pero no estaban dispuestos a olvidar el pasado. Aprovecharon cada oportunidad que tenían para vengarse de Israel. Muchos ejemplos actuales del mismo fenómeno enseguida vienen a la mente.

5. Crímenes de guerra (1:13-15)

En la nación de Amón, el expansionismo territorial venía acompañado de la barbarie desalmada: hasta habían llegado a matar a mujeres encinta. Por supuesto, en aquellos tiempos no existía ni el «Convenio de Ginebra» ni nada parecido, ni había tribunales de crímenes de guerra. Sin embargo, Dios se acordaría de cada atrocidad



y llegaría el día en que, como lo asegura Amós, los culpables serían castigados.

Pero Amós no se ocupa exclusivamente de los pecados de las naciones gentiles que rodeaban Israel. Condena con aún mayor severidad los pecados sociales y religiosos de su propio pueblo, Israel y Juda. El estado de la nación de aquel entonces se ha resumido acertadamente de la siguiente manera:

a. Condiciones políticas y sociales

Más de 40 años antes del ministerio de Amós, Asiria había aplastado a Siria, vecina de Samaria. Esto permitió a Jeroboam II ampliar su territorio (*2 Reyes 14:25*), y desarrollar un comercio muy rentable, el cual llevó a la creación en Samaria de una clase mercantil muy poderosa. Por desgracia, la riqueza que se produjo en Samaria como consecuencia no se repartió con igualdad entre la población. Permaneció entre las manos de los príncipes mercaderes, quienes la aprovecharon para mejorar su propio nivel de vida (*3:10,12,15;6:4*), e ignoraron por completo a la clase campesina, que siempre había constituido la espina dorsal de la economía de Samaria. Las señas inequívocas de una sociedad moralmente enferma comenzaron a manifestarse en Samaria. En el tiempo de Amós, la opresión de los pobres por parte de los ricos era el pan de cada día (*2:6*), como también lo era la indiferencia desalmada entre las clases adineradas hacia el sufrimiento de los hambrientos (*6:3-6*). La justicia se subataba (*2:6;8:6*). En tiempos de sequía (*4:7-9*) los pobres tuvieron que recurrir a los prestadores (*5:11; 8:4-6*), a quienes a menudo tuvieron que hipotecar primero su tierra, y luego a sí mismos.

b. El estado de la religión

Naturalmente las condiciones sociales de Samaria afectaron también las prácticas religiosas. La religión no estaba siendo abandonada, sino pervertida. En los lugares religiosos de la nación (*5:5*) los ritos se mantenían (*4:4*), pero iban acompañados de la impiedad y de la inmoralidad. Lejos de complacer a Dios, estos ritos se convir-



tieron en motivo de juicio (3:14; 7:9; 9:1-4); no sirvieron para alejar sino más bien para agravar la transgresión de la ley (4:4). A Dios no se le encontraba en estos lugares religiosos nacionales (5:4) porque allí no aceptaba que se le rindiese culto (5:21-23); las verdaderas preocupaciones religiosas del pueblo se centraban en el culto a otros dioses (8:14). Además, estas ceremonias plélicas y sacrificios costosos se efectuaban a expensas de los pobres (2:8;5:11).»

Los profetas, entonces, sacaban a luz y denunciaban los pecados tanto de los gentiles como, en mayor medida, de los judíos. Pero también recibieron el encargo por parte de Dios de anunciar su programa último y definitivo para resolver el problema del pecado de la humanidad, y para traer salvación al mundo. A la luz de esto, el mismo realismo de la denuncia contundente del pecado por parte de los profetas tiene también su cara luminosa: demuestra que el mensaje de esperanza y de salvación que ellos predicaban no era ningún sueño utópico e irreal que había pasado por alto hasta qué punto el pecado ha impregnado la naturaleza humana. Al mismo tiempo los profetas se muestran conscientes de que la salvación del mundo debe comenzar con la salvación del individuo. Todo programa que tenga como finalidad la reforma de la sociedad está condenado al fracaso, a menos que se pueda efectuar un cambio en el corazón de los seres individuales que componen las naciones.

Lo siguiente, entonces, es un resumen de los programas que, según dos de los profetas mayores, Dios pondría en marcha un día para lograr la salvación de la humanidad.

II. La profecía de la salvación según Isaías

Contra este telón de fondo, la total incapacidad por parte de Israel de cumplir su rol, Isaías profetizó que un día Dios enviaría al mundo a su Siervo Perfecto. Este Siervo no sólo viviría una vida de servicio abnegado a los demás, sino que sufriría y moriría en sacrificio por los pecados del mundo, a fin de que los seres humanos en-



contrasen el perdón y la reconciliación con Dios; y luego, a partir del gozo y de la paz que nacen de la experiencia de ser perdonados, que estuviesen dispuestos a perdonar a los demás, reconciliarse los unos con los otros, y amar y servirse mutuamente, abonando así la tierra donde la paz pueda brotar. He aquí un ejemplo de las profecías de Isaías (*Isaías 53:3-6*). Ésta es la profecía que Jesucristo afirmó haberse cumplido en su propia vida y muerte: «Sabéis que los que son tenidos por gobernantes de las naciones se enseñorean de ellas, y sus grandes ejercen sobre ellas potestad. Pero no será así entre vosotros, sino que el que quiera hacerse grande entre vosotros será vuestro servidor, y el que de vosotros quiera ser el primero, será siervo de todos. Porque el Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos» (*Evangelio según Marcos 10:41-45*).

Por supuesto, si todo el mundo siguiese el ejemplo de Cristo, y viviese para amar y servir a otros, el mundo pronto se convertiría en un paraíso. La pregunta apremiante que se impone es ésta: ¿Cómo se logra que los seres humanos se comporten de esta manera? Encontraremos la respuesta en:

III. La profecía de la salvación según Jeremías

Leed *Jeremías 31:31-34*.

Aquí Jeremías repasa con realismo la larga lección que se desprende de la historia: la incapacidad persistente por parte de Israel de vivir conforme a la ley de Dios. La experiencia del pueblo había puesto en evidencia el hecho de que los hombres y las mujeres no cuentan con los recursos ni morales ni espirituales para guardarla. Por tanto, Jeremías anunció que un día Dios establecería un nuevo pacto. Obraría el milagro de la regeneración, y escribiría sus leyes no en tablas de piedra, externas a la persona, sino en su mismo corazón y mente. Dicho de otra manera, haría brotar en el seno de la persona una calidad diferente de vida, una nueva naturaleza con recursos



anteriormente desconocidos. Éste es el milagro que Dios efectúa, como señala el Nuevo Testamento, para todo aquel que con un espíritu de arrepentimiento genuino, recibe a Cristo como Señor y Salvador (2 Corintios 3, Hebreos 8).

Pero ¿qué pasa si las personas no están dispuestas a aceptar a Cristo como Salvador y Señor? ¿Acaso no implica que el programa de Dios se ha estrellado? ¡En absoluto! Los profetas nos aseguran que el Mesías, el Salvador del mundo, quien murió y resucitó para traernos perdón y salvación, volverá un día y, con poder y gloria divinos, establecerá su reino en el mundo entero. En aquel momento, los que no se hayan arrepentido serán excluidos de la presencia del Señor y sufrirán el destino que ellos mismos habrán escogido; ya no se hará mal en la tierra. (ver 2 Tesalonicenses 1:5-10.) Y aquí se nos brinda una visión, ubicada esta vez en otro de los profetas menores, de la vida bajo el reinado universal del Mesías prometido. (Miqueas 4:1-5).

Estas palabras son el lema que se han propuesto *las Naciones Unidas*. Y no es un lema vacío; porque aunque las Naciones Unidas no lo podrán hacer realidad, Cristo, en su Segunda Venida sí lo hará. Pues de la misma manera como su nacimiento, su vida, su resurrección y su ascensión fueron el cumplimiento de muchas de las predicciones de los profetas del Antiguo Testamento, su Segunda Venida será el cumplimiento de todas las demás.

Preguntas para el coloquio:

1. ¿Por qué los profetas no son tomados en serio por la mayoría de la gente? ¿Cómo podemos contribuir a que más personas tomen en serio su mensaje hoy en día?
2. Leed el capítulo 53 de *Isaías* y comentad la manera cómo Jesús ya ha cumplido esta profecía, haciendo referencia al Nuevo Testamento. ¿Qué significan para ti las palabras de esta profecía?

Desde una religión nacional a una fe mundial

CAPÍTULO 16

En la presente serie este artículo es el último que dedicaremos al Antiguo Testamento. En el próximo artículo pasaremos a estudiar el Nuevo Testamento. En términos históricos transcurren unos cuantos siglos entre los dos Testamentos. ¿Cómo, pues, pudo el pueblo judío sobrevivir desde finales del período del Antiguo Testamento hasta el principio del Nuevo?

I. Un breve repaso histórico desde el tiempo de David hasta Cristo

David, seguido de **Salomón**, reinó sobre un Israel unido; fue el punto culminante de la prosperidad de Israel como nación (1010-930 a.C.).

Las doce tribus se dividieron en dos reinos: diez tribus en el norte, con su capital, **Samaria**; las dos tribus del sur, con su capital, **Jerusalén** (930 a.C.).



El poderoso imperio, **asirio**, invadió el reino del norte y deportaron a los habitantes al este (745-721 a.C.).

El también poderoso imperio **babilónico** venció al reino del sur y deportó la flor y nata del pueblo (entre ellos a **Daniel**) a **Babilonia**; el territorio del reino pasó a ser provincia del imperio babilónico (605-587 a.C.).

El imperio **medo-persa** encabezado por **Ciro** tomó **Babilonia** (530 a.C.) y su imperio. **Ciro** permitió regresar a su tierra de origen a todos los que lo deseaban, y les ordenó volver a construir su templo (acabado en 516 a.C.). Más adelante, con la ayuda de **Nehemías**, el copero judío del rey Artajerjes I de Persia, quien fue nombrado gobernador de Jerusalén (445 a.C.). El libro de Nehemías es una crónica vívida de la reconstrucción de la muralla de Jerusalén. Muchos judíos volvieron; muchos de ellos siguieron viviendo en países extranjeros. Judea ya era una provincia del imperio persa. Más o menos por este tiempo se acabó el período tratado en el Antiguo Testamento, siendo los libros de Nehemías y Malaquías los últimos que se escribieron.

Alejandro Magno de Macedonia conquistó tanto el imperio **persa** como el **egipcio**. Judea pasó a sus manos. Muchos judíos emigraron a Egipto. Alejandro se hizo dueño de la mayor parte del mundo conocido en aquel entonces (334-331 a.C.)

Alejandro murió en el año 323 a.C. Su imperio se repartió entre sus generales. Uno de ellos, llamado **Ptolomeo**, se hizo con Egipto y fundó una dinastía que duró hasta que los romanos se apoderaron de ella en 31 a.C. Otro de estos generales, **Seleuco**, se hizo con Asia y fundó una dinastía que duró hasta que cayó en manos de los romanos en 65 a.C. Al principio Jerusalén y Judea estaban bajo el poder de la dinastía de Ptolomeo en Egipto; sin embargo, en 198 a.C. pasaron a manos de la dinastía Seleúcida.



Tras unos cuarenta años de guerrillas y de políticas más bien turbulentas por parte de los **Macabeos** contra los Seleúcidas, Judea finalmente se estableció como estado independiente y soberano bajo la dinastía **Hasmoneana** de reyes judíos (128 a.C.).

El general **romano** Pompeyo, tomó Jerusalén e invadió el templo (63 a.C.).

Herodes, edomita por nacimiento, mas judío por religión, fue proclamado rey de los judíos por el senado romano (40 a.C.). Conquistó Galilea en el año 38 a.C., y Jerusalén en 37 a.C. Fue confirmado como rey-vasallo por Octavio, quien más adelante recibió el nombre de César Augusto, primer emperador de Roma. Fue durante el reino de César Augusto, mientras Herodes era rey de los judíos, cuando nació Jesucristo en Belén de Judea.

II. ¿Qué es lo que permanece en la historia?

Los grandes imperios del mundo antiguo, Egipto, Babilonia, Persia, Grecia (bajo Alejandro) y Roma indudablemente han dejado al mundo un legado valioso y permanente en lo que se refiere al arte, a la arquitectura, a la literatura, a la filosofía a la ciencia y a la civilización en general; y por todas estas cosas merecen ser recordados. Pero los propios imperios ya no existen; y las guerras y el derramamiento incesante de sangre en base a los cuales estas civilizaciones lograron establecerse, ahora se conocen por lo que eran: un desperdicio deplorable de vidas humanas en nombre del orgullo, de la ambición y del ansia de poder por parte de seres humanos.

Comparado con estos grandes imperios, Israel nunca llegó a ser nada más que una nación diminuta, y durante la mayor parte de su historia, la mayor parte de la población vivía o como cautivos o bien como exilados en tierras extranjeras. No obstante, los viejos dioses paganos a los que los grandes imperios rendían culto, están olvidados desde hace tiempo. Nadie les rinde culto ya. Sin embargo, el Dios de



Israel no sólo ha sobrevivido: es el Dios de una fe extendida por todo el mundo. Millones sobre millones de personas, ya no sólo judíos sino también gentiles han llegado a creer en Él a lo largo de los siglos.

III. Algunos de los beneficios que reportó al mundo el exilio de Israel entre las naciones

1. *El exilio pone de manifiesto la imparcialidad y la justicia de Dios (para más detalles, ver el capítulo 15)*

La elección de Israel por parte de Dios para que jugara un papel especial en la historia evidentemente les concedió muchos privilegios. Pero el privilegio no equivalía a ningún favoritismo. Estos privilegios significaban que en caso de persistir en el pecado social y religioso, Dios traería sobre ellos castigos aun más severos que los que traería sobre las demás naciones. Ni la nación, ni la dinastía real del Rey David, ni el mismo templo de Dios en Jerusalén quedarían inmunes ante el peligro de la derrota y de la destrucción. Su principio del juicio era éste: «A vosotros solamente he conocido de todas las familias de la tierra; por tanto, os castigaré por todas vuestras maldades» (*Amós 3:2*). La lección general es la siguiente: cuanto más privilegiada sea una nación o individuo, más se les exigirá en lo que se refiera a su conducta (ver también *Lucas 12:47-48*).

2. *La larga duración del exilio de Israel pone de manifiesto su fidelidad a sus propósitos*

Durante dos milenios y medio la mayor parte de los judíos han vivido entre los gentiles, y durante la mayor parte de este período, hasta hace poco tiempo, estuvieron sin tierra propia. Sin embargo, desde antes del exilio, Dios prometió que velaría por ellos y los libraría de la extinción, y que un día serían devueltos a su tierra (ver *Ezequiel 39:22-29*). Hasta nuestros días, a pesar de la ferocidad de la persecución y de los intentos de genocidio, los judíos nunca han



perdido su identidad nacional y étnica, ni han sido asimilados ni destruidos por completo. Dios ha guardado su promesa hasta ahora; lo demás también se cumplirá.

3. El sistema de las sinagogas

Desde los tiempos del cautiverio en Babilonia, los judíos comenzaron a establecer sinagogas en las ciudades gentiles, donde podrían adorar a Dios y enseñar el Antiguo Testamento. Durante los siguientes siglos, gran número de gentiles, hartos de las vulgaridades absurdas de la idolatría pagana, comenzaron a asistir a sinagogas judías, y fueron conducidos a la fe en el Único Dios Verdadero. Fue de este colectivo de donde provenían los primeros conversos a la fe cristiana (*Hechos de los Apóstoles 13:44; 17:4,10-12; Lucas 7:2-5*).

4. La traducción al griego del Antiguo Testamento

Algunos judíos de principios del siglo III a.C. que vivían en Alejandría, en Egipto, tradujeron el Antiguo Testamento del hebreo al griego. A esta traducción, más adelante, se le puso el nombre de «La Septuaginta». La Septuaginta después fue traducida al latín, egipcio, etíope, armenio y a otros idiomas por misioneros cristianos de la iglesia primitiva. La Septuaginta fue la traducción que emplearon los patriarcas de la Iglesia Griega, y aún es utilizado por especialistas que buscan establecer el texto del Antiguo Testamento.

5. Lo que han aportado los judíos expatriados a la civilización

Cuando Dios envió al exilio en Babilonia a los israelitas, les ordenó que se afincaran, y les dijo «procurad la paz de la ciudad a la cual os hice transportar, y rogad por ella a Jehová» (*Jeremías 29:7*). No podían fomentar el desorden, sino que tenían que intentar contribuir a la paz y bienestar del estado a todos los niveles. No todos los judíos han vivido siempre conforme a este ideal. Por otro lado, des-



de el exilio en Babilonia hasta nuestros días, la contribución que han hecho los judíos expatriados en países gentiles a las ciencias, a la medicina, a la música y a la literatura ha sido enorme. Ha sido en reconocimiento de este hecho que la Universidad de Humanidades del Estado ruso acaba de inaugurar un departamento de Estudios Hebreos.

El autor del libro de **Daniel**, del Antiguo Testamento, es un ejemplo brillante de ello. Exilado a Babilonia, sirvió lealmente como funcionario del estado de Babilonia durante muchos años. Cuando los persas se hicieron con el imperio, subió a un nivel muy alto dentro de la administración del Imperio. Como judío que creía en los profetas del Antiguo Testamento, sabía que por mucho que avanzasen los gobiernos gentiles, nunca llegarían a resolver el problema del mal en el mundo. Esto sólo sucedería con la venida al mundo del Mesías prometido por Dios. Al mismo tiempo, Daniel no era ningún fanático religioso ni nihilista. No huía ante los problemas de la vida, sino que con lealtad, servía a los habitantes del país donde vivía.

Por otro lado, relata en sus memorias (*Daniel 1*) cómo, al principio de sus estudios en Babilonia, se negó a comer la comida de la Universidad, la cual, conforme a las costumbres del país, había sido ofrecida a los ídolos. No estuvo dispuesto a contemporizar con una interpretación del universo según la cual se deificaban a las fuerzas básicas del universo y los impulsos humanos, pues comprendió que esta interpretación reducía a los seres humanos a esclavos de estas fuerzas. Para Daniel se trataba de una doble afrenta: contra el Dios Verdadero Creador del universo y contra la dignidad y la racionalidad del hombre.

Daniel también explica (cap. 3) cómo sus amigos desafiaron con firmeza y valentía al Estado cuando éste se volvió totalitario y opresor. Nabucodonosor exigió en una ocasión que todos los funcionarios se inclinaran ante una imagen, la cual el rey había puesto,



ofreciendo así al Estado el culto y la obediencia fundamentales que se deben reservar únicamente para Dios. La pena que acarreaba el no inclinarse era ser echado en una hoguera. Tres de los amigos de Daniel se atrevieron a desafiar al rey con una afirmación magnífica, llena de valentía, y como consecuencia fueron echados en la hoguera: «...» (*Daniel 3:16b-18*).

Al actuar de esta manera demostraban que su lealtad al Único Dios Verdadero y Creador de todo fue más importante que la propia vida: Su desafío, y la manera dramática de la cual Dios los rescató condujo al reconocimiento por parte de Nabucodonosor de la gloria del Único Dios Verdadero.

Así no sucedió con uno de los sucesores de Nabucodonosor, el príncipe Beltsasar. Daniel nos relata (cap. 5) un incidente, ya famoso, cuando Beltsasar, en un banquete, cogió los vasos de oro que habían sido traídos del templo por Nabucodonosor, y colocados en el templo a sus propios dioses, y bebió de ellos ante los ojos de sus nobles. Estos vasos se habían hecho de oro a fin de simbolizar el hecho de que Dios era el supremo valor del hombre, y el servicio a Dios su principal deber. Al beber de ellos, Beltsasar estaba proclamando, con gran elocuencia, que se había colocado a sí mismo en el lugar de Dios como el supremo valor, la mayor satisfacción y el principal placer de la vida. En aquel momento fatídico hubo una intervención sobrenatural: los dedos de la mano de un hombre escribieron en la pared del palacio palabras que Beltsasar fue incapaz de comprender - aunque eran palabras bastante comunes para definir pesos, medidas y dinero. Beltsasar había realizado su propia valoración de Dios, y lo había rechazado. Ahora, a través de esta escritura, valoraba a Beltsasar. Dios había preparado sus balanzas, y ellas contrastaban las deficiencias de Beltsasar. Desgraciadamente, Beltsasar no se arrepintió buscando la misericordia de Dios, la cual lo habría salvado. Los vasos de oro que estaban sobre la mesa eran un testigo mudo de que Beltsasar se había deshecho de los verdaderos valores de la vida. El valor que se había puesto fue, a efectos



prácticos, un cero. Aquella misma noche su cuerpo sin vida yacía en una calle de Babilonia; fue muerto por los medo-persas que invadieron y se hicieron con su reino. Ahora, ¿cuál fue el valor que se trataba de ponerle?

Las historias del libro de Daniel constituyen una lectura apasionante. Son famosas en todo el mundo, y todos los niños deberían estar familiarizados con ellas. Además, han servido de lumbreras que han alentado y fortalecido a héroes morales de todas las generaciones que se hayan atrevido a afianzarse en su confianza en Dios frente a las demandas ilícitas de gobiernos totalitarios. En última instancia, es de semejante fe en Dios de lo que depende la auténtica libertad humana.

Jesús el Maestro (1)

CAPÍTULO 17

I. Introducción

Ahora se trata de considerar las enseñanzas éticas y morales de Jesucristo. En muchos aspectos resultará ser la parte más sencilla del curso, por varias razones:

1. *La genialidad de Cristo como Maestro*

Gran parte de la enseñanza de Cristo acerca de la manera cómo las personas deberían comportarse se ofrece a través del medio de las parábolas, como veremos enseguida. Son unas joyas de una sencillez profunda en lo que se refiere a la observación penetrante de la naturaleza humana que encierran: las virtudes y las deficiencias, las debilidades y las perversidades de las personas. La forma narrativa resulta asequible y atractiva incluso a los oyentes más sencillos; no obstante, comunican su mensaje con una fuerza que resulta inolvidable incluso para los más cultos. Como enseñadores, encontraremos en ellas un medio de comunicación sencillo y a la vez muy satisfactorio.



2. Los atractivos superficiales de las enseñanzas de Cristo

Consideremos, por ejemplo, «la regla de oro» proclamada por Jesús en el célebre «Sermón de la Montaña»: «Así que todas las cosas que queráis que los hombres hagan con vosotros, así también haced vosotros con ellos; porque esto es la ley y los profetas» (Mateo 7:12). Por la asombrosa sencillez de estas palabras, junto con su certeza tan evidente, cobran una belleza inmediata y universal. Aquí no se trata de ninguna teoría complicada, difícil de comprender y en todo caso discutible. Exige la obediencia de todo el mundo de modo directo e incontestable. Las implicaciones que encierran no tienen límite. Si todo el mundo se ciñese a ellas de manera honesta, nuestro mundo se convertiría en un paraíso. No obstante, no nos ceñimos a ellas; la conducta de todos nosotros va en contra de ellas alguna vez. Lo cual nos lleva a considerar el siguiente punto.

3. ¿Por qué erramos todos de vez en cuando?

El antiguo filósofo griego Sócrates mantuvo que no hay nadie que se comporte mal a sabiendas; no somos plenamente conscientes de que nos estamos comportando mal. De hecho, creemos que actuamos bien. Puede ser que sepamos que lo que hacemos perjudicará a otras personas. Pero en el momento de hacerlo, estamos convencidos de que hacemos bien al perjudicar a estas personas: nos da una ventaja sobre ellas; satisface nuestro deseo de ganancias materiales, o de poder, o de venganza. Pero Sócrates enseñaba que al cometer una injusticia contra una persona no sólo perjudicamos a esta persona, sino que nos perjudicamos a nosotros mismos más que a ella. Si nos diésemos cuenta de ello, decía Sócrates, enseguida dejaríamos de perjudicarnos a nosotros mismos al tratar mal a los demás. Pero no nos damos cuenta de ello; somos ignorantes. La ignorancia es, para Sócrates, la causa de nuestro mal comportamiento; y de ello se desprende que si queremos asegurar que las personas se comporten bien hay que educarlas. Se trata de hacer que comprendan que al perjudicar a otro se perjudican a sí mismas, y así enseguida dejarán de hacerlo.



Pero ¿es cierto esto? Y si lo es, ¿es suficiente que lo sepamos para dejar de comportarnos mal? Haz que los alumnos se planteen algunas de las siguientes preguntas:

a. ¿Has actuado mal alguna vez, sabiendo que lo que hacías estaba mal?

b. ¿La gente actúa de maneras que sabe que la perjudica? (p.ej. fumar, drogarse) ¿Por qué actuar así?

c. Si pudieses robar mucho dinero, o asesinar a alguien, con la seguridad absoluta de que nadie jamás se enteraría, ¿hay alguna razón por la cual no se debería hacer?

d. ¿Es verdad que cuando haces una injusticia a alguien te estás perjudicando a ti mismo? ¿Cómo se podría demostrar esta tesis?

e. Una vez el Apóstol Pablo dijo lo siguiente: «porque el querer hacer el bien está en mí, pero no el hacerlo. Porque no hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero, eso hago.» (*Romanos 7:19*) ¿Os habéis sentido así alguna vez?

4. Algunos requisitos básicos para cualquier enseñanza ética

A fin de que resulte eficaz nuestra enseñanza de la ética, deberemos facilitar a nuestros alumnos respuestas a algunas de las siguientes preguntas (entre otras muchas):

a. ¿Cómo se define el buen comportamiento? ¿y el malo?

b. ¿Hay alguien que tenga autoridad para decirnos lo que está bien y lo que está mal? ¿Por qué no lo podemos decidir cada uno por su propia cuenta?



c. ¿Por qué no nos comportamos bien siempre? ¿Por qué nos resulta a menudo tan difícil hacer el bien, y tan fácil actuar mal?

d. ¿Dónde podemos encontrar la motivación suficiente para hacer el bien, especialmente cuando otras personas no lo hacen? ¿Contrae alguna ventaja hacer el bien, o deberíamos siempre actuar bien, aun cuando saliéramos perjudicados?

e. ¿Dónde podemos encontrar los recursos para hacer lo que sabemos que está bien y repudiar lo que está mal?

Ahora bien, si queremos ser justos con la enseñanza ética de Jesucristo, debemos permitir que él nos proporcione, poco a poco, sus respuestas a estas preguntas. Comenzamos con su presentación de sí mismo como Maestro, y de la naturaleza de sus enseñanzas.

II. Cristo se presenta como Maestro

Leed *Mateo 11:25-30*.

En este texto Jesús hace dos aseveraciones acerca de sí mismo:

1. que es el Hijo Unigénito de Dios.
2. que, no obstante, es manso y de corazón humilde.

Hace dos descripciones de sus enseñanzas:

1. que constituyen un yugo al cual sus discípulos deben someterse, y una carga que deben llevar.
2. que, no obstante, su yugo es fácil y su carga ligera.

Y luego, a partir de estas aseveraciones y descripciones, hace dos invitaciones, cada una de las cuales viene acompañada de una promesa:



1. Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar.
2. Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mi ... y hallaréis descanso para vuestras almas.

III. Las dos aseveraciones

Aquí encontramos:

1. *La respuesta de Cristo a la pregunta: ¿Con qué autoridad nos puede decir lo que está bien y lo que está mal?*

Es el Hijo de Dios, a quien Dios confirió poder absoluto en lo que se refiere a la creación, el gobierno y la salvación del mundo («todas las cosas me fueron entregadas por mi Padre»). En este particular, dista mucho del Buda, quien enseñó a sus discípulos cómo podían liberarse de sus deseos, pero que nunca dijo ser Dios, ni siquiera un dios entre muchos, y que incluso no sabía si Dios existía o no; y dista de Mohamed, quien afirmó ser el último y más grande de los profetas de Dios, pero no Dios mismo en forma humana. Hace falta entonces que comprendamos el alcance de estas reivindicaciones por parte de Jesús, puesto que es en estas reivindicaciones donde descansa la autoridad que se atribuye para sus enseñanzas éticas.

2. *La evidencia de que sus reivindicaciones son ciertas*

El profesor C.S. Lewis señaló una vez que nuestros hospitales para enfermos mentales están llenos de megalómanos que dicen ser Dios, o Napoleón, o Alejandro Magno, o un huevo frito o alguna otra cosa extraordinaria. Sin embargo, Jesús no fue ningún megalómano arrogante y prepotente. Su primera reivindicación, la que tiene que ver con su procedencia de Dios, con el hecho de ser Hijo de Dios, aparece al lado de la siguiente: «Soy manso y humilde de corazón», y los evangelios están llenos de ejemplos que demuestran que



esta segunda reivindicación es cierta. Alejandro Magno sí llegó a hacerse proclamar hijo del dios egipcio Amón; y también llegó a proponer, por motivos políticos, que sus súbditos griegos y orientales le rindiesen culto como si fuese un dios. Mas Alejandro nunca habría dicho: «soy manso y humilde de corazón». Es la combinación de una reivindicación de divinidad por parte de Cristo y, por otro lado, su mansedumbre y humildad lo que hace que aquella primera sea creíble y convincente: tiene supremo poder; sin embargo, es supremamente humilde. Es Dios, mas no es ningún tirano.

IV. Las dos descripciones

1. *La enseñanza ética de Cristo es un yugo*

Jesucristo no oculta el hecho de que su enseñanza ética es un yugo que sus discípulos deben asumir, y una carga que deben llevar.

El significado del término «yugo». En el mundo antiguo, un yugo era un instrumento hecho de madera tallada que el agricultor colocaba sobre el cuello de sus bueyes a fin de poderlos dirigir y controlar mientras araba los campos, segaba el trigo o llevaba un carro. Los reyes antiguos, por tanto, definían su gobierno como «yugo», puesto que fue por medio de él como controlaban y dirigían al pueblo. Y muchos moralistas y enseñadores de diversas religiones han echado mano de la misma metáfora para describir sus enseñanzas.

Hay una historia vívida en el Antiguo Testamento (*1 Reyes 12*), que ilustra el significado de la palabra «yugo». El pueblo pide al rey que alivie su «yugo». En lugar de ello, lo que hizo fue endurecerlo; y hay una revuelta. Lee la historia y explícala con detalle. Ver también *Hechos 15:10*, donde la falsa doctrina religiosa se describe como un yugo insoportable.



La enseñanza de Cristo, entonces, es un yugo. Es el Hijo de Dios, enviado por Dios como el Rey verdadero de la humanidad, a fin de gobernarnos y sujetarnos al gobierno de Dios. Ésta es la autoridad a partir de la cual puede pronunciarse sobre lo que está bien y lo que está mal; y fue por esto por lo cual comenzó su ministerio público proclamando: «Arrepentíos, porque el reino del cielo se acerca» (*Matteo 4:17*). Al someternos a su ética, no nos sometemos simplemente a unos cuantos principios morales abstractos, sino a una Persona a quien debemos nuestra lealtad personal.

2. *La ética de Cristo es un yugo fácil*

Un buen agricultor se aseguraría de que los yugos que colocaba sobre los bueyes fuesen cómodos de llevar, y que no les hiciese daño. Así los bueyes trabajaban con mayor facilidad. Si un muchacho quiere llegar a ser buen tenista, debe someterse a su entrenador. Obedecer las instrucciones del entrenador puede parecer duro al principio, pero es mejor así que pegar unos pelotazos incontrolados; y al final hará que juegue con mayor facilidad, mayor eficacia, y disfrute más. Siempre resulta más fácil llevar un coche de acuerdo con las instrucciones del fabricante. Cristo conoce nuestro cuerpo, nuestra mente, nuestros sentimientos y nuestros deseos; sabe cuál es la mejor manera de tratarlos y cómo mejor funcionan. ¡Él los hizo! Su yugo está hecho para que nos vaya bien, y para que con él la vida sea más fácil.

V. Las dos invitaciones

1. *La primera invitación y promesa*

La primera invitación va dirigida a las personas trabajadas y cargadas. Comenta con tus alumnos diferentes maneras con que incluso los jóvenes pueden estar trabajados y cargados. En muchas de las grandes ciudades del mundo, crece el número de los jóvenes que se suicidan. ¿Por qué? Aquí van unas cuantas sugerencias:



- a. El carácter aparentemente sin propósito de la vida.
- b. La dificultad para encontrar empleo.
- c. El aburrimiento, los problemas de salud y las preocupaciones que surgen de las drogas, del alcohol y de un estilo de vida frenético.
- d. Las heridas psicológicas y los sentimientos de culpa que acarrea la inmoralidad.
- e. La inseguridad causada por el conflicto doméstico, el divorcio de los padres, las familias sin padre o madre.
- f. La incapacidad de vivir de acuerdo con los ideales que uno tiene, y el consiguiente disgusto con uno mismo.

A los que vengan a Él Cristo da descanso inmediato, porque da:

- a. El perdón inmediato y la liberación de la culpa, (*Lucas 5:20*).
- b. La consciencia de que la vida tiene sentido: (*1 Tes. 1:9-10*) «...para servir al Dios viviente».
- c. La consciencia inmediata de ser amado y valorado por Dios, y por tanto de tener un significado infinito y permanente: ver (*Mateo 12:12; Rom. 5:5-11*).
- d. La seguridad de contar con el cuidado de Dios en los asuntos cotidianos de la vida, y la libertad de la ansiedad (*Mateo 6:25-30*).

2. La segunda invitación y promesa

Aquí se trata de entrar en la Escuela de Cristo, y ser enseñado y dirigido por Él en cuanto a nuestra manera de vivir. Su enseñanza implicará un listón de comportamiento muy superior al que prevalece en el mundo; y por tanto, podría ser objeto de la hostilidad y la oposición del mundo. Sin embargo, aquí también Cristo promete «descanso para nuestras almas», puesto que él es capaz de efectuar dentro nuestro una «regeneración» mediante la cual nos convertimos en hijos de Dios, y recibimos nuevos recursos con los cuales podremos obedecer sus instrucciones y vivir conforme al listón que él impone (*1 Juan 5:3-4*).

Jesús el Maestro (2)

CAPÍTULO 18

I. El primero y más grande de los mandamientos

Alguien preguntó a Jesús una vez cuál era el más grande de los mandamientos - el principio esencial del cual todos los demás cobran su significado. Él respondió: «Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón con toda tu alma y con toda tu mente. Éste es el primero y el más grande de los mandamientos» (*Mateo 22:37-38*).

Veremos enseguida lo que, según Cristo, debe constituir la motivación fundamental detrás de toda verdadera moralidad: EL AMOR. No el deseo de la felicidad ni del éxito, sino el amor. Y no el amor a uno mismo, ni en primer lugar el amor al prójimo ni a la comunidad (aunque, como veremos más adelante en un próximo estudio esto ocupa el segundo lugar), sino el amor a Dios, el Creador. El mundo es su mundo. Él lo hizo para que le complaciese a él y para que obedeciese sus designios a todos los niveles. Es del todo racional que nuestro principal deseo sea vivir de acuerdo con la voluntad del Creador, y, con agradecimiento por nuestra propia existencia, amar-



lo. En este contexto el amor a Dios no se refiere a ningún sentimiento religioso: «éste es el amor a Dios», explica la Biblia (1 Juan 5:3) «que guardemos sus mandamientos». Lo debemos hacer con todo nuestro corazón, con toda nuestra alma y con toda nuestra mente.

II. El mayor mal de la humanidad

Mas aquí también nos encontramos con el diagnóstico que Cristo hace del problema fundamental que tenemos los seres humanos como individuos y como colectivo. ¿Cómo podemos vivir como deberíamos, si ni amamos a nuestro Hacedor ni vivimos de acuerdo con sus designios? ¿Cómo podemos valorar y tratar adecuadamente a los hombres y a las mujeres que nos rodean si negamos, o despreciamos y olvidamos a su Hacedor? Y ¿cómo podría la vida ser más que una esclavitud sin sentido si sirviéramos a Dios sólo por obligación, por considerarlo nuestro deber, y no por amor sincero y entregado?

Al romper el primero y más grande de los mandamientos (y todos lo hemos hecho), somos culpables del peor pecado: no amar a Dios. Aquí nos enfrentamos con un problema fundamental. No podemos obligarnos a nosotros mismos a amar a Dios. ¿Qué es lo que puede crear este amor a Dios dentro de nosotros? La próxima parábola nos ayudará a comprenderlo.

III. La parábola del hijo pródigo

Leed *Lucas 15:11-32*.

Ésta es probablemente la más famosa de las parábolas de Jesús - un clásico de la literatura del mundo. El Dr. Kenneth Bailey, que vivió durante varios años entre los palestinos y los beduinos, señala (*Poeta y Campesino*, Erdmans, 1976) que ellos han conservado muchos de los mismos valores que tenían en tiempos de Cristo. Sus



reacciones cuando el Dr. Bailey les explicó esta parábola nos ayudan a profundizar en su significado.

1. *El comportamiento escandaloso del hijo*

a. *La manera como trató a su padre*

El principal delito por parte del hijo no fue el hecho de que «perdió sus bienes viviendo perdidamente» (15:13), ni que «ha consumido sus bienes (los del padre) con ramerías» (15:30). Esto ya era bastante lamentable. Pero mucho peor todavía fue lo que hizo a su padre. En la antigua Palestina, el padre normalmente hacía un testamento en el cual se especificaba con detalle todo lo que cada hijo debía recibir cuando él muriese. Que un hijo exigiese su herencia *antes* de la muerte de su padre se habría considerado un escándalo en aquella sociedad. Era como si el hijo dijera al padre: «¡Padre, ojalá estuvieses muerto! ¡Me estás impidiendo disfrutar de la vida! ¡Muérete rápido y quítate de en medio! ¡O róbate a ti mismo y dame ya mi parte de la herencia!». En una sociedad donde las relaciones familiares son sagradas, una actitud así habría sido impensable; se habría considerado imperdonable.

La aplicación de la parábola es obvia. Muchas personas tienen la misma actitud hacia Dios que tuvo el hijo pródigo hacia su padre. Aun cuando no nieguen la existencia de Dios, no quieren tener nada que ver con él. La idea de un Creador y de sus leyes interfiere con su disfrute de la vida y limita su libertad. Quieren vivir completamente independientes de Dios. Por supuesto que no lo aman con todo su corazón, toda su mente y todas sus fuerzas. Sin embargo, piensan seguir disfrutando de todas las cosas buenas que el Creador ha hecho.

b. *La venta por parte del hijo pródigo del patrimonio de la comunidad*

Puesto que en las sociedades preindustrializadas la tierra y el ganado constituían la base del patrimonio de la familia extendida, se



hacía lo posible para que la tierra se mantuviese en manos de la familia extendida. Sin embargo, este hijo no sólo exigió hacerse con su parte de la tierra antes de la muerte de su padre, sino que, al recibirla, la vendió y desperdició lo que sacó de la venta en un país lejano. El problema es que al ponerlo a la venta, ningún otro miembro de la familia se habría atrevido a comprarlo, pues habría supuesto hacerse con unas tierras pertenecientes al padre del hijo pródigo mientras aquél aún vivía. El pródigo, por tanto, debe haber vendido la tierra a personas ajenas a la familia, reduciendo así de modo permanente el patrimonio de la misma. Los habitantes de este pueblo se habrían escandalizado no sólo cuando el hijo pródigo partiese, sino también cuando volviese y descubriesen que había desperdiciado el último céntimo del dinero en una manera de vivir desenfadada. La pérdida fue irrecuperable.

Aquí también es obvia la aplicación. Cuando una persona rechaza o da la espalda a Dios, no sólo se perjudica a sí misma; disminuye el patrimonio moral y espiritual de la comunidad. Su comportamiento también podría perjudicar económicamente a la comunidad a causa del alcoholismo, de la pereza, de las prácticas fraudulentas y de la corrupción. Y ¡Cuánto más si resulta que una nación entera se comporta de manera igual!

2. La respuesta del padre a las demandas del hijo

Cuando Cristo describe la manera cómo el hijo destroza a su padre con esta petición, sus oyentes habrían esperado que dijese que el padre se enfurece, deshereda a su hijo y quizá lo hace ejecutar. Semejante reacción se habría considerado perfectamente justificable. Contrariamente a lo que se esperaba, este padre accedió a la petición de su hijo y lo dejó marchar. Otra vez más, la implicación resulta clara. Dios no es ningún tirano. Ha dado libre albedrío a los seres humanos, y lo respeta. Cuando una persona rechaza, ignora, desprecia, insulta o niega a Dios no la fulmina enseguida ni le quita las cosas buenas que le había dado. Sin embargo, poco



a poco, la confronta con la pobreza espiritual y la miseria moral que resultan cuando una criatura rechaza o da la espalda a su Creador.

3. El comienzo del proceso de arrepentimiento por parte del hijo

Al principio el haberse deshecho de la presencia de su padre resultó bien al pródigo. Se lo pasó en grande; así le parecía. Pero finalmente tuvo que encararse con la realidad. Fue reducido a la miseria, al hambre, a la degradación y a la soledad. Nadie le quería. Esto desencadenó el proceso de arrepentimiento dentro suyo. Optó por volver a casa de su padre, y confesar su necesidad. También se dispuso a plantear una proposición a su padre: «Ya no soy digno de ser llamado tu hijo; hazme como uno de tus jornaleros» (15:19).

A nuestros oídos esta proposición podría sonar a auténtico arrepentimiento, y a deseo de reconciliarse con su padre. Sin embargo, no se trata de una propuesta afortunada. En una granja antigua había tres clases de trabajadores. En primer lugar había los hijos del amo. Ellos no trabajaban para cobrar un sueldo. Siendo miembros de la familia que había de heredar la granja una vez que muriese el padre, trabajaban por amor a su padre y a la familia y para sacar adelante el negocio de la familia.

Luego había los siervos que trabajaban por su mantenimiento, y por un sueldo mínimo, pero sin tener ninguna independencia. Pero también había los obreros independientes, los cuales habitaban en el pueblo y ofrecían sus servicios bajo contrato. El pródigo, tras su retorno, quería ser uno de estos. No estaba dispuesto a vivir y trabajar simplemente por amor hacia su padre y su familia. Habiendo perdido neciamente su porción de la herencia por su vida desenfrenada, ahora se proponía mantenerse independiente de su padre y ofrecerle sus servicios por dinero.



Una propuesta así jamás sería aceptada por su padre. No remediaría en absoluto el enajenamiento. El pródigo tenía que abandonar su independencia descabellada. Tenía que aceptar a su padre como padre, y vivir y trabajar por él por amor a él y al resto de la familia.

Mucha gente sigue cayendo en el mismo error. Han comprobado por experiencias amargas la miseria moral y espiritual que resulta de vivir sin Dios; y pretenden cambiar de estilo de vida y buscar complacer y servir a Dios. Pero al igual que los fariseos, su actitud hacia Dios sigue siendo errónea. Tal vez sin darse cuenta siguen agarrados a su independencia de Dios; y se proponen, por su buena conducta, por sus obras y sus prácticas religiosas bien ordenadas, ganarse la aprobación de Dios, con la esperanza de que al final les recompense con la salvación. Esto es falso. Como criaturas de Dios, jamás podremos estar independientes de él. Todo lo que merece la pena tener procede de él y le pertenece. No podemos usar lo que es suyo para comprarle nada - ni mucho menos la salvación. El único modo satisfactorio de vivir para Dios es amarlo con todo nuestro corazón, toda nuestra mente y todas nuestras fuerzas, y servirle libremente por amor.

Pero, ¿hay algo que pueda efectuar este cambio en nuestro corazón?

4. La autohumillación del padre

En la vida normal, si un hijo pródigo volvía, todos los habitantes del pueblo acudían a su encuentro, denigrando sus harapos y su suciedad, maldiciéndole por el daño y por la vergüenza que había causado a la comunidad, disponiéndose para apedrearlo si su padre lo ordenase. Pero en este caso el padre hizo algo extraordinario: salió corriendo a su encuentro, lo perdonó y lo recibió cálida y gozosamente.



En el mundo antiguo, ningún hombre importante jamás se echaría a correr por ningún motivo. El correr se consideraba contrario a su dignidad. Era la opinión del filósofo griego Aristóteles. Cuando el padre del pródigo se puso a correr, se humilló: cuando salió al encuentro de su hijo en lugar de quedarse en casa con toda dignidad e impasividad hasta que fuese el propio hijo quien llegase humillado a la puerta y tuviese que esperar la decisión del padre. (Esto habría resultado extraordinario a todos los que lo presenciaban). Sin embargo, demuestra al pródigo cuál es el verdadero carácter de su padre; pone de manifiesto rasgos de los que nunca se había dado cuenta. El perdón, la aceptación y la restauración que recibió el pródigo lo movió a amar a su padre con todo su corazón, y ofrecerle libremente su servicio.

Por supuesto, esta parte de la parábola tuvo como finalidad apuntar lo que Dios ha hecho para nosotros, pecadores, mediante Cristo. En el mundo antiguo, la crucifixión era considerada la muerte más vergonzosa y humillante que había, razón por la cual el mensaje cristiano de la cruz parecía vulgar y necio a los griegos filsofícos, y escandaloso a los judíos religiosos. No obstante, para millones de personas ha demostrado ser el poder de Dios para la salvación. Porque no sólo ha hecho posibles el perdón y la reconciliación con Dios, sino que el acto de autohumillación por parte de Dios, al permitir que sus propias criaturas crucificasen a su Hijo a fin de que mediante este mismo sufrimiento pudiese lograr su salvación y derramar su amor sobre ellos, ha creado dentro del corazón de todos los que se arrepienten un amor genuino hacia Dios, el cual es el único móvil adecuado del servicio a Dios y de la ética cristiana.

El apóstol Juan lo resume con dos frases muy cortas: «Amamos a Dios porque él nos amó primero ... En esto conocemos el amor a Dios, que guardemos sus mandamientos» (1 Juan 4:19; 5:3).



Sugerencias para el coloquio:

1. Comentad la siguiente afirmación: «La base de toda moralidad verdadera es el amor a Dios expresado en la obediencia a sus mandamientos».
2. Comentad la actitud del pródigo hacia su padre. ¿En qué vemos lo mismo en la actitud de la gente de nuestros días hacia Dios?
3. ¿Cómo nos ayuda esta parábola a comprender la manera como el amor a Dios puede nacer en nuestro corazón y en nuestra vida?

Jesús el Maestro (3)

CAPÍTULO 19

I. El segundo mandamiento

Según la enseñanza de Jesucristo, el segundo mandamiento es: «Amarás a tu prójimo como a ti mismo» (Mateo 22:37-40). No se trata de un mandamiento que inventase en aquel momento: es una cita del Antiguo Testamento (Levítico 19:18). Lo razonable de este mandamiento es indiscutible. Si todos siempre actuásemos así, el mundo pronto se convertiría en un paraíso. Pero no siempre actuamos así. ¿Por qué?

Uno de los oyentes de Jesús era experto en Antiguo Testamento, pero le costaba tanto como a otras personas obedecer este mandamiento. Por tanto intentó justificarse con la sugerencia de que había un problema con el texto que hacía que fuese casi imposible ponerlo en práctica. «Pero, ¿quién es mi prójimo?» dijo. Lo que quería decir era lo siguiente: ¿qué alcance tiene la palabra «prójimo»? ¿sólo los que están más cerca - mi esposa, mis hijos y otros familiares? O ¿abarca mi vecino, o todos los que viven en la misma finca? o ¿los habitantes de mi pueblo, de mi país, del mundo? ¿Dónde hay que



trazar la raya? Evidentemente, si amo a mi familia como a mí mismo y ellos tienen hambre compartiré mi comida con ellos a partes iguales. Pero si intento compartir mi comida con todos los hambrientos de la ciudad, no habrá suficiente para nadie. ¿Quién exactamente es mi prójimo entonces? ¿No es muy poco preciso el término «prójimo»? Por lo tanto, el mandamiento es poco realista e impracticable. Ésta entonces es la excusa que ofrece el experto en Antiguo Testamento para no cumplir el segundo mandamiento (*Lucas 10:25-29*).

1. ¿Era válida esta excusa?

2. Si no, ¿cómo responderías tú a esta pregunta?

3. Por supuesto, no tendría sentido intentar compartir nuestra poca comida con todos los hambrientos del mundo. Sin embargo, hay suficiente comida en el mundo para que coma todo el mundo. Si todos los gobiernos, todos los empresarios, todos los seres humanos en todos los lugares amasen a su prójimo y buscasen compartir sus bienes igualmente, no moriría nadie de hambre. Sin embargo, el mundo en general hace caso omiso al segundo mandamiento. ¿Acaso es éste un buen motivo para no hacer lo que nosotros podamos para ponerlo en práctica?]

II. La parábola del buen samaritano

Ésta fue la respuesta que Jesús dio a la pregunta del experto (*Lucas 10:25-37*). Es una de las parábolas más célebres de Jesús. En primer lugar, por tanto, sugiere que los alumnos la lean simplemente como si fuese una narración - o bien, explícaselo con detalle, resaltando lo verosímil de «la puesta en escena» por parte del narrador. El camino que conducía de Jerusalén hasta Jericó bajaba serpenteando entre acantilados altos y rocosos donde los bandidos se podían esconder con facilidad y emboscar a viajeros solitarios. Los atracos eran frecuentes en aquel entonces, igual que hoy día.



1. La primera gran lección de la parábola

Esta parábola contiene varias lecciones. En primer lugar cabe tratar la última y principal de ellas (10:36-37). La excusa ofrecida por el experto para no amar a su prójimo como a sí mismo era una dificultad teórica: no sabía exactamente a qué persona o personas se refería el mandamiento con el término «prójimo». Por tanto planteó la pregunta: «¿Quién es mi prójimo?» Pero desde un punto de vista práctico, su pregunta teórica resulta irrelevante e incluso más bien un poco tonta. El no saber exactamente a cuántas personas del mundo pudiéramos tener que tratar a lo largo de la vida como nuestro prójimo no impide que nos comportemos como prójimo a aquel que en este momento concreto esté tirado delante nuestro, desesperadamente necesitado. Por tanto, cuando nuestro Señor llega a la aplicación de la lección de la parábola, no contesta la pregunta teórica. Más bien él hace al experto otra pregunta diferente, mucho más práctica: «¿Cuál de los tres hombres (el sacerdote, el levita o el samaritano) *resultó ser* prójimo, (es decir, *actuó* como prójimo) al hombre que fue atacado?» ¡Esta pregunta no presentaba ninguna dificultad! Incluso el experto tuvo que reconocer que fue el samaritano quien se había comportado como prójimo y quien había tenido compasión con el hombre necesitado. «Vete y haz lo mismo», dijo Cristo.

La primera lección, entonces, resulta muy clara: nuestro deber es actuar de una manera compasiva, entregada y práctica con las personas con quienes topamos en la vida de cada día que tengan cualquier clase de necesidad, siempre que nos sea posible ayudarlas. Por supuesto, debemos tener en cuenta la enorme necesidad que hay en nuestro mundo, pero nuestra incapacidad personal de contribuir en gran medida a la solución de este problema no nos debe paralizar ni incapacitar para responder a las necesidades con las que nos encontramos de día a día. Y evidentemente no debe servir de excusa para no actuar como prójimo compasivo con el mayor número de personas posible.



Otra manera de expresar el mandamiento «Ama a tu prójimo como a ti mismo» es la siguiente: «Así que, todas las cosas que queráis que los hombres hagan con vosotros, así también haced vosotros con ellos» (*Mateo 7:12*). Si te atracasen a ti como hicieron al hombre de la parábola, y estuvieses allí tirado al lado del camino, medio muerto, ¿no querrías que te ayudasen los paseantes? ¿No te quejarías amargamente si todo el mundo pasara de largo? Entonces, tratad a cualquier persona que tenga cualquier clase de necesidad de la misma manera que te gustaría que te trataran si tuvieras aquella misma necesidad.]

2. La segunda gran lección de la parábola

La segunda gran lección es ésta: si nuestra religión no nos mueve a amar a nuestro prójimo como a nosotros mismos es una religión inadecuada, e incluso completamente falsa. Puesto que se trata de una parábola, y no la historia de un incidente real, tenía libertad para escoger los personajes. Que escogiese a un sacerdote y a un levita es muy significativo. Tanto el sacerdote como el levita eran funcionarios religiosos del templo de Dios en Jerusalén: tenían que haber sido los primeros en amar a su prójimo como a sí mismos. ¿Por qué no lo hicieron? En el supuesto de que se estuviesen dirigiendo a Jerusalén a fin de cumplir sus oficios en el templo, quizá hubieran tenido miedo a tocar a un hombre que se estaba muriendo, puesto que según sus reglamentos religiosos cualquier contacto con un cadáver los habría ensuciado, lo cual les habría impedido, temporalmente, participar de los servicios del templo (ver *Números 19*). Pero no se dirigían a Jerusalén. Ya habían cumplido sus oficios, y regresaban a casa (10:31). No había, por tanto, ningún motivo válido para no ayudar al hombre herido. Tal vez razonaban que a ellos correspondía amar a Dios y servirlo en el templo; y que podían dejar que otros se encargaran de «amar a su prójimo como a sí mismo». Si fue así, estaban profundamente equivocados.



Es verdad que el primer mandamiento, como vimos en nuestro último artículo, es que amemos a Dios con todo nuestro corazón, toda nuestra mente, toda nuestra alma y todas nuestras fuerzas; y ésta debe ser siempre nuestra primera prioridad. Pero no es suficiente por sí sólo. En el Nuevo Testamento leemos: «Si alguien dice «Yo amo a Dios», y no obstante odia a su hermano, miente. Pues el que no ama a su hermano a quien a visto, ¿cómo puede amar a Dios a quien no ha visto?». Y también: «Pero el que tiene bienes de este mundo y ve a su hermano tener necesidad, y cierra contra él su corazón, ¿cómo mora el amor de Dios en él?» (1 Juan 4:20; 3:17).

3. La tercera gran lección de la parábola

«Amar a tu prójimo como a ti mismo» implica estar dispuestos a ser el prójimo bueno y compasivo no sólo de nuestros amigos, de nuestros compatriotas y de las personas que nos caigan bien, sino también de las personas que no nos caigan bien, y hasta de nuestros enemigos. Ésta es la conclusión que se desprende del hecho de que Cristo hace samaritano al hombre que ayudó a la víctima del atraco.

[Nota referente a los samaritanos: los samaritanos tenían al menos una parte de la misma Biblia que tenían los judíos, pero sus lugares de culto no eran los mismos que los de los judíos. Los judíos, por tanto, odiaban a los samaritanos, y en ocasiones los perseguían; y los samaritanos a menudo devolvían las hostilidades que recibían. Ver *Lucas 9:51-56; Juan 4.*]

Ahora bien, en la parábola, al ver el samaritano al hombre herido al lado de la carretera, enseguida lo habría reconocido como judío. Además, es de suponer que sabía que de no estar herido este judío, lejos de permitir que un samaritano lo tocara, le habría insultado y escupido a la cara. Pero a pesar de todo, el samaritano se le acercó, realizó los primeros auxilios necesarios, lo montó en su asno y lo llevó a una posada y de su propio bolsillo cubrió todos los gastos hasta que se repuso.



La lección no podría estar más clara. «Amar al prójimo» implica mucho más que amar a nuestra familia, nuestros amigos, nuestros compatriotas y nuestro grupo étnico. Debemos amar y servir a personas de todos los grupos étnicos, de todas las religiones, incluso a los que nos odian y son nuestros enemigos. Jesús dijo (Lucas 6:27-28): «Mas yo os digo ... Amad a vuestros enemigos, haced el bien a los que os aborrecen, bendecid a los que os maldicen, orad por los que os maltratan». Y, por supuesto, ningún seguidor de Cristo perseguirá a personas de otras religiones.

III. Un problema práctico

Hemos visto que en la ética cristiana, el móvil principal detrás de nuestra obediencia del primer y del segundo mandamiento es el amor. Pero es justamente aquí donde se encuentra nuestro problema fundamental. La razón por la cual no nos comportamos adecuadamente ni con Dios ni con nuestro prójimo es que no los amamos. Lo que es más, por mucho que nos esforcemos, a menudo encontramos no sólo difícil sino imposible amarlos. Sería inútil, por tanto, que Jesús se limitase a decirnos que debemos amar a Dios y a nuestro prójimo, sin explicar dónde podemos encontrar el amor para amarlos. Sin el combustible del amor, la máquina de la ética cristiana no arrancará jamás.

Pero Cristo comprendió este problema; y ésta es una de las respuestas que nos ofrece.

IV. La historia de la mujer que entró en la casa de Simón

Leed *Lucas 7:36-50*.

1. Un contraste vívido

Por un lado una mujer, quien anteriormente había sido muy pecadora, pero que ahora amaba a Jesús con intensidad y que lo



demostraba por sus acciones. Por otro lado, un hombre exteriormente muy recto y religioso quien estaba muy correcto y cortés con Jesús, y lo ha convidado a cenar en su casa, pero quien no tenía el más mínimo amor ni afecto hacia Jesús, y lo demuestra por su inacción.

2. *La parábola de los dos deudores*

Esta parábola establece el principio sencillo mas profundamente importante según el cual cuando acumulamos una deuda enorme con alguien, de modo que somos incapaces de pagar, y esta persona nos perdona la deuda, la amaremos. En otras palabras, el amor nace del perdón; y cuanto más grande la deuda, mayor será el amor cuando la deuda se anula.

3. *La aplicación de la parábola*

El pecado es como la deuda: todos hemos pecado. Además somos incapaces de pagar la deuda. No hay buenas obras en el futuro que valgan para cancelar la deuda del pasado. Puesto que nuestro deber fundamental como seres humanos es amar a Dios con **todo** nuestro corazón, toda nuestra mente y todas nuestras fuerzas, jamás podremos ir más allá de nuestro deber a fin de suplir nuestras deficiencias en el pasado. Además, si debo cien millones de pesetas y no los puedo pagar, estoy en bancarrota. Si sólo debo mil pesetas y no las puedo pagar, también estoy en bancarrota. Hayamos pecado poco o mucho, en ambos casos, estamos en bancarrota. Sin embargo, Cristo nos puede perdonar, y cuando lo hace, nos da también la seguridad de haber sido perdonados, lo cual produce un amor espontáneo hacia Dios, hacia Cristo y hacia las personas: se trata de un amor que no existía anteriormente, y un amor que jamás podríamos hacer nacer por el simple ejercicio de nuestra voluntad.



4. Cristo explica el amor de la mujer

Había sido pecadora. Pero se convirtió gracias a su fe en Jesús. Y Jesús había perdonado todos sus pecados, asegurándole el perdón y la aceptación por parte de Dios. Como resultado, brotó en ella un amor a Jesús que no pudo por menos que expresar.

5. Cristo hace una diagnosis de la falta de amor por parte de Simón

Simón será muy religioso, y, al menos exteriormente, moralmente recto. Pero no tenía amor alguno a Jesús, ni comprendía en absoluto la demostración por parte de la mujer de su amor hacia Jesús. ¿Por qué? Porque, aparentemente, jamás había tenido ninguna experiencia de conversión, ni se había dado cuenta de la medida de su propio pecado, ni había acudido a Jesús en busca de perdón, ni tenía en su corazón ninguna seguridad de haber sido perdonado. Su religión bien podía ser formalmente muy correcta, pero carecía de la capacidad de amar a Dios con todo su corazón y a su prójimo como a sí mismo.

V. Una última lección

En *Mateo 18:21-35* hay otra parábola en la cual se compara el pecado con la deuda. Lee esta parábola. Nos ofrece otro ejemplo de la capacidad de Jesús de evocar, con un mínimo de palabras, una escena intensamente vívida. Su relevancia para el presente estudio será obvia. Nos dice que alguien que afirme haber sido perdonado por Jesús, pero que no esté dispuesto a perdonar a quien lo haya ofendido, aun cuando esta persona se arrepienta, no puede considerarse cristiano. Es un embustero.

I. La actitud cristiana frente al trabajo

Algunas personas trabajan tanto que tienen muy poco interés en cualquier otra cosa. A otras personas, en cambio, les resulta tan duro y tedioso su trabajo que preferirían no tener que trabajar. También los hay que sufren el infortunio del paro y que desean poder hacer cualquier clase de trabajo, por duro que sea.

Jesús tuvo mucho que decir acerca de nuestro trabajo diario, pero la esencia de su enseñanza al respecto se puede resumir así: es de suma importancia, en primer lugar, dejar que el trabajo que realizamos se rija por los principios morales y espirituales del reino de Dios y, en segundo lugar, recordar que nuestro trabajo conlleva un significado eterno para bien, o para mal. De modo que Jesús:

1. Nos provee unos alicientes fuertes y verdaderos para el trabajo.
2. Nos enseña cómo sacar el máximo beneficio de nuestro trabajo.
3. Nos advierte contra el peligro de que nuestro trabajo nos prive de las riquezas más verdaderas, más nobles y más duraderas de la vida.



Comienza la lección, por tanto, haciendo a los alumnos unas cuantas preguntas que los ayuden a hacer las necesarias diferencias relativas al trabajo.

1. ¿Por qué hay que trabajar?

Respuesta probable: a fin de producir comida etc., o para ganar suficiente dinero para comprar comida, ropa y todas las demás cosas que necesitamos y que nos agradan.

Esta respuesta es correcta, hasta cierto punto, y la Biblia la da por válida (2 *Tesalonicenses* 3: 7-12). El Creador nos creó con estómagos, de modo que tenemos hambre y necesitamos comer. El Creador ha provisto comida (aunque en muchas partes del mundo se distribuye mal); pero al mismo tiempo ha ordenado las cosas de tal modo que hay que trabajar para obtener esta comida.

2. ¿Hay otras recompensas y beneficios que da el trabajo aparte de la comida, la ropa y el dinero?

Algunas respuestas probables:

1. El trabajo físico es bueno para el cuerpo. La falta de ejercicio debilita el corazón y los músculos.
2. No tener nada que hacer es aburrido y poco saludable psicológicamente.
3. El trabajo en sí puede resultar agradable, aparte del dinero que aporta.
4. Es psicológicamente beneficiosa la sensación de que hacemos falta. El trabajo de una madre es duro; no obstante, le complace comprobar que sus hijos la necesitan, y está dispuesta a trabajar para ellos, aunque no cobra nada.



II. La principal motivación y la principal recompensa del trabajo: la formación de un carácter recto

Según las enseñanzas de Cristo una de las mayores recompensas que deberíamos buscar en nuestro trabajo, sea remunerado o no, es la formación del carácter. Esto es lo que dice:

No os afanéis, pues, diciendo: «¿Qué comeremos, o qué beberemos, o qué vestiremos?» Porque los gentiles buscan todas estas cosas, pero vuestro Padre celestial sabe que tenéis necesidad de todas estas cosas. Mas buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas (Mateo 6:31-33).

Cristo no está diciendo aquí que esté mal trabajar a fin de ganarse la vida. Dios mismo sabe que tenemos necesidad de comida y de ropa, y el trabajo es la manera normal de cubrir estas necesidades. Pero estas cosas no son el principal beneficio que se obtiene del trabajo, ni tendrían que ser nuestra principal motivación al trabajar. Debemos buscar primeramente el reino de Dios, dice Cristo, y su justicia; es decir, nuestro primer objetivo debe ser que se lleve a cabo el gobierno real de Dios en todo lo que hagamos, a fin de que en la medida en que le obedezcamos con constancia, se vaya formando dentro nuestro un carácter recto e íntegro.

Ilustración: Supongamos que un hombre quiere ser un futbolista de rango mundial. ¿Cómo lo podrá conseguir? Por supuesto que puede comenzar leyendo todos los libros que encuentre acerca del fútbol, y aprendiéndose todas las reglas. Sin embargo, no basta con esto. Si quiere ser futbolista, tiene que salir a jugar, y tiene que entrenar con regularidad. De este modo aprenderá a reaccionar con rapidez, a controlar los pases de balón, a ceñirse a las reglas y a jugar limpio, aun cuando el árbitro no esté mirando. Esto lo ayuda no sólo a tener éxito jugando: también contribuye a su desarrollo como persona. Sirve para desarrollar sus habilidades, para formar su carácter



como jugador limpio y como persona honesta. Por otro lado, si hace trampas como Maradona cuando dio un manazo a la pelota en un momento crítico, a lo mejor su equipo ganará, pero se habrá perjudicado como persona: se convertirá en una persona menos honesta, menos buena. Su carácter, su calidad humana habrá disminuido.

Y pasa lo mismo en la vida de cada día. La Biblia nos dice que debemos ser valientes, honestos, amantes de la verdad, en vez de hacer trampas, decir mentiras, robar, ser inmorales, avariciosos, envidiosos, rencorosos y malhumorados. Pero el hecho de leer estos mandamientos en la Biblia no será suficiente para que estas virtudes lleguen a formar parte de nuestro carácter. Para que esto ocurra, hará falta que practiquemos con constancia y perseverancia el buen comportamiento, y la resistencia ante la tentación. Según las enseñanzas de Cristo, entonces, el principal beneficio que resulta del trabajo de cada día es que nos proporciona esta oportunidad de practicar la obediencia de las normas de Dios del comportamiento, de modo que se forme en nosotros un carácter fuerte, sano y recto. Por otro lado, nos enfrentaremos con muchas tentaciones en el curso de nuestro trabajo diario. Si cedemos ante ellas y somos perezosos y poco fiables, o si hacemos trampas y decimos mentiras, o si somos avaros y egocéntricos, a lo mejor aparentaremos tener éxito, e incluso tal vez ganaremos mucho dinero; no obstante, nos perjudicaremos, quizás de manera irreversible, a nosotros mismos y a nuestro carácter, y acabaremos sufriendo una pérdida incalculable.

¿Cuán graves y permanentes podrían llegar a ser los daños?

Cristo enseña que, aunque nuestro trabajo desaparezca y sea olvidado, el efecto que habrá tenido en nuestro carácter durará para siempre. Cuando Cristo se encontró con gente que, a pesar de ser aparentemente religiosos, sólo estaban motivados por la avaricia y no se preocupaban ni por Dios ni por el prójimo, les explicó la famosa pero trágica historia del rico y Lázaro (*Lucas 16:13-31*). Haz que la clase lea la parábola, o bien léesela, y comentad la ra-



zón por la que, según la historia, el hombre rico sufrió tantos tormentos después de la muerte. No fue por el hecho de ser rico durante la vida. Fue porque sólo había vivido para ganar dinero para satisfacer sus propios caprichos egoístas. El segundo gran mandamiento de la ley de Dios decía, como vimos en el último artículo, «*Amarás a tu prójimo como a ti mismo*». Ahora bien, en el portal de la casa del hombre rico vivía un mendigo desamparado. Pero el rico no hizo el más mínimo gesto para ayudarlo. No es que el rico desconociese los mandamientos. Abraham le recordó que sus hermanos tenían a Moisés y a los profetas, es decir, las escrituras del Antiguo Testamento. Pero creía simplemente que no haría ninguna diferencia si obedecía las escrituras o no, si buscaba primero el reino de Dios o no. Descubrió, cuando ya fue demasiado tarde para cambiar su modo de vivir, que el carácter que formamos aquí en la tierra tiene un significado y una duración eternos.

III. Cómo sacar el máximo provecho del trabajo

Leed la parábola del necio rico (*Lucas 12:13-21*).

Esta parábola también trata del provecho que nos aporta el trabajo diario. Fíjese que no dice que esté mal que el agricultor trabaje mucho y consiga grandes beneficios. Lo que se critica es lo que eligió hacer con los beneficios conseguidos. Tampoco se le critica por que quisiera disfrutar de los beneficios; al contrario, el problema fue que su actitud errónea frente a sus beneficios le garantizó el mínimo, no el máximo, provecho.

Su primer error: almacenó el fruto de su trabajo en el «lugar» equivocado. Sus campos produjeron mucho más de lo que sus necesidades inmediatas le reclamaban. Por tanto, decidió construir graneros más grandes a fin de poder almacenar las cosechas aquí, en la tierra: «*Tienes muchos bienes guardadas para muchos años. Reposa, come, bebe, regocíjate.*»



Pero se había olvidado que la duración de nuestra vida es incierta. Simplemente daba por sentado que seguiría viviendo durante muchos años, mientras que en realidad murió de repente aquella misma noche. Y Dios le llamó necio, porque ahora resultó evidente que había estado guardando sus bienes en el lugar equivocado. De pronto tuvo que abandonarlos allí donde ya no podría sacar ningún provecho de ellos. A partir de ahora serían de otra persona.

Pero tal vez alguien proteste: ¡no tenía ningún otro lugar en donde guardar sus bienes! La respuesta que ofrece la Biblia es que si hubiese usado sus bienes en beneficio de los demás y no sólo para sí mismo habría «almacenado su tesoro en el cielo» (*Mateo 6:19-21*). La Biblia también dice lo siguiente: «*A los ricos de este siglo manda que no sean altivos, ni pongan esperanza en las riquezas, las cuales son inciertas, sino en el Dios vivo que nos da todas las cosas en abundancia para que las disfrutemos. Que hagan bien, que sean ricos en buenas obras, dadivosos, generosos; atesorando para sí fundamento para lo por venir, que echen mano de la vida eterna*» (*1 Timoteo 6:17-19*).

Pero ¿cómo es posible que usar los beneficios en beneficio de los demás sirva para «atorosar fundamento para lo por venir»? Echemos mano de una ilustración. Supongamos que el gobierno nombra a un director para una pequeña industria. Si emplea con sabiduría los beneficios de la compañía para sacarla adelante, mejorar el nivel de vida de los trabajadores y enriquecer a toda la comunidad, habrá desarrollado sus propias habilidades como director, y el gobierno posiblemente lo nombrará director de una compañía de mayor envergadura, o incluso ministro de industria. Pero supongamos que aprovecha los beneficios de la compañía para comprarse una casa lujosa y coches muy caros, perjudicará su propio carácter y se hará poco merecedor de cualquier clase de promoción. Incluso, podría acabar en la cárcel.

Asimismo, Cristo enseña que la actitud que uno tiene frente a la vida, el trabajo, los bienes y los beneficios lo hace digno —o indigno— de recibir mayores responsabilidades en la vida venidera.



IV. El peligro de que el trabajo excluya a Dios de la vida

El segundo error del rico agricultor: se olvidó que para ser realmente rico hay que serlo no sólo en lo material, sino también en lo espiritual. Las riquezas materiales son de mínima importancia en comparación con las espirituales.

Una chica que valorase mucho un anillo de compromiso, pero sin tener ningún interés en el hombre de quien lo había recibido vaciaría el propio anillo de todo su significado. El agricultor permitió que la prosperidad material desplazase cualquier preocupación por Dios y cualquier interés en una relación vital con él y deseo de obedecerle. Lo llevó a la miseria espiritual; y murió sin estar preparado para encontrarse con Dios en la otra vida. «*Así es*», dijo Cristo, «*el que hace para sí tesoro, y no es rico para con Dios*».

Si queremos ser ricos para con Dios demos recordar que por importante que sea el trabajo, sólo hay una prioridad de suprema importancia en la vida: cultivar la amistad y la comunión con Dios. Él es nuestro Creador, y nos creó con la intención de que realicemos nuestro trabajo diario. Pero jamás fue su intención que fuésemos esclavos. Quiere que trabajemos por él por amor. Y a fin de poderlo amar, primero hay que ser reconciliados con él, recibir el Espíritu de Jesús, el Hijo de Dios y así convertirnos en hijos libres de Dios (*Romanos 8:14-17*). Sólo de este modo podremos poner en práctica los principios del reino de Dios en nuestro trabajo. ¿Cómo llegamos a conocer a Dios de esta manera? Jesús nos lo explica: él mismo es el camino al Padre (*Juan 14:6*).

Pregunta: Leed *Lucas 10:38-42*. ¿Cuál es su relevancia al tema de este artículo?

Jesús el Maestro (5)

CAPÍTULO 21

I. La realidad de la vida venidera y su relevancia para la ética cristiana

Se desprende del artículo 20 que Jesús enseñaba que uno de los principales marcos de referencia para la ética cristiana lo constituye no sólo la convicción consecuente y sincera de que existe una dimensión espiritual en la vida de este mundo, sino también la convicción específica en cuanto a la realidad de la vida venidera, y de la existencia tanto del cielo como del infierno. Sin embargo, muchas personas que admiran y quisieran seguir la ética de Jesús encuentran muy difícil aceptar este marco de referencia. Pero si la rechazamos, sacamos de la ética cristiana una parte importante de la motivación que la subyace; y un sistema ético sin motivación es un sistema ético prácticamente inútil. Aquí trataremos a fondo dos de las objeciones (entre otras muchas) que se plantean en contra de la idea del cielo y del infierno.

Primera objeción. «La idea del cielo no es más que escapismo. Hace que la gente soporte unas condiciones sociales y económicas



indignas en la tierra en lugar de luchar con vigor para mejorarlas, con la vana esperanza de ver compensado en el paraíso de la otra vida todo lo que hayan sufrido en ésta. Por tanto no hace sino desvirtuar la vida en la tierra, y subvierte todo intento de mejorar las condiciones que se encuentran en ella.»

Sin embargo, ocurre exactamente lo contrario. La enseñanza de Cristo acerca del cielo y del infierno confiere a la vida aquí una importancia infinita. Según Cristo, toda actitud que no sea una colaboración con el Creador entregada y comprometida en el uso de nuestras habilidades y en el desarrollo responsable de los recursos de la tierra para la gloria de Dios y para el bien de nuestra familia, de nuestra nación y de nuestro mundo, tendrá consecuencias ruinosas, no sólo durante esta vida corta que se nos ha dado aquí, sino también durante toda la eternidad.

Un niño que crea que la vida se acaba cuando deja la escuela a la edad de dieciséis años, y que no existe ningún «mundo adulto» más allá de la escuela, corre el peligro de desperdiciar el tiempo en la escuela y de no tomar en serio sus clases. De hecho, el problema que tienen muchos alumnos es justamente éste: no tienen comprensión alguna de lo serio que es la vida después de la escuela; como consecuencia, no aprovechan bien el tiempo y llegan a la vida adulta muy poco preparados. Así es, según dice Cristo, con las personas que no se toman en serio el cielo y el infierno.

Por supuesto, la pregunta que se impone aquí es la siguiente: ¿qué evidencias tenemos de que el mundo venidero es una realidad? La respuesta que ofrece la Biblia tiene que ver con las evidencias históricas para la resurrección literal y física de Jesucristo. Consideraremos esta evidencia en otro artículo. Baste decir, de momento, que según enseña el apóstol Pablo en *1 Corintios 15*, la resurrección de Jesucristo en el pasado es la garantía de que en el futuro todos los que hayan creído en él durante esta vida serán resucitados para vivir con él en el mundo por venir. Y es la realidad del mundo venidero lo



que nos asegura de que nuestro trabajo en la tierra vale la pena, y que vale la pena de modo que complazca al Señor quien nos lo dio. Se trata, como la Biblia dice, de «crecer en la obra del Señor siempre, sabiendo que vuestro trabajo en el Señor no es en vano» (1 Corintios 15:58). De este modo, la convicción de la realidad de la vida venidera resulta ser un estímulo poderoso para la vida aquí en la tierra.

Segunda objeción. «Si hay un Dios, deberíamos servirlo por amor hacia él y no por lo que podamos sacar para nosotros en forma de alguna recompensa en el cielo.»

Sin embargo, esta objeción se desvanece en el momento que comprendemos primero en lo que no consiste la recompensa, y luego en lo que sí consiste.

Contrariamente a lo que mucha gente cree, la recompensa de las buenas obras no es la salvación y la aceptación con Dios. La Biblia dice muy claramente que estas cosas son un regalo que recibimos gratuitamente; no se pueden ganar a través de las buenas obras: «*Por la gracia (es decir: por los favores inmerecidos por parte de Dios) sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios, no por obras ...*» (Efesios 2:8-9). Este hecho, que la aceptación por parte de Dios no se puede ganar, resulta difícil de comprender. Estamos acostumbrados a pagar lo que tenemos, y nos cuesta deshacernos de la idea de que podemos pagar la salvación de Dios mediante nuestras buenas obras. Esto demuestra que no hemos comprendido la seriedad del diagnóstico que Dios ha hecho del pecado humano. La Biblia explica que «nadie será declarado justo ante él (es decir ante Dios) por observar la ley; más bien, a través de la ley somos conscientes del pecado» (Romanos 3:20). Y esto es verdad. Cuando procuramos observar la ley de Dios a partir de nuestros recursos humanos nos damos cuenta de que fracasamos, y de que «todos pecaron y están destituidos de la gloria de Dios» (Romanos 3:23). Si Dios nos ha de salvar, tendrá que ser a partir de su amor y misericordia. Ningún ser humano podrá jactarse jamás de que se haya ganado el perdón. Es



por esto por lo que la Biblia nos obliga a no ocuparnos ya de nuestras obras, y a fijarnos en lo que Cristo hizo en la cruz cuando murió por nuestros pecados. Es nuestra fe en la validez de su obra, no de la nuestra, lo que nos salva.

Al llegar a este punto alguien tal vez proteste: «Si me dices que mi aceptación para con Dios no se funda en mis buenas obras, entonces restas importancia a mi ética. Pues lo que me estás diciendo es que puedo hacer lo que me de la gana y que Dios me salvará al final.» ¡En absoluto! En el mismísimo texto donde la Biblia enseña que la salvación no es ninguna recompensa por las buenas obras, dice lo siguiente: «*Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas*» (Efesios 2:10). Es decir, las buenas obras son la evidencia y el resultado de nuestra aceptación por parte de Dios, y no la base. Más adelante consideraremos dos ejemplos de ello.

Pero ¿cuál es la recompensa de las buenas obras? Es la capacidad y la oportunidad de involucrarnos en más trabajo, y en trabajo cada vez de mayor envergadura. Leed la famosa parábola de los diez talentos (*Lucas 19:11-27*); y fijáos que el hombre que había usado su talento con sabiduría, convirtiéndolo en diez talentos, como recompensa fue hecho administrador de diez ciudades - un grado de responsabilidad mucho más alto que el tener que administrar diez talentos. Es razonable que un hijo que haya llevado con responsabilidad y empeño una pequeña industria sea encargado más adelante de dirigir un gran complejo industrial.

II. El efecto de la salvación sobre la ética cristiana del trabajo

Leed *Lucas 18:35-19:10*.

Los protagonistas de estas dos historias son muy diferentes en muchos aspectos. El mendigo era muy pobre, y el publicano muy



rico. Pero tenían una cosa en común: ambos tenían un modo degradante y poco deseable de ganarse la vida. El mendigo vivía de lo que podía sacar de los transeúntes; el publicano, recaudador de impuestos, en gran parte vivía de lo que conseguía mediante el engaño. Pero Cristo salvó a los dos; y como consecuencia de la salvación, se transformó por completo su actitud frente al trabajo y la manera de ganarse la vida, y les fue restaurada una verdadera dignidad humana.

1. *El ciego*

Evidentemente no fue por culpa suya que se vio reducido a mendigar para ganarse la vida (aunque no deja de ser una condena de la sociedad en la cual vivía, y de las muchas sociedades donde los minusválidos han sido, y siguen siendo, cruelmente marginados). No obstante, es humillante cuando un ser humano pierde la dignidad y la independencia, y cuando en lugar de poder valerse por sí mismo y contribuir al bien de la comunidad, está reducido a la necesidad de vivir de lo que pueda sacar de los demás.

Cristo salvó al hombre mediante un milagro que le devolvió la vista. Pero hay más en esta historia ...

a. **La percepción espiritual del mendigo**

De la muchedumbre aprende que Jesús de Nazaret está ahí. Pero este mendigo ya había llegado a la conclusión de que este Jesús era, ni más ni menos, el mismo Hijo de David, el Mesías y el Rey. Por tanto, suplicó al Rey que utilizara su poder divino y real para devolverle la vista. Y su súplica recibió una respuesta positiva. Resultó ser la última vez que tuvo que pedir nada a nadie.

b. **La reacción del mendigo al recibir la vista**

Lo primero que habrá visto habrá sido al mismo Rey. ¿A qué clase de Rey esperaba ver? ¿Tal vez a alguien vestido de una toga espléndida, con un séquito impresionante de servidores, mientras él se dejaba servir? Lo que vio en realidad fue muy distinto: una figura



pobre manchada por el polvo del camino, vestida con sencillez; un Rey que había venido a ser Siervo de todos, cuyo lema fue el siguiente: «*Porque el Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos*» (Marcos 10:42-44; Lucas 22:24-27). En cuanto vio a este Rey, el mendigo dejó de mendigar y «de seguía»; es decir, se puso a seguirle en este camino de servicio abnegado hacia los demás, lo cual debe hacer todo seguidor auténtico de Cristo.

He aquí, entonces, el gran Ideal que constituye el centro de la ética cristiana: la comprensión de que Jesús es el Hijo de Dios, el Hijo del Dueño del universo, pero que vino como el Siervo-Rey, para servirnos y para salvarnos a expensas de su propia vida. Quien tenga suficiente percepción espiritual como para ver esto, no podrá por menos de seguirle, y adoptar la misma actitud que él frente a la vida y frente a su trabajo de cada día.

2. El recaudador

Éste era un hombre tan preso de la avaricia, que estaba dispuesto a trabajar para los odiados imperialistas romanos, y recaudar sus impuestos a sus propios compatriotas, enriqueciéndose así de la esclavitud de su propia nación. Y no sólo esto: aprovechó su autoridad para extorsionar al pueblo aún más de lo que los romanos le exigían, embolsando grandes beneficios para sí mismo. Tal vez pensaba que mediante grandes riquezas haría que todo el mundo le temiera y respetara, e incluso le admirara. En lugar de ello le odiaban y le excluían por completo de la vida social a todos los niveles. Un trato muy comprensible, pues se trataba de un hombre desfigurado y deshumanizado por la avaricia egocéntrica y por el amor al dinero, un hombre perdido, que destruía mediante la persecución de la riqueza la posibilidad de lograr la aceptación, el amor y la amistad que tanto anhelaba, pero que nunca encontraría en el dinero, y mucho menos en el dinero extorsionado. Pero Cristo se percató del corazón anhelante y empobrecido que había en el interior de este hombre a primera vista rico, y obró un milagro de transformación en él.



Le ofreció su amistad (completamente inmerecida), y lo aceptó tal como era. Y de pronto este hombre descubrió que su corazón ya no era pobre. Ya no sentía esta obsesión avasalladora de enriquecerse. La amistad inmerecida y gratuita le había inundado de una sensación de riqueza espiritual, de modo que en el acto decidió dar la mitad de su fortuna material a los pobres, y devolver cuadruplicado todo lo que había extorsionado.

La avaricia y el amor al dinero deshumanizan a la persona; las meras denuncias de las ganancias excesivas a menudo no sirven sino para encerrar al avaro en su propia prisión, la que él mismo se ha construido. La abundancia del amor y de la amistad de Cristo le abre la puerta de la cárcel y libera a la persona, de modo que pueda humanizarse auténticamente, convirtiéndose así en el dueño en lugar del esclavo del dinero, y comprender que las personas valen infinitamente más que las posesiones materiales. De este modo hasta los avaros pueden aprender, como Jesús mismo enseñaba, que «más bienaventurado es dar que recibir»

Estos dos ejemplos nos demuestran claramente que la salvación de Dios funciona. Él está dispuesto a aceptar a las personas tal como son, siempre y cuando crean en Cristo; a continuación, su conciencia de haber sido aceptadas, con la absoluta garantía de la amistad continuada y permanente de Cristo tanto en esta vida como en la vida venidera, las estimula al servicio agradecido a él y a los demás.

Sugerencias para el coloquio:

1. ¿Por qué no es escapismo creer en la existencia del cielo?
2. ¿Cuál de estas dos alternativas de matrimonio parece preferible?
 - a. El novio dice a su futura esposa que no está dispuesto a asegurarle su plena aceptación si no se la merece a través de su comportamiento.



- b. El novio en primer lugar asegura a su futura esposa que su aceptación es incondicional, de modo que ella, segura de ser amada, le ama y busca complacerlo.

La mayoría de las personas estarían escandalizadas con la primera alternativa: es una afrenta a la mujer. La mujer que la aceptase se convertiría en una esclava. Es sorprendente, por tanto, que millones de personas crean que su relación con Dios debe conformarse a esta alternativa.

I. La personalidad y las relaciones humanas

En este artículo consideraremos la preocupación de Cristo por las personas, y el valor que tenía para él cada personalidad humana. Comienza la lección preguntando a varios de los alumnos de la clase: «¿Cómo te llamas?». Luego hazles esta pregunta, algo más difícil: «¿Qué representa para ti tu nombre?»

Sugerencias para el coloquio:

1. **¿Cuál es la diferencia entre tener un número y tener un nombre?** A un soldado se le conoce como, por ejemplo, Soldado n° 105,769. ¿Qué nos dice esto acerca del soldado?

2. **¿Cuál es la diferencia entre un nombre y una etiqueta?** La etiqueta «Mermelada de Melocotón» no distingue entre diferentes botes de mermelada de melocotón; sólo distingue entre la mermelada de melocotón y las demás clases de mermelada. Hay muchas chi-



cas que se llaman «María», y su nombre las distingue de otras chicas cuyo nombre es, por ejemplo, «Conchita». Sin embargo, ¡todas las Marías no son iguales!

3. ¿Qué representa un nombre humano? Antiguamente, los nombres llevaban un significado. «Andrés», por ejemplo, significaba «valiente»; «Irene» significa «Paz». No obstante, está claro que los nombres no expresaban plenamente los rasgos característicos de las personas que los llevaban; y actualmente, los nombres han perdido sus significados. Pero no importa. Aunque tu nombre sea un nombre muy común, lo que representa para ti es una realidad maravillosa: la personalidad humana. Hay, y ha habido, miles de millones de personas humanas en el mundo. Pero la personalidad individual que tú tienes es única: no hay otro igual que tú en todo el universo. Eres único en el código genético que forma la base de tu personalidad.

II. La preocupación de Cristo por las personalidades dañadas

Aunque cada personalidad humana es única, la triste realidad es que todos estamos tarados de alguna manera u otra. La venida y la enseñanza de Cristo tiene como finalidad restaurar y curarnos. La siguiente historia es un ejemplo extremo; pero nos ayuda a comprender esta verdad. Léela a la clase, y diles que busquen el viraje decisivo y que expliquen cuál es.

III. La curación del demoníaco

Leed (*Marcos 5:1-20*)

1. La desintegración de la personalidad del demoníaco

Desconocemos el nombre que se le dio a este hombre cuando nació. Pero, aparentemente, cuando se hizo mayor fue invadido



por poderes ajenos a él, y éstos acabaron por dominar por completo su personalidad. Lo más probable es que al principio intentara resistir y mantenerse en control de sí mismo; pero estos poderes pudieron más que él. Al final dejó de luchar por seguir siendo él mismo, y cuando le preguntaban cómo se llamaba decía: «Legión».

2. La raíz del problema

Los síntomas indican la presencia de una grave enfermedad mental y la desintegración de la personalidad; pero en este caso (no en todos los casos) la Biblia da a entender que la causa de la enfermedad mental era la posesión demoníaca.

Aprovecha la oportunidad, por lo tanto, para advertir a la clase acerca de los peligros de cualquier tipo de experimento con las prácticas ocultistas: la magia negra, el espiritismo, o cualquier otra. Según la Biblia - y esto se ve reflejado en la experiencia moderna en muchos países - la posibilidad de posesión demoníaca es real; y el efecto que produce al final es la manipulación, cuando no la destrucción de la personalidad humana. Es por esto por lo que Dios advierte solemnemente a su pueblo en el Antiguo Testamento: «...no sea hallado en ti quien ... practique adivinación, ni agorero, ni sortilego, ni hechicero, ni encantador, ni adivino, ni mago, ni quien consulte a los muertos. Porque es abominación para con Jehová cualquiera que hace estas cosas... (*Deuteronomio 18:9-13*).

El alcoholismo y el consumo de estupefacientes puede producir efectos parecidos, y bien patentes; todo pecado distorsiona la personalidad; y a menos que sea perdonado y su poder desvirtuado, conducirá a lo que la Biblia llama «perecer»; no la extinción del ser, sino la distorsión irrevocable, tal vez la desintegración de la personalidad; y, al final, la separación eterna de Dios.



3. Los resultados del problema

a. La pérdida de la vergüenza y del respeto a uno mismo

En el relato paralelo de la misma historia, en *Lucas 8:27*, leemos que: «no vestía ropa». Había perdido su dignidad.

Comenta con la clase el papel que juega la vergüenza en la dignidad de la persona. Consideremos el hecho de ruborizarse. Se trata de un mecanismo que el Creador nos ha dado: pone de manifiesto nuestros sentimientos de culpa de modo que todo el mundo se dé cuenta de ellos, y hace sentirnos incómodos cuando alguien nos sorprende haciendo o pensando algo que no deberíamos. También tiene una sana función disuasoria: «¡No puedo hacer esto!» pensamos «¡Moriría de vergüenza si me descubriesen!».

Sin embargo, a medida que una persona se empeña en hacer cosas vergonzosas, este mecanismo se va debilitando, y puede quedar desactivado por completo. El resultado es desastroso: «¿Les da vergüenza su conducta odiosa?», pregunta Dios; «¡No! Ya no les da vergüenza nada; ni siquiera saben ruborizarse» (*Jeremías 6:15*). La Biblia habla en términos semejantes de otros pecadores perversos: «Por lo cual también Dios los entregó a la inmundicia, ...» (*Romanos 1:24-27*).

b. Miedos morbosos y conducta antisocial

Miedos morbosos y una conducta antisocial: como ciertos drogadictos y alcohólicos, tal vez la presencia de otras personas lo aterraba. En todo caso evitaba relacionarse con los demás aislándose en lugares solitarios de la montaña y entre las tumbas. Era un ejemplo extremo de cómo mucha gente, incluso muchos jóvenes, se sienten: «no valen para nada, y nadie los valora; la sociedad pone el listón demasiado alto, y se siente atemorizados por lo que se les exige; quieren huir de la rutina tan esquemática de la vida; no sienten que haya futuro alguno para ellos; más les valdría estar muertos.»



c. El odio a sí mismos y un instinto autodestructor

Se cortaba con piedras, y se resistía con violencia a cualquier intento de someterlo por su propio bien. Y cuando Jesús ordenó a los poderes maléficos que lo dejaran, al principio creyó que Jesús también había venido a atormentarlo aún más. Ocurre lo mismo con muchas personas «normales». En el fondo se dan cuenta de que sus pecados y sus vicios los están perjudicando; pero cuando Jesús les ordena que dejen estas cosas creen que Jesús pretende hacerles la vida miserable.

4. El remedio del problema

Por supuesto, Jesús no había venido a atormentarlo, sino a restaurar su personalidad desmenuzada, su dignidad y su verdadera libertad. Y es por esto por lo que Jesús le pregunta: «¿Cuál es tu nombre?». Este hombre había abandonado el intento de ser él mismo. Ante la pregunta: «¿Cuál es tu nombre?» no dijo ni «Juan», ni «Andrés» ni ningún otro nombre que pudo haber sido el suyo propio, sino que dijo «Legión». Cristo desenredó al hombre de los poderes del mal que lo habían anulado, ahuyentó estos poderes y liberó la personalidad de su víctima. Los habitantes del pueblo lo vieron vestido, y en su cabal juicio, sentado a los pies de Jesús (*Lucas 8:35*). Ahora era Jesús, y no Legión, el señor de su vida: y el señorío de Jesús significa la auténtica libertad.

Pasemos ahora de este caso extremo a considerar la manera cómo Jesús nos libera hoy día.

IV. Jesús nos da la libertad

1. Al perdonar nuestros pecados

Hay una historia en los evangelios que explica cómo Jesús perdonó los pecados a un hombre paralítico, y después le dio el poder de



levantarse y caminar (*Lucas 5:17-26*). Cuando pecamos, tenemos sentimientos de culpa y una mala conciencia. Y la culpa es como una cadena: nos ata, y a veces nos impide mirar el mundo a la cara. Una de las palabras con que se traduce «perdón» en el Antiguo Testamento significa «liberación»; y es esto lo que Jesús ofrece. Podemos volver a caminar con la cabeza bien alta.

2. Al decirnos la verdad

«Si continuáis en mi palabra», dice Jesús (*Juan 8:31-36*), «sois verdaderamente mis discípulos, y conoceréis la verdad y la verdad os hará libres.»

Con demasiada frecuencia nos enorgullecemos precisamente de aquellas cosas que distorsionan nuestra personalidad. Nos creemos listos si mentimos y hacemos trampas. Nos jactamos de nuestra agresividad. Disfrutamos siendo rencorosos y haciendo que los demás se sientan pequeñitos a nuestro lado. Jesús nos hace libres al enseñarnos la verdad acerca de estas actitudes falsas: no son nuestros amigos, sino nuestros carceleros. Si confundimos a nuestros carceleros por amigos, continuaremos en la cárcel; no haremos nada para escaparnos. Un día estos falsos «amigos» resultarán ser nuestros verdugos. Por otro lado, tal vez hemos llegado a la conclusión de que no sirve para nada intentar escaparnos: los malos hábitos y las actitudes falsas son demasiado fuertes para romperse. Aquí también Jesús nos encara con la verdad: las cadenas pueden ser rotas; como en el caso del demoníaco, «Legión» puede ser expulsado.

3. Al librarnos del miedo

Hay una clase de miedo que es muy sana. El miedo a quemarse, por ejemplo, nos impide meter la mano en el fuego. Pero hay miedos que son muy poco sanos: el miedo al ridículo, el miedo a la presión del grupo, el miedo a la violencia pueden llevar a un joven a



emborracharse, a consumir drogas, a cometer un delito, mientras, por su propia cuenta, jamás haría ninguna de estas cosas. Jesús nos enseña a desarrollar un temor sano a Dios, el cual es capaz de vencer a todos estos miedos falsos (ver *Mateo 10:28-31*).

V. El valor del ser humano

Pregunta a los alumnos si a ellos les resulta importante que se les valore, y cómo podemos saber que se nos valora.

A fin de poder valorarnos debidamente los unos a los otros, debemos aprender a valorar a los demás y a nosotros mismos de la misma manera como Dios valora tanto a ellos como a nosotros. Cada uno de los siguientes breves comentarios puede servir para estimular el coloquio (o podría constituir el tema de una corta redacción, la cual, a su vez, podría ser la base del coloquio).

1. El valor del niño no-nacido

Salmo 139:13-17 nos enseña que Dios vela por y ama al niño no-nacido mientras se está formando dentro del vientre. Matar a un niño no-nacido es un delito contra el niño y contra su Creador.

2. El valor del bebé recién-nacido

Cuando las madres llevaban a sus bebés a Jesús para que los bendijese, los apóstoles al principio las reprochaban. Creían que Jesús era demasiado importante como para tener nada que ver con los bebés. Pero Jesús reprochó a los apóstoles. Dios valora a los bebés igualmente que a los adultos. Ellos también son personas. «Dejad a los niños venir a mí, y no se lo impidáis; porque de los tales es el reino de Dios (*Lucas 18:15-17*).



3. El respeto y el apoyo hacia...

a. Los Padres (Mateo 15:1-9)

Les debemos honrar; y se desprende de este texto que «honrar» implica no sólo respetar y obedecerles cuando somos jóvenes, sino estar dispuestos también a mantenerlos económicamente cuando son mayores.

b. Las viudas

Jesús mostraba un cuidado especial hacia las viudas. Algunas de sus críticas más severas fueron dirigidas a aquellos que se aprovechaban de su desamparo, y las engañaban o las oprimían (Lucas 7:11-17; 18:1-8; 20:45-21:4).

c. La institución del matrimonio (Mateo 5:27-32)

Cristo enseña con una claridad aplastante la gravedad del adulterio y del divorcio fácil, los cuales desvirtúan las relaciones humanas y amenazan la estabilidad de la familia.

4. El valor del individuo

Un pastor podría tener cien ovejas las cuales, a ojos de un extraño, parecerían ser iguales. Sin embargo, si es buen pastor, conocerá cada oveja individualmente: su carácter, sus flaquezas y sus puntos fuertes. Cristo es un Pastor así: «llama a sus ovejas por su nombre» (*Juan 10:3*). Dios nos ama no sólo por formar parte de la humanidad, sino como individuos. Y Jesús garantiza que no perderá ni un solo individuo que se entregue a él (*Juan 6:38-40; 10:27-30*)

La ética cristiana en un mundo corrupto (a)

CAPÍTULO 23

Todo aquel que intente enseñar la ética de Jesús se encontrará tarde o temprano con la siguiente objeción: «¿Para qué sirve enseñar la ética cristiana? Se ha predicado durante casi 2.000 años, y el mundo sigue siendo tan malo como siempre.»

Una primera respuesta podría ser: «Si no utilizamos el jabón para lavarnos, y como consecuencia seguimos sucios, no es justo echar la culpa al jabón.»

Pero mucha gente dirá: «¡Claro que no es culpa del jabón! Pero esto no resuelve el problema de que si la gente se empeña en no utilizar el jabón, nunca limpiarás el mundo simplemente por proclamar las cualidades del jabón. Hace falta algo que nos obligue a utilizar el jabón. Y si esto no se consigue, más vale tirar la toalla.»

Para ser honestos, esta objeción tiene gran parte de razón, como veremos a través de otra ilustración. Si quieres que los dos



equipos en un partido de fútbol jueguen según las reglas, no es suficiente explicarles cuáles son estas reglas. Hace falta un árbitro que sepa hacer que las reglas se cumplan. Si no, uno de los dos equipos comenzará a hacer trampas. Y luego el otro equipo pensará: «no sirve para nada jugar según las reglas. Si nosotros no hacemos trampas como ellos perderemos el partido.» Por tanto los dos equipos se ponen a hacer cuantas más trampas mejor.

Y ¿qué diremos de Jesús? Él por supuesto predicaba la ética. Pero ¿creía suficiente limitarse a predicarla? ¿O también tenía algo que decir en cuanto al hacer cumplir la ética?

Estas preguntas demuestran lo importante que es comprender exactamente con qué objetivo vino Jesús, y los medios por los cuales se propuso llevarlo a cabo. La Biblia da a entender con claridad que vino con el propósito fundamental de establecer el reino, es decir, el gobierno de Dios. Sus primeras palabras fueron: «La hora ha venido. El reino de Dios se ha acercado. Arrepentíos y creed las buenas nuevas» (*Marcos 1:15*). La razón por la cual decía que el reino de Dios se había acercado, precisamente en aquel momento de la historia, fue que él mismo, según afirmó, era el Rey de Dios, cuya venida se había prometido hacía muchos años en el Antiguo Testamento (ver por ejemplo *Zacarías 9:9*, y compáralo con *Juan 12:12-15*). ¡Y ahora había venido! ¡Se trataba de noticias verdaderamente buenas!

El establecimiento del reino necesariamente implicaba, en primer lugar, definir el listón de la conducta que tendría que caracterizar a los que se admitirían en su reino, y la felicidad que tendrían como consecuencia. Ésta es la temática del famoso sermón de la montaña (*Mateo 5,6,7*).



I. Algunos apuntes respecto a los requisitos éticos del Reino de Dios

1. *A menudo van en contra de los conceptos humanistas que suelen darse por sentados*

Leed *Mateo 5:43-48*.

Evidentemente, este principio es tan contrario a la práctica que normalmente se observa que es rechazado como impracticable. Pero no se puede negar que si todo el mundo se comportase así por costumbre, no habría ni discriminación contra grupos minoritarios, ni limpieza étnica, ni nacionalismos agresivos.

2. *Deben ser llevados a la práctica, y no quedar en lo teórico*

Leed *Mateo 7:21-27*.

El famoso filósofo romano Séneca escribió muchos tratados en los que recomendaba el estoicismo, y decía a los demás cómo se tenían que comportar. Sin embargo, utilizaba su posición en el Estado para acumular una fortuna personal enorme; y cuando el emperador Nerón asesinó a su propia madre, la emperatriz Agripina, Séneca ayudó a Nerón a escribir una carta al Senado romano para encubrir su crimen. Mas no eran solamente los filósofos paganos los que pecaban de semejante incoherencia. Cristo señaló que algunos de los maestros bíblicos de la época eran culpables de no llevar a la práctica lo que decían a los demás que debían hacer (*Mateo 23*).

3. *Tienen que ver no sólo con las acciones exteriores sino también con los pensamientos y móviles interiores*

Leed *Mateo 5:21-22*.



En otras palabras, para cumplir el mandamiento «No matarás», no basta con abstenerse del acto físico de matar a alguien. Si nos enfurecemos con alguien, evidentemente es mejor controlarnos y no matarlo. Pero es demasiado frecuente que, aunque no llegemos al extremo del asesinato, demos cobijo en nuestro fuero interior a la rabia y al deseo de vengarnos, meditando en todas las maneras cómo nos gustaría hacer mal a la persona odiada. Y esto, desde la óptica de la enseñanza de Jesús, constituye una violación de la ley de Dios; es un pecado contra nuestro semejante y contra Dios, igual que lo sería el propio asesinato.

A propósito, cabe recalcar aquí la diferencia que hay entre la ley de Dios y las leyes de cualquier país concreto. Los gobiernos deben legislar contra el asesinato y contra otros tipos de delito; si los ciudadanos violan estas leyes y cometen un delito, con razón son castigados. Pero no hay gobierno alguno que pueda saber lo que ocurre en nuestro fuero interior (cualquier gobierno que haya intentado manipular el pensamiento de la gente siempre ha resultado ser un gobierno tirano y déspota). Pero Dios sí puede leer nuestro corazón y nuestros pensamientos, y tendremos que dar cuenta de ellos ante Él.

Puntos importantes. Cuando Hitler se enfurecía tenía el poder necesario para llevar su furia a la práctica: como resultado mató a millones de personas. Si en el momento de enfurecernos tuviésemos el mismo poder que tenía él ¿qué sucedería?

II. La incapacidad del hombre de guardar la Ley de Dios

Estos son, pues, unos cuantos ejemplos de las exigencias éticas del reino de Dios, tal como las enseñaba Jesús. ¿Qué decía Jesús acerca de nuestra capacidad de cumplirlas? Aquí Jesús se muestra conocedor profundo de la naturaleza humana, y profundamente realista: dijo que nos era imposible guardar los mandamientos suficientemente como para merecer ser admitidos en el reino de Dios.



Ejemplo. En una ocasión Cristo hizo la siguiente observación a sus discípulos: ... «¡Cuán difícilmente entrarán en el reino de Dios los que confían en las riquezas! Más fácil es pasar un camello por el ojo de una aguja, que entrar un rico en el reino de Dios.» Ellos se asombraron aún más, diciendo entre sí: «¿Quién, pues, podrá ser salvo?» Y Jesús dijo: «Para los hombres es imposible mas para Dios, no; porque todas las cosas son posibles para Dios» (*Marcos 10:23-27*). Podemos alegrarnos por estas últimas palabras. Pero son precisamente estas palabras las que resaltan lo que dije al principio de la lección: no sirve para nada limitarse a enseñar ética cristiana a las personas. La razón de ello es que no hay nadie que por su propia voluntad tenga los recursos (ni el deseo) de cumplir las leyes de Dios de manera que complazca a Dios. Jesús se daba perfecta cuenta de este hecho, y nos explica varias de las razones. He aquí dos de ellas.

1. *El Hombre es malo por naturaleza*

Leed Lucas 11:13.

Mucha gente piensa que esta enseñanza está grotescamente exagerada. Señalan que a pesar del mucho mal que hay en el mundo, la mayoría de las personas son buenas, amables y generosas, dispuestas a hacer toda clase de buena obra. Jesús no niega esto. Incluso nos llama la atención al hecho de que la mayoría de los padres son buenos y generosos con sus hijos. Pero lo son, dijo, a pesar de ser, en el fondo, malos.

Naturalmente no nos gusta que se nos diga esto. Preferimos pensar que somos esencialmente buenos. Por tanto, cuando actuamos bien, no dudamos en atribuirlo a nuestra manera de ser: «Yo hice aquello», nos decimos. Pero cuando actuamos mal, a menudo intentamos disculparnos: «No fui realmente yo quien lo hice», nos decimos, «No sé lo que me hizo actuar así». Pero, si «no fui realmente yo», entonces ¿quién fue?. «No es buen árbol el que da malos frutos,



ni árbol malo el que da buen fruto. Porque cada árbol se conoce por su fruto; pues no se cosechan higos de los espinos, ni de las zarzas se vendimian uvas.» (*Lucas 6:43-44*).

Cristo establece los siguientes principios:

a. Si tienes un árbol que da un cuarenta por ciento, o incluso un diez por ciento de manzanas podridas, sacas la conclusión de que el árbol tiene un problema fundamental. ¡Y la conducta del hombre está a mucho más que a un diez por ciento por debajo del listón de Dios!

b. Una zarza no puede decir: «¡Ya sé que doy muchos espinos; pero en el fondo no soy zarza; soy higuera!» El fruto de un árbol pone de manifiesto la clase de árbol que es. Del mismo modo, nuestras malas obras no son un fenómeno superficial sin relación alguna con nuestra naturaleza esencial. Son el producto de aquella naturaleza, y lo que la da a conocer.

Cualquier sistema ético, si pretende ser un sistema realista, debe partir de esta base. La Historia siempre ha dado la razón a Cristo en este aspecto. Por ejemplo, en la teoría económica marxista había muchos aciertos. Fracásó porque no partía de la base de que el problema principal del hombre no era su alienación causada por los medios de producción, sino la naturaleza intrínsecamente corrupta de su corazón. Esta realidad basta para estropear cualquier sistema económico, por muy bueno que sea en la teoría. El capitalismo puede ser o no mejor sistema económico; pero también sufre los efectos de la corrupción incesante que brota de la misma fuente.

2. El Hombre está en rebelión contra Dios

Este hecho se puso de manifiesto en lo que ha llegado a ser el punto central de la Historia humana. Cuando Dios envió a su Hijo al mundo, los seres humanos no sólo rechazaron sus enseñanzas



éticas: lo crucificaron. Y no fueron ni los drogadictos, ni los criminales, ni la Mafia los responsables: fue el estatus quo religioso y político, incitado por las demandas del pueblo.

Sin embargo, durante la semana antes de la crucifixión Jesús analizó y expuso la causa y el significado de su muerte en la parábola de los vendimiadores malvados (*Lucas 20:9-19*). Pide a los alumnos que lean este pasaje (o bien léeselo). Asegúrate de que puedan contestar bien las siguientes preguntas:

- a. A quién representa el hombre que plantó la viña?
- b. ¿A quiénes representan los vendimiadores: a los judíos o a todo el mundo, incluídos nosotros mismos?
- c. ¿Qué representa la viña?
- d. ¿A quién representa el «hijo amado» (19:13)?
- e. ¿Por qué se le llama «heredero» (19:14)?

Fíjate en que a los vendimiadores no se les acusa de hacer mal su trabajo. Su error consistía en esto: querían actuar como si la viña les perteneciese a ellos, y no al Dueño y a su Hijo. Por lo tanto, eran rebeldes contra el Dueño; y fue por esto que rechazaron y mataron a su Hijo. La parábola nos ofrece una diagnosis y un retrato real del mal esencial que hay en el corazón de cada ser humano.

III. La lección hasta aquí

No sirve para nada, por tanto, limitarse a enseñar la ética: Cristo tuvo que hacer algo para remediar el problema del corazón rebelde del hombre, y hacer que quisiera y que pudiera entrar en el reino de Dios y guardar sus leyes. ¿En qué consistía este «algo»? ¿por qué no obligar a todo el mundo a que lo aceptase, fuera lo que fuera? y ¿qué dijo que ocurriría con aquellos que se empeñasen en rechazarlo?

La ética cristiana en un mundo corrupto (b)

CAPÍTULO 24

Si la única razón por la cual las personas se comportan mal fuera la ignorancia de la diferencia entre el bien y el mal, entonces evidentemente sería suficiente enseñarles la Ética Cristiana para que comenzaran a comportarse bien. Sin embargo, la ignorancia del bien y del mal no es el único, ni el principal, problema que tiene el hombre. Según enseña Cristo, la naturaleza del hombre está profundamente dañada y mala, y todos albergamos en nuestro corazón un espíritu de rebeldía egocéntrica contra Dios; por tanto, incluso cuando sabemos cual es la voluntad de Dios, nos resulta imposible obedecerla como la deberíamos obedecer; y tampoco nos da la gana obedecerla. Por tanto, el mero conocimiento de la Ética Cristiana no basta. Es como si dijéramos a un hombre con una válvula del corazón dañada que tendría que caminar más enérgicamente. Sería incapaz de hacerlo, a no ser que primero se le reparara la válvula dañada.

Del mismo modo, para que alguien sea admitido al reino de Dios y para que reciba el poder que le hace falta para vivir de acuerdo con las exigencias éticas de Cristo, primero tiene que producirse en él un



profundo cambio de corazón. El temor, el resentimiento y el espíritu de independencia y de enemistad contra Dios tienen que ser destruidos y desplazados por la fe, el amor y la dependencia de Dios. Las siguientes historias demuestran la manera cómo Jesús efectuó este milagro de la transformación interior en dos personas muy diferentes. El primero era un criminal, el segundo un maestro religioso muy respetado. No obstante, ambos necesitaban este cambio de corazón. A medida que vayamos entrando en los dos casos encontraremos principios de admisión al reino de Dios que son igualmente válidos para todos nosotros.

I. La conversión de un delincuente

Leed *Lucas 23:39-43*.

Los hechos más destacados:

1. No se trataba de un ladrón cualquiera: era un bandido o un criminal. El vocablo griego que se usa para describirlo es el mismo que el historiador, casi contemporáneo, Josefo, utiliza para hablar de los terroristas políticos.

2. Desde hacía muchos años no se había sometido a nadie, ni había aceptado rey alguno ni reconocido ningún gobierno. Era un ejemplo extremo de la rebeldía tanto contra Dios como contra la sociedad humana.

3. Más significativo aún fue el cambio que le sucedió al final, tras el cual estuvo dispuesto a someterse a Cristo como Señor y Rey.

Repasa con la clase los pasos que convirtieron a este rebelde en un súbdito obediente y entregado al reino de Cristo. Éstas son unas cuantas de las pistas a seguir:



1. Llegó a comprender y a confesar que al lado de Jesús, tanto él mismo como su compañero, eran pecadores y merecieron la sentencia que el gobierno humano les imponía (vv40-41).

2. Jesús, en cambio, era inocente; sin embargo, estaba sufriendo al lado de los culpables.

3. Por tanto, el gobierno que había sentenciado a Jesús era también culpable de una injusticia deliberada.

4. Jesús afirmó ser el Mesías y Rey enviado por Dios. El gobierno lo negó. Fue por esto que lo crucificaron, como lo demuestra el hecho de colocar una inscripción por encima de la cruz con la acusación que le habían hecho: «Éste es Jesús el Rey de los Judíos.» ¿Quién tenía razón? ¿Jesús o las autoridades? Evidentemente no la tenía este gobierno injusto. Por tanto, la tenía Jesús. Y esto significaba que Jesús era el Rey-Mesías que Dios había enviado al mundo. Era ni más ni menos que el mismo Hijo de Dios.

5. Por esta razón, la muerte no sería el final para Jesús. Jesús volvería otra vez para reinar, y para establecer el reino de Dios en la tierra.

6. Pero esto dio lugar a un temor solemne en la conciencia y el corazón del ladrón. Aquí a su lado estaba Jesús, el hombre sin pecado, condenado a sufrir con los culpables por un gobierno injusto. Si a Dios realmente le importaba la justicia, entonces con toda seguridad vendría un Día de Juicio, cuando todas las injusticias y los males cometidos en la tierra serían reparados.

7. Pero en este caso, ¿qué esperanza había para el criminal? Él también -¡y no sólo el gobierno! - era pecador y culpable a los ojos de Dios. Con gran honestidad, este criminal lo reconoció.

8. Luego vio un rayo de esperanza. Escuchó la voz de Dios Crucificado, Jesús, cuando éste oró por los que lo habían crucificado:



«Padre perdónalos porque no saben lo que hacen» (*Lucas 23:33-34*). Si Cristo oraba por ellos, tal vez también tendría misericordia con él.

9. Pero no sólo pidió perdón. Era un rebelde desde hacía mucho tiempo. Aborrecía el gobierno corrupto de su época. Sin embargo, jamás se había encontrado con un rey como Jesús, quien amó hasta a sus enemigos y pidió perdón por ellos. De pronto se dio cuenta de que un profundo amor y respeto hacia este Rey comenzaba a brotar en lo más íntimo de su corazón. Lo que quería ante todo lo demás fue aceptarlo como su propio Rey, que se le permitiese entrar en su reino eterno y obedecerlo para siempre. «Señor acuérdate de mí», dijo, «cuando vengas en tu reino». Con esta petición culminó el proceso de su conversión.

10. Y el Rey no sólo lo perdonó; le garantizó la aceptación inmediata para con Dios, y la admisión asegurada al cielo: «De veras te digo: hoy estarás conmigo en el paraíso.»

Ahora bien, en algunos aspectos el caso de este hombre era extremo. No obstante, hay dos pasajes de la Biblia que nos ayudarán a aplicar estas lecciones a nosotros mismos. Se trata de *Isaías:5-6* y *Romanos 5:10-11; 8:7-9*.

Esta historia nos ha demostrado cómo Cristo puede cambiar el corazón de una persona y hacer que esté dispuesta a obedecerlo. Pero una cosa es la disposición a obedecer a Cristo; otra cosa es la capacidad de cumplir sus exigencias éticas. En la siguiente historia, Jesús explica lo que nos tiene que suceder antes de que podamos entrar en el reino de Dios, y vivir de acuerdo con sus exigencias éticas.

II. La conversión de un catedrático de teología

Leed *Juan 3:1-18*.

Puntos a señalar:



1. La necesidad fundamental de «nacer desde arriba» si queremos ver o entrar en el reino de Dios (vv.3,5).

2. Nicodemo creía en Dios. Se había sometido a los ritos religiosos establecidos en el Antiguo Testamento. Sin embargo, aún no había «nacido desde arriba». Ni siquiera comprendía este concepto.

3. ¿Qué es esto de «nacer desde arriba»? Y ¿por qué es necesario? Jesús contesta estas preguntas en el versículo 6: «lo que nace de la carne es carne; lo que nace del Espíritu es espíritu.»

Consideremos esta analogía. En el mundo existen diferentes niveles, o clases, de vida. Hay vida vegetal; por encima de ella, en un nivel superior, hay vida animal. Si alimentamos correctamente una col, se convierte en una col más grande. Sin embargo, por mucho que la alimentemos y cultivemos, ¡nunca se convertirá en un perro! Para que se convierta en animal tiene que recibir vida desde el nivel superior, el nivel animal. Igualmente, por mucho que lo intentes, nunca convertirás a un perro en un ser humano, capaz de tocar un instrumento musical o leer un libro. A fin de poder realizar estas actividades humanas un animal tendría que recibir una clase de vida diferente de la que poseen en sí mismo: tendría que «nacer desde arriba», desde el nivel superior de vida humana.

Ocurre lo mismo con los seres humanos. En el momento de nuestro nacimiento recibimos «vida humana» en cuanto nacimos de padres humanos - esto es lo que quiso decir Jesús cuando dijo: «lo que nace de la carne, carne es». Pero el reino de Dios es un reino espiritual. La vida que la caracteriza es una clase de vida superior a la vida humana; es la vida que procede del Espíritu de Dios. Por tanto, si lo único que poseemos es la vida humana que recibimos al nacer, no podremos ver (es decir, comprender) ni entrar en el reino de Dios, al igual que un perro tampoco es capaz de disfrutar del arte ni de la música puesto que no posee más que vida animal. Por tanto, a fin de entrar en el reino de Dios y recibir el poder que hace falta para



cumplir con sus exigencias éticas, primero hemos de recibir la vida del Espíritu de Dios.

4. Pero ¿cómo y por qué proceso se recibe esta vida del Espíritu de Dios? Lo primero que hay que notar es que se trata de un regalo. No la podemos ni ganar ni producir por nuestra propia cuenta. En este aspecto se parece a nuestra vida física: nadie se ganó ni se mereció la vida física que posee. Fue un regalo que recibimos de Dios a través de nuestros padres. Ocurre lo mismo con la vida espiritual: Jesús imparte la vida espiritual como regalo.

5. Pero, ¿qué es lo que debemos hacer para recibirla? La respuesta es que debemos *creer en el Señor Jesucristo* (4:15-16), o, como leemos en otro texto, *recibirlo* (Juan 1:12).

6. Pero ¿qué significa creer en el Señor Jesucristo? Aquí se podría considerar la misma analogía que empleó Jesús para ayudar a Nicodemo (3:14-16). Primero leed la historia de *Moisés y la serpiente en el desierto* (Números 21:4-9) y observad los hechos más destacados:

1. Los israelitas habían pecado contra Dios;
2. fueron mordidos por serpientes venenosas;
3. estaban muriendo, y no podían hacer nada para salvarse a sí mismos.
4. Dios tuvo misericordia y mandó a Moisés que hiciese una serpiente de bronce y la colocase en un poste.
5. Sin embargo, el hecho de hacer una serpiente de bronce no era suficiente para salvar a nadie. Si los israelitas querían salvarse de la muerte y recibir vida nueva debían creer lo que



Dios había dicho como su única esperanza, apartar la mirada de ellos mismos y fijarla en la serpiente de bronce colocada en el poste. En el momento de mirar, Dios efectuaba el milagro de la salvación: «vivieron».

Ahora apliquemos esta analogía a nosotros y a nuestra condición:

1. Hemos pecado contra Dios.
2. El veneno del pecado nos está destruyendo; a menos que recibamos vida espiritual desde arriba, todos pereceremos.
3. No nos podemos salvar a nosotros mismos.
4. No obstante, Dios envió a su Hijo al mundo para llevar sobre sí mismo la pena incurrida por nuestro pecado. El fue «devantado» sobre la cruz.
5. Debemos reconocer que nuestro pecado merece el juicio de Dios; y que Jesús es nuestra única esperanza.
6. En cuanto apartamos la mirada de nosotros mismos y miramos a Jesús, muerto en la cruz en nuestro lugar, y depositamos nuestra confianza sólo en él, Dios efectúa en nosotros la obra maravillosa de la regeneración y nos da el regalo de la vida eterna.

De modo que tanto el criminal en la cruz como Nicodemo, el hombre recto y religioso, entraron en el reino de Dios mediante su fe en Jesús. También es la puerta por la cual nosotros, seamos quienes seamos y estemos donde estemos, entramos en el reino de Dios, como hijos suyos renacidos. Aunque al principio no somos más que bebés espirituales, poseemos lo que jamás habíamos poseído: la potencia para ir desarrollando, para aprender a aplicar, las exigencias éticas de Dios, y para conver-



tirnos en súbditos leales de su reino. Nicodemo, aquel que en primer lugar vino a Jesús de noche, más adelante tuvo el coraje, para demostrar públicamente su lealtad a Jesús, de pedir a Pilato, el gobernador romano, el cuerpo de Jesús después de la crucifixión (Juan 19:39).

La ética cristiana en un mundo corrupto (c)

CAPÍTULO 25

En nuestro último capítulo estuvimos estudiando dos elementos clave de la enseñanza de Jesús:

1. Ninguno de nosotros que tiene el poder de cumplir la ética de Jesús adecuadamente a no ser que primero recibamos el Espíritu de Dios y «nacimos desde arriba».

2. Jesús puede y quiere dar el Espíritu de Dios como regalo, es decir, gratuitamente, y así efectuar dentro nuestro este hayamos nacido de arriba».

Sin embargo, esto nos enfrenta de nuevo con la pregunta que estuvimos tratando en el capítulo 23: «Si Jesús es capaz de dar a las personas el poder que necesitan para vivir de acuerdo con sus exigencias éticas, ¿por qué no obliga a todo el mundo a recibir este poder, para que el mundo así se convierta en un lugar más agradable donde vivir? Después de todo, según enseña la Biblia, Jesús es el



Hijo de Dios Todopoderoso; ¿no puede, por tanto, hacer todo lo que se propone?

La primera respuesta a esta pregunta es que Dios sí puede hacer todo lo que quiera, pero hay ciertas cosas que no quiere hacer. Una de estas cosas es convertir a los seres humanos en máquinas que automáticamente cumplan su voluntad por no tener ninguna otra alternativa, ni ninguna posibilidad de elegir. Dios ha dado libre albedrío a sus criaturas humanas. Al nivel físico, nos ha dado ojos; ¡pero también nos ha dado párpados! No nos obliga a ver la belleza de la creación si no la queremos ver.

Algo parecido ocurre al nivel moral y espiritual. Dios nos manda amarlo con todo nuestro corazón; pero jamás nos obligará a amarlo contra nuestra propia voluntad, puesto que el amor que se consigue por la fuerza no es amor auténtico. Del mismo modo, «nacer desde arriba» depende, como vimos en nuestro último artículo, de que confiemos en Jesús y entremos en una relación íntima con él. Una fe así no puede nacer por obligación: debe ser voluntaria.

Sin embargo, alguien dirá: «vale, aceptemos que Dios no puede obligar a nadie a creer en él y amarlo; pero al menos podría utilizar su poder tan grande para impedir que las personas malvadas hagan daño a las demás.» Sí lo podría hacer, si lo quisiera. En el momento de ver que una persona está a punto de mentir, podría hacer que quedase muda al instante. Pero esto anularía por completo la voluntad de la persona; así no podría desobedecer a Dios por mucho que quisiese. Sin embargo, esto no equivaldría necesariamente a ningún cambio de corazón. Hay futbolistas que alegremente cometerían una falta si pensasen que así sería más probable que ganasen el partido. Pero tienen miedo a que el árbitro los vea e imponga una sanción. Por tanto, se abstienen de cometer la falta; pero no precisamente porque se hayan dado cuenta de que hacer trampas, incluso en un juego, es pecado y que exige arrepentimiento. Siguen siendo tramposos en su fuero interior..



Por supuesto que Cristo podría fulminar a las personas en cuanto pecasen. Si lo hiciese, toda la raza humana habría desaparecido hace mucho tiempo, y nosotros no estaríamos aquí. Pero no lo hace; y la Biblia explica por qué: «*Dios es paciente ... no desea que nadie perezca sino que todos se arrepientan*» (2 Pedro 3:9) (ver también 1 Timoteo 2:4).

De modo que cuando Jesús vino la primera vez para establecer el reino de Dios, la Biblia deja muy claro que no vino para condenar al mundo, sino para que a través de él todos se salvaran (*Juan 3:17*). Fue por esto por lo que no se puso a destruir a los malos, como muchas personas - incluidas sus discípulos - esperaban que hiciese. Su estrategia se refleja en la siguiente parábola.

I. La parábola del sembrador

Leed *Mateo 13:3-9; 18-23*.

1. ¿A qué proceso en la vida real corresponde el sembrar la semilla en la parábola?

2. ¿Cuántos fueron los diferentes resultados cuando la semilla fue sembrada? ¿En qué se diferencian los unos de los otros? ¿Qué representa cada uno de ellos?

3. ¿Cuáles son los factores que según Jesús impiden que la gente realmente reciba la palabra de Dios?

Ahora podemos pasar a considerar otras lecciones importantes:

1. La vida y el potencial para el crecimiento está en la semilla
 - a. Esto ocurre en el plano físico. La tierra no es capaz de producir nada hasta que la semilla, portadora de vida, está plantada en ella.



- b. También ocurre en el plano espiritual. Es la Palabra de Dios lo que lleva en sí el poder de engendrar la vida y producir el fruto.
- c. Jesús dijo: «*Las palabras que yo os he hablado son espíritu y son vida*» (Juan 6:63).
- d. El Apóstol Pedro dice de sus hermanos cristianos: «*Siendo renacidos, no de simiente corruptible sino de incorruptible, por la palabra de Dios que vive y permanece para siempre*» (1 Pedro 1:23).

2. Deberíamos:

- a. Dejar que la semilla cale hasta lo más hondo de nuestro corazón, en lugar de permanecer en la superficie donde Satanás la puede arrebatar con mucha facilidad.
- b. Asegurar que no se interponga nada que ahogue la palabra de modo que pierda su capacidad de producir fruto.

3. *Se tiene que poner de manifiesto* en la vida de aquellos que afirman haber recibido la palabra de Jesús, que ésta ha comenzado a producir el fruto del Espíritu de Dios, es decir, el amor, el gozo, la paz, la paciencia, la amabilidad, la bondad, la fidelidad, la mansedumbre, el autodomínio (Gálatas 5:22-23). Un manzano no se convierte en un manzano por producir manzanas. No obstante, un manzano que nunca produjese manzanas sería inútil. Un bebé no recibe vida por el hecho de llorar; pero si ha y vida en él, llorará.

4. *Finalmente, los que realmente crean en Jesús* y reciban su palabra pueden esperar sufrir angustia y persecución (Marcos 4:17); y deben prepararse para soportarla.

Ahora bien, este último punto es tan importante que valdría la pena dedicarle más atención. Los creyentes en Jesús no están exentos de en-



fermedad. Al contrario: a menudo sufren una clase de persecución de la que los no-creyentes se libran. ¿Por qué Dios lo permite? ¿Por qué no libra a los creyentes de toda enfermedad? ¿Por qué no los protege de toda persecución? ¿Por qué no les garantiza la prosperidad?

Porque la fe y el amor deben ser probados, a fin de que demuestren ser genuinos. Consideremos las siguientes analogías:

a. Supongamos que eres bastante rico, y cuando cierta persona te comienza a hacer visitas la tratas con generosidad. Por tanto, esta persona te visita cada vez con más frecuencia, te habla de lo mucho que te quiere y te llama su amigo. Supongamos que pierdes todo lo que tienes. Ya no le puedes dar nada más. Deja de visitarte. Es evidente que no te quiere ya. Pero la pregunta realmente acuciante es ésta: ¿antes te quería con un amor auténtico? Y la respuesta es que ¡no! Nunca te había querido a ti: sólo quería todo aquello que recibía de ti.

b. O imaginémonos el caso de un hombre de negocios que afirma creer en una manera íntegra de actuar. E imaginémonos que actúa con integridad mientras no salga perjudicado por hacerlo. Pero en una ocasión se da cuenta de que si actúa con integridad perderá un millón de pesetas. Por tanto actúa sin integridad, y se queda con sus pesetas. ¿Acaso podemos tomar en serio lo que dice una persona así cuando habla de su amor a la justicia?

El gran filósofo griego Platón decía que nadie se podía considerar auténticamente justo a menos que estuviese dispuesto no sólo a no recibir ninguna recompensa por actuar justamente, sino a sufrir persecución por el hecho de actuar justamente, cuando, mediante una actuación injusta, pudiese librarse de la persecución y recibir una recompensa.

Asimismo, el apóstol Pedro explica a sus hermanos en la fe por qué Dios permite que sufran: «...» (1 Pedro 1:6-7).



Pero tal vez alguien pregunte: «¿No es injusto que hombres malvados persigan a una comunidad por el mero hecho de creer en Dios y en Jesús?» «¡Sí, es terriblemente injusto!» Y un día Dios castigará a semejantes perseguidores, si no se arrepienten (2 Tesalonicenses 1:3-10).» «Pero ¿por qué Dios no pone fin enseguida a esta persecución? ¿Qué derecho tiene de exigir a los cristianos que la soporten?»

Dejemos que nos lo explique el mismo apóstol Pedro. (*1 Pedro 2:20-25*).

Aquí tocamos el meollo de la ética cristiana: los cristianos debemos nuestra salvación, la vida eterna que poseemos, y el cielo que nos espera al hecho de que cuando aun éramos pecadores empedernidos y enemigos de Dios, Cristo estuvo dispuesto a sufrir hasta la muerte por nosotros a fin de que pudiésemos, mediante el camino del arrepentimiento, ser perdonados y reconciliados con Dios. De modo que los cristianos somos llamados a soportar el sufrimiento infligido por personas malvadas en lugar de invocar contra ellos un juicio inmediato por parte de Dios, lo cual les excluiría de cualquier posibilidad de arrepentimiento.

Por supuesto que Jesús no era ningún masoquista, disfrutando de modo perverso de los sufrimientos a los que estaba sujeto. Ni tampoco era una persona sin carácter. Podía haber reunido a doce legiones de ángeles para destruir a sus perseguidores (*Mateo 26:52-54*). Ni tampoco creía que Dios era tan sentimental que jamás castigaría a nadie. Con mayor frecuencia que cualquier otro personaje bíblico advertía a la gente en cuanto a la sentencia y a las gravísimas consecuencias que tendrían que afrontar si se obstinaban en no arrepentirse de sus pecados. Fue Jesús quien decía de los impenitentes que serían «echados en la tinieblas de afuera; donde será el lloro y el crujiir de dientes» (*Mateo 25:30*). Además, Jesús afirmaba que él mismo será el Juez en el Juicio Final (*Mateo 25:31-46*). Vendrá el momento de la Cosecha (ver la parábola de la cizaña y el trigo y coméntalo con la clase).



Jesús no pretendía limitarse a enseñar ética y a aconsejar a la gente que debían ser buenos. Vino para redimir, si pudiese, hasta a los peores pecadores y, mediante su muerte, poner a disposición de todos un camino de salvación. Los verdaderos creyentes seguirán su ejemplo. Por supuesto que no pueden morir por los pecados de los demás como lo hizo Cristo. Sólo Cristo pudo ofrecer un sacrificio expiatorio por los pecados de la humanidad. Pero los verdaderos cristianos se sentirán constreñidos, por el amor y por el ejemplo de Cristo, a llevar el Evangelio de Cristo a todas las partes del mundo, y hasta a sus perseguidores, y a hacer que se refleje en su conducta, sea cual sea el coste. Como Cristo mismo, no se contentarán con una predicación de la ética.

Las aseveraciones del maestro acerca de sí mismo

CAPÍTULO 26

Una manera común de estudiar las enseñanzas éticas de Jesús es tomar unas cuantas de sus máximas más celebres y fijarse en ellas, sin prestar mucha atención a Jesús mismo. Después de todo, si estás enseñando geometría no hace falta comenzar por la biografía de los descubridores de sus principios más fundamentales. Un conocimiento de la vida y del carácter de Euclides no añade nada en absoluto a la coherencia de los teoremas que él enunció. Se sostienen únicamente en base a la fiabilidad de su lógica inherente. ¿Por qué no ha de ocurrir lo mismo con las enseñanzas éticas de Jesús?

Además, lo que al principio nos atrae de las máximas de Jesús no es sólo el hecho de que su certeza es evidente, sino el carácter directo, conciso, a veces humorístico, y siempre vívido y memorable del lenguaje con que están expresadas. Algunas de ellas invierten de modo asombroso algunas de las normas de conducta más generalmente aceptadas de la época por ejemplo: «*Amad a vuestros enemigos*» (en lugar de «*amad a vuestros amigos y odiad a vuestros enemigos*», lo cual generalmente se daba por sentado); y «*los mansos heredarán la tierra*»



(mientras se daba por sentado que eran los agresivos y los violentos los que normalmente adquirirían poder y lograban hacer conquistas). Algunas de ellas eran manifestaciones relámpago de la incoherencia moral y de la hipocresía: «*coláis el mosquito, y tragáis el camello*» (Mateo 23:24), palabras dirigidas a los que hacían todo lo posible y casi lo imposible para no transgredir alguna regla trivial mientras, sin aparentemente ningún problema de conciencia, violaban los principios más fundamentales de la ley moral. O consideremos la hipérbole deliciosamente grotesca, pero muy eficaz, de: «*¿Por qué miras la paja que está en el ojo de tu hermano, y no echas de ver la viga que está en el ojo tuyo?*» (Mateo 7:3-5). O la verdad abrasadora pero evidente de su réplica a los críticos religiosos que se quejaban de que Jesús se relacionaba e incluso intimaba con personas moralmente inmundas y pecadoras: «*Los que son sanos no necesitan médico alguno, sino los enfermos ... Yo no he venido a salvar a los justos sino a los pecadores*» (Mateo 9:12-13).

Es natural que frases tan memorables sirvan como introducción a la ética cristiana. Pero a medida que nos adentramos en el estudio de la ética de Jesús como sistema coherente nos damos cuenta de algo cuyas implicaciones son enormes: no se puede tomar la enseñanza ética de Jesús y estudiarla como sistema ético independiente de la persona de Jesucristo. Por todas partes descubrimos que Jesús mismo es la piedra angular del sistema que representa, de tal manera que si descubrimos que lo que decía acerca de si mismo no era cierto su sistema ético pierde toda validez y se hace añicos al instante; por lo cual nos encaramos con la pregunta más profunda: «¿Quién, pues, es este Jesús?».

Consideremos entonces algunas muestras de este aspecto de su ética, y evaluemos las implicaciones que tiene.

I. Jesús establece como criterio fundamental de la verdadera moralidad la lealtad a Él mismo

Observemos las siguientes afirmaciones:



1. «*Bienaventurados sois cuando por mi causa os vituperen y os persigan ... Gozaos y alegraos porque vuestro galardón es gran de en los cielos; porque así persiguieron a los profetas que fueron antes de vosotros*» (Mateo 5:11-12).

Aquí lo que es especialmente significativo es la comparación que Jesús hace entre sus discípulos y los profetas del Antiguo Testamento. Los profetas eran perseguidos por sus contemporáneos por su fidelidad a la hora de proclamar las palabras de Dios. Se advierte a los cristianos que corren el peligro de ser perseguidos por su fidelidad a Jesús. En esta ecuación, entonces, los cristianos son la contrapartida de los profetas y Jesús la contrapartida de Dios.

2. «*quien ame a su padre o a su madre .. a su hijo o a su hija más que a mí no es digno de mí*» (Mateo 10:37).

O dicho de otra manera, un discípulo debe a Jesús su lealtad primordial.

3. «*Si me amáis a mí , guardaréis mis mandamientos*» (Juan 14:15).

Lo que motiva al discípulo a guardar los mandamientos de Jesús es su amor a Jesús como persona.

4. «*¿Me amas? ... Cuida a mis ovejas*» (Juan 21:16)

Es en su amor a Jesús donde el discípulo encuentra la motivación para amar y cuidar a sus hermanos.

5. «*A cualquiera pues que me confiese delante de los hombres yo también le confesaré delante de mi Padre que está en los cielos. Y a cualquiera que me niegue delante de los hombres, yo también le negaré delante de mi Padre que está en los cielos*» (Mateo 10:32-33).



O dicho de otra manera, la lealtad o la deslealtad de una persona a Jesús en esta vida será lo que determinará la recepción que recibirá en la próxima.

II. Jesús declara que en el Juicio Final él mismo será el Juez

Cualquier sistema ético serio debe apuntar las consecuencias, si las hay, del comportamiento incorrecto. Los sistemas ateístas niegan que haya consecuencia alguna más allá de lo que sufra (o deje de sufrir) una persona en esta vida. Por tanto, deben admitir que millones de personas nunca conseguirán justicia ni en esta vida ni más allá de ella. Jesús, como es de esperar, creía y enseñaba que habrá un Juicio Final, cuando se aplicará tanto a los vivos como a los muertos, una justicia absoluta, definitiva y perfecta. Pero lo que no siempre se tiene en cuenta es el hecho de que Jesús afirmó ser el Juez que tratará cada caso, que pronunciará la sentencia, y que aplicará las penas resultantes en el Juicio Final.

1. *Leed Juan 5:22-23,27.*

A propósito, este anuncio lleva una implicación muy importante en lo que se refiera al carácter del Juicio Final, a saber: los seres humanos seremos juzgados por Uno que es, y que para siempre será, un ser humano como nosotros; por alguien que sabe lo que es ser humano; por alguien que durante su vida fue tentado como son tentados los demás seres humanos (*Hebreos 4:15*); por alguien cuya misericordia, verdad, justicia y carencia de pecado se pusieron a prueba, no sólo en algún remoto lugar celestial, sino en medio de nuestro mundo roto y esclavo del mal. Aquí no podemos profundizar más en este tema; de lo que se trata ahora es simplemente de observar que esta reivindicación fue hecha por Jesús. Pero por si alguien piensa que el texto citado arriba es un texto aislado, atípico del resto del Nuevo Testamento, observemos que la reivindicación de que Jesús será el Juez en el Juicio Final pasa a formar parte íntegra y esencial de la predicación de los apóstoles. Pedro, por ejemplo, anun-



cia a un centurión romano llamado Cornelio «... él es el que Dios ha puesto por Juez de vivos y muertos»(Hechos 10:42). Y en otra ocasión Pablo, dirigiéndose a los filósofos de Atenas les declara que «por cuanto ha establecido un día en el cual juzgará al mundo con justicia, por aquel varón a quien designó, dando fe a todos con haberle levantado de los muertos» (Hechos 17:31). Y Pablo, por supuesto, se está refiriendo a Jesús.

2. Leed *Mateo: 21-22*.

Aquí hay dos cosas que se destacan. En primer lugar, que la actividad religiosa, aun cuando se realice en el nombre de Jesús, no contará necesariamente con su aprobación en el Juicio Final. Y en segundo lugar, el criterio primordial según dice Jesús, será si él *conoce* o no a la persona. En un contexto como éste, el verbo «conocer» evidentemente no significa «saber que alguien existe». Es un término relacional, como también lo es en la frase: «Yo soy el Buen Pastor y conozco a los míos, y los míos me conocen a mí» (*Juan 10:14*). Cuando finalmente Jesús diga a alguien «Nunca os conocí», quiere decir que nunca ha tenido una relación personal con aquella persona. No la reconoce como uno de los suyos. De esto se desprende que el veredicto en el Juicio se centrará en la cuestión de la relación del individuo con Jesucristo.

III. Jesús reivindica la autoridad de perdonar los pecados

Cualquier sistema ético serio que haga a las personas responsables de sus acciones (y no como máquinas biológicas cuyas actuaciones están determinadas de antemano y que por tanto no pueden ser culpadas ni por los defectos de su maquinaria ni por la conducta inadecuada que es fruto de ellos) debe enfrentarse con el hecho de que todo el mundo, tarde o temprano, viola las normas y hace daño a otras personas -aunque después lamenten haberlo hecho. ¿Qué se puede hacer ante esta rea-



lidad? Decir «lo siento» está bien, pero no es suficiente por sí sólo. Si son posibles las indemnizaciones, pueden ser exigidas. Pero no es siempre posible exigir las. Debe, por tanto, proveerse alguna manera de hacer posible el perdón, sin que ello implique que a fin de cuentas la violación de la ley moral no tenga importancia, y que el pecado pueda ser ignorado según convenga.

No es de extrañar, por tanto, que la provisión del perdón ocupe un lugar importante en la enseñanza ética de Jesús. Lo que sí resulta sorprendente son sus reivindicaciones al respecto:

1. Jesús asume personalmente la autoridad para perdonar los pecados de la humanidad, incluso los cometidos contra Dios.

A fin de comprender el alcance de estas reivindicaciones hay que mirar el impacto que produjeron en sus contemporáneos cuando las escucharon por primera vez.

Leed la historia de la curación del parálítico en *Lucas 5:17-26*

Observemos:

1. Había entre los presentes unos cuantos expertos en Antiguo Testamento, los cuales presumiblemente estaban familiarizados con lo que éste enseñaba con respecto al perdón.

2. Cuando Jesús dijo al parálítico, «tus pecados te son perdonados», estos expertos lo acusaron de haber cometido el pecado más grave que puede ser cometido por un ser humano: la blasfemia contra Dios.

3. Esta reacción demuestra cuál era la reivindicación que le atribuían. Sabían que *no* estaba diciendo: «Dios perdono a los que se arrepienten, y por tanto todos deberíamos perdonarnos los



unos a los otros, y yo también te perdona cualquier falta que hayas cometido contra mí». No, Jesús estaba reivindicando ni más ni menos que la autoridad divina. «¿Quién puede perdonar pecados, sino sólo Dios?» decían los expertos; era una pregunta retórica que llevaba la respuesta implícita: «¡Nadie!». Y tenían razón: nadie, sino Dios mismo tiene la autoridad para perdonar los pecados cometidos contra Dios. Igual que para estos expertos, las palabras de Jesús plantean para nosotros la siguiente pregunta: ¿Quién es este Jesús que asume para sí mismo un derecho que corresponde exclusivamente a Dios: el del perdón de los pecados? (Ver también *Lucas 7:49*).

Además, Jesús indudablemente comprendía por qué los expertos lo acusaban de blasfemia. Sin embargo, no hizo nada ni para retirar ni modificar esta reivindicación. Por el contrario, realizó un milagro que sirvió para demostrar que él, el Hijo del Hombre, sí tenía, incluso mientras aun estaba en la tierra, la autoridad divina para perdonar los pecados de la humanidad (5:24).

La segunda sorprendente reivindicación que hizo Jesús con respecto del perdón de los pecados es la siguiente:

2. Jesús afirma que su propia muerte establecería la base legal necesaria para el perdón justo y honorable de los pecados de la humanidad contra Dios.

a. *«Y tomando la copa y habiendo dado gracias les dio diciendo: bebed de ella todos; porque esto es mi sangre del nuevo pacto, que por muchos es derramada para remisión de pecados» « (Mateo 26:27-28).*

b. *«Porque el Hijo del Hombre no vino para ser servido sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos» (Marcos 10:45).*

Y a estas enormes reivindicaciones Jesús añadió dos más.



IV. Jesús afirmó que tras la crucifixión resucitaría de la muerte

«Y comenzó a enseñarles que le era necesario al Hijo del Hombre padecer mucho, y ser desechado por los ancianos, por los principales sacerdotes y por los escribas, y ser muerto, y resucitar después de tres días» (Marcos 8:31).

V. Jesús afirmó que después de la resurrección y ascensión vendría una segunda vez

1. *«En la casa de mi Padre muchas moradas hay; si así no fuera, yo os lo hubiera dicho; voy, pues, a preparar lugar para vosotros. Y si me fuere y os preparare lugar, vendré otra vez, y os tomaré a mí mismo, para que donde yo estoy, vosotros también estéis» (Juan 14:2-3).*

2. *«Entonces verán al Hijo del Hombre, que vendrá en una nube con poder y gran gloria» (Lucas 21:27).*

Igual que todas las demás, estas dos últimas reivindicaciones son una parte íntegra del sistema ético de Jesús. Como el apóstol Pablo después tuvo que admitir, si Jesús no resucitó, su muerte ya no puede ser considerada la base del perdón de los pecados de la humanidad (1 Corintios 15:17); y sin este perdón, el sistema ético de Jesús ya no se aguanta en pie. Si la profecía en cuanto a la segunda venida es falsa, también lo es la afirmación de que en la segunda venida será el Juez de la humanidad. Y sin la realidad del juicio, la enseñanza ética de Jesús pierde toda autoridad y credibilidad.

La muerte de Jesús (a)

(*Leed Mateo 26:47-68 y Juan 19:1-16*)

CAPÍTULO 27

En nuestro último artículo considerábamos la imposibilidad de estudiar la enseñanza de Jesús como sistema coherente sin enfrentarnos con las enormes reivindicaciones que hizo acerca de sí mismo. Hicimos una lista de algunas de estas reivindicaciones y señalamos nuestra intención de intentar evaluarlas en los siguientes artículos.

Un buen lugar donde comenzar esta tarea evaluativa es con la muerte de Jesús, puesto que no se disputa el hecho histórico de que fue crucificado por el gobernador romano Poncio Pilato, durante el reinado del emperador Tiberio. Este hecho se resalta no sólo en el Nuevo Testamento cristiano, sino también en los escritos del historiador romano muy anticristiano Tácito (*Anales XV.44*). La pregunta a la que nos tenemos que dirigir es: *¿Por qué* fue crucificado? A medida que estudiamos las respuestas que ofrece el Nuevo Testamento a esta pregunta, encontraremos que se centrarán en la mayoría de las reivindicaciones de Jesús que nos están ocupando; y al mismo tiempo son evidencia poderosa de la verdad de estas reivindicaciones.



I. ¿Por qué fue crucificado Jesús?

El Nuevo Testamento presenta dos clases de respuestas distintas, pero íntimamente relacionadas entre sí:

1. Por motivos que analizaremos más adelante, los líderes judíos en Jerusalén maniobraron su muerte y persuadieron a Pilato, el Procurador romano, a llevarla a cabo. (Nótese: no todos los judíos de Palestina estaban involucrados, y evidentemente no lo estaba la mayor parte de la nación judía, puesto que la mayoría de los judíos vivían en el extranjero y no supieron nada de la muerte de Jesús hasta al cabo de varios años).

2. Jesús murió por su propia voluntad, para obedecer la voluntad de Dios, como anteriormente lo explicó a sus discípulos: «Nadie me quita la vida, sino que yo de mí mismo la pongo. Tengo poder para ponerla, y tengo poder para volverla a tomar. Este mandamiento recibí de mi Padre» (Juan 10:18).

II. La causa de los líderes judíos contra Jesús

Su causa estribaba, esencialmente, en que Jesús era culpable de blasfemia al afirmar ser igual a Dios, y por tanto mereció ser sentenciado a muerte de acuerdo con la ley del Antiguo Testamento (*Levítico 24:16*). Veamos algunos de los principales casos:

1. *Jesús reivindicaba ser igual al Creador (Juan 5:16-18)*

Un sábado (el día en que Dios mandó a los judíos descansar de todo su trabajo (Éxodo 20:8-11)) Jesús se encontró con un hombre que era parálítico desde hacía 38 años y usó su poder divino para curarlo por completo. Los líderes judíos acusaron a Jesús de violar la ley del sábado al dedicarse al «trabajo» de la curación. Pero Jesús señaló que, si bien era verdad que según el relato de Génesis Dios descansó de su trabajo de creación el séptimo



día, Dios no obstante trabaja incesantemente para mantener, desarrollar y restaurar la obra de la creación. Cada uno de nosotros lo puede comprobar. Los mecanismos de curación que Dios ha instalado en el cuerpo humano, por ejemplo, no están diseñados de modo que se desconecten un día de cada siete. Sin embargo, las palabras de Jesús van todavía más allá que esto: «Mi Padre trabaja, y yo también trabajo», dijo, colocándose así a sí mismo en el mismo rango que el Creador, e identificando su trabajo con el del Creador.

Así fue al menos como los líderes judíos interpretaron sus palabras. Lejos de acusarles de no haber entendido bien lo que quería decir, Jesús fue todavía más explícito: hace todo lo que Dios hace (v.19); es la fuente de toda la vida, al igual que Dios (vv.22-27); levantará a los muertos (vv.28-29).

Para los líderes judíos esto fue una terrible blasfemia, e intentaron apedrearlo, de acuerdo con las exigencias de la ley del Antiguo Testamento (Levítico 24:16), a menos que sus reivindicaciones resultasen ser ciertas.

2. Jesús reivindica la pre-existencia (Juan 8:57-59)

Es importante observar que Jesús no se refería a ningún tipo de reencarnación. En este caso habría dicho: «Antes de que Abraham naciera yo ya era», es decir: «Yo ya he vivido en esta tierra, antes de que naciera Abraham; después morí y ahora he sido reencarnado». Jesús no dijo esto; dijo, «Antes de que Abraham nació yo soy». Es decir que reivindicaba la misma existencia eterna, transcendente que tiene Dios. Una vez más los judíos quisieron apedrearlo, porque para ellos una reivindicación de esta índole no sólo era absurda sino que era una blasfemia.



3. Jesús afirmó que él y Dios eran uno (Juan 10:27-30)

Aquí Jesús reivindica tener el mismo poder que Dios. Nadie puede arrebatar a las ovejas de su mano, como tampoco las puede arrebatar de la mano de su Padre. Para tener el mismo poder que Dios, Jesús tiene que ser Dios, de una sola esencia con Dios, aunque con una identidad propia. Una vez más los judíos cogen piedras para apedrearle, el castigo más apropiado por lo que consideraban ser blasfemia descarada.

III. Cómo explicaron los judíos las reivindicaciones de Jesús

1. Algunos decían que estaba loco (Juan 10:19-20)

En teoría, ésta es, por supuesto, una manera posible de explicar las reivindicaciones de Jesús (suponiendo que sean ciertas); el hecho es que cuando una persona es inestable a nivel emocional y psicológico, puede llegar a desarrollar ideas muy extrañas tanto en religión como sobre cualquier otro tema. Pero había otros judíos que supieron dar la respuesta más obvia a esta sugerencia: «éstas no son palabras propias de una persona poseída por un demonio.» Porque las palabras de Jesús han traído liberación de la culpa y del miedo, paz, gozo, amor y esperanza a millones de personas, y lo siguen haciendo. En todas las partes del mundo, gentes bárbaras e incivilizadas que las han recibido se han convertido en personas civilizadas, y criminales se han convertido en ciudadanos respetuosos y útiles a la sociedad. Es inconcebible que alguien cuyas palabras han tenido un efecto así fuera él mismo un hombre inestable y peligroso.



2. Otros judíos lo tildaban de doctrinalmente descabellado, cismático y herético: un rebelde contra la ortodoxia judía (Juan 8:48)

La réplica de Jesús fue: «Yo no tengo demonio, antes honro a mi Padre»; y nosotros hoy día, tras casi 2.000 años de historia, tenemos la posibilidad de evaluar esta reivindicación de que «honra a su Padre» con mayor perspectiva. El judío Jesús ha llevado a millones de gentiles a poner su fe no en un Dios cualquiera, sino en el Dios de Abraham, Isaac y Jacob, es decir, en el Dios de los judíos. Ningún otro judío ha logrado jamás nada semejante. Los cristianos aseveramos con igual convicción que los judíos que «hay un solo Dios» (1 Timoteo 2:5). Los cristianos creemos que Dios es una Trinidad, pero, al igual que los judíos, no creemos en tres dioses. A la luz de esto, ¿qué sentido tiene decir que Jesús era un hereje judío peligroso?

3. Otros judíos decían que era un aliado del mismo diablo (Mateo 12:24)

De este texto se desprende que Jesús realizaba milagros de curación, que los fariseos admitían que los realizaba, y que el poder con el cual lo hacía era sobrenatural. Pero rehusaban reconocer que este poder sobrenatural procediese de Dios. Por tanto, recurrieron a la única posible explicación alternativa: su poder sobrenatural debía ser satánico; ¡Jesús era un aliado del diablo!

Sin embargo, esta conclusión era, como Jesús les señaló, absurda desde el punto de vista de la lógica: «si Satanás echa fuera a Satanás, entonces está dividido contra sí mismo. ¿Cómo podría sostenerse su reino en este caso? ¿Acaso se dedica Satanás a la destrucción de sí mismo?

Y queda el argumento moral, el cual planteaba la multitud en otra ocasión: «¿Es posible que un poseído (es decir, un espíritu mal-



vado) abra los ojos de los ciegos?» (*Juan 10:21*). Cuando alguien se enfrenta con la necesidad de escoger entre Dios y Satanás es necesario que pueda distinguir entre los dos; no podrá tomar una decisión en base a la pregunta: ¿cuál de ellos es un poder sobrenatural?; ambos lo son. Debe plantearse la pregunta: ¿cuál de estos poderes sobrenaturales es bueno y cuál es malo? Esto nos ayuda a comprender la importancia de las decisiones morales con las cuales las reivindicaciones nos confrontan. Si sus reivindicaciones no son ciertas, su poder sobrenatural será forzosamente satánico y malvado. No obstante, tildar los milagros de Jesús de satánicos y malvados es una perversidad. Reconocemos como buenos los logros de la medicina a la hora de curar disfunciones como la ceguera, la lepra y la parálisis. Sugerir que cuando Jesús efectuaba esta clase de curación se trataba de algo satánico es llamar al blanco negro y desvirtuar todo juicio moral (*Mateo 12:27*).

Todo esto llegó a su culminación con el juicio al que Jesús fue sometido. Durante las investigaciones preliminares ante el Sumo Sacerdote Caifás, Jesús guardó silencio mientras le echaban a la cara un sinnúmero de falsas acusaciones. Finalmente el Sumo Sacerdote le impuso un juramento: «Te conjuro por el Dios viviente, que nos digas si eres tú el Cristo, el Hijo de Dios. Jesús le dijo: Tú lo has dicho; ...» Al oír esto, el Sumo Sacerdote «rasgó sus vestiduras y dijo: ¡Ha blasfemado! ... ¿Qué os parece? Y respondiendo ellos dijeron: ¡Es reo de muerte!». Cuando los líderes judíos lo trajeron ante el procurador romano, Pilato, presentaron como pleito principal el de la sedición y traición política contra el Emperador romano (de esto trataremos más a fondo en el próximo artículo). Sin embargo el veredicto que Pilato dio después de considerar el caso fue el siguiente: «Por mi parte, yo no hallo delito en él». Desbaratado este plan, los líderes judíos cambiaron de táctica, y de pleito: «Tenemos una ley, y según esta ley debe morir, porque se hizo a sí mismo igual a Dios» (*Juan 19:7*).



IV. La reacción de los judíos

Hay que reconocer que los judíos al menos tomaron las reivindicaciones de Jesús muy en serio. Aquí hay una lección para nosotros. Hoy día es normal oír decir a la gente: «Yo no puedo aceptar que Jesús fuera el Hijo de Dios; pero lo que sí creo es que era un hombre muy bueno y un maestro excelente de ética». Pero hablar así es una necesidad. Si Jesús reivindicaba ser el Hijo de Dios sin serlo de verdad, lo último que se puede decir de él es que fuese un hombre bueno. En este caso era más bien, como afirmaban los judíos, un blasfemo descarado y mereció morir. El uso del engaño para convencer a las personas de que era igual a Dios, y al mismo tiempo inculcarles la absoluta importancia de decir la verdad, habría sido propio de un charlatán despreciable. Si Jesús no era el Hijo de Dios era el peor maestro de ética que jamás ha existido.

Sugerencias para el coloquio:

1. Intenta imaginar un tribunal, y pregunta a los alumnos por qué creen que Jesús fue condenado a muerte por blasfemia.
2. Comentad esta proposición: «Es imposible tomar en serio la ética de Jesús sin enfrentarse con su reivindicación de ser el Hijo de Dios.»
3. Comentad esta proposición: «Las evidencias morales que avallan la reivindicación de Jesús de que era el Hijo de Dios son considerables.»

La muerte de Jesús (b)

CAPÍTULO 28

En nuestro último capítulo comenzamos a investigar las respuestas que ofrece el Nuevo Testamento a la pregunta: ¿Por qué fue crucificado Jesús? Vimos que la causa principal que los líderes judíos presentaron contra él fue la de blasfemia por haber reivindicado ser el Hijo de Dios. En el presente capítulo consideraremos la otra acusación importante que le hicieron, luego, algunos detalles en cuanto al juicio ante Poncio Pilato, y finalmente la reacción de los primeros discípulos a la muerte de Jesús.

Esta segunda acusación tenía que ver con:

I. La reivindicación de Jesús de que era el Mesías

El trasfondo de esta acusación era el hecho de que a lo largo del Antiguo Testamento, a través de los profetas, Dios prometía que un día enviaría a un libertador que liberaría a la nación judía de todas sus aflicciones y que les traería una salvación completa y definitiva.



A este gran libertador se le dio el nombre de Mesías (derivado del hebreo «mashiach», que quiere decir «ungido»). «Cristo» es la traducción en griego de este nombre).

En tiempos de Jesús, algunos sectores de la población creían que el Mesías que se había prometido sería una figura política que llamaría al pueblo a levantarse en armas y que, con la ayuda de Dios, expulsaría a los odiados imperialistas romanos. De hecho, ya se habían levantado varios hombres que reivindicaban ser el Mesías y que encabezaron una serie de sublevaciones desastrosas contra los romanos. Dos de estas figuras, Teudas y Judas el Galileo, son mencionadas en *Hechos 5:36-37* (ver también *Hechos 21:38*, donde aparece otro ejemplo de un fenómeno parecido que tuvo lugar más tarde).

Ahora bien, es cierto que Jesús también reivindicó ser el Mesías, y cuando fue desafiado en su juicio ante las autoridades judías, repitió abiertamente esta reivindicación (ver *Mateo 26:63* y *Lucas 22:66*). Pero en ningún momento Jesús no se yergue en líder político. En una ocasión, al ver que el pueblo lo quería hacer rey por la fuerza, se retiró del lugar (*Juan 6:15*). Preguntado una vez en público si era lícito para los judíos pagar impuestos al César, no dudó en contestar a la gente que debían pagar los impuestos (*Lucas 20:19-26*). Muchas veces había avisado a sus seguidores que la voluntad de Dios para él era que fuese crucificado (ver *Mateo 16:21-23*). Y cuando las tropas vinieron al jardín de Getsemaní para arrestarlo, y uno de los discípulos sacó una espada para defenderlo, reprendió al discípulo y le prohibió utilizarla (*Mateo 26:47-56*).

No obstante, el Sumo Sacerdote judío, fuese sincera o insinceramente, se convenció a sí mismo y a sus colaboradores de que Jesús era otro más de estos falsos «Mesías» políticos, el cual, si no se le paraba los pies, desencadenaría una sublevación por toda la nación, y que como resultado la nación sería arrasada por los romanos (ver *Juan 11:47-53*). Por tanto, le acusaron ante Pilato de reivindicar ser



Rey de los judíos en el sentido político y de fomentar la sedición contra el gobierno romano. Y sobre esta base, exigieron la crucifixión.

II. Algunos detalles en cuanto al proceso de Jesús ante Pilato

Leed los siguientes textos en su totalidad.

1. *Juan 18:35-40*
2. *Lucas 23:1-25*
3. *Juan 19:12-15*.

Estudia estos textos con detalle con la clase y luego plantea las siguientes preguntas a los alumnos:

1. ¿Cómo demostró Jesús a Pilato que no era ningún rey de la tierra con aspiraciones políticas?

2. ¿Qué clase de rey afirmó ser Jesús? y ¿qué clase de reino había venido a establecer?

3. Aparte de la presión de los judíos, ¿a qué veredicto llegaron Pilato y Herodes por cuenta propia?

4. ¿A qué clase de argumentos recurrieron los judíos para persuadir a Pilato que debía crucificar a Jesús?

5. Vuelve a leer Juan 18:38-40 y Lucas 23:18-25. ¿Cuál es el significado del hecho de que, habiendo acusado a Jesús de sedición, los sacerdotes eligiesen liberar a Barrabás en lugar de Jesús?

6. Comentad esta afirmación: «Cada uno de nosotros se enfrenta tarde o temprano con la necesidad de elegir entre Jesús y Barrabás: rechazar a Jesús, el Príncipe de la Verdad y de la Vida, es elegir a Barrabás, el asesino.»



III. Un detalle de la crucifixión

Leed *Mateo 27:38-43*.

De modo que las autoridades judías lograron hacer crucificar a Jesús y, como vemos en este texto, creían que su muerte desacreditaba todas sus reivindicaciones. ¿Cómo podía ser el Mesías y salvar a Israel si ni siquiera se pudo salvar a sí mismo del arresto, de la crucifixión y de la muerte? Si era realmente el Hijo de Dios, Dios no permitiría que muriese de una manera tan dolorosa e ignominiosa. Pero Jesús sí murió. Los líderes judíos tenían la seguridad de haber triunfado por fin, y de haber puesto punto y final para siempre a su influencia.

No obstante, tres días después del entierro comenzaba a correr la noticia de que su tumba se había encontrado vacía (*Mateo 27:62-28:15*). Sólo unas ocho semanas después, más de tres mil personas habían llegado a la convicción de que Jesús había resucitado de la muerte (*Hechos 2:41*) y se convirtieron en discípulos suyos -sin duda un número de seguidores mucho mayor que los que tenía antes de morir. Y desde aquel momento, este número ha crecido hasta alcanzar una cifra multimillonaria.

IV. La actitud de los primeros cristianos frente a la muerte de Jesús

En próximos capítulos trataremos la evidencia de que Jesús realmente resucitó de la muerte. Lo que ahora nos ocupa es la actitud de estos miles de nuevos cristianos ante la muerte de Jesús. Para ellos no se trató de ninguna catástrofe, ni tampoco de ningún contra-tiempo que la resurrección sirvió para remediar. Más bien se trató de la obra más importante y significativa que Jesús jamás realizó. Lo que es más, enseguida iniciaron la costumbre de reunirse, por lo menos una vez a la semana (generalmente el primer día de la semana, el día de la resurrección), precisamente para recordar y celebrar



la muerte de Jesús. La sencilla ceremonia mediante la cual lo hacían se llamaba «el partimiento del pan» (*Hechos 2:42; 20:7*) o «La Cena del Señor». He aquí una descripción que ofrece el apóstol Pablo:(1Corintios 11:23-26).

Pablo nos recuerda que esta ceremonia fue instituida por Jesús mismo en la víspera de su muerte. Por tanto se trata de:

V. La manera en como Jesús eligió ser recordado

Nos consta que al instituir esta ceremonia, Jesús preveía que la repetición continuada de la misma a través de los siglos serviría para resaltar lo que él mismo consideraba el aspecto más significativo de su obra en el mundo. Por supuesto podía haber mandado a sus discípulos que se reuniesen una vez a la semana para recitar el Sermón del Monte. El resultado de ello habría sido resaltar el papel de Jesús como maestro de ética. Sin embargo, no fue así como eligió ser recordado. También podía haber mandado que alguien leyese en cada reunión el relato de alguno de sus milagros. Esto habría dado a entender que en primer lugar había venido para realizar milagros. Pero ésta tampoco fue la manera que eligió. Eligió una ceremonia que por su misma naturaleza serviría para recordar su muerte. Y no sólo el hecho de su muerte, sino su propósito: la entrega de su cuerpo al sufrimiento y a la muerte en la cruz, y el derramamiento de su sangre para la remisión de los pecados (*Mateo 27:28*).

Si éste fue el propósito de su muerte, es comprensible que insistiera en que su muerte estuviese en el centro de la memoria de su pueblo y, ¿por qué no?, de la atención del mundo entero. Su enseñanza ética no podía haber asegurado la remisión de los pecados de la humanidad, ni tampoco lo podían haber hecho sus milagros. De hecho, el efecto de sus enseñanzas (un efecto saludable, por cierto) es el de hacer que las personas sean aun más conscientes de sus pecados, y por tanto de su culpa, que antes de enfrentarse con ellas. Sólo su muerte, el sacrificio designado por Dios por el pecado del



hombre, pudo obtener el perdón que el hombre necesita, y la reconciliación con Dios.

Además, Jesús estableció cuidadosamente todos los detalles de esta ceremonia conmemorativa, a fin de que siempre se tuviese muy claro mediante la muerte de quién y el sacrificio de quien se puede acceder a este perdón. Cuando ofrecía el pan a sus discípulos como símbolo de su cuerpo, no les dijo que *ellos* ofreciesen este símbolo a Dios como medio de obtener el perdón: a *ellos* les dijo que lo *comiesen*. Asimismo cuando les ofreció la copa como símbolo de su muerte, no les dijo a *ellos* que lo derramasen como sacrificio por el pecado. A *ellos* les correspondía beberlo (*Mateo 26:26-27*). La salvación no residía en los símbolos: ellos no eran más que una manera de recordar la muerte de Jesús como eje principal de la historia, y proclamarla a todas las generaciones sucesivas. Era preciso que todos comprendiesen con la máxima claridad que la salvación del mundo no depende de nada que pueda hacer el hombre, ni de ningún sacrificio ni sufrimiento humano, sino única y exclusivamente del sacrificio realizado por Jesús cuando murió en la cruz.

En nuestro próximo artículo, trataremos de ofrecer una evaluación de esta enorme reivindicación.

La muerte de Jesús (c)

CAPÍTULO 29

En el último capítulo estuvimos considerando cómo Jesús, antes de su muerte, quiso dejar muy claro que la salvación del mundo depende únicamente del sacrificio que estaba a punto de realizar a través de su muerte en la cruz. Esta reivindicación es tan enorme que naturalmente pediremos evidencia de que sea cierta. Escuchemos entonces el primer testimonio:

I. El testimonio de Juan Bautista

Juan Bautista se identificó a sí mismo como el precursor del Mesías designado por Dios, con la misión de presentar y oficial públicamente al Mesías ante su nación y ante el mundo (ver *Isaías 40:3-5; Juan 1:23*). Por tanto era natural que en el momento de presentar a Jesús al comienzo del ministerio de éste Juan declarase *quién* era Jesús: el Hijo de Dios (*Juan 1:30-34*). Pero además de esto declaró el motivo de la venida de Jesús: «He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo» (*Juan 1:29*).



Lo que tiene de significativo esta declaración es que no fue hecha después de la muerte de Jesús, ni siquiera al final de su vida en la tierra, sino al principio de su ministerio. Desde el comienzo, entonces, se proclamaba que Jesús había venido para morir por los pecados del mundo. Y en este particular, Jesús es único. Ningún otro maestro; ni el Buda, ni Mohamed, ni Sócrates, ni Platón, ni Napoleón, ni Marx, ni ningún otro filósofo, ni político, ni fundador de ninguna religión, nunca anunció al comienzo de su carrera que supropósito principal en la vida fuese morir por los pecados del mundo.

Y hay buenas razones por ello. Al menos que esta reivindicación fuese cierta, sólo se atrevería a hacerla un megalómana, una persona más bien desequilibrada mentalmente. Sólo alguien infinitamente más que un ser humano finito jamás podría ofrecerse en sacrificio suficiente por el pecado de todo el mundo. Y sólo un hombre sin pecado, y por tanto no merecedor de la muerte a causa de su propio pecado, podría presentar su propia muerte como sustituto de la muerte de los pecadores. Es comprensible, entonces, que ningún otro líder religioso jamás haya hecho una reivindicación así.

Sin embargo, Jesús reivindicó precisamente esto. ¿Acaso estaba loco? Tal vez la única respuesta válida a una pregunta así es que si Jesús de Nazaret estaba loco, nunca ha habido ningún cuerdo en toda la historia de la humanidad.

II. El testimonio del Antiguo Testamento

Según el Nuevo Testamento, el Evangelio cristiano no es sólo que «Cristo murió por nuestros pecados», sino que «Cristo murió por nuestros pecados conforme a las Escrituras (es decir, el Antiguo Testamento). Ver *1 Corintios 15:3*). Dicho de otra manera, el Nuevo Testamento afirma que la muerte de Jesús fue el cumplimiento de las promesas y las profecías que Dios dio a los hombres hacía muchos siglos. En aquellas profecías, Dios había dado a saber que enviaría a su Gran Siervo, al Mesías, al mundo para pagar la pena



incurrida por el pecado y para morir a fin de que los pecadores fuesen perdonados y reconciliados con Dios. Esto es, naturalmente, lo que Jesús mismo afirmó tanto antes de su muerte como después de la resurrección (ver Lucas 24:44-47).

De modo que la idea de que el Siervo del Señor, el Mesías, tendría que sufrir y morir por los pecados del mundo no era ninguna idea nueva, completamente desconocida hasta que Jesús de repente la sacara y la plasmara ante sus contemporáneos. Hacía varios siglos Dios ya la había hecho pronunciar con claridad en el Antiguo Testamento. La única cuestión que tuvieron que resolver los contemporáneos de Jesús fue la siguiente: ¿encajan la vida, la muerte y la resurrección de Jesús con estas profecías? Los líderes judíos estaban tan seguros que no era el Mesías que, por lo visto olvidando lo que habían anunciado los profetas, lo hicieron crucificar - lo cual fue lo último que debieron hacer si lo que querían era demostrar que no era el Mesías.

Pero a nosotros se nos plantea la misma pregunta mientras procuramos tomar una decisión respecto a las reivindicaciones de Jesús. Por tanto aquí tienes un proyecto que podrías proponer a la clase:

El siguiente texto es uno de los más famosos del Antiguo Testamento, donde se predice lo que sucederá con el Siervo de Dios, el Mesías, cuando Dios le envíe al mundo.

Isaías 52:13-53:12

1. Leed y estudiad este texto, fijándoos cuidadosamente en todos sus detalles.

2. Tomad un Nuevo Testamento y leed los cuatro relatos de la muerte de Jesús. Se pueden encontrar al final de las cuatro «biografías» de Jesús, los evangelios, escritas por los apóstoles Mateo Marcos, Lucas y Juan, al principio del Nuevo Testamento.



3. Comparad lo que sucedió a Jesús con las predicciones de *Isaías 53*.

4. Luego evaluad vosotros mismos la evidencia de que cuando Jesús murió por nuestros pecados, «murió según las escrituras».

5. Vuelve a leer de nuevo la profecía, y asegúrate de que la clase ha comprendido los dos hechos principales que desprenden de ella:

a) El Siervo de Dios había de sufrir el rechazo, la tortura y la muerte a manos de su semejantes, y los sufriría sin ninguna represalia. También había de sufrir a manos de Dios. «Mas Jehová cargó en él el pecado de todos nosotros» (v.6), y por tanto le pidió cuentas a él. De modo que el Señor pondría «su vida en expiación por el pecado» (v.10). Esto significa que Dios lo trataría como nuestro sucedáneo. Sería herido y golpeado por nuestras iniquidades (v.5). El Señor lo quebrantaría, le sujetaría a sufrimiento (v.10) y lo castigaría (v.5), para que él fuese quien pagase la pena exigida por la ley de Dios en lugar de nosotros. Había de ser «contado entre los pecadores» y «orar por los transgresores» (v.12). Como resultado, nosotros seríamos «justificados», es decir, exculpados ante Dios (v.11), y tener paz con él (v.5).

b) El Siervo de Dios moriría (v.11) y sería enterrado (v.9). Mas después (v.10) «viviría por largos días», y «la voluntad de Dios sería prosperada en su mano» (v.10), y triunfaría y sería engrandecido y universalmente reconocido como Señor. La única manera como esto podría suceder sería mediante la resurrección del Siervo de Dios de la muerte.

Una posible objeción: alguien podría argumentar de la siguiente manera: puesto que esta profecía fue escrita muchos años antes del nacimiento de Jesús y él seguramente la conocía, ¿no le habría resultado bastante sencillo provocar a las autoridades de tal modo que lo hiciesen matar, convirtiéndolo de esta manera en un mártir, y



convenciendo a sus seguidores de que la profecía se cumplía en él? Un argumento así podría resultar atrayente a primera vista; no obstante, topa con un obstáculo insuperable: si Jesús sabía que le iban a ejecutar, también tenía que estar seguro de que resucitaría de la muerte. Si no resucitase, la falsedad de su reivindicación sería patente. Y es por esta razón que nadie sino Jesús jamás declaró que iba a cumplir esta profecía. Lo cual nos vuelve a plantear la pregunta: ¿cuáles son las evidencias de la resurrección?; y éste será el tema del próximo artículo.

III. El testimonio de la experiencia personal

Comencemos por una analogía. El mundo está compuesto de tal manera que tenemos estómagos que padecen hambre y que nos obligan a buscar comida. Sería muy extraño si fuese imposible encontrar comida para satisfacer este hambre. Pero cuando encontramos un pan ¿cómo sabemos que este pan es bueno, que nos alimentará de verdad y que no se trata de una trampa? Lo sabemos cuando probamos este pan y descubrimos que, en efecto, satisface nuestro hambre.

De la misma manera, todos poseemos una conciencia. No la hemos inventado. Nuestra conciencia nos señala que hemos pecado contra Dios y contra nuestro prójimo, y que merecemos sufrir las consecuencias de nuestro pecado. En nuestro fuero interior, anhelamos ser perdonados. Pero ¿dónde se puede encontrar un perdón que sea compatible con el ideal de la justicia universal? Es aquí donde Jesús acude a nuestra necesidad. Afirma ser nuestro Hacedor y Juez: se ha comprometido a hacer prevalecer la ley de Dios y llevar a cabo la condena que incurren nuestros pecados. La pena debe efectuarse. Pero no es únicamente nuestro Juez. Al ser nuestro Creador, nos ama de la manera como sólo nuestro Creador nos podría amar. Y puesto que nos ama, estuvo dispuesto a morir por nosotros a fin de asumir él mismo la pena que nosotros merecíamos, y proporcionarnos la paz y la vida eterna. Pero ¿cómo sabemos que esto,



o mejor dicho, que Jesús es auténtico? Por medio de poner nuestra fe en él y descubrir así que él cubre la necesidad de nuestra conciencia como nada ni nadie la puede cubrir.

En última instancia, la pregunta fundamental que se nos plantea es ésta: si hay un Dios Creador, ¿cómo se le reconocería como tal? La respuesta que ofrece la Biblia es la siguiente: reconocerías tu Creador por el hecho que, a pesar de tu pecado, haría lo que fuese, siempre que fuera compatible con su justicia, para que no tuvieras que perecer. La Biblia lo expresa en *Romanos 5:8* y *Juan 3:16*.

En el Antiguo testamento encontramos una historia estremecedora. Dos rameras compartían una sola habitación. Durante la noche, una de las dos dio la vuelta en la cama y sofocó a su bebé, matándolo. Al despertarse y darse cuenta de lo que había hecho, cruzó la habitación hasta llegar a la cama donde dormía la otra mujer. Cogió al bebé de ésta, y colocó el cuerpo del suyo en su lugar. Luego volvió a su cama con el bebé vivo en sus brazos. El día siguiente estalló una discusión tan fuerte entre las dos mujeres que las dos fueron traídas ante el rey. Las dos reivindicaban ser la madre del bebé vivo. ¿Cómo podría decidir él rey cuál de ellas decía la verdad? Lo hizo así: «Seré justo con las dos», dijo; y llamó a uno de sus soldados, ordenándolo que partiese al bebé en dos, y que diese una mitad a una de las dos mujeres, y la otra a la otra mujer. Una de las mujeres le dijo: «¡Sí, Señor, haga esto! ¡Será lo más justo!» Sin embargo la otra mujer se puso a gritar: «¡No! ¡Déselo a esta mujer! ¡Haga lo que sea, pero no lo mate!» El rey dijo: «¡Esta mujer es la madre del bebé! ¡Devuélvaselo!».

Y la razón es evidente: la verdadera mujer era la que haría lo que fuese para que no muriese su niño.

Y ocurre lo mismo con Dios. Es por esto que sabemos que Jesús es el Hijo de Dios, y que sus reivindicaciones son ciertas.

La evidencia de la resurrección de Jesucristo (a)

CAPÍTULO 30

I. La resurrección de Cristo: la piedra angular del cristianismo

Comienza esta lección explicando a tus alumnos lo que es la clave, o la piedra angular de un arco. Incluso, se podría dibujar en la pizarra. Señálales que si se quitase esta piedra, el arco de derrumbaría al instante. La existencia del arco depende de la piedra angular.

Del mismo modo, toda la estructura del cristianismo depende de la resurrección de Jesucristo. Si dicha resurrección no sucedió, si se pudiese demostrar la falsedad de los documentos del Nuevo Testamento, el edificio de la fe cristiana se derrumbaría. No quedaría nada que valiese la pena rescatar de los escombros.

Lo podemos comprobar con facilidad cuando leemos el Nuevo Testamento y observamos el lugar central que ocupaba la resurrección en la predicación y en la enseñanza de la Iglesia primitiva. Pero lo que es aun más significativo es el hecho de que los propios primeros cristianos se daban cuenta de que si la resurrección de Cristo no



fue un hecho real, entonces el cristianismo no ofrecía nada que valiese la pena tener. Consideremos, por ejemplo, el Apóstol Pablo. A los cristianos de Corinto escribe:

*«Si Cristo no resucitó, vuestra fe es vana; aún estáis en vuestros pecados»
(1 Corintios 15:17)*

No es difícil ver por qué es así. El centro del cristianismo es el evangelio. El evangelio, según dice la Biblia (*Romanos 1:16*), es el poder de Dios para la salvación. Pero ¿cómo funciona? En cuanto ofrece y efectúa el perdón de los pecados, la reconciliación y la paz con Dios, a través de la muerte de Jesucristo en la cruz. Pero la muerte de un mero hombre jamás podría expiar los pecados de toda la humanidad. Sólo alguien que además de ser hombre también fuese Dios podría lograr esto. Ahora bien, Jesús predijo que no sólo moriría por nuestros pecados, sino que también resucitaría. Su resurrección sería la prueba definitiva de que era el Hijo de Dios. Pero, supongamos que Jesús no resucitó. Su predicción así se habría demostrado haber sido falsa. Ya no sería posible creer que fuese el Hijo de Dios. Entonces tendríamos que considerar esta muerte como otra más de las muchas muertes absurdas y crueles que ha habido en el curso de la historia. En este caso, la muerte de Jesús no serviría más que cualquier otra muerte para lograr el perdón para la humanidad. El cristianismo ya no tendría ningún evangelio para predicar.

Más adelante, Pablo dice lo siguiente acerca de sí mismo y de los demás apóstoles y predicadores cristianos (*1 Corintios 15:14-16*). Aquí Pablo afirma categóricamente que si no es verdad que Cristo haya resucitado, él, Pablo, junto con los demás apóstoles están abiertos a la acusación de que son embusteros sin escrúpulos, pues su insistencia en que Jesús había resucitado corpóreamente de la muerte, y en que ellos mismos lo habían visto y habían hablado con él después de la resurrección, era ni más ni menos que el meollo del evangelio cristiano que predicaban. ¿Cómo era posible creer en el mensaje del



cristianismo o respetarlo siquiera, si sus primeros propagadores no eran sino una banda de embusteros descarados?

Hay quien dice que si Pablo viviese en nuestros días no haría hincapié en la resurrección literal y física de Jesús, puesto que sabría que la mayoría de los científicos y filósofos mantienen que la resurrección física es imposible. Pero esto es falso. En el mismo texto citado anteriormente Pablo nos dice que numerosos científicos y filósofos de aquel entonces también mantenían que la resurrección (se tratase de quien se tratase) era sencillamente imposible. Pablo estaba perfectamente al día en cuanto a esta opinión. Sin embargo, mantenía que la magnitud del hecho histórico de la resurrección de Cristo, presenciada por numerosos testigos oculares, incluido él mismo, ponía en tela de juicio, y de hecho anulaba, la validez de una simple teoría avanzada por los filósofos y los científicos de la época. Sin embargo, en el supuesto de que Pablo y los demás apóstoles, plenamente conscientes de las teorías de los científicos, y de que jamás ni habían visto ni tocado ni hablado con el Cristo resucitado, hubiesen inventado la historia de la resurrección de Cristo, sabiendo que no se trataba sino de un mito que había nacido de su propia imaginación, entonces no eran más que manipuladores religiosos, dignos de nuestro más absoluto desprecio. Visto así, el evangelio cristiano se desploma con estrépito.

A la luz de estas consideraciones, resulta importante saber quién fue el primero en anunciar al mundo que tres días después de ser enterrado, la tumba de Cristo fue hallada vacía.

II. Los cristianos no fueron los primeros en anunciar al mundo que la tumba de Jesús estaba vacía

Leed *Mateo 27:62-66; 28:11-15*.



Se desprende de estos textos que fueron las propias autoridades judías las que primero dieron a saber que la tumba de Jesús estaba vacía. Los cristianos aún no habían dicho nada a nadie (excepto entre ellos mismos) y tuvieron que transcurrir cincuenta días para que, en el día de Pentecostés, proclamaran públicamente que Jesús había resucitado de la muerte (*Hechos 1 y 2*).

¿Por qué, entonces, los judíos se anticiparon a los cristianos y anunciaron de inmediato que la tumba estaba vacía? ¿Porque era cierto! Y, como nos lo explica Mateo, tenían motivos importantes por no encubrirlo: ¿qué habría dicho Pilato si al cabo de cincuenta días se hubiese enterado de que los judíos se habían visto involucrados en un fraude? Y también les urgía hacer llegar al público su propia versión de los hechos cuanto antes y lograr que se les creyese, porque sabían que los cristianos no tardarían mucho en reivindicar la tumba vacía como una evidencia fehaciente de que Jesús efectivamente había resucitado de la muerte. Sentían la necesidad de adelantarse a ellos: tenían la esperanza de que la primera explicación en llegar ante «el mercado» sería la más aceptada.

Ahora bien, la falsedad de la versión promovida por las autoridades judías era patente. Resulta imposible creerla. Pero aun hay que resolver la cuestión de la tumba vacía. ¿Cómo se explica?

Un ejercicio: Pide a los alumnos que señalen aquellos aspectos de la explicación propuesta por los judíos que demuestren su falsedad. Ten en cuenta estas observaciones:

1. Era un delito muy grave que un soldado durmiese mientras estaba de guardia. ¿Es probable que todos durmiesen?
2. ¿Cómo podían los discípulos haber roto el sello de la tumba y después quitado la enorme piedra de delante de ella sin despertar a los guardias, aun en el supuesto de que durmiesen?



3. Si los soldados permanecieron dormidos hasta que el cuerpo fue sacado y por tanto no hicieron nada para detener a los que lo hicieron, ¿cómo pudieron saber quiénes eran los responsables?

III. ¿Cómo se explica que todos los documentos que hablan de la resurrección fueron escritos por cristianos?

¿No sería más convincente, preguntan algunas personas, si algunos de los documentos que relatan la resurrección fuesen escritos por no cristianos? De este modo no habría peligro alguno de parcialidad; su testimonio independiente tendría mayor peso.

Es posible. Sin embargo, tengamos en cuenta las siguientes consideraciones. En primer lugar, en aquellos tiempos las personas que llegaron al convencimiento de que Jesús había resucitado de la muerte se convirtieron en cristianos. Resultaría muy difícil encontrar a alguien que estuviese convencido de la resurrección de Cristo sin haberse comprometido con él y que fuese capaz de ofrecer evidencias independientes e imparciales. Lo que cabe destacar en cuanto a los miles que en los primeros años del cristianismo se convirtieron en cristianos es que **no** eran cristianos en el momento de escuchar por primera vez la reivindicación de que Jesús había resucitado. Fue precisamente la fuerza de la evidencia de la resurrección lo que les convenció.

La conversión del propio apóstol Pablo es un ejemplo.

Leed *Hechos 9:1-9*

El caso de Saulo de Tarso es un caso especial por varios motivos. Pero se desprende del relato de su conversión no sólo el hecho de que no era cristiano, sino que también era un enemigo vigoroso y violento del cristianismo, y que se había propuesto destruir lo que consideraba la historia fraudulenta de la resurrección de Jesucristo.



Así pensaba cuando el Cristo resucitado apareció delante suyo en el camino de Damasco. Lo que hizo que se convirtiese fue precisamente la realidad del Cristo resucitado.

Es imposible negar la historicidad de la conversión de Pablo. Fue él quien, como apóstol, hizo más que cualquier otra persona, a través de sus viajes misioneros, su predicación y sus escritos, para establecer la fe cristiana en Asia y Europa. Fueron sus escritos lo que más adelante, cuando la Reforma, cambiaría la fisonomía del viejo continente. Y aún en nuestros días, sus escritos siguen ejerciendo una influencia enorme sobre millones de personas. No es posible, por tanto, ignorar la conversión de Pablo; los efectos que tuvo han tenido una transcendencia incalculable y duradera. ¿Cuál fue la causa de su conversión? Él mismo explica que fue su encuentro personal con Jesús después de la resurrección de éste, no es de extrañar, por tanto, que su predicación y sus escritos posteriores estén llenos de la realidad de la maravilla y de las implicaciones gloriosas de la resurrección de Cristo. Si aquella resurrección no ocurrió en realidad, ¿qué otro motivo adecuado podemos ofrecer para explicar la conversión de Pablo?

Sin embargo, volvamos a la pregunta inicial: ¿por qué no existen documentos no-cristianos que avalen la reivindicación de que Jesús resucitó de la muerte? Esta pregunta, tal como hemos podido comprobar, resulta ser poco útil. Una pregunta mejor formulada sería la siguiente: ¿dónde están las pruebas por parte de los opositores del cristianismo de aquel entonces de que Jesús no resucitase? Muchas personas, por supuesto, al oír anunciar que Jesús había resucitado enseguida descartaron la idea como un disparate. Muchas personas lo siguen haciendo. Pero las autoridades judías no pudieron permitirse el lujo de descartarla así por las buenas. Ellas habían sido los instigadores de su asesinato judicial; y en las primeras semanas después de Pentecostés, cuando los cristianos ya estaban proclamando cada día en el templo que Jesús había resucitado de la muerte, y varios miles de personas, incluidos unos cuantos sacerdotes, se esta-



ban convirtiendo, estas mismas autoridades hicieron lo posible para cortar la nueva fe cristiana de raíz (ver *Hechos de los Apóstoles 2-9*). Sometieron a los apóstoles cristianos a juicio, los golpearon, los encarcelaron e intentaron (sin éxito) suprimir toda predicación que se hacía en nombre de Jesús.

Entonces ¿por qué no hicieron, durante aquellos primeros días, lo que habría frenado en seco el cristianismo? ¿por qué no sacaron el cuerpo de Jesús para exponerlo ante los ojos de todo el mundo? Tenían a su disposición todos los recursos del Estado, incluida la tortura, y no poca ayuda por parte del gobernador romano, para facilitarles la tarea de encontrar el cuerpo de Jesús en el supuesto de que los cristianos lo hubiesen sacado y ocultado. ¿Por qué no sacar el cuerpo?

«Porque no pudieron» decían los cristianos. «El cuerpo había desaparecido. Jesús efectivamente había resucitado de la muerte».

Por supuesto, como hemos visto, la ausencia de esta evidencia negativa es muy significativa. Pero también cabe plantearnos esta pregunta: ¿qué clase de evidencia avanzaron los primeros cristianos cuando proclamaban la realidad de la resurrección? La respuesta a esta pregunta será el tema del próximo artículo.

La evidencia de la resurrección de Jesucristo (b)

CAPÍTULO 31

En este artículo comenzaremos a considerar algunos ejemplos de las diferentes clases de evidencia que los primeros cristianos ofrecen de la resurrección de Cristo.

I. La evidencia física

Consideremos en primer lugar la evidencia ofrecida por uno de los discípulos, Juan. Él dice que en cuanto recibió la noticia de que el cuerpo de Jesús había desaparecido de la tumba, acudió corriendo para examinar la situación. Descubrió que, aunque el cuerpo efectivamente había desaparecido, la tumba no estaba completamente vacía: los lienzos en los cuales Jesús había sido enterrado aún estaban allí. Además, los lienzos estaban ubicados de tal modo que la única explicación satisfactoria de lo acontecido era que se trataba de un milagro, y que Jesús había resucitado.

Muchos de los alumnos de la clase habrán leído novelas policíacas. Diles que pongan en práctica sus propios talentos investiga-



tivos para explicar la evidencia que Juan proporciona. Pero, primeramente:

1. Valora la fiabilidad de Juan como testigo

La pregunta es la siguiente: ¿podemos estar seguros de que al relatar estos acontecimientos Juan está diciendo la verdad? ¿no nos estará engañando? Cabe plantearse la siguiente pregunta: ¿cuál podía haber sido su móvil para mentir? Él mismo nos relata que por la noche del mismo día cuando descubrieron que la tumba estaba vacía, él y los demás discípulos se encontraban en una habitación que estaba cerrada por temor a los judíos (*Juan 20:19*). Unas cuantas semanas más tarde le encarcelaron dos veces y le golpearon las autoridades por predicar públicamente que Jesús había resucitado de la muerte (*Hechos 4:1-21; 5:17-42*). Luego, otro cristiano, Esteban, murió apedreado (*Hechos 6:8 - 7:60*). Más adelante su propio hermano, Santiago, fue ejecutado por Herodes por la misma razón; y la persecución a la que fueron sometidos los cristianos fue tan severa que muchos de ellos huyeron de Jerusalén (*Hechos 12:1-2; 11:19*). Durante la persecución perpetrada por el emperador Nerón, muchos cristianos fueron muertos de maneras horribles. Y Juan, ya anciano, fue desterrado a la isla de Patmos (*Apocalipsis 1:9*). ¿Acaso es posible sacar la conclusión de que Juan, habiendo convencido a muchas personas de la resurrección de Jesús, al mentir con respecto a lo que vio en la tumba, estaba dispuesto a ver cómo fueron perseguidos y ejecutados a causa de estas mentiras, y a sufrir en su propia carne el encarcelamiento, el temor a la muerte y el destierro, sabiendo que no se trataba sino de una mentira?

Además, unas cuantas páginas antes de estos sucesos (*Juan 18:37*), Juan mismo cita las palabras que Cristo dijo a Pilato: «Para esto he nacido, y para esto he venido al mundo, para dar testimonio de la verdad. Todo aquel que es de la verdad oye mi voz». ¿Es probable que poco tiempo después de escribir estas palabras intencionadamente falsificara el testimonio de lo que vio en la tumba para dar



más credibilidad al testimonio de Jesús con respecto a la verdad? Si así fue, estamos ante un farsante religioso de los más despreciables. Pero los farsantes religiosos no escriben libros de un poder moral y de una belleza espiritual como los que encontramos en el evangelio de Juan. En todo caso podrías llegar a pensar que Juan estaba equivocado o que se había engañado a sí mismo en cuanto a lo que vio en la tumba; pero es imposible sacar la conclusión de que fuera un embustero.

Investiguemos entonces a) lo que nos dice acerca de la manera cómo Jesús fue enterrado; b) lo que vio en la tumba aquel tercer día después del entierro; y c) la conclusión a la que llegó en base a lo que vio. Hecha esta investigación, estaremos preparados para decidir por nosotros mismos.

2. La manera en que Jesús fue enterrado

Leed *Juan 19:38-42*.

De estos versículos se desprende que Jesús no fue enterrado bajo tierra, sino en un sepulcro excavado en la roca. Tanto la entrada del sepulcro como su espacio interior eran suficientemente grandes como para que pudiesen entrar dos personas adultas (19:40,42 y 20:6-8), además del cadáver. El cuerpo no estaba estirado en el suelo, sino en una repisa tallada en la pared del sepulcro. La mezcla de especias aromáticas traída por Nicodemo pesaba un mínimo de 25 kilos. No se trata de una cifra fantástica, sino que era lo habitual para el entierro de un personaje respetado y estimado en el antiguo Medio Oriente. (Un tal Onkeles usó nada menos que 35 kilos de especias en el entierro del rabí Gamaliel unos cuantos años más tarde en el primer siglo de nuestra era.) Tanto la mirra (una resina aromática) como el aloe (un polvo compuesto de sándalo aromático) se habrían usado en forma de polvo. El cuerpo de Jesús estaba envuelto en lienzos hechos de tela de lino, entreverados con las especias. La cabeza (20:7) fue envuelta en un sudario grande, el cual, pasando por debajo de la



mandíbula, después por encima de la cabeza y finalmente por delante y detrás de la cabeza, servía para que la mandíbula se mantuviese cerrada. Luego el cuerpo fue estirado encima de la repisa de piedra, la cabeza reposaba sobre un pequeño escalón.

3. Lo que Juan y Pedro vieron en el sepulcro

Leed *Juan 20:1-9*.

Está claro que ni Pedro, ni Juan ni María Magdalena esperaban que Jesús resucitase, a pesar de todo lo que les había dicho. De otro modo, habrían estado allí para ver cómo sucedía; ni María habría avisado a Juan con palabras así: «Han (algunas personas desconocidas) sacado el cuerpo del Señor y no sabemos dónde lo han puesto.» Y aún cuando Pedro y Juan creyeron lo que les dijo María, no creyeron tampoco en el hecho de que el Señor efectivamente había resucitado. Simplemente fueron corriendo hacia el sepulcro para ver qué había pasado. El robo de los sepulcros era una práctica común en aquel entonces (el Emperador Claudio (41-45 de nuestra era) sacó un edicto, una copia del cual ha sido hallada, grabada en piedra, en Palestina, prohibiendo dicha práctica so pena de muerte). Podía haberse tratado, desde el punto de mira de Pedro y Juan, de ladrones que, tras mover la enorme piedra con la que se cubría la entrada del sepulcro una vez colocado el cuerpo hubiesen robado el cuerpo, con la esperanza de encontrar joyas o algún que otro pequeño artículo de valor que hubiese sido enterrado junto con él (por no decir una buena cantidad de especias y de lienzos de lino, de un valor considerable.)

Cuando Juan llegó primero al sepulcro se nos dice que no entró, sino que se bajó a mirar desde fuera. Desde esta posición, de lo que se percató en primer lugar fue que, aunque el cuerpo había desaparecido, los lienzos seguían allí. Luego le llamó la atención (lo menciona dos veces, en los versículos 5 y 6) el hecho de que los lienzos no sólo estaban allí; estaban estirados encima de la repisa. Es decir,



no estaban amontonados de cualquier manera, lo que habría sucedido si hubiesen sido quitados a marchas forzadas por una banda de ladrones. Estaban encima de la repisa exactamente igual que cuando el cuerpo aún estaba dentro, excepto que algo allanados debido a la ausencia del cuerpo.

Luego llegó Pedro e impulsivo como siempre, entró en el sepulcro (notemos cuán natural y realista resulta la narrativa), y Juan lo siguió. Allí pudieron ver lo que Juan, desde fuera, no había visto: la posición del sudario con que se había envuelto la cabeza de Jesús. Lo que primero les llamó la atención fue que no estaba con los demás lienzos. Estaba envuelto en torno a sí mismo, igual que cuando cubría la cabeza del Señor; y estaba colocado en un lugar aparte, presumiblemente en el escalón que había servido de cojín para la cabeza del Señor.

4. Lo que Juan dedujo de lo que vio

«Vio y creyó», nos dice el texto. ¿Y qué creyó? No sólo lo que María les había dicho respecto a la desaparición del cuerpo. No hicieron falta la presencia, la ubicación y el estado de los lienzos y del sudario para confirmar la historia de María. Juan habría podido ver que el cuerpo no estaba, aunque los lienzos no estuviesen. Tampoco, según nos dice, sirvió lo que vio para recordarle los escritos del Antiguo Testamento, que habían indicado que el Mesías debía resucitar de la muerte, para llevarlo a la conclusión de que debieron haberse cumplido estas profecías. En aquel momento ni Juan ni Pedro se habían dado cuenta de que el Antiguo Testamento habían profetizado la resurrección del Mesías. Además, no fue hasta la noche siguiente que se encontraron con el Señor resucitado.

Lo que se dedujo de la situación de los lienzos y del sudario fue que el cuerpo de Jesús había traspasado los lienzos sin desenvolverlos, y que los había dejado prácticamente intactos, aunque algo caídos. En otras palabras, había ocurrido un milagro. El cuerpo



de Cristo había desaparecido dejando los lienzos en su sitio. Se trataba de una resurrección, fuera el que fuera el significado exacto de ella.

5. *Lo razonable de la creencia de Juan*

a. Se puede decir categóricamente, a partir de lo que Juan vio, que el cuerpo no había sido sacado por ladrones de sepulcros. No habrían sacado el cuerpo y dejado los lienzos y las especias, los cuales valían mucho más que un cuerpo muerto. Y aunque hubiesen desenvuelto los lienzos y el sudario para sacar el cuerpo, no se habrían entretenido para volver a colocar los lienzos exactamente de la misma manera que habían estado mientras el cuerpo estaba dentro; sobre todo si se tiene en cuenta que afuera había un pelotón de soldados, que en cualquier momento podían entrar para saber qué pasaba (*Mateo 27:62-66*).

b. Pero supongamos que ocurrió lo imposible, y que algún simpatizante de Jesús había conseguido, delante de las narices de los soldados, romper el sello que había en el sepulcro, mover la piedra con la intención de sacar el cuerpo de Jesús por motivos ceremoniales o religiosos. Es concebible que optasen por sacar los lienzos para que nadie se fijase que llevaban, lo que evidentemente era, un cadáver por las calles. También es concebible que hubiesen vuelto a colocar los lienzos como antes para que los soldados, caso de echar una mirada, pensasen que el cuerpo seguía allí. ¡Pero jamás habrían dejado la piedra apartada de la entrada dejando así el sepulcro abierto de par en par! Y sabemos del relato de Mateo que los soldados sí miraron dentro del sepulcro y que no fueron engañados en cuanto a la ausencia del cuerpo (*Mateo 28:11-15*). Sin embargo, toda esta especulación, poco verosímil, se estrella contra la realidad de que si algún simpatizante de Jesús hubiese sacado el cuerpo para enterrarlo en algún otro lugar a fin de protegerlo, tarde o temprano habría dicho a los discípulos dónde lo podrían encontrar.



c. Supongamos también que alguien sacó el cuerpo y luego colocó los lienzos de modo que pareciese que se había producido un milagro. ¿De quién podía haberse tratado? Las autoridades jamás habrían hecho algo así. Y por motivos que ya hemos considerado al comienzo de este artículo, ni Juan ni ninguno de los demás discípulos lo habría hecho; ni lo podían haber hecho, aunque quisiesen, por el pelotón de soldados que estaban de guardia.

6. *Conclusión final*

Lo que vieron Juan y Pedro al acudir al sepulcro el primer día de la semana constituye una prueba muy poderosa de que la resurrección física de Cristo realmente sucedió. Y todo no se acababa aquí. Aquel mismo día, por la noche, Cristo apareció ante sus discípulos en el aposento alto, les mostró sus manos y su costado (*Juan 20:30*); les pidió que le tocasen para comprobar que no era ningún espíritu sin cuerpo, sino un cuerpo con carne y hueso; y pidió comida, al que comió en presencia de ellos (*Lucas 24:36-43*), y siguió apareciéndoles de la misma manera durante los siguientes cuarenta días. El cúmulo de pruebas físicas confirmó a Juan en su deducción inicial en el sepulcro, y convirtió la resurrección de Cristo en algo mucho más grande que una teoría que se pudiese deducir de unas cuantas pruebas físicas sin vida: en una experiencia personal del Señor viviente.

En el próximo capítulo consideraremos otra clase de evidencia de la resurrección.

La evidencia de la resurrección de Jesucristo (c)

CAPÍTULO 32

En nuestro último capítulo estuvimos examinando algunas de las evidencias físicas de la resurrección de Cristo. Ahora miraremos un ejemplo de otra clase de evidencia.

II. La evidencia psicológica

En primer lugar cabe destacar que en todo el Nuevo Testamento (a diferencia de los siglos posteriores de decadencia) no hay ni el más mínimo indicio de que los primeros cristianos venerasen el sepulcro de Cristo ni que lo convirtiesen en un lugar santo. Esto llama la atención, porque los judíos de aquel entonces tenían la costumbre de venerar los sepulcros de sus profetas muertos (ver *Lucas 11:47-48*). Los cristianos, en cambio, no lo hicieron con el sepulcro de Jesús, ni tampoco lo convirtieron en un lugar especial de peregrinaje y oración. En ninguna parte del Nuevo Testamento se nos sugiere que una visita al sepulcro de Jesús ofreciese ningún beneficio espiritual ni que tuviese ninguna clase de eficacia. Cuando el Apóstol Pablo volvía a Jerusalén de vez en cuando tras un viaje



misionero, se nos relata que visitaba a los líderes cristianos, o iba al templo judío, o celebraba el Pentecostés, pero nunca se menciona ninguna visita al sepulcro de Jesús.

Y este hecho es aun más significativo si se tiene en cuenta que las mujeres cristianas, varias horas después del entierro del Señor, comenzaron a actuar de una manera que, de no haber sido frenada en seco, habría conducido a la conversión del sepulcro en un templo de oración y de devoción a Cristo. Pero algo ocurrió que puso fin a este comportamiento. ¿De qué se trató? ¿Qué poder o influencia había que fuese lo suficientemente fuerte como para vencer los instintos naturales que llevan especialmente a las mujeres a apegarse a las reliquias de un ser querido ya fallecido? ¿Qué sucedió para cortar de raíz cualquier tendencia supersticiosa a creer que la tumba de Jesús poseyese poderes mágicos?

Una reconstrucción de los hechos

Los cuatro evangelios son unánimes al afirmar que los primeros cristianos que visitaron el sepulcro de Jesús el tercer día después del entierro fueron mujeres de Galilea. Movidos por la gratitud por lo que habían recibido de él, estas mujeres lo habían seguido a lo largo de su viaje largo y difícil hasta Jerusalén, y lo habían mantenido con sus propios recursos. Pudieron permitirselo, puesto que estaban bastante acomodadas económicamente. Una de ellas, una tal Juana, era esposa de un tal Chuza, administrador de la casa de Herodes (*Lucas 8:1-3*). Cuando Jesús fue crucificado, estuvieron mirando a cierta distancia de la cruz, junto con otros conocidos de Cristo (*Lucas 23:49*). Y cuando fue enterrado por José y Nicodemo, ambos ricos, estas mujeres acomodadas de Galilea no tuvieron ningún reparo en unirse a la pequeña procesión funeraria. Se fijaron en la tumba donde lo enterraban, tomaron nota de dónde estaba situada, y de la manera cómo el cuerpo fue colocado. Vieron cómo Nicodemo embalsamó el cuerpo con 25kg de especias aromáticas y con los lienzos de lino. Pero por grande que fuese esta cantidad de especias, para ellas no fue suficiente. Ellas quisieron expresar su propio amor



y devoción a Cristo. Por tanto, volvieron a los diferentes lugares de Jerusalén donde estaban alojadas durante el período de la Pascua (es probable que Juana estuviese con su marido en el palacio que Herodes tenía en Jerusalén); y prepararon aún más especias y ungüentos (*Lucas 23:55-56*). Su intención era volver al sepulcro en cuanto se acabase el sábado para unguir el cuerpo con aún más reverencia y afecto.

En este momento topamos con una dificultad que ha llevado a muchas personas a concluir, tras una lectura superficial de los evangelios, que los relatos de la resurrección se contradicen entre sí. Esto no es cierto. El problema surge porque ninguno de los evangelistas se propone relatar todo lo que ocurrió. Cada escritor escoge de las fuentes de información que tiene a su disposición aquello que le interesa en particular y que encaja en el desarrollo de su propia narrativa; al actuar así, omite ciertos detalles y pone un énfasis especial en otros. Sin embargo, si recogemos todo lo que los cuatro evangelistas dicen conjuntamente, es posible construir un cuadro completo de lo que hicieron y adónde fueron aquel día. El resultado es algo así:

Al llegar al sepulcro al amanecer del primer día de la semana, se asustaron porque la piedra había sido quitada de la entrada (*Lucas 24:1-2*) Algunas de ellas entraron - todas no habrían cabido - y comunicaron a las demás «la desgracia» con la que se habían encontrado; el cuerpo había desaparecido. María Magdalena no pudo esperar a ver lo que pasó luego - la aparición de dos ángeles a las mujeres que se encontraban dentro del sepulcro para decirles que Cristo había resucitado (*Lucas 24:4-8*). Enseguida se marchó corriendo a la casa donde Juan y Pedro estaban alojados. Sin aliento, les anunció lo que ella creyó ser la explicación más evidente: que alguien había entrado en el sepulcro y que se había llevado el cuerpo, y que ni ella ni las demás mujeres sabían dónde lo habían puesto. Pedro y Juan se dirigieron a toda prisa al sepulcro. Al ver cómo estaban colocados los lienzos Juan dedujo que se trataba de un milagro: Cristo debió



haber resucitado de la muerte; y junto con Pedro, (fuese directa o indirectamente) volvió a la casa donde estaban viviendo para esperar el próximo acontecimiento (*Juan 20:1-10*).

María, en cambio, volvió al sepulcro. Las demás mujeres ya se habían marchado, por supuesto. Ante la aparición de los ángeles y el mensaje que éstos les mandaron llevar a los apóstoles habían quedado tan asustadas que al principio no dijeron nada a nadie (*Marcos 16:8*). Finalmente, el gozo pudo más que el miedo, y se dirigían hacia donde estaban los apóstoles cuando el Señor resucitado se les apareció y les confirmó el mensaje que habían de llevar (*Mateo 28:9-10*). Continuaron su camino no hacia la casa donde estaban Juan y Pedro, sino hacia el aposento alto que en Jerusalén los (ahora once) apóstoles habían alquilado como lugar de reunión. Allí las mujeres explicaron su asombrosa historia a los apóstoles, a quienes ya se habían unido Juan y Pedro.

Pero volvamos a María, que se encontraba aún en el jardín. Esto es lo que le ocurrió mientras estaba mirando dentro del sepulcro (*Evangelio de Juan 20:11-18*).

Considerad lo siguiente:

1. María había acudido al sepulcro por la mañana de aquel día para honrar el cuerpo de Cristo, junto con las demás mujeres de Galilea; aunque estuvo muerto, no pudo renunciar a hacerlo. Estaba resuelta a expresar su amor al Señor ungiendo su cuerpo con el unguento de gran valor y anegando el olor a muerte con las especias aromáticas.

2. Perturbada al ver que el cuerpo no estaba, lo que primero le vino a la mente fue la necesidad de recuperarlo. Aunque no se refiere al cuerpo con el pronombre impersonal (lo), sino con el personal (le) - para ella el cuerpo muerto seguía siendo «él». Fue todo lo que de «él» le quedaba. Se dirigió al hombre a quien tomaba por el jardi-



nero, «Dime dónde lo has puesto», le dijo, «y yo lo llevaré». Le resultaba insoportable no saber dónde estaba el cuerpo y no tener ni la más mínima reliquia de él, ni siquiera un sepulcro que pudiese venerar como suyo.

3. Supongamos que el jardinero le hubiese indicado dónde esta el cuerpo y que se lo hubiese llevado. ¿Qué habría hecho con él? No hay lugar a dudas. Ella y las demás mujeres le habrían comprado el mejor sepulcro que hubiesen podido encontrar, costase lo que costase. Con todo su amor lo habrían enterrado; y este sepulcro se habría convertido para ellos en el lugar más sagrado sobre la faz de la tierra. Habrían hecho edificar un templo, lo habrían venerado, y lo habrían visitado lo más a menudo que hubiese sido posible.

4. Sin embargo, algo ocurrió a María aquel día en el jardín que acabó de una vez para siempre con cualquier idea de esta clase. Debió ser un suceso muy poderoso que fuese capaz de anular tan repentinamente todos sus instintos y reflejos anteriores. ¿Qué fue?

5. Fue en el jardín aquel día donde se encontró con el Señor Jesús, resucitado de la muerte y plenamente vivo. ¡Por supuesto que abandonó el sepulcro! ¡Ya no veneras el sepulcro de alguien que vive y con quien te acabas de encontrar! ¡No vas a un sepulcro para orar a alguien con quien puedes tener una conversación viva, real y directa!

6. Pero aún hay más. La experiencia que María había tenido con Jesús había sido maravillosa; sin embargo, la muerte pareció haber puesto fin a ella, dejándole nada más que un cuerpo muerto: memorias fragantes, mas un corazón quebrantado y amargado. Ahora Jesús hace algo magnífico. Sustituye la experiencia anterior por una relación completamente nueva, cálida, vibrante y llena de vida entre María y Dios Padre, entre María y él mismo, una relación asegurada y cimentada por una clase de vida que ni siquiera la muerte de María sería capaz de destruir. «Ve a mis hermanos», dijo, «y diles: Subo a mi Padre y a vuestro Padre, a mi Dios y a vuestro Dios». Posterior-



mente, aunque siguió en la tierra, María se sabía unida a Dios y a Cristo en el Cielo mediante el poder indestructible de la vida eterna ya obtenida y ya disfrutada. Y los demás discípulos también. Y hoy ocurre lo mismo con todos los que confiesen que Jesús es el Señor y que crean en su corazón que Dios le levantó de los muertos.

Disfrutando de esta vida nueva recién recibida y su corazón rebozante de gozo, María se dirige al lugar donde están los demás discípulos para comunicarles el mensaje que el Señor le había encomendado. Esta vez se trata no de la casa donde estaban Pedro y Juan, sino de la posada alta. Allí anuncia a los once y a los demás que ha visto al Señor (*Lucas 24:10; Juan 20:18*). Esto es más, por supuesto, de lo que Pedro o Juan o cualquiera de los once han hecho hasta este momento; y Pedro, perplejo, se fue a examinar el sepulcro una vez más (*Lucas 24:12*). Fue poco rato después de esto, y antes de su aparición ante todos los discípulos juntos en la posada alta, cuando Jesús se apareció a Pedro (*1 Corintios 15:5* - aquí llamado Cefas). El asunto doloroso de la reciente negación por parte de Pedro se tenía que resolver; y era mejor hacerlo en privado.

A partir de este momento, los primeros cristianos ya no mostraban ningún interés en el sepulcro donde el cuerpo de Jesús había estado. No había ningún motivo de visitarlo - sabían que Cristo había resucitado.

Sugerencias para actividades de clase y coloquio:

1. En vuestra opinión, ¿qué fue lo que más convenció a María de que Jesús había resucitado?

2. Pide a dos chicos de la clase que hagan los papeles de Pedro y Juan y algunas de las chicas, los de las mujeres que visitaron el sepulcro y diles que representen los acontecimientos del domingo de Pascua. Luego comentad las evidencias de que Jesús realmente estaba vivo.



3. ¿Por qué se veneran los sepulcros de ciertas personas que han muerto? ¿Por qué los primeros cristianos no veneraron el sepulcro de Cristo?

La evidencia de la resurrección de Jesucristo (d)

CAPÍTULO 33

Los escritores del Nuevo Testamento nos dicen con franqueza que en varias ocasiones, cuando los discípulos vieron al Señor resucitado, algunos dudaron (*Mateo 28:17*). A veces la razón por la cual eran reacios a creérselo era que parecía demasiado maravilloso como para que pudiese ser verdad. Quisieron someter su creencia a una crítica rigurosa, para que no resultase después que fuese incapaz de sobrevivir a un examen razonado (*Lucas 24:12*). Y un milagro del tamaño de una resurrección, cuando primero recibieron la noticia de las mujeres que dijeron haberse encontrado con el Señor resucitado, parecía más bien fruto de una imaginación sobreestimulada que de una realidad objetiva. Sin embargo, esta dificultad para creer finalmente fue vencida por la evidencia concreta, tangible de la invitación por parte del Señor a tocarle, y por su presencia física entre ellos, compartiendo con ellos una comida normal y corriente. (*Lucas 24:41-42*).

Sin embargo, había otra clase de incredulidad, la causa de la cual era más profunda por lo que tuvo que ser eliminada por métodos muy diferentes.



III. La evidencia del Antiguo Testamento

Leed *Lucas 24:13-27*.

1. El Motivo del Desengaño de los Caminantes

Los dos compañeros que iban camino a Emaús estaban desengañados; y la razón para ello fue ésta: en la última visita que el Señor hizo a Jerusalén se habían unido a la multitud que habían creído sinceramente que Jesús era el Mesías, cuya venida había sido prometida por Dios a través de los profetas del Antiguo Testamento. A partir de sus conocimientos (probablemente algo limitados y superficiales) del Antiguo Testamento, estaban esperando a un Mesías que resultaría ser un poderoso líder militar y político, el cual levantaría a un ejército y dirigiría a la nación de Israel en un sublevación decisiva y eficaz contra las fuerzas imperialistas de la ocupación romana. «Esperábamos», lamentaron al Forastero que se había unido con ellos en el camino, «que él era el que había de redimir a Israel».

Sin embargo, Jesús no había cumplido esta esperanza. Lejos de libertar a Israel, había sido arrestado, enjuiciado, condenado y crucificado mediante una combinación del establecimiento religioso judío y el gobernador militar romano. Y las burlas a las que había sido sometido en el juicio habían puesto en ridículo las reivindicaciones de Jesús de que era rey. De golpe, el movimiento entero quedó hecho pedazos, como si se hubiese tratado de una patética sublevación campesina mal organizada, y malograda. ¿De qué servía un libertador si ni siquiera podía salvarse a sí mismo de la cruz?

Fue por esto por lo que los dos compañeros se dirigían a su casa hundidos en una desilusión profunda.



2. *¿Por qué no pudieron asimilar al principio el hecho de que Jesús había resucitado?*

Fue porque desde su punto de mira, Jesús no había cumplido las promesas del Antiguo Testamento que hablaban de un Rey-Libertador. Al contrario, había sido derrotado y presentado en la cruz como un fracasado. Por tanto, no era el Mesías prometido. Entonces, los rumores que hablaban de su resurrección no solamente resultaban increíbles, sino también irrelevantes. Si no era el Mesías, ¿qué sentido tenía que resucitase?

3. *¿Qué hizo falta para que pudiesen creer que la resurrección efectivamente había ocurrido?*

Notemos que al comienzo de la conversación que tuvo con ellos el Señor resucitado no intentó convencerles de que era Jesús. De hecho, comenzó por reprocharles suavemente por hacer una lectura demasiado selectiva del Antiguo Testamento. Habían omitido tener en cuenta, o no habían entendido, o se les habían olvidado aquellas partes del Antiguo Testamento que predecían que el Mesías primero tendría que sufrir y morir, y que sólo entonces, resucitado de la muerte, entraría en su gloria. El Forastero les hizo un repaso de todo el Antiguo Testamento, resaltando los textos que afirmaban esto, o lo daban a entender inequívocamente. De lo que se trata es evidente: si el Antiguo Testamento profetizaba que el Mesías primero tenía que sufrir y morir, los sufrimientos y la muerte de Jesús, lejos de demostrar que no era el Mesías constituían una prueba muy sólida de que sí lo era. Si, además, el Antiguo Testamento profetizaba que tras la muerte, el Mesías volvería a vivir y que liberaría a su pueblo, compartiendo con ellos el botín de una victoria maravillosa, sería necesario que resucitase. Por tanto, los rumores que habían llegado a oídos de estos dos compañeros de viaje de parte de las mujeres, según los cuales Jesús había resucitado y que ellas lo habían visto podrían resultar ser ciertos. La piedra de tropiezo que les impedía creer fue así quitada de en medio.



Ejercicios

a. Lee Isaías 53:8-12. Éste fue uno de los textos a los que el Forastero se habrá referido. Pide a los alumnos que lo analicen para descubrir cómo efectivamente da a entender que el Mesías primero sufriría y moriría, pero que posteriormente resucitaría de la muerte.

b. Haz lo mismo con Salmo 16, y compáralo con Hechos 2:25-28.

4. *¿Qué relevancia tiene este acontecimiento para nosotros?*

Hoy en día uno de los componentes más cruciales de la evidencia de la resurrección de Cristo es el hecho de que el Antiguo Testamento predijo no sólo que el Mesías resucitaría de la muerte, sino que lo haría como parte íntegra del propósito de Dios para la redención de la humanidad. Fijémonos en el hincapié que en ello hace el apóstol Pablo cuando resume así el evangelio cristiano:

«Porque primeramente os he enseñado lo que asimismo recibí: Que Cristo murió por nosotros, conforme a las Escrituras; y que fue sepultado, y que resucitó al tercer día, conforme a las Escrituras. (1 Corintios 15:3-4).

La noticia de que un individuo normal y corriente hubiese resucitado de la muerte así por las buenas, de manera totalmente inesperada seguramente resultaría difícil de creer. Todos preguntaríamos: «¿Por qué precisamente esta persona?» y «¿Qué sentido tiene?» y «¿Cómo es posible creer que se ha producido una desviación tan extraordinaria de las leyes de la naturaleza, y de modo tan arbitrario?» Los ateistas, por supuesto, creen que el universo se produjo por ningún motivo aparente. Su existencia no se puede explicar: es un «hecho» arbitrario e inexplicable. Los que creen en un Creador inteligente, en cambio, encontrarían difícil



creer que el Creador quisiese suspender de manera arbitraria las leyes normales de la naturaleza para levantar de la muerte a un personaje poco destacado, por ninguna razón que saltase a la vista.

Sin embargo, ¡Jesús no fue un personaje poco destacado! Era Dios encarnado. Ni la resurrección tampoco fue un fenómeno aislado. Fue parte integral del propósito divino gigantesco para la redención de la humanidad y la restauración del universo al final de los tiempos. La resurrección tampoco fue una historia inventada por los discípulos. Dios la había hecho proclamar al mundo mediante sus profetas siglos antes del nacimiento de Jesús. Y hoy día nos sigue siendo posible estudiar el Antiguo Testamento con atención para ver si el nacimiento, la vida y la muerte de Jesús se conforman de verdad con estas profecías que Dios dio al mundo.

5. *¿Cómo se produjo este reconocimiento?*

Cuando Jesús acabó este repaso del Antiguo Testamento, desapareció el principal obstáculo que impedía que los dos caminantes creyesen. Pero aún no percibieron que el Forastero que iba con ellos era ni más ni menos que Jesús mismo resucitado. ¿Cómo se produjo, entonces, este reconocimiento? Debemos mirar esta cuestión con atención, porque plantea una pregunta general de una importancia enorme.

IV. **¿Cuál fue la evidencia que convenció a los discípulos de que la persona que se les apareció dando a entender que era Jesús resucitado realmente lo era y no un impostor?**

Leed *Lucas 24:28-35*.



1. Los Dos Caminantes

Invitaron al Forastero a pasar la noche en su casa, y se sentaron a cenar. Pero aún no lo habían reconocido. Luego cogió el pan que había sobre la mesa, dio gracias, lo partió y comenzó a compartirlo con ellos. Y fue en aquel instante cuando sus ojos fueron abiertos; y desapareció de su vista. Más adelante, cuando hubieron vuelto a Jerusalén y relatado esta experiencia, explicaron que reconocieron a Jesús en el momento de partir el pan con él.

¿Qué tenía de especial esto de que partiese el pan con ellos? En primer lugar, al coger el pan, romperlo, dar gracias y compartirlo con ellos Jesús asumía el papel de anfitrión. Esto debió llamarles la atención. En segundo lugar, en el momento de romper el pan, se habrán percatado de las marcas de los clavos en sus manos. Pero hay más. Mientras miraban cómo aquellas manos rompían el pan se habrán despertado en ellos recuerdos de lo que únicamente los discípulos más íntimos de Jesús podían saber. Se habían enterado, seguramente, por parte de los once antes de salir hacia Emaús cómo Jesús, en la noche de la Pascua, antes de que le entregasen, había cogido el pan, lo había partido y había pronunciado unas palabras que debían resultarles muy extrañas en aquel momento, palabras que jamás habían sido pronunciadas ante ellos por ningún otro: «Esto es mi cuerpo que por vosotros es dado...». Posteriormente habían presenciado la experiencia devastadora (para ellos) de la cruz. Pero ahora acababan de escuchar la exposición que el Forastero había hecho de los escritos del Antiguo Testamento. Estos escritos no sólo profetizaban la muerte y la resurrección del Mesías, sino también explicaban el motivo de ellas: que tendría que morir por los pecados del mundo, y por los de ellos dos también. Mientras lo veían, con sus manos recién clavadas, volver a partir pan y dárselo personalmente, se daban cuenta de que lo que estaba haciendo llevaba un significado profundo que ningún impostor podía haber conocido ni inventado. Este significado correspondía única y exclusivamente a Jesús. Le reconocieron enseguida. Sin lugar a dudas, era Jesús.



2. Pero ¿qué pasa con los millones de personas que, como nosotros hoy día, nunca vimos ni podremos ver a Jesús con nuestros ojos?

Leed *Juan 20:24-29*.

Notemos varias cosas:

1. Jesús no reprochó a Tomás el hecho de dudar. Respetó su integridad intelectual.

2. Jesús tampoco le reprochó el hecho de pedir evidencias antes de creer.

3. Jesús facilitó las evidencias que Tomás pedía.

4. Esto revela algo curioso y muy importante. Jesús evidentemente había oído a Tomás hablar y pedir estas evidencias, aunque Tomás no era consciente de su presencia, puesto que al entrar en el aposento, sin esperar a que Tomás dijera nada, le ofreció la evidencia que requería.

5. Esto sirve para recordarnos que en este y en cada momento Jesús, por estar resucitado, oye y sabe lo que estamos pensando. Y podemos expresar con toda libertad una necesidad semejante a la que expresó Tomás, suponiendo que sea una necesidad genuina: «Si Jesús vive de verdad, que me facilite evidencias que realmente pueda creer; entonces creeré.»

6. Antes de decir algo así, consideremos lo que Jesús después dijo a Tomás: «Porque me has visto Tomás, creíste; bienaventurados los que no vieron, y creyeron.» La evidencia que se puede ver con la vista física no es la única clase de evidencia que tenemos de que Jesús vive. Si fuese así, los que no tienen vista física quedarían sin evidencia de ninguna clase. De hecho, tampoco es, por sí sola, la



mejor clase de evidencia. La evidencia que percibe nuestra conciencia, nuestro corazón, nuestro espíritu es, con creces, la mejor clase de evidencia que hay. Y no hay nadie que hable a nuestro corazón como Jesús. Afirma que nos ama personalmente y que murió por nuestros pecados conforme a las Escrituras, que resucitó conforme a las Escrituras, y que si le abrimos nuestro corazón él hará su morada allí, y los llenará de su presencia y de su amor. Si con nuestra conciencia, nuestro corazón, nuestro espíritu escuchamos mientras nos explica la Biblia como se la explicó a los dos caminantes, y si comprendemos que sus manos fueron clavadas en la cruz mientras él se entregaba a la muerte por nosotros personalmente, descubriremos que «la fe es por el oír, y el oír por la palabra de Cristo.» (*Romanos 10:17*). Y nosotros también encontraremos que nuestro corazón arderá dentro nuestro mientras él nos habla en el camino de la vida y nos abre las Escrituras.

La extensión de la ética cristiana por todo el mundo

CAPÍTULO

34

En este capítulo volvemos al tema principal de esta serie, la cuestión de la ética. Ahora bien, los textos más detallados y extensos que tratan esta cuestión en el Nuevo Testamento se encuentran en los escritos llamados «las epístolas». Se trata de cartas escritas por los apóstoles y otros líderes cristianos a algunas de las iglesias, varias de las cuales de acababan de fundar. Contienen instrucción ética acerca de la moralidad personal, la vida y las relaciones familiares, las actitudes hacia los empleados y los jefes, hacia el Estado, hacia el trabajo, etc.; en muchos casos esta instrucción ética ocupa entre la cuarta y la tercera parte de la carta. La instrucción tenía que ser básica y a la vez detallada, puesto que la mayoría de estas nuevas iglesias cristianas estaban compuestas de una mezcla de personas muy diferentes. Había, para comenzar, numerosos judíos, los cuales, incluso antes de su conversión, seguramente habían sido instruidos en la ética del Antiguo Testamento. Mas también había gentiles, cuyo trasfondo y normas éticas eran muy diferentes de los de los judíos. Y en diferentes partes del Imperio romano había enormes diferencias nacionales, culturales y sociales. Los nuevos cristianos de Fili-



pos, por ejemplo, vivían en una ciudad que, aunque situada en Grecia, era una colonia romana. Sus ciudadanos se sentían orgullosos de ella: vestían ropa romana y a menudo hablaban latín. Su ciudad estaba bien organizada. Los nuevos cristianos de Creta, en cambio, pertenecían a un grupo étnico de los que sus propios poetas habían escrito lo siguiente: «Los cretenses siempre son mentirosos...». Ciudades como Atenas y Corinto eran maravillas de la sofisticación por excelencia: Atenas era una ciudad universitaria con una arquitectura espléndida y que gozaba de una reputación mundial por su calidad intelectual, y Corinto un próspero centro comercial. Cuando los habitantes de Atenas oyeron predicar al apóstol Pablo por primera vez, el comentario que hicieron era típico suyo, (ver *Hechos 17:18*). En el otro extremo, los habitantes de Listra de Licaonia (un distrito de Pisidia, al norte de las montañas Tauro) pensaban que Pablo y Barnabé, su comisionero, eran los dioses Zeus y Hermes venidos a la tierra en forma humana. Les habrían ofrecido sacrificios si no hubiese sido por la intervención de Pablo. (*Hechos 14:8-15*).

La ética cristiana, entonces, tenía por delante, un reto importante al dirigirse a colectivos de personas tan diversos en las diferentes regiones. Y en las ciudades cosmopolitas como Roma, la capital del imperio, o Éfeso, la ciudad principal de Asia Menor, este reto resultaría doblemente difícil, porque el cristianismo no es una filosofía que se pueda practicar adecuadamente por aquel que, dentro de una situación determinada, prefiere mantenerse aparte de los demás, o limitarse a su propio colectivo étnico o cultural. El cristianismo es una vida que requiere ser vivida en comunión activa con otros creyentes. Fuesen judíos o gentiles, asiáticos o europeos, cultos o ignorantes, esclavos o libres, miembros de la clase dirigente de la sociedad romana o de alguna nación sojuzgada por los romanos e incorporada al Imperio, todos, en cuanto se convertían al cristianismo, debían aceptarse respetarse y amarse los unos a los otros, y estar dispuestos a participar activamente en la comunión de su iglesia cosmopolita. El cristianismo exigía un precio muy alto.



Por supuesto, hay muchas preguntas que se plantean; y la primera de ellas es una pregunta sencilla de carácter histórico y geográfico:

I. ¿Cómo, cuándo y dónde nacieron estos grupos de conversos cristianos?

Aquí hay la oportunidad de realizar algún tipo de proyecto con la clase.

1. Consigue (o dibuja) un mapa grande de los países mediterráneos tal como eran durante el primer siglo de nuestra era. Señala la extensión del Imperio romano.

2. A partir de la información que se encuentra en los Hechos de los Apóstoles, sigue en el mapa las trayectorias de los primeros misioneros cristianos, y analiza el proceso por el cual el evangelio se extendió desde el aposento alto en Jerusalén donde Cristo comisionó a sus apóstoles y discípulos (*Lucas 24:33-49; Hechos 2: 5-12; 28:8-30*).

3. Con el libro de los Hechos y las Epístolas en la mano, traza en el mapa las ciudades donde las iglesias cristianas se establecieron, tanto en Asia Menor como en Europa, antes del año 70 de nuestra era.

4. Éstas son algunas fechas aproximadas que pueden ayudar a tus alumnos a darse cuenta de que no se trata de ninguna leyenda sino de hechos históricos remontables a fechas concretas. Se establecieron iglesias: en Jerusalén; el año 30 de nuestra era, en Antioquía (Siria), a principios de los 40; en Filipos, Tesalónica, Berea, Corinto, entre el año 50 y el año 52; en Efeso, Colosa, Laodicea, entre el 53 y el 57; en la isla de Creta, entre 62 y 67.

Pero hay otra cuestión que va más allá de estas, y que de hecho atañe a la esencia del problema de la ética, el tema principal de estos estudios.



II. ¿Qué tenía el evangelio cristiano que influyó de tal manera en tantas personas de trasfondos tan diferentes, que muchas de ellas estuvieron dispuestas a abandonar su antiguo estilo de vida para adoptar como suya la ética cristiana?

Para ilustrar esta realidad consideremos dos casos extremos:

1. *Los corintios*

La visita de Pablo se relata en *Hechos 18*. Corinto era una ciudad grande y próspera con una población (incluidos los esclavos) de unas 650.000 personas. También era un puerto. En cuanto a sus valores morales, un historiador escribe lo siguiente: «Como cualquier ciudad comercial, Corinto era un centro de una promiscuidad sexual abierta y desenfrenada. El culto a la diosa Afrodita (la diosa del amor sexual) fomentaba la prostitución en nombre de la religión. Llegó a haber 1,000 prostitutas, asequibles a todos los que acudían, que servían en su templo. Hasta tal punto se extendió el renombre de la inmoralidad de Corinto que el verbo griego «corintizar» llegó a significar «practicar la inmoralidad sexual». El apóstol Pablo, escribiendo posteriormente a los conversos cristianos en Corinto, protesta, con mucho conocimiento de causa (1 Corintios 6:9-11): «...». Sin embargo, añade: «Y esto es lo que algunos de vosotros érais», es decir, antes de su conversión a Cristo.

¿Qué hizo entonces que abandonasen su antiguo estilo de vida? Nuestra propia experiencia del mundo nos enseña que personas como éstas no suelen ser atraídas, y mucho menos transformadas, por una serie de conferencias sobre ética. ¿Qué tenía el mensaje cristiano que pudo efectuar esta transformación?



2. El propio apóstol Pablo

Ésta es su propia descripción de su estilo de vida antes de hacerse cristiano, cuando aún se le conocía como Saulo de Tarso. Leed *Filipenses 3:4-8*.

Era un hombre meticuloso en el cumplimiento de los ritos religiosos de su fe. Si se mide por nuestros criterios actuales, era un fanático, persiguiendo con amargura a todo aquel que consideraba hereje. Pero no es así como se habría considerado a sí mismo durante aquella etapa de su vida. Él creía que actuaba por un amor y una devoción auténticos hacia Dios contra cuya honra estos «herejes» habían blasfemado. Además, podía decir con sinceridad que se había esforzado con todo su ser por guardar la ley moral de Dios. Mientras no era perfecto, nadie le podría señalar con el dedo, ni acusar de laxitud moral.

Entonces ¿qué había en el mensaje cristiano que le hizo reconocer que su estilo de vida tenía que cambiar por completo y que la ética por la cual vivía era tan inadecuada que la debía abandonar como si se tratase de un montón de basura? ¿en qué aspectos la ética cristiana era superior a la que había seguido hasta aquel momento?

III. Cuatro elementos fundamentales de la eficacia del evangelio cristiano

El lugar más lógico donde comenzar a buscar las respuestas a las preguntas planteadas arriba es en los *Hechos de los Apóstoles*. A lo largo de su narrativa Lucas ha introducido una serie de sermones y discursos a cargo de diversos líderes cristianos ante una variedad de audiencias. Aquí ofrecemos una lista de ellos:

- | | |
|---|-----------|
| 1. Pedro, ante la multitud en Jerusalén | (2:14-36) |
| 2. Pedro (ídem) | (3:18-26) |
| 3. Pedro, ante el Concilio judío | (4:5-26) |



4. Pedro, (ídem) (5:29-52)
5. Esteban, (ídem) (7:2-53)
6. Pedro, (a ciertos gentiles) (10:34-43)
7. Pablo, en una sinagoga de Antioquía de Pisidia (13:16-41)
8. Pablo, ante los habitantes de Listra (14:14-18)
9. Pablo, en el Areópago de Atenas (17:22-31)
10. Pablo, ante los ancianos de la iglesia de Éfeso (20:18-35)
11. Pablo, ante la muchedumbre de Jerusalén (22:1-21)
12. Pablo, ante un tribunal judío religioso (23:1-10)
13. Pablo, ante un tribunal romano civil (24:10-21)
14. Pablo, ante el rey Agripa (26:2-29)

Ahora bien, estos discursos y sermones, tal como Lucas los ha plasmado aquí, no son sino resúmenes extensos de lo que se dijo en cada ocasión. No obstante, ilustran a la perfección la estructura central de cada discurso y los principales argumentos sobre los cuales ponían énfasis. Nos conducen a un descubrimiento de suma importancia: excepto en el caso del n° 10, un discurso hecho ante personas que hacía tiempo que se habían convertido, y el n° 13, donde Pablo se defiende a sí mismo contra las acusaciones de una conducta ilícita, prácticamente no hay ni una frase de enseñanza ética en todos estos discursos y sermones. Históricamente esto es muy significativo. No cabe duda de que el cristianismo se estableció rápidamente en el mundo antiguo. Lo que queremos saber es lo siguiente: ¿cómo lo consiguió? Y la respuesta que encontramos en el libro de los Hechos es que la predicación que indujo a las personas a abandonar sus antiguos estilos de vida y asumir la ética cristiana no fue la instrucción ética en sí. La ética se impuso después que estas personas se convirtieron.

¿Cuál fue, entonces, el mensaje que convirtió a la gente?

Sugerencia: Que los alumnos lean los sermones y discursos mencionados, y, si cabe, que se fijen en las conversiones que los siguen.



Mientras tanto, si alguno de los siguientes temas sale en cualquiera de los discursos o sermones, o en su contexto, que apunten el número del discurso al lado del tema en cuestión:

1. La resurrección y las implicaciones que tiene.
2. La muerte de Jesús y la oferta del perdón.
3. La oferta del don del Espíritu Santo.
4. La promesa de la segunda venida de Jesús, y la advertencia del Día del Señor y del Juicio.

Proponemos que estos fueron los cuatro elementos principales de la predicación de los primeros cristianos que produjeron en los oyentes un cambio de corazón, la fe en el Señor Jesús y un deseo de seguir las enseñanzas éticas de Cristo, fuesen las que fuesen.

Y no sólo esto. En los próximos capítulos estudiaremos la manera cómo estos cuatro elementos de la fe cristiana constituyen la base de toda instrucción ética que posteriormente se construya a partir de ellos; son la fuente de los ideales a los que todo cristiano debe aspirar, e imparten la motivación y el poder para que nos vayamos aproximando a estos ideales.

El impacto de la muerte de Cristo sobre la ética cristiana (a)

CAPÍTULO 35

A fin de comprender bien la ética cristiana deberíamos fijarnos en:

1. los numerosos principios en los cuales el Nuevo Testamento repite y mantiene la instrucción ética del Antiguo Testamento;
2. los muchos aspectos en los cuales la ética del Nuevo Testamento es distinta.

Por ejemplo, el Antiguo Testamento dice: «Honra a tu padre y a tu madre» (*Éxodo 20:12*). El Nuevo Testamento recoge este mandamiento y lo refuerza, haciendo notar que se trata del primero de los diez mandamientos que lleva una promesa: «para que te vaya bien y seas de larga vida sobre la tierra.» (*Éfeso 6:2-3*).

«Amarás a tu prójimo como a ti mismo» dice el Antiguo Testamento (*Levítico 19:8*). El Nuevo Testamento no sólo lo repite, sino que lo establece como la piedra angular de su propio sistema ético (*Romanos 13:8-10*).



Por otro lado, cuando Cristo manda a sus discípulos a amarse los unos a los otros, no se limita a repetir el mandato del Antiguo Testamento: que amasen a los demás como a ellos mismos. Lo que dijo fue esto: «Un nuevo mandamiento os doy: que os améis los unos a los otros como yo os he amado, que también os améis unos a otros.» (*Juan 13:34*). ¿Qué tenía de nuevo? Ni más ni menos que el listón que estableció al añadir las palabras: «como yo os he amado.» Los amó durante su vida; pero después de su muerte, los primeros cristianos comprendieron que su muerte fue la expresión por excelencia de su amor hacia ellos. Y si esto fue el listón con el cual se había de medir su amor mutuo, la ética cristiana resultaba ser exigente a más no poder. «En esto hemos conocido el amor, en que él puso su vida por nosotros; también nosotros debemos poner nuestra vida por los hermanos» escribe el apóstol Juan (*1Juan 3:16*).

Más adelante consideraremos algunas de las implicaciones prácticas de esto. Lo que cabe resaltar ahora es un botón de muestra de uno de los principales rasgos característicos y distintivos de la ética cristiana: el impacto que en ella hizo la muerte de Cristo. Éste será el tema del presente artículo.

En primer lugar la muerte de Cristo hizo posible:

I. Un nuevo comienzo en la vida

Fijémonos en la manera cómo hablaban los primeros cristianos:

Leed *1 Corintios 5:17-21*.

Al afirmar «las cosas viejas pasaron» no daban rienda suelta a una exageración utópica. Se referían al hecho de que la muerte de Cristo sirvió para romper las cadenas de la culpa que los tenía esclavizados a su pasado, echando a perder cualquier intento por su parte de adoptar un estilo de vida diferente, renovado.



Ilustración: Imaginémonos que una persona ha traicionado su país, y al intentar huir de la justicia ha robado, falsificado billetes de banco y cometido actos de violencia. Puede que quiera deshacerse de su manera de vivir y comenzar de nuevo. Pero a no ser que pague el precio de lo que hizo y se reconcilie con la sociedad, no hay ninguna esperanza real de que lleve una vida normal y sana. Si resulta que el precio a pagar es la muerte, ¿no existe ninguna esperanza en absoluto!

Seguramente en nuestro caso no ha habido ningún crimen tan horrendo como en el caso de esta persona; sin embargo, todos hemos violado la ley de Dios, infringido sus mandamientos, y, como la Biblia lo explica: «todos nosotros nos descarriamos como ovejas» (*Isaías 53:6*). No puede haber ningún futuro seguro para nosotros a no ser que Dios perdone nuestros pecados, por mucho que nos esforcemos por reformarnos, liberarnos de la carga de nuestro pasado, y reconciliarnos con él. Fue la muerte de Jesús lo que hizo posible que Dios hiciese todo esto. «Dios estaba en Cristo, reconciliando consigo a todo el mundo, no teniendo en cuenta sus pecados.» «Fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo», dicen las escrituras (*Romanos 5:10*). «Agradó al Padre... reconciliar consigo todas las cosas,...haciendo la paz mediante la sangre de su cruz.» (*Colosenses 1:20*).

En el período del Antiguo Testamento, cuando alguien cometía un crimen terrible, primero era apedreado, y después su cuerpo estaba colgado de un árbol hasta el anochecer. El propósito de ello era exhibir públicamente la maldición divina, es decir, el más absoluto rechazo por parte de Dios ante lo que se había perpetrado (*Deuteronomio 21:22-23*). Asimismo, la ley de Dios pronunciaba una maldición sobre todo aquel que la rompiese (*Deuteronomio 27:26*). Por tanto, el Hijo de Dios no murió solamente para pagar el precio de nuestro pecado: también fue colgado sobre una cruz para poner de manifiesto ante el universo el rechazo intransigente por parte de Dios ante el pecado humano. «Cristo nos ha redimido de la maldición de



la ley, hecho por nosotros maldición (porque está escrito: maldito todo el que es colgado en un madero)» (*Gálatas 3:13*). Por tanto Dios puede perdonar libremente a todo aquel que reconozca su culpa, se arrepienta y acepte al Hijo de Dios como sustituto; es decir, como víctima del castigo de Dios en su lugar. Pero al pronunciar su indulto, ¡también demuestra ante el universo entero que no se ha vuelto tolerante del pecado!

Además, debido a la muerte de Cristo sus discípulos tienen:

II. Nuevos términos y condiciones bajo los cuales vivir

Se trata de los términos del Nuevo Pacto, como lo llama la Biblia, el cual Cristo:

1. anunció y simbolizó en la víspera de su muerte cuando dio la copa a sus discípulos, diciendo: «Esta copa es el Nuevo Pacto en mi sangre, que se derrama por vosotros» (*Lucas 22:20*).

2. efectuó, plasmó y garantizó al morir en la cruz.

Éstos son los términos: «*Este es el pacto que haré con vosotros después de aquellos días, dice el Señor; pondré mis leyes en sus corazones, y en sus mentes las escribiré, Y nunca más me acordaré de sus pecados y transgresiones. Pues donde hay remisión de estos, no hay más ofrenda por el pecado.*» (*Hebreos 10:16-18*)

Este nuevo pacto establece, entonces, los términos y las condiciones conforme a los cuales los discípulos de Cristo pueden vivir y desarrollar un estilo de vida auténticamente cristiano. En primer lugar, Cristo pone sus leyes en la mente y en el corazón de sus discípulos de modo que estas leyes dejen de ser un código externo de reglas y de normas, y vienen a formar una parte íntegra de su manera de pensar y de sentir; su segunda naturaleza, por decirlo así.



Por otro lado, esto no significa que los discípulos de Cristo se caractericen por una vida libre del pecado.

Consideremos la siguiente ilustración:

1. Si quieres que el vuelo de un avión sea dirigido por un ordenador, primero hay que instalar el programa que ha sido diseñado para este fin. Sin un programa así, el ordenador, por bueno que sea, sería inútil en lo que se refiere a dirigir el avión. De la misma manera, a menos que Cristo escriba sus leyes en nuestro corazón y en nuestra mente, es imposible que nuestra vida sea dirigida como lo debería ser la vida de un verdadero cristiano.

2. Pero supongamos que el ordenador donde el programa es instalado tiene ciertas limitaciones en cuanto a lo que puede hacer, además de algún que otro defecto. Puede que sea capaz de controlar el vuelo del avión un 70% del tiempo; pero comete errores; y el piloto humano tiene que estar alerta constantemente para corregir sus errores. Pasa algo así con los discípulos cristianos; nacen con genes imperfectos, cuerpos, mentes y sentimientos defectuosos. Cristo ha escrito sus leyes en su corazón y mente; y están decididos a cumplirlas. Cada vez lo lograrán más. Pero a veces fracasarán; y Cristo, su «piloto», los tendrá que corregir.

¿Tiene importancia, entonces, cuando los discípulos de Cristo caen y pecan? ¡Claro que tiene importancia! Y ¿qué ocurre? ¿Pierden su salvación y tienen que comenzar otra vez desde cero? ¡No! Es aquí donde las últimas cláusulas del Pacto entran en juego. Dios ha previsto el fracaso, y la muerte de Cristo ya ha pagado el precio que incurre de antemano. Por tanto, Dios puede garantizar a los discípulos de Cristo: «Nunca más me acordaré de sus pecados». Los discípulos deben, por supuesto, confesar su fracaso a Dios; pero la garantía de Dios es que «si confesamos nuestro pecado, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados y limpiarnos de toda injusticia» (1 Juan 1:19). Y el Espíritu Santo nos asegura que no hace falta



ya ningún nuevo ofrecimiento del sacrificio de Cristo, ni de nada más (Hebreos 10:18). Cristo ha pagado con antelación la totalidad del coste que incurre el perfeccionamiento, el entrenamiento en la santidad, de los discípulos.

Ilustración: No se puede aprender química sin realizar experimentos. Pero cuando un alumno hace experimentos, es probable que de vez en cuando cometa errores; y sus errores pueden ser peligrosos y causar daños costosos de arreglar. En la escuela a la que yo iba de niño, los padres habían de depositar una cantidad de dinero con antelación para pagar cualquier daño que se produjese mientras sus hijos aprendían química. Si un discípulo cristiano quiere aprender a utilizar bien los poderes que Cristo le ha impartido para vivir una vida santa, tendrá que practicar; e inevitablemente cometerá errores de vez en cuando. Pero por muy grave que sea el daño, no anula su salvación. Cristo ya ha pagado el precio del fracaso; y el discípulo queda libre para perseverar en el proceso de adiestramiento dentro del contexto de una relación estrecha con Dios.

Pero alguien dice: «Esta manera de pensar no socava la ética y la moralidad, y lleva a los discípulos a un estilo de vida despreocupado y negligente?» Ni mucho menos, si son discípulos de verdad; porque la muerte de Cristo, como veremos en el próximo capítulo, establece una nueva ética de amor, gratitud y consecuencia moral. Por ejemplo, el apóstol Pablo escribe así en *2 Corintios 5:14-15*.

Sugerencias para más coloquio:

1. Encuentra y comenta más ejemplos de mandatos éticos del Antiguo Testamento que se repiten en el Nuevo. ¿Qué diferencia habría en nuestra sociedad si estos mandatos se practicasen?

2. Pide a los alumnos que escriban una redacción sobre el mandamiento: «Amarás a tu prójimo como a ti mismo» con especial



referencia a las razones por las cuales se llama «*nuevo* mandamiento» en el Nuevo Testamento.

3. ¿Qué relevancia tiene la muerte de Cristo para la ética y el comportamiento cristianos?

4. Antes de que aparezca el próximo artículo, piensa en algunas de las razones, en base a la última cita bíblica, por las cuales el perdón de los pecados mediante la muerte de Cristo no socava la ética y la moralidad.

El impacto de la muerte de Cristo sobre la ética cristiana (b)

CAPÍTULO 36

La Biblia nos dice que cuando alguien pone su vida en manos de Cristo, Cristo escribe las leyes de Dios en el corazón y en la mente, y le da recursos para vivir una vida santa (*Hebreos 10: 16-17*). Sin embargo el desarrollo de la verdadera santidad no es un proceso automático. Debido a la debilidad humana, los seguidores de Cristo aún caen y pecan. Pero Dios, conociendo su debilidad, ha previsto su fracaso y, en su gracia, ha provisto el perdón. En medio de los desafíos, las pruebas y las alegrías de la vida, un seguidor de Cristo participa del proceso de formación que Dios le ha puesto delante sabiendo que, aunque el pecado es grave, jamás anulará su salvación.

Alguien preguntará, sin embargo, si esto no socava la ética y la moralidad puesto que parece dar carta blanca a los discípulos para que vivan de una manera frívola y poco seria. La respuesta, por supuesto, es que no, al menos cuando se trata de discípulos verdaderos. La razón para ello es que la muerte de Cristo establece:



I. Una nueva ética de amor y gratitud

En nuestro estado natural no amamos a Dios ni a Cristo. Posiblemente temamos a Dios como Juez. Quizás incluso intentemos guardar la ley de Dios, aunque a menudo estas leyes no producen resentimiento, sino rebeldía en nuestro fuero interior. Sin embargo, cuando una persona comprende que «el Hijo de Dios me amó personalmente, y se entregó a la muerte por mí, para asumir en su cuerpo el pago que mis pecados merecían a ojos de Dios, para lograr el perdón de los pecados y la paz con Dios y la dádiva gratuita de la vida eterna» esto da lugar a un amor y a una gratitud profundos hacia Cristo en el corazón de aquella persona. Y si lo amamos, dice Cristo, guardaremos sus mandamientos (*Juan 21:23*). Escuchemos de nuevo cómo hablaban los primeros cristianos en la Biblia: Leed *1 Juan 4:10,19* y *Gálatas 2:20*.

Por supuesto, no son únicamente el amor y la gratitud lo que mueven a un creyente a complacer a Cristo sobre todas las cosas. También es la lógica. Tal como se desprende de estas citas, un creyente razona de la siguiente manera: «Si Cristo no hubiese muerto por mí, habría perecido eternamente bajo la condena en que incurrieron mis pecados. Fue Cristo quien me ha conseguido el regalo del perdón y de la vida eterna. Por tanto, debo mi vida a Cristo. Debo llevar una vida que le agrade».

Esta consideración nos conduce a:

II. La ética de la consistencia moral

El apóstol Pablo nos explica que cuando la gente le oía predicar que la salvación no era por nuestras obras sino que se recibe como regalo gratuito e inmerecido, hecha posible única y exclusivamente por la gracia de Dios, muchas personas entendían que lo que estaba diciendo era que una vez estás salvo, puedes vivir de la manera que quieras y que tus pecados ya no tienen importancia, puesto que la



salvación ya no depende de las obras sino de la gracia de Dios. Por supuesto que Pablo no quería decir esto. Al contrario. Sin embargo, escuchemos un momento la manera cómo combate estos razonamientos erróneos. «*Qué diremos, pues?....*» (Romanos 6:1-3)

Qué quiere decir Pablo cuando afirma: «*Hemos muerto al pecado*»? Quiere decir lo siguiente:

1. Cualquier discípulo cristiano verdadero cree que su pecado es tan grave que ha merecido la sentencia exigida por la ira de Dios contra el pecado.

2. También cree que Jesús murió en su lugar para asumir la paga de su deuda para con Dios, y que Dios está dispuesto, por su misericordia, a aceptar la muerte de Jesús como si fuese su propia muerte. En este sentido, al morir Jesús, él murió.

3. El creyente, por tanto, ama a Jesús por haber muerto en su lugar.

4. ¿Cómo sería posible, entonces, que, dado todo esto, un creyente continuara cometiendo aquellos pecados, sea deliberada o irresponsablemente, que fueron la causa de la muerte de Jesús? Si lo hace, contradice lo que dice creer; y esta falta de coherencia es tan grande que pone en tela de juicio la autenticidad de su fe.

Por supuesto que aún los verdaderos creyentes pueden perder de vista a lo que están llamados, y comportarse de un modo poco coherente. Si lo hacen, Cristo no anulará su salvación; pero sí los tendrá que corregir, como veremos en la última sección de este artículo.

Un creyente se guía por dos sistemas éticos. En primer lugar, está comprometido, como todo ser humano, con la ética de la creación. La Biblia, por ejemplo, prohíbe el asesinato. ¿Por qué? Porque cada ser humano, sea cristiano o no, religioso o sin religión alguna, cre-



yente o ateo, es criatura de Dios, hecho a imagen de Dios. Asesinar a alguien que está hecho por Dios, a imagen y semejanza de Dios, es una afrenta y un agravio contra el Creador, y merece un castigo correspondiente (*Génesis 9:6*). Los cristianos no están libres de esta ley; y si los Cristianos convirtiesen su religión en un pretexto para ejecutar, asesinar o declarar la guerra contra otras gentes «porque no pertenecen a nuestra religión» no sólo contradirían los fundamentos cristianos que profesan sino también violarían los fundamentos éticos de la creación.

Pero además de la ética de la creación, los cristianos están comprometidos con:

III. La ética de la redención

Los primeros cristianos constantemente se refieren al Señor Jesús como su Salvador; y hablan de la salvación como lo que les liberó de diversas clases de peligros y esclavitudes.

Ejemplos:

1. del poder de las tinieblas (*Colosenses 1:13*)
2. del temor a la muerte (*Hebreos 2: 14-15*)
3. de la ira de Dios (*1 Tesalonicenses 1:10*)
4. de la ley del pecado y la muerte (*Romanos 8:2*)
5. de la culpa del pecado (*Efesios 1:7*)
6. de la tentación (*2 Pedro 2:9*)
7. del poder de los hábitos pecaminosos (*Juan 8:31-36*)
8. de la esclavitud de la inmoralidad (*2 Pedro 2:31-36*)

Y la propia Biblia urge a los creyentes a que no comprometan ninguna de las libertades que Cristo consiguió para ellos (*Gálatas 5:1*)

Pero la salvación provista por Cristo también tiene otra vertiente. Los primeros cristianos hablan del hecho de haber sido comprados



por Cristo a cambio de su propia vida (*1 Corintios 6:20*), y por consiguiente confiesan que ya no pertenecen a ellos mismos, sino que pertenecen, en cuerpo, alma y espíritu, a Cristo. A primera vista puede parecer que hay una contradicción flagrante entre la idea de «ser liberados de la esclavitud» y «no pertenecer a uno mismo sino a Cristo». Pero no es así.

Analogía: Supongamos que desoyendo los consejos de los guías de montaña de cierto lugar, decido escalar una montaña empinada en invierno. Cometo un error estúpido, y saliendo del camino, me doy cuenta de que estoy atrapado en una situación en la que no hay salida. Paralizado por el pánico, ni puedo seguir subiendo ni bajar; corro el peligro de morir de hambre y de frío. Arriesgando su vida, un montañista experto, con experiencia en el rescate, llega a la repisa estrecha donde me encuentro y me rescata. Físicamente tengo libertad de movimiento. En este sentido el guía me ha devuelto la libertad. Pero habiendo arriesgado su vida para hacerlo, no me permite continuar como antes, estúpidamente empeñado en seguir mi propio camino, hasta que vuelva a poner en peligro mi vida; sería malgastar el enorme esfuerzo que ha invertido para rescatarme. Tampoco se trataría de verdadera libertad para mí que me permitiese marchar «libremente» para luego sufrir un accidente mortal. No, más bien, me exige que me comprometa absolutamente con él. Atándome a sí mismo, me explica por dónde tengo que caminar, dónde tengo que colocar los pies y las manos hasta el momento en que me haya llevado, sano y salvo, al pie de la montaña.

Esto es lo que hace Cristo. Habiéndonos dado libertad, no sólo a riesgo de su propia vida sino a costa de ella, considera que nos ha comprado con su sangre. Nos dice con franqueza que ya no nos pertenecemos a nosotros mismos. Nos ata a sí mismo durante lo que queda de nuestra vida aquí (y, de hecho, durante toda la eternidad) y exige que le sigamos y le obedezcamos a cada paso del camino.



A veces, por supuesto, los discípulos de Cristo se olvidan de esto. Parece ser que los creyentes de Corinto se olvidaron de que seguir a Cristo implica que el listón de nuestra conducta ética es muy alto. Comenzaron a practicar la inmoralidad sexual igual que antes de su conversión. Pablo tuvo que recordarles que como cristianos no tenían libertad para actuar así, puesto que «no sois de vosotros mismos», les dijo, y «habéis sido comprados por precio; glorificad, pues, a Dios en vuestro cuerpo...» (1 Corintios 6:19-20)

Estos creyentes también se comportaban mal los unos con los otros en las reuniones eclesíásticas, y Pablo les escribió para explicarles lo que implica ignorar su profesión cristiana. Leed *1 Corintios 11:23-32*.

Los verdaderos cristianos están unidos los unos a los otros por una relación de pacto solemne con Jesucristo, quien murió por sus pecados (Hebreos 10:16). La Biblia nos enseña en el texto citado arriba que la realidad y el significado de este pacto se afirma cada vez que los seguidores participan de la «copa del Señor». Los cristianos que llevan vidas inconsecuentes y descaradamente pecaminosas serán disciplinados y corregidos por el Señor. La muerte de Cristo tiene implicaciones de larguísimo alcance para la ética cristiana.

Leed el texto y contestad las siguientes preguntas:

1. ¿Qué hacían los corintios para que Pablo les dijera que «bebían y comían indignamente»? (Ver *1 Corintios 11:17-22 y 3:18, 5:1, 6:1, 10:14*).

2. ¿Qué haría el Señor con estas personas si no se arrepintiesen?

3. Las personas que rechazan a Cristo serán condenadas en el juicio final. ¿A base de qué principio puede Pablo decir que los cristianos serán disciplinados para que no sean condenados con el mundo? (Ver *Juan 5:24 y Romanos 8:1*).



4. ¿Cuál es el impacto ético que tiene la Cena del Señor (o la Comunión) en la vida de un discípulo de Cristo?

5. Comenta con la clase la siguiente afirmación: «la certidumbre de la salvación no socava la ética».

El impacto de la muerte de Cristo sobre la ética cristiana (c)

CAPÍTULO

37

Para los primeros cristianos la muerte de Cristo no era sólo una cuestión histórica. Era, más bien, un acontecimiento histórico que transformó por completo sus valores básicos, y por tanto, produjo un efecto profundo sobre la ética de su vida cotidiana. Se trataba de que Cristo había muerto por ellos, demostrando así que les valoraba más a ellos que a su propia vida. Era una verdad que inspiraba una profunda maravilla, e incluso temor, como el apóstol Pedro señaló en una carta que escribió a unos cristianos del primer siglo que tuvieron que enfrentarse con la persecución a causa de su fe.

Leed *1 Pedro 1:13-19*.

Consideremos esto un momento:



I. Un nuevo sistema de valores

1. *La muerte redentora de Cristo atribuye un nuevo valor a la manera en como utilizamos nuestro tiempo*

La frase «el tiempo de vuestra peregrinación» recuerda al discípulo cristiano que ahora es un extranjero residente en este mundo. El cielo se ha convertido en su patria y su ciudad capital. «Su ciudadanía está en el cielo» (*Filipenses 3:20*). Como embajador en otro país se encuentra en el mundo para representar el gobierno del cielo (*2 Corintios 5:20*). Como si fuese un hombre de negocios de viaje, está en la tierra para involucrarse en los negocios de su Rey celestial, para servirle a él y a sus intereses en todos los deberes y las tareas de la vida de cada día. Ya no puede derrochar su vida en actividades irresponsables, sin propósito, infructíferas. Cada día todos los recursos de la vida se tienen que emplear al máximo, por dos motivos. En primer lugar, porque su tiempo en la tierra está limitado. Una vez que la vida se acaba ya no vuelve, por lo cual sus oportunidades se tienen que aprovechar mientras disponemos de ellas. Y en segundo lugar, su vida ha sido comprada con un precio altísimo: la sangre preciosa de Cristo. Lógicamente Dios se preocupa de que el creyente emplee su tiempo de la manera más provechosa, habiéndole costado tan caro. No se debe desaprovechar ni un minuto.

Analogía: Si unos padres se sacrifican para poder comprar un coche a su hijo, no les complacerá ver que su hijo maltrata el coche y lo echa a perder.

2. *La muerte redentora de Cristo atribuye un nuevo valor a las personas*

Leed (*1 Corintios 8:9-12*).

El hecho de que mis «compañeros de viaje» sean hermanos nuestros por quienes Cristo murió, significa que debo tratarlos con gran



respeto. No debo causarles ningún daño físico, por supuesto. Pero, lo que es aún más importante, no debo causarles ningún daño espiritual. No debo presionar a nadie para que actúe en contra de su conciencia. Puede ocurrir que hacer algo que a mi me parezca poco trascendente cause a un hermano problemas de conciencia. Puedo razonar con él e intentar convencerle de que no tiene por qué tener este problema. Pero mientras continúe teniendo un problema de conciencia, no le debo obligar a hacerlo. ¿Por qué no? Porque la conciencia es un mecanismo muy importante que regula nuestra relación con Cristo. Obligar a una persona a actuar de un modo que, según él, deshonra a Cristo es obligarlo a pecar, y defraudar a Cristo, quien murió por él para conseguir su obediencia; quien actúe en contra de su conciencia ya no obedece a Cristo. También daña un mecanismo en el cerebro y en la personalidad de la persona.

Temas de coloquio:

a. Comentad la idea de que la conciencia es como un reloj.

- 1) el reloj puede estar funcionando muy bien, a 60 minutos por hora, y no obstante puede marcar la hora equivocada por no ajustarse a la hora local. Del mismo modo, nuestra conciencia debe ajustarse a la Palabra de Dios, la Biblia.
- 2) cuando hay que afinar un reloj, es necesario utilizar el mecanismo del reloj que se diseñó con esta finalidad.
- 3) si te limitas a mover las manecillas con el dedo a la hora que quieras que marque corres el riesgo de trastocar, e incluso romper, los propios mecanismos del reloj.

b. Invita a los alumnos a relatar cualquier experiencia que hayan tenido cuando otra persona quiso obligarlos a actuar en contra de su conciencia.



3. La muerte de Cristo fomenta en cada creyente un sentido de responsabilidad directa hacia Cristo

Leed *Romanos 14:9,10,12*.

El creyente cree que Cristo murió por él individual y personalmente, y no sólo por las masas humanas en el sentido genérico. Por tanto, le es imposible esconderse detrás de su grupo, de su familia, de su nación. Es consciente de que un día tendrá que dar cuentas de sí mismo personal y directamente al Señor que le amó y que murió para redimirlo. Esto significa que debe vivir y tomar sus decisiones de cada día teniendo al Señor como punto de referencia central y constante; y esta responsabilidad constante ante el Cristo que lo ama, incorpora en su carácter un fuerte sentido de responsabilidad.

II. La ética de la obligación y el endeudamiento

Comienza comentando con los alumnos el significado de los términos «obligación» y «endeudamiento». Ayúdales a ver la diferencia entre:

1. hacer algo porque el gobierno aprueba una ley y te obliga a hacerlo, agrada o no; si no la cumples, pagas una multa o vas a la cárcel.

2. un amigo tiene una necesidad y te pide que le prestes dinero. Quizá no dispones de mucho dinero, pero hace cosa de un año, tú tenías una deuda, y tu amigo la pagó. Ahora te sientes obligado a ayudar a tu amigo prestándole el dinero que necesita. ¿Por qué te sientes así?

3. un día estabas durmiendo en tu casa cuando se prendió fuego. Un amigo, arriesgando su propia vida, hizo frente a las llamas para rescatarte, y sufrió quemaduras muy importantes por todo el cuerpo. Ahora te escribe diciendo que su madre, ya anciana, vive sola



cerca de tu casa y que necesita a alguien que le haga la compra. ¿Qué harías?

- a. ¿describirías diciendo: «es tu madre, no la mía. ¡Hazle tú la compra!; yo no lo pienso hacer.»?
- b. ¿te sentirías obligado a hacerlo, aunque supusiera una carga hacerlo todas las semanas?

Si es la b, ¿por qué te sentirías así?

Lee la siguiente parábola *Mateo 18:21-35*.

Fíjate en que:

1. Jesús emplea la metáfora de la deuda para ilustrar hasta qué punto nuestros pecados conllevan el juicio de Dios (la cárcel y el castigo de la parábola).

2. El primer hombre debía miles de dólares. En términos proporcionales, la deuda que nosotros debemos a Dios corresponde a una cantidad así.

3. El segundo hombre debía al primero una cantidad insignificante de unos cuantos dólares.

4. Como el amo de ambos tuvo misericordia del primer hombre, y le perdonó su deuda enorme, él estaba bajo la obligación de perdonar al otro siervo.

5. Una persona que profese ser creyente acepta que está eternamente endeudado para con Cristo por el perdón que ha recibido, y porque ha sido liberado del castigo eterno que sus pecados merecían. Pero si se niega a perdonar a otro cristiano está negando cualquier deuda u obligación para con Cristo. Esto equivale a negar que



sus pecados también han sido perdonados. En este caso, tendrá que hacer frente al castigo propiciado por su propio pecado.

6. Un verdadero cristiano observará la exhortación en *Efesios 4:31-32*.

Mas la ética del endeudamiento no sólo atañe a la cuestión del perdón. También implica un deseo positivo de ayudar a los demás.

Leed 1 Juan 3:16.

«Poner la vida para los demás» podría significar el hecho de morir por alguien; como la persona que se precipita al agua para rescatar a un niño que se ahoga, y que al hacerlo sufre un ataque cardíaco y pierde la vida. Pero también puede significar acciones que no son tan heroicas y que, por tanto, a veces, cuestan más trabajo: como Juan dice más adelante: «...» (1 Juan 3:17).

De todo esto se desprende que la ética cristiana dista mucho de ser una ética minimalista. No sólo nos prohíbe hacer mal, o nos exhorta a hacer el mínimo de bien que requiera la simple justicia. Nos exige sobrepasar la justicia, ser generosos y perseverantes en la bondad (*Lucas 6:38*). Las exhortaciones al ladrón convertido son típicas en este aspecto (ver *Efesios 4:28*).

El impacto de la muerte de Cristo sobre la ética cristiana (d)

CAPÍTULO 38

No es posible leer los primeros capítulos del libro de los Hechos sin que uno se dé cuenta de la erupción de una nueva energía espiritual que allí se recoge. El resultado de ello fue la aparición de la Iglesia Cristiana. Hay dos preguntas de carácter histórico que saltan a la vista en relación con esto: ¿cuál fue la fuente de esta energía espiritual? y ¿qué fue la fuerza que la liberó precisamente en aquel momento de la historia? La respuesta que los propios cristianos del primer siglo ofrecen es la siguiente: La resurrección de Cristo, tres días después de la crucifixión, y la venida del Espíritu Santo, cincuenta días después de la resurrección, el día de Pentecostés (*Hechos 1 y 2*).

Fueron estos dos sucesos lo que convirtió a unos pocos hombres asustados y profundamente perplejos, que se escondían detrás de las puertas cerradas del aposento (*Juan 20:19*), y los sacó a las calles y a las plazas de la ciudad para enfrentarse, valientes como leones, con los mismos asesinos de Jesús, acusándoles públicamente de su muerte e informándoles que éste había resucitado. Estos dos



sucesos los constriñeron a ellos y a sus sucesores a perseverar en medio de la oposición y la persecución encarnizadas a fin de establecer el evangelio cristiano por todo el mundo.

Mas la resurrección de Cristo y la venida del Espíritu Santo no eran únicamente el motor que les hacía proclamar el mensaje cristiano; estos sucesos constituían el propio mensaje: Fue el mensaje de la resurrección de Cristo y la oferta gratuita del Espíritu Santo lo que suscitaba la fe en el corazón de las personas, les daba nuevas esperanzas, les enfrentaba con la culpa y con el vacío de sus vidas, les llevaba al arrepentimiento y les proporcionaba gozo y paz en cuanto ponían su fe en Jesús. Con lo cual estas personas tenían nuevas fuerzas, nuevos objetivos y un nuevo listón ético. Fue la fuente de:

I. Una cosmovisión totalmente nueva

1. *Porque la resurrección de Cristo demostró, sin lugar a equivocaciones, que todo no se acaba con la muerte*

La vida de Jesús no se acabó con la muerte, ni tampoco se acabaría la de ninguno de sus seguidores. La resurrección de Jesús no sólo significó que su alma sobrevivió a la muerte de su cuerpo y que se fue al cielo. Significó que su cuerpo había resucitado físicamente de la muerte. La propia muerte se había deshecho, las implicaciones de lo cual eran enormes. Puesto que el cuerpo de Jesús era un cuerpo humano en todos los aspectos, su resurrección conllevaba implicaciones importantes para todos los seres humanos que jamás hubiesen vivido en la tierra y que jamás vivirían. Y puesto que Dios había intervenido en aquella parte de la naturaleza que era el cuerpo físico de Cristo, a fin de soltarlo del proceso de la muerte y de la corrupción, vendría el día cuando haría lo mismo para toda la naturaleza. De hecho, ya había prometido hacerlo en el Antiguo Testamento; la resurrección de Jesús eran las primicias de la cosecha venidera. Escucha cómo hablan de ello los primeros cristianos:



- a. Leed *Hechos 3: 19-21*.
- b. Leed *Romanos 8:19-21*.
- c. Leed *1 Corintios 15:20*.

2. La resurrección también demostró que el Mal no tendrá la última palabra en este mundo

El asesinato judicial de Jesús se había efectuado a causa de una conspiración entre el orgullo, la envidia, el miedo, la crueldad y la cobardía humanos, alimentados por la histeria de masas, el chantaje político y la incompetencia por parte del gobierno, todo bajo la instigación y la orquestación de Satanás. Pero la resurrección sirvió para privar a esta parodia de la justicia de toda su eficacia. No sólo vindicó a Jesús como inocente de todos los cargos que llevaron a su muerte; demostró que era el Señor y Cristo, Hijo del Amo de todo el universo. Al mismo tiempo la resurrección fue una advertencia, y garantía, por parte de Dios de que ha determinado un día cuando juzgará el mundo con justicia y rectitud, y cuando el mal será desarraigado por completo y toda violación del orden moral cometida en la tierra recibirá su debida retribución. Jesucristo será el Juez en aquella ocasión (*Hechos 17:30-37*); y él llevará el universo, una vez libre del mal, hasta la próxima fase de la gloriosa restauración de todas las cosas.

3. La resurrección también declara que la materia es esencialmente buena

Algunos filósofos de la Antigüedad, como Platón y Sócrates, habían enseñado que en último término la materia era poco deseable, por no decir intrínsecamente mala; que el cuerpo era el sepulcro del alma y que aquél tendía a contaminar ésta. Hay formas de la filosofía hindú que aún mantienen creencias parecidas a ésta: la materia del universo es como el aro de una rueda que da vueltas continuamente en torno al centro sin desplazarse a ninguna parte. Tenemos que intentar librarnos de este mundo material, e incluso del cuerpo material, para entrar al espíritu eterno donde no hay diferenciación.



Mas la resurrección de Cristo nos da a entender precisamente lo contrario, puesto que Cristo fue restaurado a un cuerpo humano físico y material, aunque transformado y glorificado. Así se ponía de manifiesto que la materia en general, y el cuerpo humano en particular, son esencialmente buenos (si bien es verdad que *nuestros* cuerpos humanos son imperfectos debido al pecado y a la enfermedad), y que un día serán transformados. El cuerpo humano no se debe despreciar, ni mucho menos maltratar, en persecución de una especie de excelencia espiritual.

II. El efecto de esta nueva cosmovisión

Los efectos en los discípulos de esta nueva cosmovisión se hicieron sentir enseguida, pero también tuvieron un alcance a largo plazo.

1. Como veremos en un próximo capítulo, la resurrección de Cristo tiene implicaciones para nuestra actitud hacia los bienes y el patrimonio de la persona.

2. La resurrección de Cristo liberó a sus seguidores de la tiranía y del temor de la muerte.

Los primeros cristianos hablan de ello de la siguiente manera (*ver Hebreos 2:14-15*).

Esto les proporcionó paz y seguridad en lo que se refería a lo que hubiese más allá de la muerte (fuese el propio proceso de morir instantáneo y sin dolor o indeciblemente doloroso). Pero además, les dio coraje para no caer en ninguna clase de contemporización con el mal. Si la muerte fuese el final de todo, sin que hubiese ninguna vida más allá de ella ni ningún Juicio para corregir los males cometidos, la contemporización habría sido lo más sensato, bajo el principio de que medio pan es mejor que nada. Pero la muerte no es el final. Por lo cual, morir, como



Cristo murió, enjuiciado y sentenciado a causa de Dios y de la verdad no es ninguna tragedia, mientras que comprometer a Dios y a la verdad a cambio de unos cuantos años más de vida sí que lo sería (*Lucas 12:4-9*).

3. La resurrección de Cristo aún hizo más que todo esto: convenció a los primeros cristianos de que valía la pena atacar positiva y agresivamente las fuerzas espirituales del mal que se esconden detrás de los males terrenales.

Por supuesto que no levantaban ejércitos ni recurrían a la violencia ni a las armas físicas. No intentaban subvertir a ningún gobierno. No entraban en conflicto con la carne y sangre humanas. No era con las personas con lo que estaban luchando sino las tinieblas espirituales, la falsedad, la superstición, la corrupción y la opresión que hacen estragos en las vidas y las personalidades de la gente. Estaban bajo órdenes por parte de Jesús mismo, quien los mandó no a luchar con armas físicas, ni tomar ninguna clase de represalias cuando fuesen perseguidos, lapidados o encarcelados. Habían de usar las mismas tácticas y las mismas armas que Jesús usó. Pablo lo explica en *2 Corintios 10:4* y en *Efesios 6:12*. Y su objetivo fue el mismo que el que Pablo expresa al Rey Agripa (ver *Hechos 26:18*).

Posiblemente considerarás que el mensaje proclamado por los primeros cristianos era inofensivo, y no tenía por qué despertar tanta oposición. Pero tengamos en cuenta los intereses creados y los poderes invisibles que mueven a las personas a oponerse al evangelio cristiano. Según los *Hechos de los Apóstoles* muy pronto se hizo patente hasta qué punto los predicadores cristianos se tendrían que enfrentar constantemente con una oposición tan feroz que sólo su convicción inquebrantable de que Jesús realmente había resucitado, y de que ellos también resucitarían, sería suficiente para hacerles perseverar hasta el final.



Sugerencias para el coloquio y el estudio:

Lee los siguientes textos de *Hechos de los Apóstoles*. Considera en cada caso a) la cuestión ética con la que los apóstoles se enfrentaban en cada caso; y b) lo que ocurrió cuando se negaron a contemporizar.

1. *Hechos 4:1-22; 5:17-42*. Aquí se trata de que los apóstoles acababan de curar a un hombre cojo en el nombre de Jesús. La multitud se deleitaba de lo ocurrido, pero no así las autoridades, pues ellas habían participado en la crucifixión de Jesús. La predicación pública de que Jesús había resucitado era un desafío a su autoridad. Por tanto, prohibieron a los apóstoles seguir predicando en el nombre de Jesús y les amenazaron con consecuencias nefastas si desobedecían. ¿Qué habrías hecho tú? ¿Qué era lo que había en juego?:

- a. La cuestión de la verdad.
- b. El derecho a la libertad de expresión.
- c. El principio: hay que obedecer a Dios antes que a los hombres.
- d. El evangelio, el cual podría, si se predicase, traer a multitudes de seres humanos el perdón y la paz con Dios.

Los apóstoles se negaron a observar la prohibición impuesta por las autoridades; y sufrieron una paliza muy fuerte, y después la persecución continuada (8:1; 12:1).

2. *Hechos 14:8-19*. Pablo y Bernabé acababan de realizar un milagro de curación. La población estaba muy contenta. Sin embargo, debido a la superstición pagana en la que estaba inmersa, creían que se trataba de dos de sus dioses paganos que habían bajado a visitarles; y los sacerdotes locales de Júpiter se pusieron a montar una gran ceremonia pública, y a sacrificar bueyes a Pablo y a Bernabé. Que un ser humano se incline delante de otro ser humano, que le rinda culto y le sacrifique animales degrada a los que lo hacen, y deshonorra al Dios verdadero. Sin embargo, que Pablo y Bernabé se lo prohibie-



sen sería una afrenta a su religión local; y esto podría dar lugar a un alboroto. ¿Qué habrías hecho? Los Apóstoles protestaron e hicieron parar la ceremonia; como consecuencia los judíos y los paganos se unieron para apedrear a Pablo, lo sacaron de la ciudad y lo dejaron por muerto.

3. *Hechos 24:1-27*. Acusado y encarcelado injustamente, Pablo demostró su inocencia ante los tribunales. Sin embargo, debido a una fuerte presión política, el gobernador romano, Félix, lo mantuvo en la prisión. Hizo saber a Pablo, sin embargo, que si Pablo estaba dispuesto a ofrecerle un soborno podría comprar su libertad. ¿Qué habrías hecho tú? Pablo, como cristiano, no estaba dispuesto a recurrir a métodos corruptos para socavar la autoridad gubernamental. Se negó a utilizar el soborno, y tuvo que quedarse en la cárcel.

4. *Hechos 25:6-12; 2 Timoteo 4:16-17; 4:6-8*. A fin de evitar la muerte a manos de bandas de asesinos en Palestina, Pablo apeló al tribunal supremo del emperador Nerón, en Roma. En el primer juicio fue absuelto y siguió adelante con su programa de viajes misioneros. Unos cuantos años más adelante, sin embargo, lo volvieron a arrestar, y fue condenado a muerte por Nerón y ejecutado.

En resumen, la resurrección de Cristo:

1. fue el motor que hizo a los misioneros cristianos repartirse por todo el mundo para predicar;

2. fue el tema central del mensaje que predicaban:

3. y cuando, en medio de su lucha contra el mal, tuvieron que enfrentarse con la decisión ética de mantenerse firmes en la verdad, actuar con justicia y sufrir las consecuencias o negar la verdad y actuar corruptamente, fue su fe en la resurrección de Cristo lo que



les dio las fuerzas para escoger la verdad y la justicia, aunque fuese al coste de la vida.

En esta cuestión las cartas de Pablo demuestran muy claramente cuál fue la clave de su fuerza (ver *1 Timoteo 6:13-15* y *2 Timoteo 2:8-13*).

El impacto de la venida del Espíritu Santo sobre la ética cristiana (a)

CAPÍTULO 39

Mientras escuchamos hablar a los primeros cristianos en el Nuevo Testamento, no tardamos en darnos cuenta de que han sufrido una transformación radical. Atribuyen este cambio a causas tanto subjetivas como objetivas.

En cuanto a lo objetivo, dan a entender que arranca de un acontecimiento histórico planeado con la misma precisión y sabiduría que la muerte y la resurrección de Jesús: la venida del Espíritu Santo en el día de Pentecostés (es decir, el día cincuenta después de la resurrección: *Hechos 2:1-4*). Lo primero que nos llama la atención en cuanto a este acontecimiento es el momento en que ocurrió. Lo más lógico, aparentemente, habría sido que los discípulos hubiesen comenzado a afirmar que el Espíritu había venido sobre ellos en el momento de encontrarse por primera vez con el Cristo resucitado. Y si lo hubiesen hecho así, quizá hubiésemos sacado la conclusión de que se trataba simplemente de la manera cómo ellos habían elegido describir el impacto que les hizo ver al Cristo resucitado. Pero esto no es lo que dicen. Sí nos explican que la primera vez que el



Jesús resucitado estuvo entre los once discípulos en el aposento alto, realizó el acto simbólico de soplar sobre ellos para darles a entender que sería él mismo quien, una vez ascendido al cielo, les enviaría al Espíritu Santo (*Juan 20:21-23*). Pero al mismo tiempo dan cuenta del hecho de que el Señor Jesús hizo mucho hincapié en que se quedasen en Jerusalén, puesto que el Espíritu Santo no vendría enseguida sino en un momento sin especificar al cabo de algunos días (*Hechos 1:4-8*). Esto dio lugar a gran expectación, por supuesto; sin embargo, aún no les fue dado saber la manera como sucedería; únicamente se les dijo que recibirían poder a consecuencia de ello. Y cuando sucedió, lo que determinó la realidad del suceso no fue la impresión particular, subjetiva, de cada cual, según el tiempo, el lugar y las circunstancias. La venida del Espíritu Santo fue un suceso objetivo, testificado y experimentado simultáneamente por un grupo de unas 120 personas, suceso que produjo un efecto tan importante en la multitud que se encontraba en Jerusalén, que 3.000 de ellos se convirtieron aquel mismo día (*Hechos 2:1-13,41*). Se trata, de hecho, de un momento clave en la historia de la humanidad.

La segunda cosa que nos llama la atención son las palabras que eligieron para describir este momento tan decisivo: hablan de «la venida» del Espíritu Santo. Este lenguaje es el mismo que utilizaba el propio Jesucristo a sus discípulos (ver *Juan 16:7-14*).

Ahora bien, los discípulos eran todos judíos, y estaban acostumbrados a leer acerca de sus héroes nacionales y sus líderes espirituales que habían recibido poder del Espíritu Santo. Y Jesús mismo, mientras estaba en la tierra, realizó sus milagros con el poder del Espíritu Santo (*Mateo 12:27*). Sin embargo, tal como se desprende del texto citado arriba, cuando Cristo habló de *la venida* del Espíritu Santo, se refería a algo que no sucedería, ni podría suceder, hasta que él mismo se hubiese marchado. El Espíritu Santo sería «otro Consejero» (*Juan 14:16*). Cristo mismo había sido consejero de sus discípulos durante el tiempo que pasó entre ellos. Ahora el Espíritu Santo ocuparía su lugar, a fin de llevar a cabo la obra que



Jesús había dejado por acabar. Y del mismo modo como Cristo, en su venida, se encarnó en un cuerpo humano durante 33 años, así también el Espíritu Santo moraría, hasta la segunda venida de Cristo, no en un cuerpo humano propio como Jesús había hecho, sino en la comunidad universal de los discípulos de Cristo y en el cuerpo físico de cada creyente individual. Su obra tendría dos facetas:

1. vindicar a Jesús ante todo el mundo, en todas partes del mundo, demostrando que sus reivindicaciones son verdad, dando a comprender a la gente el significado de su muerte, su resurrección y su ascensión, ofreciéndoles la salvación y advirtiéndoles acerca del Día de juicio que inevitablemente llegaría;

2. conducir a los creyentes a una comprensión cada vez más profunda de la identidad de Jesús, de sus riquezas, su gloria y su poder.

I. La nueva vida

Hasta aquí, la cuenta que dan los discípulos de los aspectos objetivos de la venida del Espíritu Santo. Pero cuando hablan de su experiencia subjetiva y personal del Espíritu Santo se hace patente que no sólo ha cambiado su estilo de vida: les ha dado, literalmente, una nueva vida. Miremos otra vez un texto que estuvimos considerando en el capítulo 34:

«de modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí, todas son hechas nuevas (2 Corintios 5:17).

La frase «nueva criatura» no se emplea como ejemplo de lenguaje hiperbólico: los cristianos lo interpretaron literalmente, como se desprende del seguido de expresiones que utilizan en otros lugares para describir lo que les había ocurrido. Hablan, por ejemplo, de haber sido «creados en Cristo Jesús para buenas obras» (*Efesios 2:10*); de haber sido «regenerados» (*Tito 3:5*); de haber estado «muertos espiritualmente» y luego de haber recibido «vida juntamente con él»



(*Efesios 2:5*); de «andar en novedad de vida» (*Romanos 6:4*) por su identificación con el Cristo Resucitado y viviente. Y en lo que se refiere a estos artículos, lo que nos interesa ante todo es el efecto que esta experiencia produjo en su ética. Esta nueva vida espiritual, engendrada en ellos por el Espíritu Santo, estableció:

II. Una nueva relación con Dios

1. Tomaron consciencia de que se habían convertido en hijos de Dios (lo que no eran anteriormente), que Dios se había convertido en su Padre y que ahora eran suyos la vida y el espíritu de Dios. Les era natural hablar con Dios como habla un hijo con su padre, consciente de que se trata de su padre (*Romanos 8:15-16*).

2. Eran conscientes de que el mismo Espíritu que los había regenerado estaba obrando en ellos, dándoles a conocer sus deseos, ayudándoles a suprimir los suyos propios en cuanto éstos eran contrarios a la voluntad de Dios, produciendo en ellos una cada vez mayor semejanza a su Padre, a fin de que madurasen y se convirtiesen en hijos de Dios maduros y responsables (*Romanos 8:12-14*).

Un ejemplo: *Mateo 5:43-45, 48*. Pero ¿de dónde sacamos las ganas y las fuerzas de comportarnos así? Los primeros cristianos explican su experiencia en este aspecto (y la que sigue siendo la experiencia de todos los cristianos verdaderos): el Espíritu Santo, morando dentro suyo, les proporcionó el deseo de vivir como Dios, su Padre, y de no dar rienda suelta a su odio, como anteriormente habrían hecho. Así es como definen su nueva experiencia (ver *Galatas 5:16-23*).

3. A la luz de esto, resulta claro que por el hecho de recibir al Espíritu Santo y de convertirse en hijos de Dios no se volvieron autómatas. Tenían que decidir si se someterían a las exhortaciones del Espíritu Santo o si, al contrario, seguirían dando rienda suelta a sus impulsos pecaminosos; y esto implicaría una lucha. ¿Para qué sirve, entonces, tener al Espíritu Santo?



Una ilustración:

a) Las leonas, según se nos dice, se llevan a los cachorros cuando se van a cazar, y los cachorros aprenden a cazar al fijarse en cómo lo hacen las leonas. El motivo por el cual funciona bien esta manera de aprender por imitación es que los cachorros ya tienen la misma naturaleza y el mismo instinto que su madre, y la imitación sirve para que se vayan desarrollando. No serviría para nada que un asno se fuese con las leonas para aprender a cazar. Un asno no posee la naturaleza de los leones.

b) Así ocurre con las personas que han recibido al Espíritu Santo y se han convertido en hijos de Dios. Ahora sí tiene sentido, como jamás lo había tenido, decirles que imiten a su Padre, Dios, y que se vaya reproduciendo en ellos la conducta de Jesucristo (*Efesios 5:1-2, 25-28*), porque ahora existe en ellos la vida y la naturaleza de Dios, los cuales una imitación concienzuda de Dios, y la práctica diaria pueden desarrollar hasta que tengan un carácter estable y maduro.

4. Los cristianos nos dicen que por mucho que tengan que esforzarse, con la ayuda del Espíritu Santo, para vencer sus impulsos pecaminosos, no resulta una esclavitud.»...» (*Romanos 8:15*). Hay varios motivos por ello:

a. no lo hacen a fin de entrar en la familia de Dios, sino porque ya son miembros de su familia.

Una ilustración: Imaginémonos que un muchacho ha heredado de su padre una gran habilidad musical. Puede que le resulte tremendamente arduo haber de practicar día tras día, pero al menos sabe que no lo hace a fin de ganarse un lugar como hijo en la familia de su padre. Lo hace porque ya es hijo de su padre, porque ama a su padre, le desea complacer, y, porque, al fin y al cabo, le encanta la música.



b. no lo hacen por miedo a que les echen de la familia. Dios garantiza a sus hijos que «ya no hay condenación para los que están en Cristo Jesús» (*Romanos 8:1*). No serán rechazados jamás. No hay condena: Cristo ya ha pagado la culpa en su lugar.

5. Por otro lado, los cristianos saben que aunque no hay condena, si pecan tendrán que afrontar las consecuencias, y sufrirán pérdidas (ver *Gálatas 6:7,8*).

Ilustración: Imaginémonos que Dios dice a un agricultor cristiano que siembre trigo en su prado. Pero el agricultor desobedece y siembra cardos. Si después se arrepintiese, Dios perdonaría su pecado: no habría pena alguna. Pero cuando los cardos creciesen seguirían siendo el cultivo equivocado. Dios no realizaría un milagro para convertir los cardos en trigo; y el agricultor tendría mucho trabajo por delante para deshacerse de los cardos.

6. Los cristianos tienen la garantía de que el Espíritu Santo no les abandonará jamás. Al contrario, mientras more en ellos intercede por ellos conforme a la voluntad de Dios, y no descansará hasta que su carácter se asemeje al de Cristo (ver *Romanos 8:26-30*).

El impacto de la venida del Espíritu Santo sobre la ética cristiana (b)

CAPÍTULO 40

La venida del Espíritu Santo en el día de Pentecostés produjo una transformación profunda en las actitudes de los primeros cristianos. La primera manifestación de estas nuevas actitudes cara a la sociedad de aquel entonces tuvo que ver con:

I. La manera de enfocar los bienes personales

Leed Hechos 4:32-35.

Hay que interpretar bien estos versículos. Lo que no quieren decir es que cada creyente que tuviera bienes materiales lo vendiese todo enseguida, incluida su propia casa, para entregar el dinero que sacase de la venta a los demás. ¡Si hubiesen actuado así, ningún creyente habría podido disponer ni siquiera de un techo! Lo que ocurrió fue algo mucho más profundo. Estas personas comprendieron enseguida que si Jesús había resucitado, entonces era el Cristo, el Hijo de Dios, el heredero de todas las cosas. Fue a él, entonces, a quien rindieron todos sus bienes. Él no tuvo que amenazarlos para



lograr que lo hiciesen. Lo hicieron por decisión propia. Consideraron que puesto que su Señor y Amo había entregado hasta su propia vida para ellos al morir en la cruz, lo mínimo que podían hacer era entregarle a él todo lo que tenían. Él se convirtió en el dueño de todos sus bienes. Esto no quería decir que tuviesen que entregarlo todo a otras personas para que éstas se hiciesen cargo de ello. Ellos mismos seguían siendo los que se hacían cargo de sus bienes, pero ya no eran los dueños, sino los administradores de lo que pertenecía a Cristo, y como tal, tenían la responsabilidad de utilizarlos por el bien de la comunidad. Si surgía una necesidad urgente en el seno de la comunidad, y ellos podían resolverla mediante la venta de alguna de sus propiedades, vendían y daban el dinero que resultaba a los apóstoles para que éstos lo repartiesen según la necesidad, o bien lo repartían ellos mismos (*Hechos 5:1-4*). Nadie se consideraba dueño de sus bienes; lo guardaban todo en depósito, en nombre de Cristo, por el bien general de la comunidad cristiana. En aquellos días, la Iglesia Cristiana en Jerusalén era una comunidad muy unida en medio de una sociedad preindustrial. Las condiciones de vida en las grandes ciudades del Imperio romano eran muy diferentes, y la administración de la obra social cristiana se adaptaba a las circunstancias locales (ver *Hechos 9:36,39; 11:27-30; 20:33-35*). Hoy día las circunstancias en las cuales los cristianos llevan a cabo la administración de sus bienes son todavía mucho más complejas. Sin embargo, sigue siendo vigente el mismo principio fundamental: desde la resurrección de Cristo, ningún cristiano verdadero se considera dueño de sus bienes materiales, sino que se da cuenta de que son de Cristo y que deben ser utilizados, bajo la dirección de Cristo, por el bien de los demás.

La venida del Espíritu Santo también dio lugar a:

II. Una nueva actitud hacia el cuerpo humano

1. El discípulo de Cristo comprende que su cuerpo ha venido a ser el templo del Espíritu Santo (1 Corintios 6:9). Este hecho confiere al cuerpo una santidad particular, y el creyente no tiene dere-



cho a desacralizarlo. Una vez más es iluminador ver la manera como esta realidad se hace palpable en la conducta ética del creyente. El Nuevo Testamento no dice al creyente: «si consigues evitar la fornicación, tu cuerpo será digno de convertirse en templo del Espíritu Santo.» Lo dice al revés. «¿No sabéis que vuestros cuerpos *son* miembros de Cristo? ¿Quitaré, pues, los miembros de Cristo y los haré miembros de una ramera?...¿Ignoráis que vuestro cuerpo *es* templo de Espíritu Santo, el cual está en vosotros, el cual tenéis de Dios? ... Huid la fornicación» (1 Corintios 6:15,19,18).

2. Aun después de que un creyente reciba el Espíritu Santo, su cuerpo sigue siendo mortal, sujeto al dolor y al deterioro, y continuará en este estado hasta el retorno del Señor Jesús. Sin embargo, el Espíritu Santo ya mora en el cuerpo del creyente y constituye «las primicias» de la gran obra redentora de Dios. Estas primicias son la garantía de que un día habrá una cosecha plena; y en aquel día el creyente recibirá un cuerpo glorificado, inmortal y eterno, igual que el cuerpo que el Señor Jesús ya tiene (Romanos 8:10,23; Filipenses 3:20-21).

La venida del Espíritu Santo ha traído al mundo:

III. Una nueva entidad: el Cuerpo de Cristo

Leed 1 Corintios 12:12-13.

1. En primer lugar, estudiad la ilustración que aquí se utiliza para referirse al cuerpo humano. Lo que mantiene vivos, unidos los unos a los otros y en un buen estado de funcionamiento a todo el cuerpo humano, es el hecho de que por el mismo riego sanguíneo le llega oxígeno desde el aire a cada uno de sus miembros. Por este motivo, hace falta que se cumplan simultáneamente dos condiciones: 1. el cuerpo tiene que estar «inmerso» en el aire —si le fuese cortada la provisión de aire el cuerpo moriría; 2. el aire tiene que estar dentro del cuerpo— aunque el cuerpo estuviese rodeado de aire pero sin que hubiese aire en el cuerpo, también moriría.



2. Cuando alguien pone su fe en Cristo, Cristo le sumerge en el Espíritu (le bautiza en el Espíritu Santo) y al mismo tiempo pone a su Espíritu dentro de la persona (le hace «beber» del Espíritu Santo). De esta manera, la persona está *en* el Espíritu Santo, y el Espíritu Santo está *en* la persona. Y lo mismo ocurre con todos los creyentes de todas las partes del mundo: todos están *en* el mismo Espíritu y el Espíritu *en* todos y cada uno de ellos. Por tanto, constituyen el Cuerpo de Cristo; muchos miembros, participando de la misma vida del Espíritu y unidos, mediante el Espíritu, al mismo organismo.

3. Esta es la respuesta que Dios da a los problemas que surgen de las personalidades enajenadas y al individualismo exacerbado. El Cuerpo de Cristo:

- a. ningún miembro, por muy débil y poco dotado que sea, resulta innecesario, ni se le permite que así se sienta (*1 Corintios 12:15-20*).
- b. ningún miembro, por muy dotado que sea, puede prescindir de los demás miembros (*12:21-25*).
- c. cada miembro debe usar el don que ha recibido, no para su propia realización ni vanagloria, sino para el bien del cuerpo, motivado por el amor (*cap. 13*).

4. Y esta consciencia de pertenecer al cuerpo de Cristo se reflejará a través de la conducta de la persona. Nadie, a menos que fuese un desequilibrado mental, haría daño deliberadamente a ningún miembro de su propio cuerpo. (*ver Efesios 4:25*).

Finalmente, la venida del Espíritu Santo y la constitución del Cuerpo de Cristo ha producido:



IV. El nuevo «supranacionalismo»

En el Antiguo Testamento se les mandó a los judíos, por motivos necesarios, que no se mezclasen con las demás naciones. Pero con la venida del Espíritu Santo en el día de Pentecostés, todo esto cambió por completo. Si un judío recibía al Espíritu Santo, y un gentil recibía al mismo Espíritu, se convertían, aunque no se diesen cuenta de ello, en miembros vivientes del Cuerpo de Cristo, el cual no conoce ninguna frontera ni distinción social: «Porque en el mismo Espíritu», dice el Nuevo Testamento, «todos fuimos bautizados en el mismo cuerpo, seamos judíos o gentiles, esclavos o libres» (1 Corintios 12:13).

Ahora bien, el libro de los *Hechos* resulta especialmente emocionante cuando da cuenta de cómo las viejas fronteras que separaban a las gentes son destruidas, y los judíos y los gentiles se aceptan los unos a los otros como miembros del mismo cuerpo de Cristo. *Hechos* nos explica con franqueza cómo los primeros cristianos judíos eran reacios a aceptar a los creyentes gentiles como iguales a ellos a todos los efectos; pero ocurrió el milagro, y los aceptaron. Vale la pena leer todo el relato (*Hechos 10:1-11:30*) a la clase; es un hito importante en la historia del mundo.

Por otro lado, nos explica que en algunos países y ciudades la religión local estaba tan estrechamente unida al orgullo nacional y cívico que el evangelio cristiano, por ser supranacional, era rechazado y suprimido con ferocidad. La ciudad de Éfeso era un ejemplo de ello (ver el largo relato de *Hechos 19:23-41*). El principal objeto de culto de la población era la diosa Artemis. De hecho, el culto a Artemis se había extendido por muchas partes del mundo antiguo. Pero en Éfeso se había construido a Artemis un templo magnífico, el cual era una de las maravillas del mundo. También contaban con una imagen, que afirmaban había caído desde el cielo, de parte de Júpiter, el principal dios de los paganos (probablemente se trataba de un meteorito). Multitudes de turistas venían a visitar el templo y los



plateros se enriquecían la venta de templos en miniatura. Por tanto, en cuanto los efesios se dieron cuenta de que el evangelio cristiano, y la doctrina del Único Dios Verdadero, minarían su religión, lo consideraron una afrenta no sólo a su religión, sino también a su orgullo nacional y cívico. La población entera acudió exaltada al anfiteatro y durante dos horas gritaron todos a una voz, no «Grande es Artemis», sino «Grande es Artemis de los efesios» (*Hechos 19:28,34*).

El impacto de la segunda venida de Cristo sobre la ética cristiana (a)

CAPÍTULO 41

No es posible comprender el poder que mueve la ética cristiana sin tener en cuenta la doctrina cristiana de la segunda venida de Cristo. Algunos han mantenido que la doctrina de la segunda venida es una especie de cuento de hadas que la imaginación popular tejió en torno al cristianismo histórico. Concluyen, por tanto, que se puede descartar e ignorar mientras intentamos descubrir lo que es sólido y tiene un valor permanente en el cristianismo, es decir: la ética. Sin embargo, esta hipótesis no soporta la prueba de un análisis serio del Nuevo Testamento.

Se han encontrado 250 referencias a la segunda venida de Cristo en el Nuevo Testamento. Cada escritor que escribe en él la menciona, y cada libro contiene al menos una referencia.

Además, es el propio Jesucristo quien más habla de su segunda venida. Lo hace porque es una parte íntegra e imprescindible de su reivindicación mesiánica. A través de las profecías del Antiguo Testamento, se repite constantemente la misma promesa: cuando



venga el Mesías, él acabará con el mal y con la guerra, y juzgará el mundo con justicia. Esta realidad futura llenaba de esperanza y gozo a los creyentes de generación tras generación (*Salmos 94,96,97,98,99; Isaías 2:1-4*). Era natural, entonces, que cuando Jesús daba a entender que era el Mesías, sus oyentes quisiesen saber cuándo y cómo pretendía cumplir estas promesas. Hizo saber con perfecta claridad que no era su intención ejercer los juicios de Dios sobre el mundo en su primera venida (ver capítulo 25). Sin embargo, dar a entender que ésta nunca sería su intención habría destruido su reivindicación mesiánica. Y, por supuesto, no lo hizo. Al contrario, tanto públicamente como en privado con sus discípulos, dijo, ora con un lenguaje claro y directo ora mediante parábolas, que primero se tendría que marchar por el camino de la muerte, el entierro, la resurrección y la ascensión al cielo; que su evangelio sería después predicado por todo el mundo; y que finalmente volvería para establecer el reino de Dios en la tierra mediante el poder de Dios (ver *Lucas 19:11-27; Mateo 24:14*). De hecho, la afirmación que un día volvería era una parte tan esencial de la reivindicación de que era el Mesías y el Hijo de Dios que la volvió a repetir ante sus jueces en el juicio al que fue sometido. Habiendo sido conjurado por el sumo sacerdote para que dijera claramente si era o no el Hijo de Dios, contestó afirmativamente y después añadió: «...desde ahora veréis al Hijo de Hombre sentado a la diestra del poder de Dios, y viniendo en las nubes del cielo» (*Mateo 26:64*). Fue en aquel momento cuando decidieron crucificarlo por blasfemia. Comprendieron perfectamente el alcance de sus palabras.

Cuando, después de su resurrección, los apóstoles preguntaron a Jesús: «¿Es ahora cuando restaurarás el reino...?», él les dijo que no les correspondía a ellos saber el momento de la segunda venida. Su tarea inmediata era la evangelización del mundo. Pero en el momento de la ascensión, como nos explica el historiador Lucas, a estos mismos apóstoles les fue anunciado sin lugar a equívocos: «Este mismo Jesús, que ha sido tomado de vosotros al cielo, así vendrá como le habéis visto ir al cielo.» (*Hechos 1:6-11*)



Lucas da cuenta de lo que vieron los testigos oculares. Por tanto, los primeros cristianos anunciaron al mundo, con términos claros y directos, que Cristo volvería a este mundo de una manera tan literal (aunque con un esplendor indeciblemente mayor) como lo habían visto desaparecer en las nubes.

Algunos han sugerido que la cosmología de Lucas es primitiva y precientífica. Según ellos, Lucas tenía en mente un cielo físico localizado por encima de una tierra llana, por debajo de la cual había el cielo. Y afirman que Lucas inventó el relato de la ascensión de modo que encajase con esta cosmovisión primitiva. Mas no hay evidencia alguna que avale esta afirmación. Choca incluso con los hechos históricos. Sabemos que Lucas era un hombre culto, un médico, que vivía en un mundo que ya daba por sentado que la tierra era redonda -hacia más de 200 años que Eratóstenes había calculado su circunferencia. También sabemos que Lucas era un historiador de primera categoría. Dio cuenta con fidelidad de lo que vieron los testigos oculares: la ascensión literal del cuerpo de Cristo.

Por supuesto ha habido, y sigue habiendo, muchos chiflados que, a pesar de las palabras inequívocas del Señor, afirman con confianza que pueden predecir la fecha exacta de la segunda venida. Invariable y forzosamente se demuestra que se han equivocado. Y habrá otras personas que aseverarán que Cristo ha vuelto reencarnado en forma de algún gurú religioso en algún país o otro. Jesús mismo nos advierte que tenemos que estar alerta contra semejantes tergiversaciones. Cuando la segunda venida tenga lugar, dice Cristo, no hará falta que nadie anuncie qué ha ocurrido. En cuanto a su localización, será cósmica, por lo cual será universalmente visible (*Lucas 17:22-37*). Sin embargo, las malas interpretaciones de gente chiflada no disminuye en absoluto la validez de las promesas de Cristo, o de la fe de todos los creyentes verdaderos a lo largo de los siglos, hasta el presente.



Recordemos, sin embargo, que la tarea que nos hemos propuesto es considerar el impacto de la segunda venida sobre la ética cristiana. Miremos, por tanto, algunos ejemplos que demuestren hasta qué punto impregna la experiencia de los primeros cristianos.

I. Fue un factor importante en la conversión y sirvió de marco para el estilo de vida que había de seguir la conversión

La evangelización del apóstol Pablo en Tesalónica, Macedonia, (el norte de Grecia) es el tema del relato que encontramos en *Hechos 17:1-9*. En una carta que escribió a los creyentes del lugar poco tiempo después de haber estado, explica todo lo que su conversión involucraba:

Leed 1 Tesalonicenses 1:9-10.

Cabe fijarse en un par de cosas:

1. que no se trataba de una conversión de una serie de normas éticas a otra, sino de una actitud falsa frente al universo a un reconocimiento de la verdad tanto acerca del universo como de su Creador personal («os convertisteis de los ídolos a Dios, para servir al Dios vivo y verdadero».)

2 que la conversión conllevaba un nuevo objetivo y un nuevo marco para la vida de la persona («...para esperar de los cielos a su Hijo»).

3. que una creencia en la segunda venida no era ninguna escapatoria que llevase a la gente a abandonar su trabajo diario, sino que era un aliciente para que se trabajase aún más y mejor. El trabajo diario dejaba así de ser un fastidio, el arduo esfuerzo por ganarse el pan de cada día en medio de una naturaleza impersonal y de un universo caprichoso, donde se tiene que competir con una sociedad



sin escrúpulos, desalmada y egoísta; se convirtió en un servicio ofrecido con alegría al Dios viviente y verdadero, cuyo hijo había muerto para pagar la pena del pecado y volvería como libertador de su pueblo al final de los tiempos. Es cierto, como se nos explica en la segunda epístola a estos creyentes, que algunos de ellos se tomaron la segunda venida como pretexto para no trabajar, y para abandonar sus responsabilidades sociales. Esto dio a Pablo la oportunidad de señalar que semejante conducta representaba una tergiversación, y de hecho la negación, de la fe cristiana (*2 Tesalonicenses 3:6-15*). Como Pablo dice en otro texto: quien no trabaje y no quiera suplir las necesidades de su familia, ha negado la fe; es peor que un incrédulo (*1 Timoteo 5:8*).

II. La segunda venida ya era, de por sí, un aliciente poderoso para el trabajo diligente y entregado

1. Porque es en aquel momento cuando los discípulos de Cristo serán recompensados por el trabajo realizado en nombre de Cristo. Ya hemos hablado de este hecho en otro capítulo (38), y no hace falta repetirlo aquí. Lo que cabe señalar ahora es que estas recompensas no sólo se repartirán por el trabajo «espiritual», sino también por el trabajo secular, en cuanto se realice en nombre de Jesús y para él.

Ejemplos:

- a. La hospitalidad hacia los pobres (Lucas 14:12-14).
- b. El trabajo de cada día realizado en el campo, la fábrica, la oficina, la casa, cuando se hace «de corazón, como para el Señor» (Colosenses 3:22-25).

La segunda venida también fomenta un trato justo por parte de los jefes y empresarios, en cuanto les recuerda que ellos también



tienen un Amo en el cielo que un día les pedirá cuentas por la manera cómo han tratado a sus empleados (Colosenses 4:1).

Y constituye un aviso solemne en cuanto a los juicios divinos que caerán sobre aquellos que han maltratado a sus trabajadores (Santiago 5:1-6).

2. En aquel día cada creyente tendrá que enfrentarse con Cristo y dar cuentas personalmente a él.

Quizás un par de ilustraciones nos ayudarán a comprenderlo:

- a. Un joven rico decide que quiere ser pintor. Puede pagarse sus clases él mismo, por lo cual se desplaza a París o a Nueva York, para estudiar bajo los artistas de más renombre internacional. Pero se vuelve negligente, y derrocha su dinero en las fiestas, en el alcohol y en toda clase de diversiones. El trabajo que entrega no vale para nada, y cuando sus cuadros se someten a un examen por parte de un grupo de expertos a quienes no conoce personalmente, éstos los rechazan por no dar la talla. Está decepcionado, pero no tiene que dar cuentas a nadie excepto a sí mismo.
- b. Un joven pobre quisiera ser pintor. Por lo tanto, su madre viuda se esfuerza muchísimo, sacrificando muchas cosas que quisiera tener, a fin de ganar suficiente dinero como para enviarlo a estudiar con un famoso artista en París, y para sufragar los gastos de su mantenimiento. Él también malgasta su tiempo y su dinero, y el trabajo que entrega es de escasa calidad. Pero al presentar sus cuadros para que sean evaluados al final del curso, está obligado a asistir al examen personalmente, encontrándose allí con su madre, quien ha conseguido permiso para presenciar este momento importante, y cuya entrega, trabajo y sacrificio él ha tenido en poco. ¿Cómo se sentirá?



Ahora lee el siguiente texto con atención: *Tito 2:11-14*.

Estos versículos siguen un texto de instrucción ética minuciosa (2:1-13). Detallan las presiones que la gracia de Dios ejerce sobre la conciencia de los creyentes para que vivan vidas responsables, justas y piadosas. Entre estas presiones, quizás la principal es ésta: la misma gracia de Dios que salva al creyente de la pena del pecado y le asegura un lugar con Cristo en el cielo, le compromete a la verdad certera e ineludible que un día se enfrentará con el Cristo que se entregó por él al sufrimiento de la cruz para liberarlo de un modo de vivir pecaminoso y convertirlo en un entusiasta de las buenas obras. ¿Qué pasará si en aquel día, al enfrentarse cara a cara con el Cristo majestuoso en toda su gloria, tiene que reconocer que ha desperdiciado las oportunidades que los sufrimientos de Cristo le consiguió? La Biblia nos advierte que un creyente así se avergonzará ante Cristo en el día de su venida (1 *Juan 2:28*).

Sugerencias para el coloquio:

1. ¿Por qué creéis que el Nuevo Testamento hace tanto hincapié en la segunda venida de Cristo?
2. ¿Por qué no es escapismo creer en la segunda venida?
3. ¿Cuáles son los efectos prácticos que la convicción de que cada uno de nosotros se enfrentará con Cristo debería tener en nuestras vidas?

El impacto de la segunda venida de Cristo sobre la ética cristiana (b)

CAPÍTULO 42

En este último capítulo de nuestra serie continuaremos investigando el impacto ético que la segunda venida de Cristo debería tener. Ya hemos visto en el capítulo anterior que la segunda venida juega un papel muy importante en la conversión, y provee una esperanza sólida para el futuro, dentro del marco de la cual la vida se tiene que vivir. En términos prácticos, la segunda venida era un aliado muy poderoso para el trabajo diligente. Ahora veremos cómo:

III. La segunda venida llevará hasta la perfección el desarrollo espiritual y moral del creyente

Queda muy claro en el Nuevo Testamento que la conversión a Cristo compromete al creyente a una trayectoria rigurosa de desarrollo espiritual y moral. Debe procurar no sólo *trabajar* mejor que antes, sino también ser mejor que antes. Y para que no quepa la menor duda en cuanto a lo arduo que es el camino, el Nuevo Testamento emplea metáforas del atletismo: correr (*1 Corintios 9:24-26*),



el maratón (*Hebreos 12:1-3*), el boxeo (*1 Corintios 9:26-27*), la lucha libre (*Efesios 6:12*).

Sugerencias para el estudio: Cada una de estas metáforas tiene un significado especial; estudiar el contexto de cada una, ayuda a los alumnos a comprender cuál es:

En el siguiente texto el apóstol Pedro describe lo que implica este progreso moral y espiritual: *2 Pedro 1:3-11*.

Y en otro lugar el apóstol Pablo describe la misma experiencia: *Filipenses 3:7-14*.

En toda esta enseñanza, los primeros cristianos afirman con claridad que la meta final no es simplemente guardar cada norma ética que aparece en la Biblia. Se trata de una meta mucho más personal: están enamorados, por decirlo así, de la persona de Jesucristo, y su objetivo y su ambición principal en la vida es parecerse a él tanto en su carácter como en su conducta (*2 Corintios 3:18*; *Romanos 8:29*). La garantía que reciben de parte de Dios es que cuando Cristo venga otra vez, y le vean cara a cara, esta visión gloriosa completará el proceso y serán semejantes a Cristo para siempre: *1 Juan 3:2*).

Sin embargo —y aquí viene la implicación práctica de esta esperanza— cualquier persona, según dice el versículo siguiente, que profesa la esperanza de parecerse a Cristo un día, se aplicará con diligencia a la tarea de purificar su propia vida aquí y ahora. Además, el «ser como Cristo» no es ningún vago sentimentalismo; significa comportarse como Cristo se comportaba cuando estaba en la tierra, y comprometerse con los mismos objetivos con los que él estaba comprometido. Quien diga esperar ser como Cristo en la segunda venida, pero viva inconsecuentemente y no haga nada para ser ya como Cristo, simplemente no es un creyente verdadero. Es así, según dice el apóstol Juan, como sabemos quienes son los auténticos hijos de Dios y quienes no son más que charlatanes (*1 Juan 3:3-12*).



IV. La segunda venida garantiza a todos los creyentes que participarán en el reino venidero de Cristo

Leed 1 Tesalonicenses 4: 13-18.

El apóstol Pablo escribió estas palabras para contestar una pregunta que había surgido en la mente de los que hacía poco se habían convertido. Su pregunta era ésta: hemos comprendido que Cristo volverá un día, tal como prometió, para establecer el reino de Dios de justicia y paz en todo el mundo. Pero ¿qué de los creyentes que murieron antes de su venida? ¿Ellos perderían la posibilidad de participar en el reino venidero por el cual habían trabajado y sufrido?

Ésta es una pregunta que muchas personas, no sólo los cristianos, han tenido que contestar. Ha habido muchos grandes movimientos durante el curso de la historia que se han propuesto plasmar reformas radicales a nivel mundial, y establecer una era de justicia, paz y bienestar para todos. Y han exigido a sus miembros trabajar, sufrir, sacrificarse e incluso morir para ayudar al movimiento a arraigarse y a crecer a fin de que esta meta se alcanzase. Pero todo movimiento que haya arrancado de una filosofía atea ha adolecido de un defecto fatal: todos han tenido que reconocer que la mayoría de los que trabajan y sufren, y todos los que mueren por esta causa, nunca podrán ver «el paraíso» por el cual se han entregado.

¿Para qué trabajar, sufrir y morir en nombre de una era futura la cual no se podrá ver ni disfrutar? ¿Qué consuelo traería a los miles de personas que en estos momentos están siendo asesinados en Ruanda saber que su muerte de alguna manera contribuye a fundar un paraíso que ellos nunca conocerán? A los millones de personas a través de los siglos que han sufrido o han muerto injustamente, o que han perdido la vida por alguna causa noble, el ateísmo, por definición, no ofrece ninguna esperanza personal en absoluto. Cuando



estas personas lloran, lloran, como dice el apóstol Pablo, como los que no tienen esperanza.

No así para el creyente. Por supuesto que se le exige trabajar, sufrir, y, si es necesario, morir a causa de Cristo. Pero por mucho tiempo que transcurra antes del retorno de Cristo, a cada creyente se le garantiza la participación en su reino, y en el gobierno eterno de Dios. El siguiente texto explica cómo esta garantía se efectuará. Es esto lo que da al creyente el sentido profundo del valor de la vida y del trabajo, y le llena de una esperanza gozosa aun en medio del dolor y de la muerte: *1 Corintios 15:54-58*.